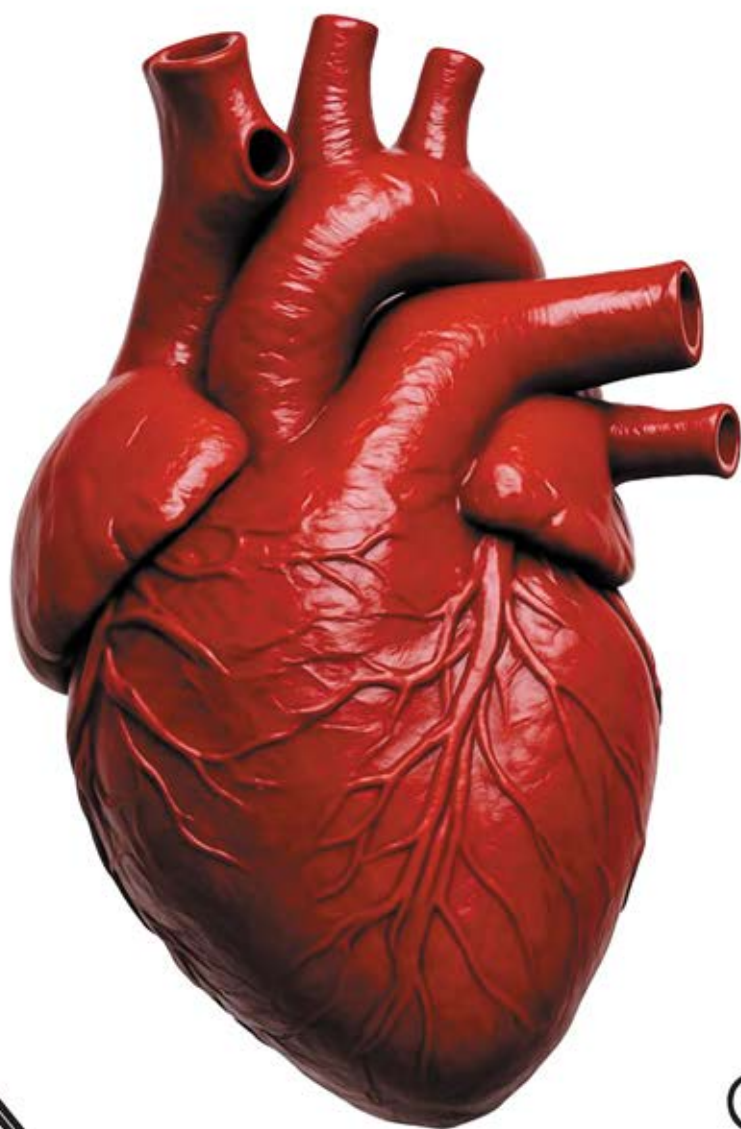


TRILOGÍA DEL DESAMOR

Miguel Ángel Pérez Pirela



COLECCIÓN CONTINENTES

Trilogía del desamor

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA

Trilogía del desamor



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana y La Iguana Ediciones, 2025

Trilogía del desamor

© Miguel Ángel Pérez Pirela

Edición: MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA

Portada: RITA SOTELDO

Diseño y diagramación: DAVID ARNEAUD

© La Iguana Ediciones

Laiguana.tv

Presidente: MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA

La Iguana Ediciones

Directora: XIMENA GONZÁLEZ BROQUEN

Plaza Venezuela, Torre Phelps, piso 20. Caracas

Email: mercadeolaiguana@gmail.com

www.laiguana.tv

Instagram/[laiguanatv](https://www.instagram.com/laiguanatv)

Facebook/[iguana.tv](https://www.facebook.com/iguana.tv)

x/[la_iguanatv](https://twitter.com/la_iguanatv)

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2025000728

ISBN 9789800125687

El desamor en tres tiempos: sístole, arritmia, diástole

Sístole: *Happy*

La vida trata del amor, por eso muy pocas novelas se ocupan de otra cosa. Advierto que el obsesivo tema de las ficciones mayores de Miguel Ángel Pérez Pirela es el desamor, que es lo mismo, aunque no se escribe igual. Desamor es anhelo contrariado, negado o no correspondido. Solo comprendemos lo que la pasión significa cuando la nuestra no es compartida. Cada historia de amor se define por la fuerza que intenta aniquilarlo. Leer narrativas amorosas es internarnos en nuestro calvario.

Filosofar es interrogarse en vano sobre el misterio de la vida. Desde el principio de los tiempos, las fuerzas de la intelección han sido inútiles para descifrar el enigma de esa fijación obsesiva que es el enamoramiento. Los más astutos filósofos lo eluden. No hay discurso amoroso en Hobbes, Kant ni Wittgenstein. Quienes más aciertan son los que afrontan el horizonte de lo inexplicable con las brújulas de la elegancia: Stendhal, Barthes o Ramón del Valle Inclán. En vano intentan entenderlo o denigrarlo Schopenhauer, Nietzsche, Freud, Jung, Adler. En cuanto el mal nos ataca, sabemos que están equivocados. Sin necesidad de teóricos conocemos que la homenajeadada es la Idea Pura, el Imperativo Categórico, la Tesis, Antítesis y Síntesis, pero eso no nos consuela. No queremos silogismos: la queremos a ella.

Amor es fijación en un objeto: maniática idolatría referida a un sujeto único. Nadie sabe por qué la pasión que multiplica la vida es la más asediada por prohibiciones y condenas, por filtros y caprichos, ni por qué reiteradamente triunfa sobre ellos. *Amor omnia vincit*, compendia el adagio latino. Sin embargo, el amor, como los seres a los que contagia, es vulnerable y sus exequias triviales. «Amor; estado

de locura transitoria que dura el matrimonio», sentencia Ambrose Bierce. Lo único que mata al amor es la saciedad o una nueva pasión. La pasión perfecta encuentra su antídoto en sí misma.

En nuestra cultura, el juego amoroso postula la antítesis entre acoso y renuencia. Al varón se le asignan los contradictorios papeles de dominante y de mendigo; a la hembra de dominada y negadora de su propio deseo. Para intensificar la paradoja, se recata la mujer con multiplicada panoplia de incitaciones: maquillaje, depilaciones, perfumes, peinados y atuendos llamativos, mientras se dictamina que en el varón todo rebuscamiento disminuye la hombría. También sobrevive el amor a estos torneos lúgubres, y se crece enfrentándolos.

He formulado una teoría de la cultura latinoamericana sobre la tríada dialéctica del bolero, o sea la sensualidad, la ranchera, o sea la rabia, y el tango, es decir, la resignación. Tesis, antítesis y síntesis: la Santísima Trinidad del Subdesarrollo. Las tres versan unánimemente sobre el desamor; lo que varía es la respuesta. Todo trío aspira al cuarteto: la redención del triángulo amoroso es la orgía estruendosa y multitudinaria de las músicas del desmadre: parranda, mambo, salsa, rumba, vallenato, comparsa, reguetón, candomble, gaita. Me decía el ilustre siquiatra Francisco Herrera Luque que no hay depre que resista un toque de tambor. Todos los fantasmas elaborados sobre las perversiones del deseo se disipan en la violenta fiesta corporal de la danza y del reencuentro con la masa.

Me anima eso a proclamar que existe una literatura gaita, de percusión e hipérbole, de desenfreno sensorial y social, que en Colombia explota con Andrés Caicedo, revienta en México con Parménides Saldaña, en Puerto Rico relumbra con Ana Lydia Vega y Luis Rafael Sánchez, centellea en Cuba con Reinaldo Arenas y Severo Sarduy y en Venezuela reverbera con César Chirinos y Miguel Ángel Pérez Pirela. En el Caribe reencuentra su ámbito el libertinaje proliferante del barroco, el culto de la demasía y el éxtasis de los contrastes.

La vida y la literatura se mantienen gracias a la continua infracción de las reglas. Lo mismo ocurre en el Caribe y en las letras que lo celebran. Supone el lugar común que en nuestras sociedades la mujer ama y el varón olvida y abandona. Pero en las narrativas de Pérez Pirela y en la vida encontramos hombres consumidos por devotas

pasiones que no extinguen el abandono, la indiferencia ni la afrenta. Deplora la superficialidad una supuesta fragilidad de nuestras instituciones familiares: *Happy* y la experiencia nos revelan la fortaleza de los vínculos familiares del venezolano, y la invulnerabilidad de los parentescos de ese venezolano exacerbado que es el zuliano. Predica el imaginario sentimental que el poder trae el amor entre sus dones: en la realidad y en los párrafos de Miguel Ángel confirmamos que todo el poder del mundo no puede lograr que un hombre sea amado, ni que nadie deje de amar a pesar de todos los reveses.

Arritmia: *El último romántico*

Cantan todos los poetas panegíricos a la juventud como el divino tesoro, pero el joven es con frecuencia alguien que no ha aprendido a ser él mismo y padece el temor de convertirse en lo que detesta. No hay más miserable profesión que la de ser promesa. Sus talentos no los reconoce nadie, sus aspiraciones son desdeñadas, sus declaraciones carecen del soporte conceptual del buen partido.

La juventud no es una edad, sino un estado del alma. Así, puede haber adolescentes perpetuos, como Herman Hesse, Witold Gombrowicz o Julio Cortázar. Vive el adolescente de manera inversa el tormento del ídolo, impersonalmente adorado por todas las enamoradas de su fama, pero ninguna de su verdadero ser. Es el adolescente rechazado por todas las que conocen la irrealidad de lo que es e ignoran la realidad de lo que llegará a ser. Tales trastornos del crecimiento han dado lugar a un género literario, el *Bildungsroman*, la novela de la formación, la maduración o el aprendizaje, sobre un ser que todavía no ha concluido o no concluirá la tarea de hacerse a sí mismo.

Sabido es que las combinaciones de moléculas a las cuales el azar dotó de mecanismos para la perduración prevalecieron, mientras que las no aptas para ella se disolvieron. La regla de la naturaleza inanimada es la entropía; el incesante crecimiento del desorden que a la larga llevará al equilibrio térmico y la parálisis del cosmos. La vida insurge contra el desorden intentando apasionadamente hacer perdurar y replicar estructuras ordenadas, cada una de ellas condenada a la disolución de la muerte, contra la cual solo cabe replicar estructuras semejantes.

Amor es el vínculo que nos dio la vida y nos mantiene atados a ella. Al igual que los humanos que lo padecen, el amor muere, y su extinción es el más claro memento de que somos mortales.

Predica el apóstol San Pablo que: «Si yo hablo lenguas de hombres o de ángeles, y no tengo amor, soy como metal que resuena o címbalo que tañe. Y si fuera profeta y entendiera todos los misterios y toda ciencia, y si mi fe moviera montañas, y no tengo amor, no soy nada» (Epístola a los Corintios 13:1-7). Este prodigioso diagnóstico de la pasión amorosa finge, sin embargo, aludir a uno de sus sustitutos, la complicidad beata. Pero en vano se nos predicará el amor impersonal, universal o genérico: nuestra pasión tiene nombre y apellido; en vano pretendemos disolver su púa confundiéndola con el tumulto de agujones del mundo. Amor no es liberación, sino la más inicua de las esclavitudes porque nos rendimos voluntariamente a ella. Nos sublevamos a veces contra la homenajead que la suscita, pero nunca contra el sentimiento que despierta. Ningún enamorado quiere dejar de estarlo.

En las novelas de formación, como *Rayuela* o *El último romántico*, agrava a veces el distanciamiento del protagonista con el mundo y consigo mismo el exilio en un medio culturalmente extraño. Sí: como una amada, un medio nos puede infligir desamor, tanto más grave cuanto más bello o deseable parezca. Este extrañamiento forja prematuramente el alma en el yunque del vacío, sin esperar las interminables décadas que decaen en la senectud. Todos los géneros son variantes de la autobiografía. En las ficciones de Miguel Ángel Pérez Pirela encuentra el lector fragmentos de lo que pudiera ser la suya.

Diástole: *Pueblo*

Hace tiempo trabajo en el tema de las relaciones entre las ramas de la cultura de una misma época, y de las conexiones entre las obras de sus creadores. Para ello es clave el análisis del caso de los polígrafos, a fin de determinar si quienes cursan varios géneros aplican en ellos estrategias estilísticas similares. Por la elección del tema, por la elegancia del estilo, por la sensorialidad y la recurrencia de sonoridades, nada hay más parecido a los poemas de Rubén Darío que sus ensayos y relatos.

La narrativa y las obras históricas de Enrique Bernardo Núñez son concisas, aforísticas, fulminantes, plenas de una denuncia contenida por la aparente impasibilidad del autor. Las novelas de Rómulo Gallegos pretenden probar sus tesis positivistas de *La Alborada*. Se comprenderá así el redoblado interés que para mí reviste la novela *Pueblo*, de Miguel Ángel Pérez Pirela. El autor es académico y perspicaz analista político, fascinado por los sistemas implacables de Nicolás Maquiavelo y de Tomás Hobbes, y autor de ensayos de impecable construcción racional sobre temas tan actuales como *El Estado posible* o tan alarmantes como *El Paraestado*. Una aplicación simplista de la hipótesis sobre la unidad esencial entre las estrategias aplicadas a géneros diferentes haría esperar de él quizás una novela de tesis sociopolítica que funcionara, al modo de las narrativas de Voltaire, como elegante demostración de una posición teórica.

Amor y poder

En lugar de ello, Miguel Ángel Pérez Pirela nos entrega una novela de amor. Hacia el último tercio del siglo pasado, Juan Liscano sentenció, con razón para su época, que la literatura venezolana había sido preponderantemente testimonial y realista, y casi nunca onírica o fantástica. Tampoco, añadiríamos, ha sido erótica ni amorosa. Fuera de la fulgurante *Peonía*, de Manuel Vicente Romero García, que de una vez pone en pie nuestra vacilante narrativa decimonónica y la echa a andar por sendero propio, las tramas sentimentales sirven invariablemente para ilustración de tesis positivistas, como en Gallegos, o como tenue tejido a ser desgarrado por las amarguras de la lucha armada, como ocurre en las narrativas de Argenis Rodríguez. Apenas una poco divulgada novela de Alfredo Armas Alfonzo, *Este resto de llanto que me queda*, hurga a plenitud en la herida que ningún aquejado quiere ver curada. A pesar de su título sociopolítico, *Pueblo* es una historia sentimental. Miles de trabajosos intercambios de abusos y dislates ocurren entre sus habitantes. El principal es la omnipresente pasión contrariada, que crea un ambiente tan obsesivo como el del calor. Su opaca frustración redime todo. Dentro de este sentimiento que es como un clima, toda trivialidad tiene su sitio y todo fracaso su redención.

Personajes y funciones

En su lacerante película *Dogville*, Lars von Trier sustituye los decorados de un villorrio por un plano pintado en el suelo donde dice: Calle, Abasto, Telégrafo, Taller. Una silueta canina trazada en la vía luce el rótulo Perro. Miguel Ángel bautiza a sus personajes según las funciones que cumplen en el relato: Gobernador, Secretario, Esaaquellalaausente, Fantasma, Maríadelosángeles, Prisionero, Marinero. Para completar el sistema, la misma aldea no tiene otro apelativo que Pueblo. Pero se trata de un esquema de los personajes y no de personajes esquemáticos. Si bien el nombre es un destino, los nombrados justamente se debaten dentro de él y contra él y por momentos lo exceden. Gobernador, por ejemplo, recipiente propicio para acumular todos los lugares comunes sobre la autoridad despótica, ignorante o inflexible, es un ser que recibe su investidura jerárquica como sin pensar en ella, obsesionado por el más poético de los sins que puede afligir a un alma antipoética: el amor no correspondido. Una frase magistral lo presenta de entrada: «Era una simple prolongación de ella, un enamorado». Como en los retablos medievales de Patinir o del Bosco, en *Pueblo* cada ser tiene un lugar predestinado dentro de la composición, pero la ejecución crea una perpetua disyuntiva entre resignación y maravilla, cotidianidad y milagro, predestinación y albedrío.

Forma y fondo

Una obra se logra en la medida en que armoniza forma y fondo. A este enfrentamiento entre predestinación y libertad corresponde la tensión entre un estilo descriptivo riguroso y nítido que, sin embargo, entrecortadamente admite las técnicas del monólogo interior. No nos extraña entonces que por momentos una oración empiece con la impersonal tercera persona del narrador, para saltar repentinamente a la primera persona de algún personaje, continuar con el pensamiento de este y luego con la respuesta de otra voz. Este ejercicio no genera indiscifrabilidad sino frescura coloquial. Por momentos las oraciones se hacen largas y densas, quizá para sugerir el envolvente calor, pero siempre cuentan cosas apasionantes. A veces son chismes sobre la

gente de Pueblo. A veces tejen paradojas metafísicas, como cuando Gobernador envía a sus matones a poner etiquetas con su precio a todos los seres de Pueblo, y así se sabe que «3000 moscas valen cuanto un grillo y 800 grillos valen cuanto un sapo y tres sapos valen cuanto una rata y 200 ratas valen cuanto una iguana y 10 iguanas cuanto un conejo y cinco conejos cuanto un gato», hasta que tienen precio todos los hombres y las mujeres y aun lo inapreciable.

Acercar esa línea del horizonte

Estas sorpresas narrativas están contadas con frases no menos sorprendentes. Se afirma de repente que «las mujeres son como los gatos, ven cosas que nadie ve». Se explica que «Gobernador nunca pensó de forma concreta en el final, por eso era Gobernador». Se verifica que «Los verbos en pasado son los progenitores de la melancolía». En algún lugar se establece que «Hay que acercar esa línea del horizonte porque, carajo, está muy lejos de Pueblo». Acercar el horizonte, hacer próxima la distancia, es el imposible que toda narrativa se propone. O bien: «Secretario, imagínate el aburrimiento de un mundo solo de ricos». Son frases que bien valen por su vistosidad, como el traje de novia que la prostituta Rosita anhela, no para casarse, sino para lucirlo los domingos.

El matrimonio de la imaginación y la lógica

Cerremos con una aproximación forzada o forzosa al enigma que nos ocupa. Siempre han sido evidentes pero inexplicables las relaciones entre el discurso fantasioso de la imaginación y el riguroso de la lógica. William Blake concertó un *Matrimonio del Cielo y del Infierno*; bien podemos proponer otro entre el Sentimiento y la Razón. Se puede articular *El Estado posible* como proyecto mientras se verifica la ingobernabilidad del *Paraestado*. Todo ensayo es el frustrado intento de organizar el caos que brota de la realidad o del imaginario. Trabajar en ambos mundos es la pasión, única vía para comprenderlos y quizá sobrevivirlos.

LUIS BRITTO GARCÍA

Happy

*“Hoy resulta que no soy de la estatura de tu vida
Y al dejarme casi casi se te olvida
Que hay un pacto entre los dos”*

Álvaro Carrillo

*“Ódiame por piedad yo te lo pido
Ódiame sin medida ni clemencia
Odio quiero más que indiferencia
Porque el rencor hiere menos que el olvido”*

Julio Jaramillo

*“Sé muy bien
Que como yo estarás sufriendo a diario
La soledad de dos amantes que al dejarse
Están luchando cada quien por no encontrarse”*

Enrique Bunbury

*“Regresa porque los ausentes
Son sobras del alma,
O sombras de amor”*

Jorge Oñate

1.

El bólido era un Escarabajo. Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad que aturdí a la mujer preñada que iba de copilota.

Ella veía, preocupada, pasar hospitales como alucinaciones, a su lado derecho e izquierdo. La velocidad desalmada que el piloto y padre de la criatura daba a esa máquina de los setenta se hacía aún más ardua por los huecos en esa carretera de polvo, a mitad pavimentada, que él debía esquivar con una dignidad de atleta.

Era algo así como una competencia de obstáculos, que ella vivía como si fuera una carrera de cien metros, y él como si fuera un maratón.

El niño, que nacería instantes más tarde, se sentía como un pedazo de hueso en un hirviente sancocho dominguero, meneado y aliñado por esa abuela con mucha fe que conocería horas después en el hospital al cual todavía no habían llegado.

Ella gritaba despavorida que ya estaba bueno, que parara en un puto hospital. Pero él sólo escuchaba la gaita que sonaba de fondo a todo volumen. Tenía otros planes en esa cabeza cubierta por una gorra de beisbol anaranjada con una Z bordada. Entonces se afincó todavía más en el acelerador que lo miraba, a sus pies, con extrañeza.

El olor a gasolina dentro del carro rojo ese luchaba contra la fragancia caribeña con que los cocoteros, bailando y aplaudiendo a su paso, impregnaban aquel ambiente febril y caótico.

Sus oídos, los del padre de la criatura, apenas escuchaban a lo lejos la gritadera de aquella mujer que, a su vez, sentía las patadas del bebé como quien toca insistentemente un timbre.

Era la hora de la vida. Tocaba nacer. Pero el padre, frente a ese volante, trataba por todos los medios de detener el tiempo, porque mi hijo debe nacer en el Hospitalito.

Y así fue. Pero no todavía.

El padre continuaba por esa avenida recta que cortaba la ciudad en dos y que a la hora del burro parecía infinita y alucinante, en medio de iguanas subidas en matas de mango que veían pasar ese Volkswagen como quien ve un juego de tenis.

El calor y la velocidad hacían ver en el horizonte espejismos, que para la madre era un hospital donde por fin parir, y para el padre era el bendito Hospitalito aquel donde él creía con fe ciega que su niño debía ver la luz.

Todo se volvió de pronto tanto que se olvidaron del niño que estaba por nacer, para perderse en los gritos de dónde debería nacer, en el calor asfixiante, en el color rojo del auto alemán y en los ojos tristes de los pajaritos cocinándose a fuego lento en esa ciudad anclada frente a un espejo de cristal.

Ese olvido súbito de su existencia por parte de todos le ofendió a ese niño por vez primera, en su vida todavía no nacida, un regalo que conservaría durante toda su existencia como un tesoro escondido, como una perla del Caribe: el don de la soledad que a partir de ese momento lo acompañaría por siempre.

2.

El niño había nacido. Pero una especie de guardia pretoriana impedía el paso de ese padre orgulloso a los ojos, todavía cerrados, de su niño.

Así que con artimañas de prestidigitador abordó a uno de esos pasantes que andaban sin desayuno ni almuerzo a las tres de la tarde, y te cambio ahorita mismo esta botella de ron por la bata blanca que llevas encima.

Ya con una nueva dignidad adquirida de ginecólogo sueco, procedió a entrar en el Hospitalito con ademanes de visitador médico, no sin antes armar hasta en sus últimos detalles el plan que lo llevaría a los ojos de su niño.

Plan que ejecutó hasta en sus mínimos detalles.

Fue así como se cubrió todo con botellas de ron debajo de la bata blanca, recién adquirida, cual si fueran bombas sostenidas con teipe en el cuerpo de un kamikaze nostálgico de quizás qué guerra olvidada.

El primero y más difícil de los obstáculos fue el vigilante de la entrada principal que se había ganado ese puesto a punta de no. Pero no hay caribeño que se resista a un trago de ron fondo blanco y al optimismo contagiante de un ginecólogo errante con cuentos picantes de mujeres de todos los colores y todos los talantes.

Pase usted, Doctor.

Y así siguió el testarudo padre saltando obstáculos en las olimpiadas de su felicidad. A su paso iba dejando un desastre cósmico de enfermeras bailando salsa con viejitos renovados y curados por las gotas benditas de ron que iba esparciendo por todo ese hospital, donde bailaban en los pasillos camillas borrachas con sillas de ruedas mareadas, enfermeras despechadas con malandros recién abaleados.

Lo que comenzó como una especie de viacrucis para ese padre desesperado por ver a su muchacho, poco a poco terminó convirtiéndose en una fiesta apoteósica por los miaítos del niño, que quiero que usted también se beba conmigo.

Al cabo de un tiempo, el padre desesperado por entrar en ese hospital sin trabas se había convertido en algo así como el libertador y padre de la patria

de ese Hospitalito sin insumos médicos y funcionarios mal pagados, donde ahora nada se movía si no era por la voluntad o aprobación suya.

Y como el poder que no se ejerce se pierde, vaya si el padre de la patria y del recién nacido utilizó el poder ese para seguir subiendo pisos del hospital, hasta llegar al último, al penthouse, al paraíso de los ojos de su niño.

La madre escuchó, desde su cama de recién parida, gritos festivos, riñas improvisadas de bar de mala muerte, apuestas de dominó y ajiley, y supo que el feliz marido y padre de la criatura había llegado.

Así fue.

Entró en la habitación aquella con un aire de mariachi mexicano y pistolas de plástico y le picó el ojo a la madre, mientras pronunciaba con palabras vestidas de ron su frase inaugural.

Llegó Happy.

El recién nacido reconoció inmediatamente la voz que durante nueve meses le cantó gaitas desde el mundo exterior, que apenas estaba conociendo, y por primera vez abrió los ojos, y se encontró con esos ojos color miel de Happy, quien con una sonrisa de oreja a oreja le dijo sin más, bienvenido a Maracaibo.

3.

Se despertaron a las tres y media de la mañana como, según la vasta experiencia de su hermana menor de diez años, debía hacerse.

Las cuatro hermanas recorrieron en puntas de pie el pasillo largo con cuartos a los lados que, al final, daba a un patio con matas de mango, níspero y tapara.

Eran como unas bailarinas de música clásica, silentes, tratando por todos los medios de no tropezar nada con sus pies puntiagudos para no despertar al ogro que dormía con una respiración de búfalo en el cuarto principal, junto a la madre de las muchachas.

En el patio yacían escondidos todos los utensilios que necesitaban para el propósito que se traían entre manos, desde hacía varios días ya. Pero ninguna de las hermanas confiaba en que su padre y hermanos iban a apoyarles. Y tenían razón.

La madre sí lo sabía, y era parte del plan, por lo que durante esa madrugada hizo todo lo humanamente posible por distraer a su esposo con artilugios sexuales de vieja escuela para que durmiera sus ocho horas como el bebé gordo que era.

Las hermanas pasaron revista de todo el botín escondido en esa ciudad de piratas:

Pepa de aguacate. Sí, aquí está.

Gancho metálico de ropa. Sí, aquí está.

Malta caliente con canela. Sí, aquí está.

Hierbas yanomamis. Sí, aquí están.

Almohada para amortiguar los golpes. Aquí está.

Escardilla para trabajos forzosos. Sí.

Lo único en lo que no se habían puesto de acuerdo las cuatro hermanas esas era sobre quién la empujaría por las escaleras como último recurso desesperado.

Comenzaron por la pepa de aguacate insertada de forma violenta sobre el orificio y sacada, una y otra vez, con una cabuya de volar petacas. Sigue ahí.

Después desdoblaron el gancho de ropa de metal brillante donde el padre colgaba sus camisas almidonadas e insistieron en el cuerpo de la hermana intervenida en ese hospital improvisado debajo de una mata de níspero. Sigue ahí. Más tarde, para acallar sus gritos mudos le hicieron beber una malta caliente con canela marroquí que le subió la tensión y la emborrachó, porque eso sí te lo hará expulsar, mujer. Sigue ahí. De un termo del café de la bisabuela sacaron agua caliente para la infusión con hierbas yanomamis que levantan a un muerto y matan al más pintao. Nada, sigue ahí. Entonces jugaron a piedrapapelotijera y la triste ganadora resultó ser la más experimentada, la menor de las hermanas, cuyo premio era darle con un palo de escoba golpes secos a la almohada que cubría su barriguita de adolescente algo hinchada ya. Sigue ahí.

Entonces no hubo más remedio. Al unísono, las tres hermanas sentenciaron a trabajos forzosos a la hermana encinta, dándole una escardilla porque no hay quien aguante a cuarenta grados a la sombra escardillar todo el patio que desde la muerte de la hicotea nadie había tocado.

Amaneció.

Al despertar el padre, la madre y los otros dos hermanos varones, encontraron a la hermana con cara de preñada, y caderas de preñada, y tetas de preñada, y ojos de culpable, escardillando el mundo en compañía de ese infante que nadaba en su vientre, sudando como en una sauna, a cuarenta grados a la sombra. Sigue ahí.

4.

Happy se despertaba muy temprano en la mañana y siempre era la misma imagen cuando abría sus ojos miel: una cantidad inconmensurable de caballos de carrera posando con jinetes somnolientos para la primera plana de la revista 5 y 6.

El cuarto estaba lleno de esas portadas de revista pegadas con almidón de yuca en las paredes, y sin espacio para una más. Sus ojos se encendían en fuego al ver semejante espectáculo hípico todas las mañanas de su niñez.

Conocía a cada animal de memoria, cada triunfo, cada estadística, su peso y hasta sus males de amores con las yeguas, porque él mismo, día a día, los paseaba mientras visitaba el hipódromo, después de su primer trabajo.

Saludaba a los caballos pegados a la pared e inmediatamente saltaba de su camita de soldado, cuya ventana interna daba al cuarto de su madre que lo vigilaba como una tigre a su cachorro.

Era el único varón de cinco mujeres y el penúltimo en nacer, y todos los días le pedía permiso a su madre para pasear en las tardes crepusculares a los caballos de carrera, que tenía pegados en la pared de su cuarto, en el monumental hipódromo que quedaba justo a una cuadra de su casa.

Su infancia estuvo rodeada, pues, de caballos y moscas.

Tenía varios trabajos. Al mediodía, después de la escuela iba al cementerio, que quedaba a unas cuerdas de su casa, y ahí limpiaba las lápidas y hasta las pintaba de amarillo, si le daban aliguito más. También se encargaba de limpiar el monte con la precisión de quien está podando un bonsái, y hasta podía hacer el mandado de comprar flores para su ser querido, doña.

Después de salir del cementerio corría a toda velocidad al hipódromo para colaborar con lo que se necesitase. Comenzaba por recoger del suelo, en medio de puchos de cigarros mal apagados, las revistas hípias que lanzaban enojados los apostadores adultos, tras perder una carrera.

Ahí tenía su botín del día. Esas revistas iban a parar en la pared de su cuarto.

Corría por horas junto a los compinches del barrio, montando palos de escoba como si fueran caballos de carrera, y se peleaban entre ellos por quién era Milton Barra, Juan Eduardo Cruz, Carlos Cruz o Gustavo Ávila, jinetes afamados de la época, y había entrega de premios y todo, y hasta se multaban entre ellos si cometíamos alguna infracción al momento de la partida. Pero después del paraíso hípico improvisado, se venía una pela porque llegábamos muy sucios, y a mí me echaban hasta kerosén con jabón ACE y cepillo, y no me quedaba otra que aguantar calláito las batukeadas de mi madre, porque si no era doble el castigo, y pare usted de contar.

La verdad era que deseaba con toda su alma ser jockey, y estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para llegar a ese fin.

Limpiaba mierda. Qué más. Bañaba caballos. Qué más. Les metía supositorios si antes de una carrera tenían fiebre. Qué más. Pero lo más sublime era pasearlos por toda la pista del monumental hipódromo de La Limpia, mientras les contaba sus problemas de niño.

Lamentablemente para Happy, con el pasar de los años los caballos se comenzaron a hacer pequeños y sus piernas cada vez más largas, y a lo máximo que podía aspirar ahora era a montar burras, muchacho, porque usted está demasiado grande y pesado.

Con esa frase se esfumaron, años más tarde, sus ínfulas de ganar el clásico Kentucky representando a Venezuela como jockey.

5.

Eran las mejores piernas de toda la universidad.

Llegaba siempre retrasada a la primera clase del día de derecho penal, saltando del bus en pleno movimiento, y por eso su paso apurado hacía todavía más apoteósica su entrada cada mañana.

Eran unas nalgas políglotas.

Entre más se esforzaba por acelerar su paso, más lento le veían todos esos hombres, y por cierto también mujeres, cual si estuviera bailando salsa un viernes en la noche.

Y ahí estaba él, Happy. Al acecho.

Los caballos de carreras y demás ocupaciones profesionales de su infancia y adolescencia le habían dejado poco tiempo para el terremoto femenino, por lo que al verla en pleno retraso, bailando como una mata de coco, volando colorida como guacamayo y caminando como ciempiés apurado, fue amor a primera vista.

Inmediatamente comenzó a racionalizar su plan con una precisión tan milimétrica que mientras lo llevaba a cabo, días y meses después, hasta llegó a dudar de su propia cordura.

No perdió tiempo.

Él mismo se volvió el ministro de comunicación de su propio sentimiento, comenzando así, *ipso facto*, a regar por aquí y por allá la especie de que esa mata de coco, esa guacamaya exuberante, ese ciempiés de mi vida, es mi novia y que es cuestión de semanas para que nos casemos, y el que me la mire, hable o toque es hombre muerto. O mujer.

Y así fue tejiendo con una paciencia de hormiga su trampa de araña.

Al otro día, ella tuvo que frotar sus ojos, al saltar del bus en pleno movimiento, como todas las mañanas, y notar con estupor que absolutamente nadie se fijaba en sus piernas deslumbrantes y sus nalgas políglotas.

Será que me volví fea, se preguntó a sí misma, con voz de mujer bonita.

Desde finales de su niñez, cual súbita intuición, se dio cuenta de que acaso no hay poder en el mundo más jodido que la belleza y, ya adolescente, comenzó a hacer uso de ella con una destreza de gata callejera.

Aquí todos se volvieron locos, susurró para sí.

Y es que nadie la miraba a causa del poder ultra terrenal que ahora ejercía Happy en aquella universidad, donde todos se babeaban por ella, pero más fuerte era el miedo hacia él.

Por más corta que era la minifalda, por más largas que eran las botas, por más corto que era el escote, por más larga que era la lengua, todos miraban los zamuros allá en el cielo, cuando ella pasaba.

Happy se frotaba las manos porque su cometido parecía finalmente concretado. Les metió a todos en la cabeza, a punta de labia, que ella era su novia oficial, y cuidado con una vaina.

Convenció a medio mundo de que eran novios, e incluso a esa muchacha que ahora, ni ella misma sabía por qué, caminaba de la mano de él por toda esa universidad llena de cujies y cactus.

6.

Fidelia llegaba todas las tardes con las sobras del almuerzo de la familia donde trabajaba en potes viejos de mayonesa.

Regresaba, muerta de cansancio, pero resucitada al improviso por ese niño suyo, Happy, que la esperaba en esa avenida principal donde la escupía el bus.

En esa ciudad había que trabajar para trabajar. Tomaba tres buses cuyo recorrido era infinito, y cuando pensaba que ya había llegado a su lugar de trabajo, había otro bus y otro y otro.

La vida se le escurría en el transporte urbano.

Al llegar al trabajo ya tenía tres horas de trabajo y, al terminar de trabajar, tenía que seguir trabajando, otras tantas horas más, para llegar a su casa y, por fin, tomarse su merecido descanso que consistía en lavar a mano los pañales de la hija menor, darle de comer a las cuatro hijas restantes y al único varón, que era Happy, esperar preocupada a su marido albañil, que llegaba con sus esperanzas curtidas de tanto sol y húmedas de tanto alcohol, y cantarle canciones colombianas, y darle de comer al ganso blanco que reinaba en el patio de la casa como amo y señor de la pobreza que esa familia dividía republicana-mente en partes iguales.

Ella había tomado el hábito de la lectura como remedio a sus largas horas de recorrido antes de llegar a su trabajo, y todo gracias a un librero que se encontraba diariamente en uno de sus buses, y que poco a poco la fue convenciendo que el mejor boleto para huir a la luna, de ida y vuelta, y con todos los gastos pagos, era la literatura.

Fue así como poco a poco los asientos de ese bus de Ruta 6, que recorría la ciudad bucólicamente, cual si fuese un viaje trasatlántico en buque, se fueron llenando de a poco por figuras que iban entrando en cada parada, y cuyos temas de conversación variopintos la mantenían distraída, mientras iba camino a su trabajo donde la realidad la esperaba: Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García, no dejaban puestos para más nadie, y la gente tenía que ir de pie susurrando

impropios maracaiberos contra esos escritores que no le ceden el puesto a las damas, nojoda.

Pero la realidad cada día terminaba por separarla de la literatura con el despertador, siempre puntual, del ganarse la vida.

Llegamos a su parada señora Fidelia, se le escuchaba gritar con ternura de ahijado al chofer del bus, que con todos era un ogro, pero con ella un angelito de la guarda dulce compañía.

Y así comenzaba su ajeteo cotidiano en una casa donde cocinaba platos exquisitos para una mesa donde no se podía sentar, limpiaba pañales de tela para hijos que no había parido, lustraba una casa que no podía habitar, hacía compras para una nevera que no tenía, y cuidaba perros que comían mejor que Happy.

Además, la casa era un campo de batalla donde cada cuarto y baño estaba minado por la mala leche de sus habitantes.

Era una familia inconforme y obstinada: lo tenían todo.

Fidelia debía luchar con cada habitante de cada cuarto para poder pasar a limpiar, porque desde que se hicieron ricos cada uno de ellos se quedó, de pronto, como perplejo mirando el techo y pensando en la inmortalidad del cangrejo.

La plata convierte a la gente en zombis, solía decirse Fidelia entre dientes.

Cuando por fin lograba terminar de arrear a esa gente para que abandonaran los cuartos, y así dejarle limpio cada espacio de su aburrida vida, ya era la hora de volver, no sin antes recoger y embolsar el almuerzo que ella no se comía, para llevárselo a sus tripones.

Volvía, muerta de cansancio, pero resucitada al improviso por ese niño suyo, Happy, que la esperaba feliz por su llegada y por los potes de mayonesa, en esa avenida principal donde la escupía el bus.

7.

Ella le haría la seña de que podía entrar, una vez terminada la visita formal a la casa de sus padres.

Haría como un lorito australiano y Happy sabría que debía pasar, otra vez, a la casa de donde había salido como un novio decente para adentrarse ahora como un fantasma erótico de la noche maracaibera.

Comenzó entonces ella a hacer como un lorito, y había entrado tanto en el personaje, que hasta movía sus brazos y piernas como un loro caminando.

Happy entró silente e iluminado por el único poste de luz que servía en toda la cuadra, para su desgracia.

Él era blanco, como puede ser blanca una nube, con un pelo catire que brillaba en la noche, unas patitas delgadas y musculosas de futbolista, y una autopista recta que iba desde los talones a los hombros, porque no tenía nalgas.

Ella lo esperaba escondida en la oscuridad de esa sala principal, donde se encontraban los muebles, plastificados para que no se dañen, que a las seis de la tarde les servían a los novios formales como escenario para conversaciones infinitas que sublimaban el sexo salvaje que en realidad querían tener, alejados de las chaperonas de las hermanas y las apariciones fortuitas del padre para preguntar, qué hora es.

La visita terminaba a las nueve de la noche y Happy tenía que esperar hasta pasada la medianoche para poder volver a entrar furtivamente en esa casa, cuya oscuridad era estillada por las flatulencias y ronquidos nocturnos del padre de mi hija que será virgen hasta el matrimonio.

En esa sala donde ella aguardaba, excitada ya, no se veía absolutamente nada, no solo por la obvia oscuridad, sino también porque su piel café con leche se fundía con la noche, como el café con la leche.

Eran las mejores piernas de la universidad. Pero durante esa madrugada, Happy entendió que aún mejor que verlas, era tocarlas en el desastre de la oscuridad. Sus senos eran leves, de india caribe, y aún mejor que verlos tocar su delgada franela empujada por el marullo del lago, era buscarlos piratamente

como tesoro perdido en el descalabro de esa calurosa noche. Sus nalgas políglotas eran imponentes y apretadas al verla caminar como ciempiés apurado, pero sentirlas bailando tamborera arriba de Happy, era de muerte lenta.

Afortunadamente nadie murió esa noche, ni las que siguieron, en los innumerables encuentros furtivos de ese estudiante de ingeniería y esa estudiante de derecho. Todo lo contrario, fue la vida.

Happy entró en ella hecho millones, y salió dejando a un único ser que flotaría durante nueve meses en un cálido vientre, hasta inicios de noviembre, en ese Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad que aturdiría a la mujer preñada que iba de copilota.

8.

Habían pasado solamente tres días desde que nació el niño.

Y ella, recién parida, no podía esperar más. Los ricos suelen decir que el tiempo es dinero. Ello es cierto, pero irónicamente es aún más cierto para los pobres. Cada día contaba, y ella se tuvo que reincorporar inmediatamente a la universidad, porque tenía que terminar rápido su carrera.

Además, el acuerdo había quedado bien claro entre ella y Happy. Él trabajaría de sol a sol como obrero en el mundo de la construcción y suspendería sus estudios de ingeniería para que ella pudiese continuar sus estudios de derecho y, una vez graduada, entonces Happy retomaría y finalizaría su carrera.

Trato hecho.

Otra vez aparecieron las piernas más lindas de la universidad saltando de ese autobús de Ruta 2, pero ahora con un niño en brazos. Todos se quedaron atónitos, como siempre, a su paso.

Desde que parió, la caraja se puso más buena todavía, pensaron todos polifónicamente.

Y así, comenzaba la rumba de vaivenes para ese recién nacido, que ella dejaba en brazos de las amigas para poder entrar a sus clases de derecho, sin la desconcentración del infante.

El pequeño iba pasando entonces de brazo en brazo, llevado por estudiantes de las más variadas especialidades, y era así como se paseaba, cual perro por su casa, de los pasillos de odontología a los de veterinaria, de los de ingeniería a los de medicina, del comedor estudiantil a la capilla universitaria, donde en diciembre alguien lo dejó olvidado en el pesebre como niño Jesús.

Fue así que desde los tres días de nacido ese niño se comenzó a crear una dudosa fama de filósofo erudito en esa universidad, donde escuchó conversaciones de todas las materias y especializaciones de física y biología, se durmió en laboratorios químicos en medio de los experimentos más delirantes, y se arrulló con los libros de los autores más impensables de la literatura universal: Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García.

A ese carajito como que le van a gustar esas vainas, decretó su abuela Fidelia en una tarde de fresco marullo desde su mecedora bordada de reina. Aunque ella intuía que esa vaina de la filosofía era para gente nacida entre pinos, neblina y montañas con copos de nieve e invierno, otoños y primaveras amarillas, y cuando el niño nació lo que vio por la ventana del Hospitalito fueron pericos gritones, zamuros aburridos, y cujies enterrados sobre tierra anaranjada y un calorón tan espeso que podía tocarse con las manos y hasta masticarse.

Entonces la madre terminaba su media jornada de clases y salía a buscarlo por toda la universidad, en medio de chiflidos que solo el niño reconocía, y preguntando por aquí y por allá si alguien sabía del paradero de su hijo de tres días de nacido. No, por aquí no lo hemos visto. Y así iba, siguiendo el olor de su hijo como tigra recién parida, de los pasillos de odontología a los de veterinaria. Por aquí no ha pasado. De los de ingeniería a los de medicina. Aquí no está. Del comedor estudiantil a la capilla universitaria, donde finalmente lo vio como niñito Jesús, moviendo sus piernitas acolchonadas como nubes, con la mula y el buey del pesebre en su boca como chupón.

9.

Pocas veces alguien había visto llorar a Happy.

Ese catire era tan blanco y amarillo que lo llamaban sol de frente. Brillaba por su pelo largo dorado, pero más aún, por su carácter ligero, como los pies de un boxeador peso pluma, y su buen talante de pescador.

Pero ese día, en ese piso veintitrés de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que además nunca habría podido vivir, se vio a sí mismo comiendo con desgano una viandita de un pote de plástico, tan deprimido como él.

Frente a Happy estaba el lago de playas diáfanas y agua dulce con ese viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce.

Happy con un casco de plástico. Happy con botas de construcción. Happy masticando de mala gana el almuerzo de su desgracia. Happy triste.

Según su propia memoria, despolvada años más tarde, él había llorado pocas veces en su vida. Los llantos que más evocaba era el día que, como obrero improvisado, tuvo que dejar sus estudios de ingeniería para darle de comer al recién nacido ese, o el día que murió su madre Fidelia, muchos años después.

Solo meses antes todo era fiesta y gaitas en su barrio Francisco de Miranda, y sus alrededores. Eran algo así como una pandilla de gatos descamisados que, desde el jueves, andaban cantando la zona para ver en cuál de esas casitas bajas de los alrededores había una fiesta para colarse y armar la parranda gaitera.

Ya para el sábado esos muchachos tenían bien precisadas las casas que en su frente tenían palmas de coco en forma de cruz, pues esa era la señal de moda para presumir que en ese lugar habría unos quince años, bautismo, primera comunión, despedida de soltero o matrimonio. Aunque realmente ellos preferían las rumbas de divorcios o entierros, donde la felicidad y la tristeza eran más honestas, y la parranda era hasta el amanecer del tercer día, cuando el muerto resucitaba según las escrituras.

Ellos eran los primeros en llegar y los últimos en irse. Eso sí, se caracterizaban por tomar el control total de la fiesta, distribuyendo los tequeños, empanaditas y bollitos pelones, pero sobre todo el ron y las cervezas de los cuales ellos eran amos y señores. Como era costumbre en Happy, después que tomaba el control de la situación con su carisma de músico, nada se movía si no era por la voluntad o aprobación suya.

Pero en ocasiones la vaina salía mal y entonces descubrían que Happy y su manada de gatos gaiteros no eran amigos de la novia de la boda, pero tampoco del flamante marido; no conocían al infante recién bautizado, ni al padrino o madrina, y lo único que compartían con el difunto era la ropa prestada, aunque se les viera repartiendo el café en el velorio y llorando con más pasión y extroversión que la misma viuda buenota, con caderas de guitarra y nalgas de violonchelo.

En esas ocasiones, al ser descubiertos, no les quedaba más remedio que correr por sus vidas a través del largo pasillo de esas viejas casas maracaíberas, desde el patio hasta el frente, pasando por todos los cuartos de esa familia que no conocían, mientras que desde el borde inferior de los pantalones de los gatos esos caían tenedores, cuchillos y cucharas de plata de la bisabuela alemana que ellos se acababan de robar para poder comprarse una botella de ron una vez que la fiesta hubiese concluido.

El ruido metálico de la vajilla hurtada era entonces como el de muchos timbres de muchas casas sonando al mismo tiempo, mientras ellos apuraban el paso en ese corredor infinito, con media fiesta detrás de ellos lanzándoles vasos con hielo, pailas viejas, tequeños mordidos, y hasta la vela de comunión del niño que se había derretido con el calor del mediodía, y parecía más bien un bumerán que volaba por el recinto en cámara lenta.

Las carcajadas de ese adolescente de cabellos rubios y largos como los de un Jesucristo del Renacimiento, que se escuchaban incluso en Cabimas, más allá del puente sobre el Lago, le forjaron ese sobrenombre que entre todos le tatuaron con colores de guacamayo a su infancia y adolescencia. Happy.

Era precisamente en esos bellos momentos en lo que él estaba pensando ese día, en ese piso veintitrés, de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que nunca habría podido vivir.

Se vio entonces a sí mismo comiendo con desgano de una viandita de plástico, tan deprimida como él. Frente a Happy estaba el lago con su viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce.

Pero de pronto, en el momento de más melancolía, pensó en aquellos ojos color miel, iguales a los suyos, de su tripón recién nacido y, al improviso, el cielo dejó de ser azul y blanco y se tiñó de todos los colores de todas las banderas del mapamundi, porque entre la tierra y el cielo se había improvisado una cúpula celestial de pájaros volando y cantando como si no hubiera mañana.

Las carcajadas de ese muchacho de cabellos rubios y largos, como los de Jesucristo, se escucharon entonces incluso más allá del puente sobre el Lago, allá en Cabimas.

Happy, a pesar de los pesares, seguía siendo Happy.

10.

Antes de salir ella a la universidad con su niño en brazos, la casa era como una especie de mercado árabe donde la gente se peleaba por tomar la palabra en medio del vapor del café recién colado que todo lo cubría, como neblina merideña.

Era una casa cuya mayoría aplastante estaba hecha de mujeres diferentes en todo entre sí, y unidas únicamente por el apellido del padre y la madre, y el ciclo menstrual.

Desde muy pequeño el niño se despertaba escuchando los relatos de tías y primas y abuelas y madrinas que en la noche hablaban con sus muertos de cualquier tema, en cualquier parte de la casa, y en la mañana lo contaban todo con lujo de detalles y una vehemencia de político.

Durante toda su infancia escuchó en la casa de la abuela materna susurros como de velorio, en las noches, y gritos de bar de mala muerte, en las mañanas, mientras se echaban esos cuentos de nunca acabar.

Esto le hizo entender que acaso hay algo más de elegancia en estar muerto que vivo.

Figúrate que anoche se me apareció tu tío abuelo con las llaves que se me habían perdido en la mano derecha. Ese es el cincuenta y uno, juégatelo para la lotería del Zulia. Te cuento que esta madrugada se me sentó en la cama la tía madrina, preguntando por sus cotizas. Ese es el cuarenta y cuatro, juégatelo para la lotería del Táchira. Figúrate que anoche abrí los ojos y me estaba mirando fijo la menor de las primas, la que se ahogó en sus propias lágrimas en la playa de Caimarechico. Ese es el 11, juégatelo que sale fijo.

A partir de ese momento, para ese niño, y para el futuro adulto que sería, se volvió normal escuchar todo tipo de ruidos, y ver todo tipo de sombras en la noche y, lejos de acostumbrarse, le siguió temiendo como el primer día.

Aunque bien sabía él que en esa ciudad había que temerles más a los vivos que a los muertos. Por eso en las mañanas de su infancia se escondía debajo del carro de su tío cuando pasaban, cambiando fe por ron, aquellos

borrachines con sus chimbangles de ese San Benito negro del Sur del Lago, al cual tanto le temía el niño, y varias veces casi lo atropella el propio tío saliendo de retroceso, borracho y medio.

Entendió así que debía cuidarse en la noche de los muertos y en el día de los vivos.

Precisamente en eso pensaba, cada mañana, cuando salía en los brazos de su madre a la universidad en ese bus donde recordaba los cuentos de sus tías y primas y abuelas y madrinas, e intuía con una sensación agrisulce que algunas de estas noches, seguro, uno de esos muertos guachafiteros le jalaría los pies en medio del sueño.

A él en realidad le preocupaba sobre todo que, a su joven edad, no tuviese nada que decirle a alguien con tanta experiencia como un muerto.

En las mañanas, apenas salía su abuelo, El Búfalo, del cuarto principal recién despertado, todo ese mujerero callaba a una sola voz, como llevadas por la batuta de un director de orquesta, y dejaban de hablar de las tertulias nocturnas con sus muertos, y sin más salían despavoridas cada una para su trabajo, escuela o universidad. Todas ellas tuvieron siempre algo que esconderle a su padre, por eso andaban por aquí y por allá con caras de culpable, hasta el mismísimo día de su funeral.

Además, las únicas que hablaban con esos muertos en las noches esas eran las mujeres. Por eso en esa familia los hombres se aburrían a la hora del desayuno, bostezando y mordiendo la arepa con queso cebú de mala gana.

Todos los hombres se aburrían en las mañanas de esa casa, menos el niño ese.

La preocupación crecía cada día más en la familia, a causa del niño, y el rumor corrió como pólvora por todo el barrio: Happy era ateo.

Fidelia dejó de leer en sus trayectos cotidianos a su trabajo. Se quedaba lela mirando el horizonte de su vergüenza por haber concebido un hijo que, por nada de este mundo ni del otro, se quería arrodillar ante Papá Dios y La Chinita.

Que no creyera en Papá Dios se le podía perdonar, pues, al fin y al cabo, uno nunca sabe quién es el padre de la criatura. Pero de la madre no se puede dudar, pensaba Fidelia en sus adentros. Este carajito no se quiere ni siquiera arrodillar frente a La Chinita, nada más y nada menos que la madre de Dios, se dijo indignada.

Entonces cambió las lecturas de Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García, por la Santa Biblia en su versión empastada, porque entre más elegante sea la Biblia, más rápido se llega al cielo.

Más de una vez se le vio arrodillada, en el santuario improvisado de su propio cuarto, pidiendo perdón por el despropósito de Happy de ser ateo a tan corta edad. Se arrodillaba y posaba sus codos sobre ese altar, resumido en una mesita chueca cubierta por un mantel improvisado de fiesta de quince años, y un montón de velas que iban llorando a fuego lento frente a estatuas, estampillas y retratos de vírgenes, ángeles, arcángeles, santos, beatos y pare usted de contar.

Hasta en el patio, el ganso blanco que ella criaba con devoción cristiana la escuchaba, durante esos días aciagos, confesarse con La Chinita, virgen yo no creo mucho en tu hijo, porque yo sé cómo son los muchachos de uno, pero en ti sí creo, así que te suplico arrodillada ante ti, que hagas que mi hijo tenga la humildad de arrodillarse también ante el Padrehijoyesíritusanto en su primera comunión.

Pero al parecer nadie allá arriba en el cielo la escuchaba.

Happy seguía reacio a arrodillarse en medio de esos ensayos calurosos y eternos de su primera comunión. Menos mal que no existe una segunda y tercera comunión, porque si no me mato y no resucito al tercer día, ni de vaina,

se decía entre dientes, mientras los monaguillos trataban de convencerlo de los beneficios probados que tiene en el más allá arrodillarse en el más acá.

Y es que por timidez, o acaso por orgullo, o pena, Happy no le dijo nunca a nadie el porqué de su negativa rotunda a colocar sus rodillas sobre el piso de esa iglesia abarrotada de gente, donde se vendía en plena misa mango verde con adobo y sal, para amenizar la homilía de tres horas, a cuarenta grados a la sombra.

Usaron todo tipo de artilugios para hacerlo cambiar de idea y, ni siquiera en el confesionario ese, el cura logró con crueles amenazas de un infierno encendido en llamas que ese niño se arrodillara o, al menos, confesara por qué no quería hacerlo.

Y así se escurrió el tiempo en días, semanas y meses en medio de aletargados ensayos en esa iglesia de ricachones, donde Fidelia había logrado que lo aceptaran, por favor, con la ayuda de la familia pudiente donde trabajaba.

Así deben entrar los niños a la iglesia. Ajá. Así deben caminar los niños al entrar a la iglesia. Ajá. Así deben arrodillarse los niños en la iglesia, una vez que entren. Y ahí nuevamente se trababa Happy y se quedaba de pie, mientras todos los otros niños lo veían desde abajo, arrodillados.

Domingo. Llegó el día de su primera comunión.

La iglesia se ubicaba en una zona pudiente, cerca del lugar donde Fidelia limpiaba esa casa ajena, cada día. Estaba abarrotada de olorosas madres y tías ricachonas con una elegancia rococó y unas pollinas en sus cabellos altas como olas de surf y sostenidas por una laca de aerosol que olía a bomba de gasolina.

El mal gusto antes de verse, se huele.

Como en los ensayos, Happy entró con solemnidad. Ajá. Caminó por toda la iglesia con solemnidad. Ajá. Llegó a las escaleras que daban al altar con solemnidad. Ajá. Y llegado el momento de arrodillarse, trató de no hacerlo. Pero sintió detrás de sí las miradas puyúas de los copetúos presentes y escuchó los sonidos carrasposos y moralistas de sus gargantas. Entonces no tuvo más remedio que arrodillarse. También con solemnidad. Ajá.

Mientras acercaba sus rodillitas de presunto ateo al suelo, todos los ahí presentes vieron en cámara lenta cómo sus zapaticos viejos, de ir a la escuela, jugar al fútbol y usar los domingos, se abrían sin más por detrás como la boca de un cocodrilo famélico. De ahí salían hilos plásticos, como tela de araña. Era como una pega chiclosa y vencida, entre la suela y la parte superior del zapato, que dejó, aún más apenado por ser pobre a ese pobre niño.

Fidelia entendió entonces que Happy no era ateo. Y Happy entendió, a ciencia cierta, qué era el infierno.

12.

Happy, ahora que el recién nacido estaba fuera del vientre de su madre, tenía miedo hasta de caer en uno de los tantos huecos de la carretera por temor a propiciarle algún malestar, o alergia, o enfermedad futura.

En el Hospitalito, Happy había tenido un altercado, que casi pasa a mayores, porque a él no le gustó la forma como miraba uno de los pediatras al bebé. Esa mirada del Doctor pelirrojo ese, seguro va a hacer que le dé al carajito un ataque de hipo en su adolescencia, decía altanero Happy, mientras tres enfermeros trataban de agarrarlo.

El recién parido parecía más bien él y ello fastidiaba, tú no te imaginas cuánto, a la verdadera recién parida, que lo miraba, indignada, con desdén.

Pero esto no era nuevo. Durante el embarazo, la barriga también le comenzó a crecer a Happy. Muchos interpretaron eso como signo del destino de que sería un buen padre. Pero hasta el niño, que para entonces todavía se estaba gestando en el vientre materno, sabía que era por las cajas de cerveza que se bebía con sus amigos para aplacar el calor sofocante del trabajo de obrero y relajar su inexplicable estrés, porque como le decía ella con las manos en las caderas de preñada, no eres tú el que va a parir, carajo.

Varias veces su mujer en plena gravidez, y con ese barrigón puntiagudo porque era varón, tuvo que llevar a Happy con los síntomas más delirantes al hospital, en las horas más inapropiadas.

Entonces recomenzaba el interrogatorio del médico, que ya varias veces había tratado a Happy de emergencia, al lado de su señora con las dos manos en su barriga y los ojos mirando al cielo.

¿Vómitos, señor? Sí, respondía Happy haciendo un puchero. ¿Mareos? También. ¿Taquicardias súbitas? Sí, súbitas, añadía Happy con los ojos llorosos. ¿Pérdida del sentido del espacio? Sí, del espacio. Y también del tiempo, añadió fastidiada la mujer embarazada, recordando todas las noches que llegó a deshoras con olor a caña y dominó. ¿Reflujo? Sí, Doctor, desde que mi esposa está embarazada soy alérgico al gluten. ¿Náuseas? Sí, Doctor, sobre

todo ante el olor del ganso malcriado y la hicotea centenaria de mamá Fidelia. Y así fue interrogando el Doctor, hasta que llegó a la pregunta que su mujer estaba esperando, y que ella misma respondió.

¿Antojos?

Pues resulta que al susodicho, desde que yo estoy preñada, le dio por tener antojos de ver atardeceres en la Bahía de Juan Griego en Margarita. Qué más. Escalar dunas de arena del desierto falconiano. Qué más. Nadar con delfines en Cumaná. Qué más. Amanecer acampando en Chuao. Qué más. Desayunar camarones a la orilla de los cayos en Morrocoy. Qué más. Tomarme una foto con un plátano verde en la cúpula del Vaticano. Qué más. Casar a mi hijo en París. Qué más. Perderme en un aeropuerto en Ámsterdam. Qué más. Saber cómo seré cuando llegue a los setenta.

Pero Happy, no seas ridículo, si tú no conoces ninguno de esos lugares, dijo la esposa algo contrariada y ya fuera de sí, con su hijo riendo en su vientre.

Pero los conoceré, dijo sin más Happy.

Y remató. Además, el chiste de los antojos es ese, antojarse de lo que no se puede.

13.

Después de la rumba en el Hospitalito donde se bebieron los maitos del niño, en medio de un berenjenal apoteósico, por fin llegó la hora de irse a casa. Pero cuál casa.

El bólido era un Escarabajo. Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad tan lenta que aturdió a la mujer recién parida que iba de copilota con un niño recién nacido en sus brazos.

Happy manejaba lento y taciturno, esquivando los huecos ancestrales de la interminable avenida La Limpia que corta la ciudad en dos. El silencio era elocuente y ambos sabían la razón que hipócritamente callaban.

El papá del recién nacido rompió el espectral silencio. Detuvo de golpe el carro. Colocó su frente fruncida sobre el volante. Suspiró y le preguntó a su mujer lo que él sabía que ella no sabía, ni él tampoco.

¿Y ahora a dónde vamos?

El semáforo se puso en rojo. Estaban anclados los tres ahí, en esa intersección de la vida, sin saber si seguir derecho, cruzar a la izquierda o a la derecha, o simplemente retroceder el tiempo que ya no se podía, pues ahí estaba ese niño recién parido que, la verdad, no había pedido ser robado de la nada, de donde lo sacaron, para venir a este mundo.

El semáforo pasó a verde. Happy tragó grueso y emprendió, decidido, el camino.

En cuestión de segundos él hizo un bosquejo, que parecía más bien un mapa del tesoro, con las direcciones de familia y gente amiga que, estaba seguro, le habrían dado un techo para pasar la primera noche del niño fuera del Hospitalito.

Comenzó entonces Happy a tocar puertas y ventanas y a chiflar y gritar con simpatía y optimismo en cada una de las casas que había señalado en el mapa. Ella esperaba, sudada, en el Volkswagen rojo para proteger al recién nacido del sol inclemente, y de lo que estaba pasando.

Nadie salió. Nunca.

De pronto, casas que estaban encendidas con gaita y vallenato a todo volumen, y gritería y riñas entre marido y mujer y suegras incluidas, y gallos cantando y perros ladrando, se transformaban en un desierto sin oasis, donde nada sonaba o se rompía.

Apúrense y escóndanse debajo de las camas, adentro de la nevera y arriba de los techos, que están llegando el niño, María y José.

Y por más chiflidos y gritos que pegara Happy por horas y horas, nunca nadie salió, ni por curiosidad. Happy, que era gaitero, intuyó entonces que en la música, como en la vida, los silencios son más afinados que las mismísimas notas.

El silencio ese fue roto por el bólido encendiéndose y retirándose de cada una de esas casas muertas, cabizbajo y derrotado, con dirección a la estrella de Belén que titilaba azul a lo lejos.

Aquella noche esa estrella, allá arriba, sería el primer techo del niño.

Y el Volkswagen rojo su pesebre.

14.

El marido de Fidelia no había podido imaginar que esa casa que había construido de mala gana, regañado por su mujer, para que viviera su recién casada hija, habría servido en un futuro para que su nieto tuviera su primer techo, prestado.

La estrella de Belén les había llevado hasta esa casa de portones de ciclón gris claro, donde vivía con su esposo una de las hermanas mayores de Happy que, por cierto, en el futuro habría de amamantar al niño.

Ahí había un anexo de, apenas, un puñado de metros cuadrados donde esos tres sintecho podrían, por fin, intentar ser la familia que nunca habían sido, ni habrían de ser.

El techo de ese anexo prestado era de zinc, y bien se podría decir que fue el primer juguete del carajito ese, porque cuando caían los mangos sobre su superficie, haciendo un ruido metálico fortísimo, el niño soltaba una carcajada tan estruendosa que se escuchaba a kilómetros.

Sucedió en varias ocasiones que cuando el recién nacido estaba de mal humor, y lloraba desconsolado por teta, Happy se montaba en la mata de mango, cual Tarzán desempleado, y comenzaba a lanzar mangos desde ahí arriba, y hasta que el niño no comenzaba a soltar esas carcajadas que terminaban en tos o hipo, no paraba sus lanzamientos de pitcher de las Grandes Ligas.

Pero esa era solo una de las atracciones diurnas del techo de zinc ese para el infante.

En las noches el niño pedía una teta que no terminaba de llegar y el techo idolatrado ese cumplía así con un rol fundamental en la arquitectura de su naciente vida, pues por estar viejo, oxidado y lleno de huecos, la luz de la luna entraba por entre sus orificios corroídos.

Se formaba así un improvisado cielo estrellado, cada noche, a causa de esas breves ráfagas de luz que se colaban por entre los huequitos carcomidos del techo ese que el niño admiraba, plácido, hasta que el sueño lo derrotaba.

Cuando por fin se quedaba dormido, de pronto llegaba un silencio absoluto en ese anexo porque la verdad era que Happy y ella no tenían más nada que decirse, hasta que el niño, por un motivo u otro, volviera a despertar con hambre o sed de justicia y, a falta de teta materna, Happy debía subirse nuevamente a la mata a lanzar los mangos de su nutritiva felicidad.

El marido de Fidelia, y abuelo paterno del niño, al enterarse de los huecos en las láminas de zinc del precario anexo, se llegó un buen día decidido a cambiar él mismo, con su experiencia de albañil andino, el techo prestado de su nieto recién nacido.

Al ver Happy, desde la mata de mango, al abuelo con esas láminas nuevas y relucientes, se lanzó despavorido como paracaidista con los brazos abiertos de una de las ramas más altas, mientras que en caída libre gritaba, ni te atrevas papá.

En pocas horas el niño pasó de no tener techo, a enamorarse perdidamente de un techo de zinc, donde *triste veía caer la lluvia* durante esas noches sudorosas en las cuales se iba la luz eléctrica a cada instante, dando paso a las estrellitas de Belén que se colaban por entre *el cielo alto y estrellado del Caribe* de su techo de zinc.

Terminó la temporada de mangos y el niño no dejaba de llorar. Y, de pronto, no se escuchó más por un buen rato. Happy, como siempre, se dio cuenta del asunto antes que nadie, y con una especie de instinto maternal que nunca perdió, ni siquiera en su vejez de abuelo omnipresente, comenzó a buscar peregrinamente al muchachito por toda esa casa de techo de zinc.

A medida que iba avanzando en su recorrido de detective miope, su corazón se aceleraba de más en más y sus chiflidos se hacían cada vez más estruendosos. Era así como solía llamarlo.

Buscó por toda la casa, menos en el cuarto principal donde dormían su hermana y esposo, por respeto. Tocó entonces la puerta y una voz de madre le dijo desde el más allá, entra Happy. Al entrar, él no lo pudo creer.

Su hermana estaba sentada en la cama dando de mamar, al mismo tiempo, al hijo de ella, recién nacido, y a su bebé, hasta ese momento desaparecido.

Happy se quedó como embobado ante tal escena y, no sabe por qué, recordó de un solo golpe todas aquellas veces que vio imágenes que él consideraba penosas al entrar sin tocar en un baño, o cuarto, de aquella casa de su infancia, repleta de mujeres donde se crio. En cada una de esas ocasiones sintió el mismo dolor intestinal de cochino a punto de ser sacrificado.

¿Y entonces?, dijo Happy.

Bien sabes que se acabaron los mangos, respondió su hermana con esos dos primos mamando teta, que la miraban de abajo hacia arriba.

Pero la cosa no terminó ahí, no se limitó a un asunto familiar. Durante los primeros años de su niñez era usual que el tripón desapareciera de su cuna, para aparecer en los lugares más inhóspitos del barrio, agarrado de una teta ajena, compartida con otro primo hermano de la vida.

Pero la cosa tampoco terminó ahí. A partir de ese momento comenzó a ser robado de su cuna por perras callejeras recién parías que con la suavidad de sus hocicos lo despertaban y se lo llevaban a donde estaban sus cachorros hambrientos, con quienes se codeaba para agarrar la teta con más leche.

En otra ocasión, el niño no le dirigió la mirada a su padre durante una semana por haberlo rescatado de una familia de gatos rayados, donde se llegó a sentir más a gusto que en su propia casa prestada.

Fue así que Happy tuvo que acostumbrarse a que se robaran al niño del pesebre y, más aún, a encontrarlo pegado de tetas de todos los colores, formas, tamaños y direcciones postales, feliz de la vida, y sin extrañar siquiera el sabor y ruido de los mangos que Happy con tanta dedicación le propiciaba.

Las tetas le enseñaron desde cachorro que en el barrio acaso nacemos de las mujeres, perras y gatas más diversas, pero todos somos hermanos.

Fidelia y Happy habían preparado el plan y lo estaban repitiendo y memorizando en voz alta cuando, al improviso, entró su marido.

De repente todo fue silencio. Roto solamente por el ganso de Fidelia allá en el patio, al lado del cuartico de herramientas del abuelo que era, acaso, el lugar más misterioso de la casa de infancia de Happy.

Era algo así como un rectángulo con techo de zinc, en la parte posterior de la construcción, con un muy particular olor a chiripa que Happy y su futuro hijo pudieron evocar pasadas las décadas, y una inmensidad de utensilios para resolver cualquier acertijo que tuviera que ver con albañilería tropical.

Era un laberinto de objetos excéntricos de todas las edades que poseían todavía el cemento fresco en su superficie, pasados incluso los años.

El abuelo cuidaba ese cuarto de herramientas, y recuerdos, con su vida. Era su paraíso más suyo, su verdadera casa en la casa. El que le permitió trabajar y ponerle una arepa en la boca a sus hijas y a Happy chiquito. Nadie podía entrar, y el que quiera mis herramientas tendrá que esperar que me muera.

En el fondo él amaba su trabajo de albañil que, además, le ganó un cierto prestigio entre las viudas de ese barrio que había construido con sus propias manos y sin ayuda de nadie.

Rara vez se llevaba a su hijo Happy al extenuante trabajo, y si lo hacía era más como paseo vacacional que como ayuda efectiva a su trabajo de albañil. Al final de la jornada, el niño lo veía sacar del bolsillo trasero de su pantalón de caqui, todo manchado de todo, su carterita de ron de quince bolívaes que le hacía ver la vida en colores, después de doce horas de cachúo sol caribeño.

El ron le calmaba el alma y le hacía fruncir menos el ceño.

Por eso Fidelia siempre le perdonó ese breve defecto de fábrica con el que vienen todos los albañiles, como expresaba altanera ella misma, en esos domingos de sopa de osobuco y ron que tanto le gustaba beber, también a Fidelia, cuando el alma se le arrugaba.

El pobre es feliz mientras esté borracho, solía repetir los domingos, mientras meneaba la sopa y bebía escondida con los nietos mayores.

El abuelo, con la botellita casi por acabársele, pedía entonces su buena taza de sopa de osobuco hirviendo a más no poder y, al quemarse, entre el enojo y la borrachera, despotricaba a los cuatro vientos que esa vaina no era osobuco, y que el cangrejo que le pusiste a la sopa, Fidelia, está vivo y me mordió la nariz.

Era la única forma de percibir su voz, pues era un hombre silencioso y taciturno que cuando no estaba trabajando de sol a sol, estaba en su mecedora, debajo de la mata de níspero con su radio rojo AM de pilas, donde nunca se llegó a escuchar música, sino únicamente noticias que él buscaba frenéticamente sin pronunciar palabra.

Desde esa mecedora vigilaba en las tardes su cuartico de herramientas, mostrando los dientes de perro de la calle si alguno de sus hijos o nietos intentaban por algún motivo entrar en ese cuartico de su secreto.

Un buen día el abuelo regresaba del trabajo trastabillando por la carterita de ron que tenía en el bolsillo y que se había bebido casi íntegra. Se tropezó casi entrando a la casa, y cayó de nalgas, y al sentir el líquido en su trasero se dijo a sí mismo, ojalá sea sangre y no ron.

El último trago de ron era sagrado para el abuelo, a tal punto que solía esconderlo en el cuarto de herramientas y olvidarlo ahí por siempre jamás, hasta que algún día, buscando otra cosa, se topaba con la buena noticia de una carterita con algo de ron. En esas ocasiones no le quedaba más opción que brindar por la vida consigo mismo, feliz y silencioso.

Pero como Fidelia todo lo veía con el único ojo que le había quedado después de aquel accidente laboral, sabía el santo y seña de cada botellita que su marido había olvidado en ese cuarto de herramientas. El olvido del abuelo era tan bueno que bien podría decirse que estaban muy bien escondidas las botellas esas.

Fidelia y Happy estaban por entrar pues al depósito de herramientas ese, lleno de carteritas de ron de quince bolívaes, medio vacías y medio llenas, cuando al imprevisto entró su marido trastabillando y con las nalgas mojadas.

Tuvieron que abortar el plan para el capítulo siguiente.

El papá de Happy siempre estaba de punta en blanco.

Trabajaba todas las horas que el inclemente sol le permitía para aprovechar al máximo el tiempo. Pero apenas dejaba su faena laboral, se colocaba su impoluto sombrero blanco, su guayabera clara exitosamente planchada, su pantalón de lino color caqui, bien almidonado, y sus zapatos patentes que brillaban más que el Volkswagen rojo, que en el futuro tendría su hijo Happy.

Fidelia aprovechaba las salidas furtivas de su marido, elegante e impecable, para aplicar al pie de la letra el plan trazado ya con su hijo Happy, que se frotaba las manos de la emoción cada vez que su papá salía oloroso a mueble nuevo.

Seguro papá llegará a deshoras y tambaleándose, así que no hay tiempo que perder, decía Happy, sabiendo que su padre llegaría tarde y cantando la misma canción de siempre, al hombre que bebe pero trabaja hay que dejarlo en paz.

Lo vieron, allá lejos en el horizonte, agarrar en la avenida La Limpia esos buses de maderas con franjas amarillas y azules que llevaban al centro de la ciudad donde se movía todo el comercio, incluido el muy buen negocio de la parranda y el dominó.

Ahí llegaban las piraguas, desde el Distrito Colón, trayendo hasta el malecón mercancía que encargaron, y el abuelo se paseaba como pez en el agua del Lago de Maracaibo en ese puerto ancestral de zonas lúgubres y peligrosas, pero a la vez coloridas y melancólicas.

El abuelo era más silencioso que un radio sin volumen, pero cuando bebía se transformaba en una persona afable y conversadora, y cuando bebía mucho, en un gallo de pelea que no le aguantaba vainas a nadie, con la excepción de Happy, que era el talón de Aquiles de su corazón.

Era más taciturno y observador que un escritor, pero después que se prendía la rumba, hasta pedía un cuatro que sostenía firme con sus dedos gruesos de albañil, y sorprendía a todos con esas cinco pisadas que solo conocía del instrumento, y que le bastaban para recrear todas las canciones de la historia de la humanidad y así encender, aún más, el bochinche.

Por eso cuando su padre llevaba a Happy al malecón, allá en el Centro, el niño se sentaba en la parte de adelante del bus de madera ese para escuchar, de la mismísima voz del chofer, los cuentos de las rumbas apoteósicas de su padre que ese niño admiraba extasiado, mientras imitaba el cambio de velocidades del bus con su voz aguda, en plena avenida La Limpia a todo color.

Eso sí, por muy buena que fuera la fiesta, el padre no se permitía jamás el despropósito de bailar frente a desconocidos.

Bailar era algo que el papá de Happy consideraba tan íntimo, que solo se lo permitía hacer los veinticuatro y treintauno de diciembre, y únicamente con sus hijas y esposa, y solo si se trataba de aletargados ritmos andinos del altiplano de su natal Mérida, pues no entendía el verguero de los tambores negros del Caribe que le provocaban taquicardias y longevos ataques de migraña.

Era el momento.

Fidelia y Happy entraron, por fin, al depósito de herramientas ese, lleno de carteritas de ron de quince bolívares, medio vacías y medio llenas, que había que buscar por aquí y por allá, en medio de ese laberinto de preguntas sin respuestas donde se podían encontrar todo tipo de cucharas de albañilería de todos los colores, tamaños y diseños con agarraderas de madera de manglar.

Ellos tenían que hacerse espacio entre objetos que parecían haber sido traídos de la luna, o rescatados del fondo del mar, plomadas, cinceles, porras, martillos, escuadras, niveles, tenazas, seguetas, puntales de mangle, carretillas, barras, palas, llanas, planas metálicas.

El abuelo había organizado su vida, y la de ese cuarto de herramientas, en disciplinas que pocos como él lograban aplicar en su trabajo. Además de albañil, era plomero, carpintero, electricista y lo que se necesitase, porque la necesidad tiene cara de hambre.

Ese cuarto con olor a chiripa en el fondo de la casa estaba además poblado por las herramientas de todas esas especialidades que él manejaba con la destreza de un enano de circo.

Fidelia y Happy tenían entonces que saltar y esquivar, so pena de sacarse un ojo, llaves de tubo, tarraja, teipe, corta cerámicas, llave ajustable, destornilladores, alicates, cortafrió, cincel, barbiquín, serruchos, sargentos.

En medio de ese campo minado fueron, poco a poco y con paciencia de podólogo, recogiendo las botellitas de ron que el padre había dejado olvidadas ahí durante sus noches parranderas, y fueron vertiendo los restos

de ron que le quedaban dentro de varios potes vacíos de sazonar las comidas y la sopa de osobuco de los domingos.

Cuando por fin lograron llenar varios de esos potes de la cocina de Fidelia, salieron sigilosamente, ella y Happy, y colocaron nuevamente esos potes en su lugar para que Fidelia los fuera bebiendo poco a poco, y de forma escondida, mientras cocinaba para su familia.

El detalle es que un día Mamá Fidelia se pasó de tragos mientras cocinaba y sazonó, sin querer, la comida de los hijos con el ron del fondo de las botellitas olvidadas del padre, que había escondido junto a Happy en los potes de la cocina.

El resultado de esa equivocación etílica fue un desastre colosal para esa familia que, desde los niños que gateaban por la casa hasta el padre albañil, jartaron caña del viernes ese hasta el lunes siguiente en una fiesta sin precedentes, que todavía recuerdan en el barrio, y más allá, en la Costa Oriental del Lago.

18.

Happy tenía quince años cuando su padre le dijo que se vistiera, abrigado para el frío, y agarrara una muda de ropa que nos vamos a visitar la tierra que nos vio nacer.

De Mérida, Happy tenía muy vagos recuerdos. Sobre todo, recordaba al Tío Pedro, un hombre alto, de cabellos rubios y cachetes colorados por el frío. Incluso de viejo, Happy evocaría a menudo a ese tío paterno, después de la segunda cerveza, durante los sábados de dominó y boxeo.

Antes de este viaje, ya su padre había hecho otro para resolver unas cuestiones que tenían que ver con unos terrenos, una casa y hasta algo de ganado. Después se sabría que ese primer viaje había sido un fiasco y el origen de ulteriores males.

A pesar de que los padres de Happy en su travesía de Mérida a Maracaibo habían llegado sin prácticamente nada, en su ciudad natal habían tenido una mejor situación de vida. El marido de Fidelia llegó incluso a ser maestro de obra en la reconstrucción de la catedral de Mérida. Pero un buen día les llegó aquella fatídica carta, diciéndoles que sobre sus terrenos y casa iba a pasar la flamante autopista Panamericana.

Esa carta desgraciada, con el puño y letra del gobernador, les cagó la vida en solo dos párrafos y medio.

En un fastuoso evento la esposa del gobernador, acompañada por los desafinados acordes de una banda militar, les cambió todo lo que tenían por un cheque que no valía nada y que, a su vez, ellos cambiaron por el sueño de la pujante ciudad petrolera de Maracaibo, donde todo brillaba.

Bajaron de la espesa neblina, propia del altiplano merideño, a las costas caribeñas de agua dulce maracaibera, y lo único que vieron brillar fue el sol inclemente, pegándoles de frente durante la hora del burro a los techos de zinc de los barrios improvisados en los terrenos baldíos de esa ciudad que comenzaba a llenarse de migrantes alucinados por el espejismo del oro negro y de las empresas gringas que tan bien pagaban.

El poco dinero que llevaban se les acabó en cuestión de días. Y los tíos, que con tanta insistencia les invitaron a Maracaibo, no tardaron en echarlos a la calle.

Happy contaba solo con tres, o a lo sumo, cuatro años de edad, y todavía recuerda como una intuición, o un ensueño, a su padre construyendo una casa de cartón en un terreno invadido.

Puertas de cartón. Ventanas de cartón. Techos de cartón. Esperanzas de cartón que amanecían frías, empapadas y arrugadas, después de la torrencial lluvia caribeña que había caído la noche anterior.

Eran los comienzos de esa ciudad y la tierra no era para quien la trabajase, sino para quien llegara primero, y con alambres de púa, que les sacaban los ojos a los niños en las noches cuando iban a orinar, los migrantes andinos, falcionianos y colombianos iban dividiéndose la ciudad, inventando así la propiedad privada en una zona de indios wayuu, barí, añú, yukpas y japerías, donde nada era de nadie, hasta ese momento.

Happy se bañó con jabón azul, se peinó con brillantina Silvaray y hasta se entalcó los pies, entrepiernas, el cuello y axilas para no sudar durante ese interminable viaje de subida desde la planicie de Maracaibo hasta los sempiternos picos nevados merideños. A sus quince años le daba mucha ilusión reencontrar al Tío Pedro a quien recordaba más por lo cuentos de Fidelia, su esposo y las hermanas mayores, que por mérito de su propia memoria.

No podía imaginar, Happy adolescente, que ese viaje en busca del terreno, la casa y el ganado perdidos, terminaría dejándolos aún más pobres.

Sus esperanzas de cartón quedaron todavía más frías, empapadas y arrugadas cuando, de la boca de la esposa del Tío Pedro, supieron lo de la reciente muerte y la estafa consumada.

19.

Happy salió corriendo para llegar antes que nadie al registro principal de la ciudad de Mérida y percatarse con sus propios ojos de la estafa.

Cuando por fin tuvo el documento en sus manos, no lo pudo creer. Se frotó los ojos y volvió a escudriñarlo. Lo jodieron.

Nos jodieron.

El padre de Happy trató de darle una explicación de lo ocurrido a sus hijos, pero la verdad ni él la sabía.

Pero es tu firma, le replicó Happy.

Sí, efectivamente esa es mi firma.

El día que firmó era un viernes en la tarde, justo antes de que cerrara el registro donde lo estaban esperando unos desconocidos que nunca terminó de conocer, porque de ese día, te juro que no recuerdo nada, hijo, le repetía a Happy consternado.

Pero es tu firma, papá.

Él asintió y bajó la mirada.

Era un hombre de estatura baja y delgado. Tal vez por eso después de pocos tragos el alcohol hacía estragos en su cuerpecito de Napoleón. Eso lo sabían muy bien el Tío Pedro, y su esposa, que vieron en esa flaqueza una oportunidad de oro para su engaño confeccionado a la medida.

Lo recibieron por todo lo alto con una humeante pisca andina que solo logró apenas oler de lejos, pues nunca le dieron a probar para que no hiciera estómago, y con varias botellas de miche andino, suficientes para emborrachar a un pelotón.

Bienvenido, le exultaban entre brindis y brindis, entre trago y trago, y hasta el cuatro por le hicieron tocar para las doncellas de lindas trenzas y cachetes sonrojados por la altura de esa ciudad anclada entre montañas y alucinaciones.

Lo pasearon de casa en casa como si fuera treintaiuno de diciembre. Y bailando, mientras hacían el trencito, fueron de bar en bar, en un carnaval alevoso que tenía como parada final el registro principal de la ciudad de Mérida,

donde lo estaban esperando unos desconocidos que nunca terminó de conocer, porque de ese día, te juro que no recuerdo nada, le repetía a su hijo.

Ya estaba atardeciendo y el papá de Happy se tambaleaba junto a un séquito que se iba desbaratando a medida que se acercaba al registro ese, a donde solo llegó acompañado del Tío Pedro, y su esposa, que seguían aplaudiéndole esa pea babilónica que ellos mismos habían confeccionado a la medida de su confianza en ambos.

Antes de entrar al registro le dieron la estocada final con dos vasos de miche, bebidos a fondo blanco, porque hoy es un día especial, cuñado.

Apenas terminó el segundo de los tragos esos, dos desconocidos lo agarraron por los brazos y lo sentaron frente a unas hojas de las cuales él sigue sin recordar nada.

Firme aquí. Aquí. Y aquí.

El padre de Happy hizo un garabato muy parecido a su firma, e inmediatamente recostó su cabeza sobre el documento en la mesa, y comenzó a roncar, mientras se babeaba.

Lo jodieron.

Cuando Happy por fin tuvo el documento en sus manos, no lo pudo creer. Se frotó los ojos y volvió a escudriñarlo.

Nos jodieron.

El padre de Happy había cedido de un solo plumazo todos los bienes de la familia, allá en Mérida, al Tío Pedro, su esposa y cuñados.

Se fueron de esa ciudad fría, que cambiaron por un Caribe de casas de cartón, todavía más pobres de lo que llegaron.

Ni el papá de Happy, ni Mamá Fidelia, nunca más regresaron a Mérida.

Ya había oscurecido cuando Happy, su padre y dos de sus hermanas mayores llegaron de Mérida.

Toda la familia estaba desolada por el asunto de los terrenos, pero de alguna forma Fidelia estaba tranquila porque, y esa era su sincera convicción, cuando se toca fondo ya no puedes caer más bajo. Lo único que puedes hacer es impulsarte.

En esas vainas de madre estaba pensando ella, cuando escuchó la voz taciturna y tenue de su marido ofreciéndole a Happy un trago de ron Pampero. El hijo quinceañero dijo que no con más dudas que certezas, mientras miraba fijamente y con cara de culpable a su madre, como quien pide permiso.

Fidelia le devolvió la mirada, asintiendo con la cabeza, y por eso Happy cambió súbitamente de opinión, y le extendió el brazo feliz a su padre para agarrar la botella, porque el primer trago, hijo, debe ser del pico.

Usted ya es un hombre, le escuchó decir a su padre, sin saber a ciencia cierta lo que ello quisiese decir.

En esa rara frase de que ya yo era un hombre estaba pensando, cuando me empiné esa botella, aguanté la respiración todo lo que pude para no percibir su fuerte sabor, y sentí cómo el líquido frío ese iba calentando mi garganta, mi templanza y mi espíritu.

Cuando por fin terminé el largo trago, que toda la familia vivió como en cámara lenta, ya yo no era el mismo, ni lo sería por el resto de mi vida.

Años después entendí que, después de lo de Mérida, mi papá necesitaba otro hombre en la casa que lo acompañara, en medio de ese plácido desierto de mujeres andinas alegres, y vio en ese bautismo con ron añejo el mejor rito de iniciación posible.

Jamás su esposo hubiera podido imaginar que dicho rito de la bebida lo había hecho otrora la matriarca Fidelia con cada una de sus hijas mayores, pero a los once años, coincidiendo con esas primeras reglas que debían ser comprobadas por las otras hermanas con una pantaleta blanca manchada de rojo. Si no, nada de ron para la hija púber.

A partir del bautizo con caña de Happy adolescente, su madre Fidelia comenzó a aprovechar esas salidas furtivas de su marido, elegante y de punto en blanco, para aplicar al pie de la letra el plan trazado con su hijo Happy, quien se frotaba las manos de la emoción cada vez que su papá salía oloroso a mueble nuevo.

El padre trabajaba todas las horas que el inclemente sol le permitía para aprovechar al máximo el tiempo. Pero apenas dejaba su faena laboral, se colocaba su impoluto sombrero blanco, su guayabera blanca exitosamente planchada, su pantalón de lino color caqui bien almidonado y sus zapatos patentes que brillaban más que el Volkswagen rojo que en el futuro tendría su hijo Happy.

Seguro papá llegará tarde y tambaleándose, así que no hay tiempo que perder, le decía Happy a Fidelia, sabiendo que su padre llegaría a deshoras y cantando la misma canción de siempre, al hombre que bebe pero trabaja hay que dejarlo en paz.

En la familia ese verbo, beber, tenía una connotación especial que, hasta ese momento, todas las mujeres de la casa y también su padre, sabían conjugar y comprender al pie de la letra.

Era así como un secreto a voces que hasta ese momento Happy conocía, e incluso comprendía, pero solo hasta un cierto punto. No era lo mismo beber cerveza que Malta, cocuy que agua, ron que pepsicola. Y por más que se parecieran los colores: la Malta, el agua y la pepsicola se toman. Mientras que la cerveza, el cocuy y el ron se beben.

Salud por esa vaina, decía rojo de la alegría el papá de Happy con la botella arriba como un trofeo de felicidad, recién ganado con las horas de sudor trabajadas de sol a sol en Maracaibo, donde, después de ese fatídico viaje a Mérida, habían decidido sembrarse para siempre.

Tras aquel largo trago de ron, por fin Happy sabía a ciencia cierta de qué hablaba su viejo cuando conjugaba con tanta alegría y precisión el verbo beber en todos los tiempos verbales posibles.

Apenas separó sus labios del pico de la botella, después de un largo trago que vivió con sus ojos color miel cerrados, expresó Happy con flamante voz de gaitero:

Ah, resulta que esta vaina es beber.

21.

Ese día Happy obrero, en ese piso veintitrés de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que además nunca habría podido vivir, se vio a sí mismo comiendo con desgano una viandita de un pote de plástico, tan deprimido como él. Frente a Happy estaba el lago de playas diáfanas y agua dulce con ese viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce. Happy con un casco de plástico. Happy con botas de construcción. Happy masticando de mala gana el almuerzo de su desgracia. Happy triste.

Solo años antes todo era fiesta y gaitas en su barrio Francisco de Miranda, y sus alrededores. Eran algo así como una pandilla de gatos cachorros descamisados que improvisaban sin cesar todo tipo de juegos, el escondite, el fusilao, saca lochita, trompo entero, pelotica de goma y hasta habían construido una tiendita de cartón imaginaria con frascos vacíos imaginarios que adentro tenían productos imaginarios que gente imaginaria compraba y con esa vaina habían construido un negocio redondo imaginario y ganaban muchos cobres imaginarios que solo esos cachorros de carne y hueso veían, porque seguían siendo pobres.

Era una tropa de compañeros para lo bueno y para lo malo que, además de compartir juegos, también compartían los mandaos, que eran, algo así, como su principal responsabilidad de infancia ante los mayores.

Alguna de las madres pegaba un grito soprano y ahí aparecía esa banda de carajitos dispuestos a ir a comprar lo que fuese necesario para terminar de cocinar el almuerzo del día, y así iban por todo el barrio con unos frascos que tenían que llenar con caraotas o maíz y, una vez llenos, nos daban un bolívar de vuelto que nos lo podíamos quedar como propina y con eso comprábamos el cartón del bingo que tenía diferentes valores, desde una locha hasta dos bolívares, y el premio era gordo y lo dividíamos en partes iguales, porque nos jodíamos en partes iguales, haciendo los mandaos para los grandes.

De regreso a casa con el mandao, nos le pegábamos atrás al botellero que llevaba su mercancía arrastrada por un burro que cogía mucho palo por ese lomo para que caminara, pero el burro ese era terco y apenas veía una hoja o monte en el piso se volvía a parar, y se inclinaba para olerlo y comerlo, y era ahí cuando el burrero se le afincaba y le pegaba por el espinazo, todavía con más fuerza, y la carreta volvía a mover esos cauchos usados, ring veinte, instalados en su parte trasera y nosotros detrás corriendo como locos.

Otra parte de nuestro negocio infantil era recoger botellas del monte, y también del depósito de la esquina, donde los borrachitos las dejaban olvidadas, junto a su despecho de la noche anterior, y cuando finalmente llenábamos un saco de botellas vacías, nos las cambiaba el botellero ese por mamones, patillas y ciruelas de playa o pepas de piedra que le regalábamos a las muchachas bonitas, porque estábamos muy pequeños y no sabíamos todavía serenear.

Y así íbamos sorteando los días hasta que llegaba lo más esperado del año en ese desierto entre Maicao y Coro, donde todas las jornadas de la semana eran iguales, a menos que de pronto cayera un palo de agua que arrastraba todo consigo, pero duraba a lo sumo cinco minutos.

Por fin la Navidad.

Pero en esa casa, por más inclemente que fuera el desierto de sus precariedades, siempre llegaban el padre de Happy y Fidelia con caras de Reyes Magos y un regalito del niño Jesús en las manos que le habían ganado *in extremis* a las circunstancias.

En Navidad llegaron con una pistolita negra que soltaba chispas cuando uno jalaba el gatillo, cuya carga era un rollito con puntos de pólvora que disparaba balas de mentira con las que Happy tenía una muy buena puntería, también de mentira, en esa guerra alucinante que él se inventaba en su espíritu, y que se hacía todavía más creíble a causa de las explosiones en toda esa calle principal de saltapericos, tumbarranchos y piedras explosivas que competían con las gaitas de Cardenales del Éxito a todo volumen que, era al fin y al cabo, la banda sonora de la alegría brillante, acaso efímera, como esos fuegos artificiales que coloraban los rostros de aquella gente durante aquella lejana Navidad.

Cuando se acercaba el veinticuatro de diciembre todos nos queríamos recoger temprano a nuestras casas para esperar el regalito que el Niñitojesús me había dejado en ese arbolito que con los muchachos habíamos ido a recoger al monte, hecho de ramas bien grandes, y lo más secas posibles,

porque las pintábamos de blanco con cal, ah, y que tuvieran además púas como las de la mata de limón para poder colgar en sus puntas, sin que se cayeran, las bambalinas que eran huevos de gallinas pintados de todos los colores.

Ese arbolito de navidad tenía como base para que no se cayera, en medio de la muchachera peleando por su regalo, un pote lleno de arena con granzón, arriba del cual está esperando la pistolita negra que Mamá Fidelia le dejó de madrugada a Happy, y que en enero ese niño exhibiría cual si fuera el Llanerosolitario en esa escuelita de dos a cuatro de la tarde, donde teníamos que llevarnos las sillitas de palo para poder sentarnos, con olor a sacapunta, debajo de una mata.

Era precisamente en esos bellos momentos en lo que él estaba pensando ese día, en ese piso veintitrés, de ese edificio de lujo a medio construir, sin puertas, techos y ventanas, en el que nunca habría podido vivir. Se vio entonces a sí mismo comiendo con desgano de una viandita de plástico, tan deprimida como él. Frente a Happy estaba el lago con su viento lacustre que hacía sentir aún más frías las lágrimas que bajaban, apenadas, por sus cachetes de pan dulce.

Pero de pronto, en el momento de más melancolía, pensó en aquellos ojos color miel, iguales a los suyos, de su tripón recién nacido y, al improviso, el cielo dejó de ser azul y blanco y se tiñó de todos los colores de todas las banderas del mapamundi, porque entre la tierra y el cielo se había improvisado una cúpula celestial de pájaros volando y cantando como si no hubiera mañana. Las carcajadas de Happy, de ese muchacho de cabellos rubios y largos, como los de Jesucristo, se escucharon entonces, incluso más allá del puente sobre el Lago, allá en Cabimas.

Happy, a pesar de los pesares, seguía siendo Happy.

22.

No paraba de llover.

Desde hacía tres días estaba cayendo un palo de agua que lograba que las matas de mango se lanzaran ramazos con la de níspero y viceversa, y ese niño nada que dejaba de llorar.

La madre estaba fúrica por el llanto del carajito ese que tenía ya más de setenta y dos horas jeteando, a pesar de que había pasado por los brazos de todas las hermanas, las sopas curativas de la abuela materna, y hasta el abuelo había dejado de ver tranquilo el boxeo de los sábados para cantarle tangos de Gardel y rancheras de Pedro Infante a su nietecito inconsolable, sin ningún tipo de éxito.

No paraba de llorar.

Ya era domingo y la rabieta de la madre del niño estaba intacta desde el viernes, cuando le gritó a su marido Happy de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre, que ya no aguantó más. Él trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la mujer, o me llevas tú, o agarro yo misma ese cacharro rojo, y me voy por donde vine.

La última vez que ella había agarrado el Volkswagen Escarabajo rojo ese lo hizo para vengarse de una de las tantas desaparecidas de varios días de Happy con su cuñado, amigo de amaneceres gaiteros, y además dueño de la casa donde vivían arrimados.

Ese día, que Happy recuerda como si fuera ayer, ella lo estuvo esperando todo el fin de semana, y cuando él llegó desorientado por el alcohol y ronco de tanto cantar gaitas, su esposa le agarró como venganza el bólido rojo y, sin saber manejar del todo, le metió mano a la palanca de velocidades, acelerando ese Escarabajo hasta más no poder, entre frenazos y olor a guaya de freno quemada, hasta casi estrellarlo contra un muro en la otra esquina, al lado de la tiendita.

Se detuvo a pocos milímetros de la pared con toda la intención del mundo de sacarle la piedra a Happy, y con algo de suerte de principiante no terminó matándose.

El corazón de Happy se paralizó por unos instantes hasta que la vio salir gritando sonriente pero alterada, viste que el único inventor en esta vaina no eres tú.

Lejos de escarmentar, Happy siguió con sus gaitas y su vocación por la bebida de obrero mal pagado, los chistes malos, la tambora, el cuatro y la charrasca, y ese día desgraciado de su separación temió que su mujer le agarrara el Volkswagen ese y, ahora sí, lo terminara de estampar como un sello fiscal en la pared de la esquina, al lado de la tiendita.

Comenzó a llover, y no paró por tres días.

Entonces le gritó a su marido de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre que ya no aguanto más. Happy trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la madre del niño, o me llevas tú o agarro yo misma ese cacharro rojo y me voy por donde vine.

Comenzó a llorar el niño y no paró por tres días.

Como último recurso desesperado, llevaron al niño al precario ambulatorio de La Victoria para que lo viera un médico y diera con la causa del llanto del infante.

Al entrar al lugar se encontraron únicamente con enfermeros guajiros aburridos, viendo pasar el tiempo en una ciudad sin tiempo a causa del calor. En ese ambulatorio sin ningún insumo médico para ayudar a nadie, a lo sumo usted podía recibir un buen consejo de qué hacer o a dónde ir con sus males. Y así fue.

No paraba de llover.

La familia materna caminó en pleno por todo el pasillo con el niño en brazos, hasta que al final vieron a un señor con cara de cochino frito que bien podría ser el médico que andamos buscando.

Saludaron rápido y nerviosos y antes de decir cualquier cosa, ya el niño la estaba diciendo por ellos.

No paraba de llorar.

Y qué me le está pasando a este tachón, preguntó el médico con una voz afable, mientras lo auscultaba.

Disculpe Doctor, qué quiere decir auscultar, dijo la menor y más atrevida de las tías maternas del muchachito.

Deme un chance y le respondo, hija, y siguió auscultando a ese niño que seguía privado en llanto. Así estuvo por unos veinte minutos. Lo revisó de cabo a rabo, impertérrito ante la pataleta del tripón.

De pronto, levantó su vista del niño y la dirigió hacia la menor de las hermanas. Auscultar tiene al menos dos definiciones, señorita.

En primer lugar, auscultar quiere decir escuchar los sonidos que se producen en el interior de un organismo humano o animal, especialmente en la cavidad torácica y abdominal, mediante los instrumentos adecuados o sin ellos. Yo les puedo asegurar que por ese lado el niño está de maravilla, cien por ciento bien.

Por otra parte, señorita, auscultar quiere decir también intentar averiguar el pensamiento de otra persona o su disposición acerca de un asunto. Y aquí sí tengo un consejo para darle a la madre del niño, porque yo le averigüé el pensamiento y, más allá, el sentimiento a este tachón.

No paraba de llorar.

Cómo se llama el padre de esta criatura. Happy, respondieron a dos voces las hermanas contraltas y sopranas. Happy, y quién no conoce a ese catire, sugirió el Doctor. Pues le voy a dar un consejo, y por los consejos yo no cobro. Busquen a Happy, porque yo ausculté a este niño y lo que le falta es el padre.

No paraba de llover.

Esa misma noche del domingo llamaron a Happy y él llegó con la misma pea del jueves en su Escarabajo rojo, esquivando las gotas de lluvia. El estruendo de ese bólido, que estaba envenenado y sonaba como un avión, acabó con el reguero que dejaba la lluvia en el ambiente.

El niño escuchó el sonido exagerado del escape del Volkswagen y enseguida dejó de llorar. Happy lo miró con sus ojos color miel desde arriba de la cuna y el hijo le devolvió la mirada con los mismos ojos que le había heredado.

Lo montó en su bólido rojo, y más nunca se separaron, hasta sus diecisiete años. Pero eso es otra historia.

23.

Cuando comenzaron los líos, no hallaban dónde meter al carajito ese.

Resulta difícil de creer, pero esa casa prestada que tan arcoíris era, comenzó ahora a perder esos colores que traspasaban los huecos del techo de zinc aquel, creando de vez en cuando también un arcoíris en el barrio.

Ahora todo comenzaba a verse en blanco y negro en esa casa.

Si bien era cierto que cuando Happy vio a las mejores piernas de la Universidad del Zulia fue amor a primera vista, también lo fue el desamor a primera vista que había vivido esa mujer con Happy.

Ella había comenzado a mirar de reojo para otros lares y él lo intuía.

Cada día que pasaba esa mujer era más doctorísima en derecho penal, y Happy cada vez más obrerísimo en un piso veintitrés con su viandita fría.

Las horas comenzaron entonces a no ser las mismas para ambos. Cuando para ella eran las cinco de la tarde, para él eran las once de la noche. Tampoco los espacios comenzaron a ser los mismos. Mientras ella se iba, él llegaba. Lo que aburría a una, al otro lo hacía orinar de la risa. Lo que quería comer Happy, a ella le daba asco. Los vestidos emperifollados de ella nada tenían que ver con el uniforme de obrero de él. Cuando uno se despertaba, la otra dormía.

Ella lo veía a él como el pasado. Él la veía a ella como el futuro.

El mundo comenzó, pues, a no ser el mismo para ambos. Los amigos de gaitas de Happy nada tenían que ver ya con las respingadas nuevas amigas de la futura abogada. Ella ahora se mantenía en la zona pudiente del norte de Maracaibo, mientras Happy era feliz en el sur de la ciudad. Ella se volvió adicta al olor de las peluquerías, él a los remates de caballos debajo de la mata de níspero.

Mientras uno martillaba, la otra redactaba sentencias. Happy frisaba paredes. La madre del niño hacía exposiciones. Él pasaba la noche mirando el techo de su desolación. Ella soñaba con exclusivos bufetes de abogados, olorosos a muebles de cuero. Pasado un tiempo, una hablaba inglés y el otro wayú. Ella se volvió sorda y él mudo.

A ella se le olvidó la promesa aquella, a Happy no.

El amor se fue desbaratando así, con la violenta tranquilidad de la cotidianidad.

La vaina era que, en medio de ese reguero de sentimientos encontrados en el piso de ese anexo prestado, en ese techo prestado, en una casa prestada, no hallaban dónde meter al carajito ese, fruto de un sexo sudoroso de jóvenes imberbes y cachúos, en una sala familiar a medianoche y media.

No sabían qué hacer con el niño ese que aparecía olvidado, a causa de un amor también olvidado, en la batea del patio, entre las obras completas de la librería de la universidad, en la maleta del Escarabajo, en el nido del guacamayo, en las gavetas de las pantaletas, en el último puesto del bus de Ruta 6, en el horno donde cocinaban los plátanos, entre las herramientas del abuelo albañil, en el piso veintitrés de la tristeza de Happy, entre las ollas de la abuela Fidelia, arriba de la hicotea que aparecía cada cien años en el patio, entre las tetas de las perras callejeras recién parías, en el bolsillo de la bata del pasante de medicina del Hospitalito, dentro de la tambora de los gaiteros amigos de Happy, en cualquier lugar que no fuese ese querer deshidratado de ambos, de ella y de Happy.

Ahora todo se resumía en un amor dividido en partes desiguales, porque es bien sabido, que uno amó siempre más que el otro.

En ese momento ella le gritó a Happy de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre que ya no aguantó más. Él trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la mujer, o me llevas tú, o agarro yo misma ese cacharro rojo, y me voy por donde vine.

Happy la miró fijo a los ojos, y estaba listo para rematarla con esa respuesta mil veces ensayada.

Se te olvidó la promesa aquella. A mí no.

Pero en ese momento esas palabras nunca salieron de su boca. Y pasados los años, tampoco de su mente.

24.

Ese día Happy había quedado con sus dos principales socios de parranda en verse después del trabajo de obrero. Era viernes.

Ya pasado el mediodía del último día laboral uno siente como un alivio. Algo así como una efímera felicidad que aflora con la primera cerveza. Ese primer trago de cerveza que te pone a ver a todo color, te resuelve la vida y desanuda el destino.

De vez en cuando hay que echarle una ayudaíta al alma, doparla de viernes a domingo. Porque ya el trabajo se encarga de doparla de lunes a jueves.

En eso andaban esos tres hermanos en la parranda cuando, terminada la primera caja de cerveza, a uno se le ocurrió que nos vamos para Los Andes, que en esta verga hace mucho calor.

¿A vivir en Los Andes? Le respondió Happy.

No chico, de ida y vuelta.

¿Pero esa vaina son casi cinco horas de carretera, mijo?

Para eso está el bolido, y los tres miraron a ese Escarabajo, que les devolvió la mirada con sus ojitos redondos.

Entonces lo que parecía descabellado, hacía solo instantes, ahora era la idea más cuerda del mundo.

Había ya amanecido el sábado y la mujer de Happy lo seguía esperando en el anexo desde el día anterior, junto al carajito entretenido con un mango que pasó todo el fin de semana jurungando.

Pasaban las horas y no había noticias de Happy, y por más que le sacaban el mango de la boca al bebé, él volvía a hacer de las suyas. La paciencia de la madre, que ya era poca, estaba tan perdida como Happy ese fin de semana.

Ellos acababan de llegar al pueblo andino de La Puerta y la vida les bendijo con una botella de ron a medio andar, tirada al lado de una de las bancas de la placita principal.

Una cosa llevó a la otra y cuando se percataron, ya era domingo. El hijo de Happy seguía allá en el anexo, jurungando la pepa de mango que era lo único que quedaba de aquella fruta, después de la larga espera.

Para colmo, de regreso a Maracaibo se les accidentó el Volkswagen en las afueras del pueblo. Era la guaya del croche, y en medio de la borrachera lanzaron una moneda al aire para ver quién regresaba a pie al pueblo para buscar el repuesto, y otra monedita más, para ver quién la instalaba en el bólido en medio de esa pea, que ya se había extendido por tres días.

Los dos que se quedaron cuidando el Volkswagen caminaron unos metros y, debajo de una ceiba, vieron a un viejito con sombrero de paja vendiendo canelita. Compraron una botella para sazonar la pea.

La misma buena idea había tenido el cuñado de Happy, a quien le había tocado la tarea de ir al pueblo a buscar la guaya. Por eso, cuando se encontraron entre ellos nuevamente, dando vueltas de felicidad alrededor del Escarabajo, estaban tan borrachos que se intercambiaban entre sí los nombres, y ya nadie más sabía si yo era yo, o yo eras tú, o tú eras yo, o tú eras tú, y viceversa. Nadie sabía quién era quién en ese grupo de gatos forasteros que caminaban de lado.

El hijo de Happy escurría el tiempo con lo que quedaba del mango después de tres días, mientras su madre preparaba las maletas de su adiós definitivo.

Los tres mosqueteros se turnaban el volante del bólido para equilibrar la pea en esa carretera tan peligrosa. En varias ocasiones casi se matan, por andar en esos caminos de dios con ese radio a todo volumen, escuchando gaita. Pero ni la muerte iba a salvar a Happy de la madre del niño ese que harta le quitó la pepa de mango y la tiró a la basura con un gesto de desesperación.

Si mataron al irresponsable ese, yo lo resucito, me caso con él otra vez, le doy un muchacho, y lo vuelvo a matar.

En eso estaba pensando ella cuando sintió el sonido inconfundible e insolente del carburador del carro de Happy, quien no tuvo una mejor idea, borracho como estaba, que escribir una carta que supuestamente le había dejado en la casa el viernes, antes de salir, diciendo que iba a ausentarse el fin de semana por motivos laborales. Todo mal.

Ese lejano día Happy todavía lo recuerda, nítido.

Ella lo estuvo esperando todo el fin de semana, y cuando él llegó desorientado por el alcohol y ronco de tanto cantar gaitas, su esposa le agarró como venganza el bólido rojo y, sin saber manejar del todo, le metió mano a la palanca de velocidades, acelerando ese Escarabajo hasta más no poder, entre frenazos y

olor a guaya de freno quemada, hasta casi estrellarlo contra un muro en la otra esquina, al lado de la tiendita.

Se detuvo a pocos milímetros de la pared con toda la intención del mundo de sacarle la piedra a Happy, y con algo de suerte de principiante ella no terminó matándose.

Viste que el único inventor en esta vaina no eres tú.

Tomó una pausa y le gritó a Happy de forma perentoria que la llevara a la casa de su madre que ya no aguantó más. Él trató de darle sus razones inverosímiles, pero fueron infructuosas ante la amenaza de la mujer.

25.

La ex de Happy pasó todo el día en la peluquería porque su hermana menor se casaba.

Medio barrio estaba invitado a esa fiesta, menos Happy, a quien después de la separación, esa mujer le había hecho la cruz. Pero él resucitó al tercer día por obra y gracia de El Búfalo, que cada vez que podía lo invitaba a ver el boxeo de los sábados en la noche.

Ella había sido categórica, tú en esta casa no entras más, y si lo haces será sobre mi cadáver.

Pero al regresar cansada de la universidad volvía a encontrar, una y otra vez, a Happy con las piernas arriba de una caja de cerveza, viendo concentrado el boxeo con su ex suegro en medio de brindis y mentadas de madre al boxeador que iba perdiendo.

Qué haces tú en mi casa, gritó ella con el fervor de la juventud que aún tenía.

Happy bajaba siempre las orejas, como perrito regañado, y cuando estaba por balbucear una respuesta, reventaba la voz de El Búfalo, recordándole que esta casa es mía y aquí entra quien a mí me dé la gana. Happy, que tan blanco y andino era, se ponía del color de una uvita playera. Pero aun así nunca dejaba de ir a esa casa con la esperanza oculta de cruzar una mirada con su ex, aunque fuera de arrechera.

Yo mejor me retiro, dijo o al menos trató de decir Happy, pero se le adelantó El Búfalo enardecido, de aquí no se mueve nadie hasta que termine la última pelea por el campeonato y, además, se me casa la menor de las muchachas, antes de tiempo, y hay que brindar por eso, Happy, porque usted es mi invitado de honor.

Las hermanas rieron al unísono, mirando de reojo a la madre del niño que despotricaba en silencio contra su padre y su ex.

La primera mamadora de gallo profesional de esa casa era la menor de las hermanas. Pero ya desde algunos días estaba todo el tiempo taciturna, mi-

rando el horizonte y suspirando como asmática. Fue la única que no soltó la carcajada en ese momento.

Estaba preñada.

Aquella lejana noche, la vecina en su mecedora de mimbre, que todavía estaba agarrando el fresco marullo que viene del Lago cuando llega el ocaso, vio a una banda de cinco carajos que iban saltando de bahareque en bahareque, de techo en techo, de mata en mata, hasta llegar al patio de esa casa, donde la menor de las hermanas les esperaba, uno a uno, tirada en esa alfombra rectangular hecha con un pedazo de cartón sobre la arena.

La oscuridad era total en ese patio y también el silencio porque ella solo exigía dos cosas a sus amantes furtivos que, al fin y al cabo, no eran tan difíciles de cumplir. Silencio sepulcral durante absolutamente todo el acto carnal para que El Búfalo no se diera cuenta, y que se la mamaran, antes de cualquier otra acción que se les ocurriera a esos creativos carajos, porque esa vaina trae buena suerte. Trato hecho.

Y así, esa carajita que no tenía tamaño iba despachándolos uno a uno con esas proezas sexuales que esos tipos, a pesar de ser mayores que ella, nunca hubieran podido imaginar, ni en sus masturbaciones más arduas y sinfónicas.

Los hacía venir a su alfombra de cartón y los enrollaba con sus tenazas de cangrejos, con su electricidad de raya, con sus tentáculos de pulpo que los apretaba hasta más no poder, se los comía enteros y los expulsaba con una fuerza tal que salían volando hasta la mata de tapara, donde entre sus arbustos, escondido, el siguiente esperaba su maravilloso turno.

Entonces ese cartón improvisado en la arena se fue deshaciendo por todo ese reguero de líquidos que empaparon, hasta más no poder, esa noche de cielo bajo con nubes cargadas que amenazaban con llover y que oscurecían, aún más, el ámbito.

Llegó el turno del quinto y último de los fantasmas, quien trataba de bajar sus pantalones desesperadamente por la premura y el miedo. Pero antes que ella, acostada sobre el cartón húmedo con las piernas abiertas, pudiera comérselo desafortunadamente, el pobre tipo sintió el aliento frío de una escopeta doble cañón que le dijo, qué está pasando aquí, sin decírselo.

Juro que no la he tocado, alcanzó a decir el último y más desafortunado de los prestigiosos visitantes a la casa del búfalo. Era verdad.

Los otros cuatro se desaparecieron como conejos en sombrero de mago y, en un dos por tres, ya estaban acostaditos en sus camas como niños buenos.

Me malograste a la niña, fue lo único que pronunció el padre. Y no le quitó de la sien esa escopeta, que con sus dos ojos miraban el miedo de aquel muchacho. Estaba tan blanco del susto que iluminaba con el rostro de su desolación el tenebroso patio.

La vecina en su mecedora de mimbre, que todavía estaba agarrando el fresco marullo que viene del Lago cuando llega el ocaso, levantó los brazos al cielo e hizo que en un santiamén todo el barrio supiera que le malograron a la menor, verga, le malograron a la menor, coño, le malograron a la menor, y no paró hasta que llegó la familia del desgraciado para ponerle fecha al matrimonio por la iglesia con todo y órgano de tubo, porque este coño de su madre me malogró a la menor.

Ese día la ex de Happy pasó todo el rato en la peluquería porque su hermana menor se casaba.

Medio barrio estaba invitado a esa fiesta, menos Happy, a quien después de la separación, esa mujer le había hecho la cruz. Pero él resucitó al tercer día por obra y gracia de El Búfalo, porque de aquí no se mueve nadie hasta que termine la última pelea por el campeonato y, además, se me casa la menor de las muchachas, antes de tiempo, y hay que brindar por eso, Happy, porque usted es mi invitado de honor.

A las seis de la tarde ya los cinco sabían. La menor de las hermanas se iba a bañar con una totuma en la batea que estaba detrás, en el patio de la casa. Era un ritual que esos chamos esperaban cada día, una y otra vez, antes del anochecer.

Los binoculares se los habían encontrado perdidos en el hipódromo y con ellos, en vez de ver caballos, veían cada tarde a esa potra de cuero templado, sudor ligero y téticas de hembra guajira.

Ella salía como en puntitas de pie con su toalla a medio andar que le cubría apenas los senos. La parte de abajo parecía minifalda. Los muchachos se quedaban impertérritos ante cada movimiento de esa carajita que les suspendía el tiempo y la respiración a esos tipos que estaban frenéticos porque les tocara aunque sea un instante el binocular, para verte mejor.

Entonces la toalla caía, sin más, y la luminosidad de ese cuerpo impregnaba hasta las hojas de la mata de mango y de níspero y de tapara que circundaban a esa cachorra de tigre, en esa escena que los cinco veían, acalorados, desde la lejana ventana de una de las vecinas.

Pero ese día no era como los otros. De pronto, ella que siempre los ignoraba, ahora con los dedos de las manos les dijo el santo y seña de la hora en la cual los esperaba puntual en ese mismo patio, pero al día siguiente.

Abrió la palma de la mano derecha. Cinco. Y con la otra hizo una V de victoria. Dos. Y con los labios pronunció lentamente. Mañana a las siete.

Citados los muchachos para el día después procedió, ahora sí, a enjabonarse en medio de la indiferencia más desoladora hacia ellos que se golpeaban entre sí, erectos como estaban, por ver quién se quedaba un instante más con el binocular ese, hediondo a pescado.

En ese momento, reventaba desde el más allá de la casa la voz grave de El Búfalo gritando, y usted, hasta cuándo se va a echar jabón en esa vaina.

Ella entonces se echaba dos totumazos de agua fresca más, apretaba el paso, y se devolvía a la casa con saltos de potra joven, dejando detrás de sí una

estela de gotas salvajes que salían de sus greñas, sus axilas, de la punta de sus teticas y su pubis, lleno de olas creadas por las miradas de esos muchachos que entraban tristes al binocular ese, y salían felices de la vida.

Su padre la cuidaba como un perro rabioso, aunque muy bien sabía él que ella no era virgen, desde aquella noche que me la dejaron tirada, pasadas las doce de la madrugada, borracha, llena de barro y con el uniforme del liceo desde aquella camioneta de mi desgracia.

A ese coñodesumadre más nunca lo vieron, y hay quien dice, en las noches de aguardiente, que lo enconcharon en La Guajira.

Amaneció. Atardeció. Oscureció.

La vecina en su mecedora de mimbre, que todavía estaba agarrando el fresco marullo que viene del Lago cuando llega el ocaso, vio a una banda de cinco carajos que iban saltando de bahareque en bahareque, de techo en techo, de mata en mata, hasta llegar al patio de esa casa, donde la menor de las hermanas les esperaba, uno a uno, tirada en esa alfombra rectangular hecha con un pedazo de cartón sobre la arena.

La menor de las hijas fue la primera en tener noviecito. Las otras hermanas la miraban con admiración y algo de envidia. Al búfalo de su padre no le gustaba la idea, en general, y menos aun tratándose de la menor. Pero la resignación les había ganado a los celos.

Además, el método de la esposa y madre de las muchachas era infalible, y utilizado con inteligencia de serpiente y manzana. Solo hablaba de los enamoramientos de las niñas en medio de la penetración marital, donde El Búfalo asentía a todo lo que se le pedía con una disposición de gato ronroneando.

La menor de las niñas como que se nos enamoró.

Y esa frase en medio de la eyaculación del padre cachetón bastó para que, a partir de ese momento, el pobre muchacho pobre ese se sentara en la mecedora de mimbre, al lado de su niña prometida, recién bañada, a hablar de cualquier cosa, refrescados por el viento del marullo.

Cuando el noviecito llegaba a hacer la formal visita, ella salía con su pelo mojado y él la miraba enamorado con ojos de ternero, pensando si era verdad lo que decían esos cinco.

Era verdad, chico, todos la hemos visto desnuda, menos tú, y le daban cita en la ventana, y hasta turno en los binoculares con olor a pescado, pero él se negaba quijotesicamente.

Hasta que un día el papá de la menor de las niñas lo fue a buscar con una escopeta de dos cañones que brillaba desde afuera de la casa del noviecito, como diente de oro, en medio de la profunda oscuridad de ese barrio.

Pero no gritaba el nombre del novio, sino el de su abuela que salga y me dé la cara por el carajito ese que me tiene secuestrada a la menor.

La abuela salió con su bata de pelea, pero Señor aquí no está la hija suya.

Dónde está el nieto suyo, y mientras estaba preguntando, salió pálido el noviecito con las piernitas de mosquito esas a punto de abandonarlo.

El señor del transporte escolar me la tiene que dejar frente a la casa, a más tardar, a la una de la tarde y ya van para las cuatro y nada que aparece.

La familia toda había hecho un sacrificio sobrehumano para poder pagarle el transporte escolar privado a la menor, porque la vaina se está poniendo jodía con la llegada de gochos a Maracaibo, decía El Búfalo, que desde hacía varias generaciones era oriundo de esa ciudad.

Se le había pagado entonces al muchacho ese que manejaba una camioneta larga de latón, más parecida a un carro fúnebre que a otra cosa. Tenía dos puertas y la mayoría del espacio trasero era llenado por niños de todos los colores y olores que iban peleándose entre sí, mientras la camioneta los iba escupiendo en sus respectivas casas.

A la niña me la sientas adelante que ya está grandecita, y no anda para estar recibiendo golpes o malos olores de esos carajitos desordenados en la parte de atrás.

Trato hecho, le dijo el muchacho de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero, y botas marrones de coleador que le manejaba escuchando vallenato el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

Aquí no hay más nadie, dijo la abuela del noviecito, cerrando el paso de la puerta de un portón improvisado con alambres de púa y troncos secos.

Pero El Búfalo forzó la situación y se abrió paso entre la abuela y el nieto, abandonado por sus piernas.

El padre de la carajita entró y apuntó con su escopeta cada instante de la casa como si lo estuviese amenazando, pero nada.

Dónde se habrá metido la inventora esa, se dijo con la respiración pesada.

El verguero duró todo el día porque El Búfalo fue registrando casa por casa en ese barrio de mi dolor, buscando a la hija mía que me la tienen robada. La vaina se convirtió en una redada universal, en un allanamiento apoteósico, en una cacería de brujas medieval, que no se va a parar hasta que yo dé con la desdichada hija mía.

El pobre noviecito estaba de ayudante en la búsqueda del tesoro, sometido al escarnio público, porque usted es tan responsable como yo de la humanidad de mi princesa.

Aquellos cinco no sabían dónde esconder los binoculares para que no les metieran un pepazo en la sien y negaron tres veces, según las escrituras, siquiera haber visto una vez sus piernas prensadas de potra y el borde de sus nalgas detrás de la minifalda que usaba en sus clases de castellano del jueves y,

menos todavía, haber visto la punta de sus teticas de india erizarse debajo de la franela de educación física los martes.

Esa hija suya para nosotros es como una niña santa que por santa va a morir niña.

El escándalo y el bullicio que propició El Búfalo se fue extinguendo con la hesitación de una vela apagándose. El tiempo y la oscuridad hicieron lo suyo, y a las diez de la noche ya todo el mundo estaba recogido, y la menor no había llegado. La preocupación dio paso a la resignación. La resignación dio paso al remordimiento.

Será que yo he sido muy estricto con esa santa, y en esos pensamientos se perdió, aturdido, con el noviecito al lado, inmóvil como estatua de cera.

Era medianoche.

De pronto, un ruido ensordecedor de carro picando caucho y frenando y arrancando, todo al mismo tiempo, resucitó el ámbito del letargo de la madrugada, y de la puerta que se abrió y cerró súbitamente, salió expulsada la menor de las hermanas, con el uniforme del liceo embarrado de arena de playa de Caimarechico, despeinada como palmera, borracha a más no poder, y con una sonrisa de absoluta y perfecta felicidad.

El carro desapareció como magia, dejando un reguero de notas desordenadas en la fresca noche de algo que parecía un vallenato, y de nuevo el silencio y la oscuridad del barrio le ganaron a la realidad.

Ese pobre muchacho pobre ese se mantuvo diligentemente al lado de su mujer durante el embarazo, y después de él, como un soldado disciplinado a la orden de lo que necesitase, aunque bien sabía todo el barrio, comenzando por El Búfalo y él, que ese carajito no era suyo.

Padre no es el que cría, sino el que crea, solía expresar en la esquina, en medio de las soporíferas partidas de dominó que podían durar por semanas.

Pero muchacho, tú no eres el padre de esa criatura, tú no lo creaste, insistían esos mamadores de gallo que se burlaban de él cada vez que podían.

No lo creé, es cierto, pero sí me lo creí, y en estos menesteres es lo que más importa.

Ese era su argumento de oro.

Y antes de que recomenzaran a burlarse todavía más de él en ese exclusivo grupo de los cinco, ya él mismo estaba rematando su frase.

Padre no es el que cría, sino el que crea, y vaya si yo me lo creí.

A través de esos argumentos que ensayó hasta el cansancio mientras se bañaba, lograba zafarse, cada día, de la burla de esos otros cuatro testigos que habían estado esa noche en medio de las piernas abiertas de la que, ahora, era su flamante esposa encinta.

Más por disciplina que por miedo, ese muchacho se sometió a los designios de esa familia, y aún más de El Búfalo, a quien se esclavizó devotamente con una fe de monaguillo y una disciplina de raso.

Desde temprano ayudaba a la esposa de El Búfalo con las tareas del hogar y, apenas se despertaban todas las hijas de ese matrimonio, ya el desayuno estaba servido, el café ya colao y las tareas del liceo y universidad de las muchachas redactadas con una precisión de tipógrafo.

En el patio estaban todas las hojas de las matas de mango limpiadas y recogidos los nísperos y mangos desparramados en el suelo. Las ventanas brillaban de tan impecables que estaban y no había quedado un solo ratón,

o una cucaracha, porque ya él se había encargado de fumigar cuando todos estaban en la misa del domingo.

El pobre muchacho pobre ese había iluminado la casa con bombillos nuevos, y lustrado los pisos hasta que quedaran como los del Vaticano, donde bien hubiera podido ser canonizado ese muchacho por tantos milagros cotidianos y bienaventuranzas que esparcía, cual ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares, ni de noche, ni de día.

Pero aquel preciso martes, ese ángel los desamparó a todos.

Era el mismísimo día de los dieciocho años de la menor de las hijas que no pudo creer que la cama estaba desordenada, el niño con los mismos pañales, la ropa sin planchar y nada olía a limpio.

Salió corriendo para acusar a ese pobre diablo con su padre, como acostumbraba hacer para que lo pusieran en su lugar, pero se encontró con el cachetón de El Búfalo haciendo un puchero, porque muy rápidamente él se había encariñado con su amoroso esclavo.

Se fue, murmuraron la menor de las hijas y el padre al unísono, al lado de esa torta de cumpleaños que decía bienvenido a mis dieciocho, apuñaleada por el mismo número de velas rosadas.

La fiesta fue apoteósica y ahí estaba Happy como invitado especial de su exsuegro, tratando de robarle un baile a su exmujer, pero ella nada que quería. Dale mujer, y deja los rencores que hoy se nos casa la menor de tus hermanas, le decía El Búfalo señalando con sus labios la pista de baile, como quien da un besito.

El novio estaba sobrepasado por los acontecimientos de una fiesta arreglada en menos de una semana, pero con cajas de cerveza, botellas de chirrinche y chivos como para surtir a un pelotón por tres meses.

Hay que tirar la casa por la ventana.

Por la parte de la familia del pobre novio pobre ese, tan solo estaba su abuela, mientras que por la parte de la novia habían venido abuelos, tíos, nietos y primos de toda la Costa Oriental del Lago con sus tambores y machetes, dispuestos a la parranda y la pelea callejera.

La recién casada con esa barriguita de preñada, fajada por las malas lenguas, bailó acaramelada con todos los hombres de la fiesta, menos con su flamante marido, que esperaba a la orilla de la pista de baile con su mano levantada, como si fuera a hacer una pregunta en la escuelita. Pero nada.

Ella lo ignoraba olímpicamente.

Cuando por fin pudo bailar con su nueva esposa, justo en medio de la canción, uno de los dos hermanos de la menor y recién casada le brincó de pronto con machete en mano, porque yo sí te voy a picar en dos por haber malogrado a mi hermanita.

Ni siquiera pudo terminar ese pobre hombre el único baile que le concedió el destino con esa mujer fatal de su mala hora.

En medio de forcejeos y mentadas de madre, lograron alejar de la pista de baile al bravucón del hermano con esos superpoderes improvisados que le había concedido la botella de chirrinche que ya bailaba, autónoma, en su espíritu.

El humo que salía del chivo que se estaba asando y el polvorín que levantaban las parejas en la pista de baile de arena anaranjada creaban en el

ambiente una espesa neblina que enrarecía, aún más, esa fiesta de matrimonio de mi desdicha.

El pobre recién casado ese planchó los manteles, servía los tequeños con bandeja en mano, tocaba los instrumentos del grupo musical, picaba el hielo para los tragos, llevaba las cuentas de los jugadores de dominó, freía los patacones en la paila de la suegra, arreglaba los peinados a las cuñadas desbaratados por el bullicio y, de vez en cuando, tenía súbitamente que entrarse a coñazo limpio con cualquiera de los abuelos, tíos, nietos y primos venidos de toda la Costa Oriental, que le exigían efímeras y arduas peleas con machete en mano, porque tú nos malograste a la menor.

Precisamente en esa primera fiesta ese clan familiar fue sometiendo paulatinamente a una servidumbre voluntaria a ese pobre diablo pobre, que ya no sabía si se sentía bien o mal o regular, dejando de un lado la propia existencia, para cederla a esa nueva familia política y dictatorial.

Uno de los tíos de la menor de las muchachas se llegó a la fiesta con una carpeta marrón llena de facturas con la que persiguió al recién casado por toda la fiesta durante gran parte de la noche, porque aquí está negro sobre blanco el precio exacto que tú me debes pagar por haberme malogrado a la menor de las sobrinas.

El pobre muchacho pobre terminó entonces su propia fiesta de matrimonio más endeudado todavía de lo que había nacido, a causa de las facturas por pagar, más pobre aún de cuanto ya era por los costos de la excéntrica parranda, amenazado de muerte por media fiesta, y lleno de moretones por los golpes que recibió de gente que en su vida había visto, pero que estaban indignadas porque me malograste a la menor.

Ese día sacó del bolsillo de su corazón el calendario de su viacrucis y calculó, día por día, cuánto faltaba para que la menor de las hermanas cumpliera sus dieciocho años.

Ese preciso día de la mayoría de edad de su flamante esposa, ese ángel de la guarda dulce compañía los desampararía a todos y se iría pal carajo, pero antes mijo, échese un trago conmigo, le dijo Happy con su mirada diáfana y su buen talante de gaitero, que lo mejor del matrimonio es la fiesta del divorcio, y esta vaina se parece igualito.

Él salió temprano en la mañana y todavía había restos en la sala de esa torta de cumpleaños que decía bienvenidos a mis dieciocho. Todos estaban todavía borrachos por la celebración de la menor de la casa.

Sabía muy bien que sus pasos lo llevarían a la Alta Guajira. La vaina era cómo llegar.

Fue haciendo el mismito recorrido que solía hacer con su padre para salir de la ciudad. No había una vía más larga y engorrosa porque era el camino de los bares, las taguaras y las tascas con las cervezas más frías de toda la ciudad y las mujeres más cariñosas de todo el Zulia.

Se iba arrastrando por todas las paredes para no caerse por los trastornos del alcohol. Técnica que heredó de su padre, que llegaba a su casa con la mitad del cuerpo pintada de blanco y raspada por las paredes.

Comenzó así su recorrido de bar en bar, cosiendo la ciudad con sus pasos que se dirigían hacia el norte, donde la Plaza de Toros le ponía el punto y final a la urbe. Después de ahí terminaba Maracaibo y el camino se ponía complicado. Todo era desierto, chivos y cujies.

Antes de llegar a la Plaza de Toros, se paró en una tiendita para comprar tabacos y chirrinche, que era lo que se necesitaba para afrontar, a ciencia cierta, el monte.

Cada vez que veía en el camino una cruz o un altarcito improvisado, donde residía uno de los tantos muertos de La Guajira, hacía pues lo que había que hacer. Le daba un trago de chirrinche al muerto y le dejaba unos tabacos para que fumara la eternidad de su nada.

Bien sabía él que parte de esos difuntos no habían llegado a su destino por no haber honrado al muerto del camino con alcohol y tabaco. Si tú no te bajabas de la mula con tabaco y chirrinche, el mismito muerto te movía el camino hacia otro lado que no era, y terminabas en medio del desierto sin una gota de agua para calmar tu perdición, ni nada que te pudiera servir como punto de referencia.

Le dio un aventón uno de esos camiones tres cincuenta repletos de chivos que se trasladan de un lado al otro de La Guajira. En medio de ese camión, con el berenjenal de chivos, se encontró el pobre hombre, sabiendo que si no te pones pilas, se te mueren los chivos ahogados entre ellos, y te metes en un problemón con el chofer.

Entonces de tanto en tanto él tenía que intercambiar en ese camión los chivos que estaban debajo por los de arriba, antes que terminaran asfixiados, y te bajaran del camión por agüevoneado, y tuvieras que seguir a pie repartiendo alcohol y tabaco a toda cruz que te encontraras en el camino.

Eso le bastó para entender, de una vez por todas, que el destino es una vaina que se resuelve con tabaco y chirrinche, y el que no lo entienda termina muerto, en forma de una cruz de palo de cují, al lado del camino.

Se bajó del camión y siguió caminando por todo ese desierto donde se tambaleaba de tanto trago, y no había siquiera una desgraciada pared donde recostarse para no caerse de la pea.

Se sentía esclavo de sí mismo, porque ya no tenía a quien servirle.

Fue pasando por las trochas, de hacienda en hacienda, siguiendo el camino de los contrabandistas de todo, ya sin nombre, ni tiempo, ni nacionalidad cierta. Quería hacerse polvo con el desierto para que de su nombre no se recordase ni su abuela.

Así llegó a Maicao, como un espanto de esos que salen en el camino y para lo único que sirven es para dar miedo.

Fue preguntando de taguara en taguara hasta subir por la costa caribeña hacia el norte para encontrar al mal nacido ese de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador que le manejaba escuchando vallenato el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

La menor de las hermanas ese día cumplía diecinueve años y como siempre El Búfalo había mandado a llamar a Happy para matar dos pájaros de un solo tiro, durante ese sábado que nadie olvidaría. Vería el boxeo y celebraría el cumpleaños de su hija, la menor, con unas cajitas de cerveza y unas tartaletas cubiertas de ensalada de gallina que tan bien le salía a la esposa de El Búfalo.

A lo lejos se escuchó el bólide de Happy que llegaba con su hijo, con quien vivía desde hacía rato, bajo la flamante identidad incierta de padre soltero. El abuelo Búfalo, al verlos llegar, se frotó las manos y dijo con algarabía, ahora sí se jodió esto, que comience la fiesta.

A pocas casas de ahí ese pobre hombre pobre, regresado apenas de la Alta Guajira, se levantó temprano ese día de los diecinueve años de su exmujer, a la que había abandonado exactamente un año hace. Quería preparar su regalo hasta en sus milimétricos detalles.

Buscó la caja. La envolvió con papel de regalo, color rojo como le gustaba a ella. Le puso un lazo negro. Escribió de su puño y letra una dedicatoria breve.

Mientras tanto en la televisión, dos boxeadores con ojos de cachorro triste se daban la golpiza de su vida por el título mundial de peso pesado, con Happy y su exsuegro sonrojados de la emoción y atragantados de tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

El hijo de Happy distraía a las tías bailando, con cada una de ellas, la salsa o el merengue de moda durante esos años ochenta de vestidos con colores chillones y mujeres de caras redondas y pollinas con lacas.

A ese pobre hombre pobre le llevó casi un año encontrar al muchacho de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador.

O se va él o me voy yo, le dijo la ex de Happy a su padre El Búfalo que no le paró ni media bola, porque estaba lelo mirando la golpiza de esos dos hombres tristes por el campeonato ese. Deja que termine esta última pelea, cantamos el cumpleaños y el marido tuyo se va. Ese no es marido mío, respondió la ex

de Happy, sin haber prestado atención a más nada de lo que dijo su padre.

Mientras tanto el hijo de ella y Happy seguía en la pista, bailando con las tías y comiendo tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

Ya por fin estaba lista la caja de regalo que había cuidadosamente confeccionado ese pobre hombre ese para la cumpleañera que abandonó hace un año. Necesito por favor que le lleves este regalo a la hija menor de El Búfalo y aquí tienes esta platica para unas cervezas.

Pega el venezolano. Se tambalea el mexicano que ya no siente sus piernas. Gancho al hígado. Óper a la mandíbula. Uno. Dos. Conteo del referí. Esto huele a nocaut, señoras y señores.

Mija anda a ver quién está tocando la puerta. Buenas noches familia, disculpen la molestia, aquí les manda un admirador secreto de la menor de las hijas por su cumpleaños. Muchas gracias, tremenda cajota, por favor póngala al lado de la torta.

Tres. Cuatro. Cinco. Y el boxeador mexicano seguía tendido en el suelo con la boca abierta, respirando como pez en la orilla.

Papá, ya esa pelea terminó, te exijo que Happy se vaya de esta casa. Pero El Búfalo la ignoró y le dijo a su hija menor, abra ese regalo, chiquita, para ver quién es el enamorado que le envió semejante caja.

Seis. Siete. Ocho.

El hijo de Happy dejó de bailar con las tías para ver el espectáculo del regalo en esa caja que para el niño parecía todavía más grande.

Nueve. Diez.

La cumpleañera por fin logró abrir esa cajota y gritó como nunca antes en su vida.

Ahí estaba, al lado de esa torta de cumpleaños que decía bienvenidos a mis diecinueve, la cabeza diligentemente cortada del muchacho ese de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador que le manejaba, escuchando vallenato, el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

Nocaut.

Happy, ve que te andan buscando para matarte, le dijo uno de sus excuñados, y si te digo que el burro es negro es porque tengo los pelos en la mano. Así que ármate antes de que te metan un pepazo, Dios y La Chinita te guarden.

Al otro lado de la ciudad, en un lujoso bufete de abogados, su ex le entregaba una pistola a El Chulo, un secretario de poca monta con ínfulas de Napoleón, que lo único que tenía de aquel francés era el tamaño.

Mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar. El tipo tomó el arma con una seguridad que disfraczaba su cobardía genética.

Era difícil pensar siquiera que ese tal Happy pudiera tener enemigos, y menos aún, enemigos con talante de asesino.

Estuvo cabezón todo el día y cuando fue a buscar al carajito en el preescolar, como todos los santos días de su vida, apenas si le respondió el largo monólogo de radio encendido del hijo con un gesto afirmativo del rostro.

Qué te pasa papi, le dijo el hijo, que lo conocía como si lo hubiese parido. Happy fue ágil y desvió la ardua conversación, deteniendo de pronto el Volkswagen en las arepitas fritas con pernil, repollo y queso cebú, donde de vez en cuando cenaban. El carajito mío las adoraba, así que se olvidó de la preguntadera.

Esa noche se fueron a dormir, silenciosos, en esa colchoneta de barco que tiraban en la sala de ese apartamento sin muebles, ni electrodomésticos, ni nada, pues apenas se habían mudado a la flamante vivienda popular que más bien parecía una caja de zapatos, entregada en los ochenta por el gobierno de turno a gente sin plata para que pasaran toda su vida endeudados, pagando las cómodas cuotas.

La mañana siguiente comieron, como siempre, huevo frito con mantequilla, y arrancaron en el bólido para el preescolar del carajito y el trabajo de sol a sol de Happy en todo tipo de construcciones, en los barrios más pobres de Maracaibo y en los rincones más recónditos del estado Zulia.

Ni en el desayuno, ni tampoco en el trayecto del apartamento al preescolar Happy pronunció palabra.

Tampoco lo hizo la noche anterior al momento de las tareas del niño. Era la primera vez que no lo ayudaba en sus deberes escolares, y eso al hijo le dio muy mala espina, porque esos dos hombres solteros vivían según las reglas de oro de la piratería caribeña.

Hasta la tristeza era dividida en partes iguales por esos dos amigos que se llevaban treinta años de diferencia.

Qué te pasa, papi.

Pero Happy no respondía porque sus pensamientos estaban todos iluminando a ese maldito revólver que brillaba, aún más, de tanto ser pensado por el pobre Happy ese.

Lo que más me duele no es que me maten, sino que me manden a matar con un güevón. Qué te costaba matarme tú misma, o terminarme de matar, ya que estás.

Qué dijiste, papi.

El día que siguió y los venideros estuvieron signados por una tristeza y rabia que juntas terminaban por volverse paranoia.

Happy pensaba que en cualquier momento me van a meter un pepazo por una razón que ni él mismo terminaba de entender. No le había hecho nada a nadie, y menos aún había realizado alguna afrenta tan definitiva que ameritase la drástica ayuda de un revólver.

Mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar.

Entonces Happy veía en cada esquina amantes inverosímiles que se besaban acurrucados como palomas, y él pensaba que era la ex de su desdicha junto a El Chulo de poca monta con ínfulas de Napoleón, que ahora portaba un arma que maquillaba su cobardía.

Happy comenzó entonces a pensar que estaba sucediendo lo que no estaba sucediendo, y cuando creía que esos dos estaban teniendo sexo, en realidad se estaban comiendo una arepa, y viceversa.

Más que el miedo por el revólver de su muerte, sentía celos porque ella lo había entregado a un tipejo de tal calaña. Esa muerte por encargo le parecía una humillación gratuita. Una afrenta, incluso más grave que la propia muerte, que Happy estaba esperando en cada esquina.

Mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar.

Y mientras el hijo de Happy iba después de la escuela en ese Volkswagen rojo hablando más que un perico, él apenas si lo escuchaba, por andar pensando en el revólver de su mala leche.

Apenas llegaron a la casa de Fidelia, el carajito no tardó en contarle a su abuela, y confidente, la desdicha que embargaba a su papá Happy. Fidelia le perdonó la vida a su hijo hasta que se comió la segunda arepa. Entonces atacó con su instinto de madre mamífera.

Qué me le pasa, mijo, preguntó Fidelia con la maña esa de las mujeres de interrogar sobre lo que ya saben con puntos, comas y señales.

Vainas del divorcio, mamá.

Una vaina es el divorcio y otra muy distinta un revólver, respondió Fidelia. Ambas resuelven problemas del corazón, contraatacó Happy.

Ojalá mijo, así la vida sería un jamón.

Y remató Fidelia su jaque mate. Happy, los problemas del corazón solo los arregla el tiempo.

Y te digo más, mijo.

El que cargue encima un revólver y no lo vaya a utilizar, se lo mean. Así que vaya a beber bastante cerveza para el mal de amores y para estar bien cargado cuando le toque mearle el revólver al proyecto de hombre ese.

Happy le dejó su hijo a la abuela Fidelia y se fue disciplinadamente a beber cerveza con la certeza de que lo iban a matar ese viernes de su tristeza y, a la hora de la verdad, lo que más le dolía es que iba a morir como un güevón con esa frase que no se le salía de la cabeza, mi amor, aquí te dejo este revólver porque andan diciendo las malas lenguas que Happy, mi ex, te quiere matar.

34.

La ex se compró varios carros nuevos, último modelo. Entre ellos un Conquistador blanco que terminó manejando El Chulo aquel, y que se le aparecía a Happy en cada esquina.

Más que el miedo por el tipejo armado, a Happy lo atormentaba la curiosidad por saber de dónde estaba sacando su ex tanta plata, porque la verdad es que yo cada día trabajo más, y el dinero es menos.

Todo lo contrario le sucedía a su ex, que cada día invertía más horas en la peluquería del centro comercial, y la plata se le multiplicaba como cotufas.

En eso iba pensando Happy mientras manejaba hacia la enramada de Los Aceitunos en busca de una cerveza bien fría para su mal de amores.

Fidelia jugaba mientras tanto con su nieto en la batea del patio a los barquitos con unos potes vacíos de margarina que bastaban para resucitar la Batalla Naval del Lago. Ellos pasaban horas juntos, acaso sin mediar palabra, con una especie de intimidad que tenía como cómplice el silencio.

La diferencia de edad entre el nieto y la abuela era tan grande que terminaban coincidiendo en algún punto de la infancia, o acaso la vejez. Eran dos soledades tan amables, la de Fidelia y ese carajito, que terminaron acompañándose toda la vida.

El Conquistador blanco seguía parado en la esquina, amenazante. Pero frente a él estaba el Volkswagen Escarabajo color rojo, escoltando a Happy, y mirando de reojo al carro aquel. Pendiente de cualquier vaina.

Estaba ya comenzando la segunda cerveza y le dieron la charrasca a Happy para que gaiteara. Inmediatamente puso la cerveza en el piso de tierra rojiza y comenzó a charrasquear, justo en medio del primer estribillo.

En eso anduvo un largo rato, sin quitarle el ojo al Conquistador blanco que seguía ahí, sin ser invitado.

Happy, ve que te andan buscando para matarte, le dijo uno de sus excuñados, y si te digo que el burro es negro es porque tengo los pelos en la mano. Así que ármate antes de que te metan un pepazo, Dios y La Chinita te guarden.

Pero la única arma que Happy tenía en sus manos era esa charrasca de metal que se vio a sí mismo sosteniendo como un perfecto cabrón, porque el malnacido ese anda con un revólver encima, y mírame a mí con esta vaina.

Ya los dedos del furrero, tamborero, cuatrista y Happy, el charrasquero, estaban agrietados e hinchados de tanto tocar, pero él seguía aupando la parranda a ver hasta cuándo iba a aguantar ese Conquistador blanco ahí.

Ya el hijo de Happy dormía recién bañado y entalcado por su abuela Fidelia, que ahora esperaba como siempre, silenciosa y atenta, en la ventana del frente de su casa que su hijo Happy llegara de la parranda.

A la hora que fuera.

Ese día Happy despertó a su carajito temprano para llevarlo a la escuela. Como cada día, comieron huevo frito con mantequilla, mientras acomodaban la colchoneta de barco para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, sonrojado del supuesto esfuerzo. A ese padre lo único que le faltaba era llevar a ese tripón en su vientre de cervecero y parirlo, solía decirle mamándole gallo, el abuelo Búfalo.

Entonces pasó, sin que se diera cuenta.

El niño solía sacar la cabeza del bólido rojo de Happy y disfrutar de ese viento lacustre que envolvía todo su rostro, dándole una sensación de libertad plena que conservaría, intacta, durante toda su vida. En cada país que visitaría en el futuro, y a todas las edades de su existencia, y cada vez que pudo, realizó ese gesto infantil. La libertad que experimentó siempre fue la misma, y jamás cambiaría con el pasar de los años.

Antes de meter nuevamente la cabeza en la ventana de ese Volkswagen rojo, respiraba tan hondo que la acción siempre terminaba en un largo bostezo relajante que daba paso a una observación minuciosa de cada detalle del mundo a su alrededor. Le encantaba escrutar su mundo.

Pero ese día algo cambió, para siempre.

Lo que antes eran letras, meras formas coloridas que no querían decir nada más que eso que veía el niño, ahora resulta que eran mágicas palabras, sacadas del sombrero de la lectura.

Hasta ese momento, el hijo de Happy solo veía letras de todos los colores del arcoíris en los afiches, buses, periódicos, comercios, que solo significaban eso que observaba. Nada más y nada menos.

Pero ahora esos objetos raros que los adultos llamaban letras, y que al carajito le gustaba tanto mirar por la ventana del bólido, se convertían sin más

en palabras con un significado preciso que obligaban al hijo de Happy a hacer algo que no se había propuesto ni sabía hacer. Leer.

De pronto se sintió esclavo del significado de las palabras que entraban en su humanidad, a pesar de él, y se quedaban ancladas en su espíritu. Antes, ese niño veía las letras y ya. Ahora, estaba destinado a mirar las palabras y consumir su significado, lo quisiera o no.

Está leyendo, carajo. Se dijo Happy sabiendo lo que se venía.

Su hijo intuía, con su intuición de niño, que algo de su libertad se había esfumado con esas letras que juntas hacían palabras. De las que ahora se sentía preso.

Por qué lloras, hijo, le dijo Happy con la vista puesta en el camino.

Su hijo respondió con un puchero.

La respuesta era tan obvia que ese niño no encontraba las palabras para explicarla. Antes él veía el mundo desde la ventana del bólido con total libertad. Las cosas eran lo que él quería que fueran con la varita mágica de su imaginación de infante. Pero ahora el mundo se le presentaba explicado, interpretado. Digerido.

El niño bárbaro que hasta ese momento fue se sintió encarcelado por la civilización que cambió ese día el olor del pan, de la panadería cerca de su casa, que él asociaba con los signos P, A y N, por la dictatorial palabra PAN que, con olor o sin olor a pan, quería siempre decir lo mismo, pan.

El niño sabía, cada día, que estaban llegando a la escuela por los innumerables colores y olores de las flores que en la esquina le saltaban a la vista y al olfato, anunciando que estamos ya en la F L O R I S T E R Í A. Pero, a partir de ese día de su estupor, los sentidos que tan bien veían y olían las flores, eran desplazados por la desgraciada razón que, ahora, lo primero que percibía era la palabra FLORISTERÍA, brillando en un aburrido afiche luminoso.

Era una catástrofe. El A B C se le volvió la palabra abecedario. Se vio a sí mismo domesticado, como el ganso de la abuela Fidelia.

Por qué lloras, hijo, le dijo Happy con la vista puesta en el camino.

El hijo seguía con su puchero. Al fin y al cabo, lo único que quería ese tripón era contemplar el mundo, y ahora alguien que él no sabía se lo narraba como si fuera un dictado de escuela.

Lo peor es que no había marcha atrás. Una vez que comenzaste a leer ya no hay desleída, y por más que ese niño se frotaba sus ojos, ahí le seguía apareciendo el mundo narrado con palabras que alguien más escribió.

La civilización lo había jodido.

Ahora las palabras, y ya no más las letras, imponían un significado al mundo que, de pronto, no era más su mundo. La realidad entonces se comenzó a poner más pequeña, se comenzó a encoger.

La palabra le daba un mundo ya masticado.

Y así, al descubrir en ese Volkswagen al improviso que sabía leer, el mundo se le presentó sin más con un manual de instrucciones que él no le había solicitado a nadie.

Pensó entonces en su abuela, quien se negó testarudamente hasta su muerte a dejarse joder por los afiches que pasaban por afuera de la ventana de su autobús cotidiano. Fidelia en ese bus de Ruta 6 optó por no leer el mundo de neones que veía por la ventana, y prefirió perderse en las palabras de otros mundos posibles y composibles que existían en esos libros raros que ella portaba consigo, de ida y vuelta, camino a su trabajo.

Esa tarde, Happy dejó a su hijo en la casa de su mamá Fidelia, como todos los días, y el niño saltó enloquecido del bólido rojo para preguntarle a Fidelia, abuela, cómo se lee un libro.

La abuela le acarició el pelo creándole un remolino, y le dijo con una voz tan tierna que parecían retazos de seda saliendo de su boca, algún día leerás muchos libros, mijo, y hasta escribirás algunos.

Los rumores se volvieron realidad y la realidad, testaruda como es, siempre termina por explotar en forma de escándalo.

Y ahora cómo se lo explico al carajito este, se preguntó Happy.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, rojo del supuesto esfuerzo.

Pero algo había de diferente en ese día que apenas comenzaba.

Happy llevaba una pena en el alma que, esta vez, le era prácticamente imposible de maquillar. Fingió entonces una sonrisa de circunstancia que no convenció al hijo, y arrancó camino a la escuela, como cada mañana.

Muy rápidamente el niño se dio cuenta de que su padre estaba tomando un camino que él nunca había recorrido antes. Pero no pronunció palabra porque estaba ensimismado con la cabeza fuera de la ventana, llenando su boca de ese viento lacustre que le ponía la lengua saladita, y a él le encantaba.

El padre seguía testarudamente con su maniobra secreta, evitando las avenidas principales. El hijo seguía fingiendo demencia que, al fin y al cabo, es el deporte más practicado en el Caribe.

Happy, que conocía de memoria a su muchacho, bien sabía que él sabía lo que ese padre no quería que supiese, aunque ya lo supiera tan bien que quien realmente no sabía lo que ahora el niño sabía, era Happy.

El hijo pensó seriamente en preguntarle a su padre por qué estaba tomando caminos tan raros, pero calló. El padre pensó seriamente en contarle a su carajito el porqué estaba tomando caminos tan raros, pero también calló. El silencio es una especie de acuerdo tácito en el presente que siempre termina por ser un apoteósico desacuerdo futuro.

Siguió Happy serpenteando el camino hacia la escuela y haciendo todo lo humanamente posible por no tomar esas avenidas principales con sus colas lentas como bolero, sus cornetas sordas como cotizas y sus vendedores de periódicos en cada color rojo de cada semáforo.

El problema ahora era que a Happy se le habían terminado las pequeñas calles alternativas, y obligatoriamente debía tomar una de las arterias principales de la ciudad para poder llegar al puerto seguro de la escuela.

Iban en retraso cuando desgraciadamente todo sucedió.

Apenas el bólido rojo agarró la avenida La Limpia que tanto trató de evitar Happy, se encontró embotellado en una de esas colas interminables, con cornetas chillonas que propiciaban un ambiente delirante de circo, y vendedores de periódicos, en cada semáforo, llevando en sus manos esa primera plana de mi dolor que Happy trató de evitar a toda costa que su hijo viera.

Al imprevisto se acercó al bólido uno de esos pregoneros con periódico en mano gritando insistente, última hora, última hora.

Una vez que ese niño comenzó a leer, sin proponérselo, esa portada desgraciada de su martirio, ya no hubo marcha atrás.

Por más que ese carajito se frotaba sus ojos llorosos, ahí seguía apareciendo ante su consternación ese titular a seis columnas con el nombre de su madre, con la foto de la ex de Happy, y la palabra estafa y la palabra cárcel y la palabra abogada, recién graduada.

Happy se vio a sí mismo viendo cómo de los ojos de su hijo brotaba una lágrima que coincidía con aquella que también salía de la mirada del padre. Las lágrimas de cada uno hicieron el mismo recorrido por el valle de sus cachetes de pan dulce, esquivando la nariz árabe, hasta llegar a sus bocas de pajarito, bañándolas con ese gusto amargo de la lectura, cuando no se quiere leer lo que se leyó, ni saber lo que pasó.

Ese día el niño no llegó a la escuela. Ni Happy al trabajo.

37.

Era sábado y comenzó a llover.

El viento era tan fuerte que sacudió con una de sus ráfagas todas las matas de mango de la ciudad que soltaron de un solo golpe todos los mangos que tenían, y las calles del barrio quedaron tapizadas, de punta a punta, con mangos maduros.

Para poder abrirte paso entre esa espesa alfombra de mangos amarillos tenías que ir comiéndotelos a medida que ibas caminando. En eso andaba Happy, camino a la enramada donde le esperaban sus amigos con ganas de beber y tocar gaita.

Llegó embuchado de mangos al lugar y lo primero que hizo fue pedir una cerveza bien fría.

Happy, y quién te dijo que la cerveza pega con el mango.

Compadre, la cerveza pega con todo, respondió Happy, percatándose de que ahí estaba, nuevamente, El Conquistador blanco alumbrando con sus faros la humanidad de ese Happy que, francamente, ya estaba perdiendo la paciencia.

Después de la quinta cerveza ya había agarrado suficiente valor para acercarse a ese lujoso carro blanco, tocar con sus nudillos el vidrio ahumado, y esperar que apareciera El Chulo escondido ahí dentro para ver qué es lo que es.

Pero ese no era el talante de Happy que, más bien, era un tipo afable con el que provocaba jugar dominó, y jamás de los jamases, caerse a puño limpio, o peor, a sucios tiros. Pero es precisamente ese el problema de la gente tranquila cuya paciencia, supuestamente infinita, es proporcional a la violencia con la que pueden actuar, si te pasas de la raya.

Arrancó el cuatro con la introducción de la primera gaita de la noche y, después del octavo acorde, reventaron al unísono la tambora, el furro y la charrasca, que como siempre estaba en las manos de Happy.

La música le dopaba el alma, el cansancio y hasta sus preocupaciones de obrero en aquel piso veintitrés. Mientras duró ese primer set gaitero en la en-

ramada se había olvidado incluso de El Conquistador blanco ese, acechando los retazos de felicidad que le había dejado el divorcio, el revólver en manos de El Chulo ese e, incluso, aquella promesa que su ex, ahora flamante abogada de la República, nunca cumplió.

En medio de la tercera gaita sintió un dedo índice que, amenazante, le tocó el hombro desde atrás, como quien toca un timbre con urgencia. Happy no tuvo que voltear para saber quién era.

El tipo ese apagó el aire acondicionado de El Conquistador.

Apagó las luces de El Conquistador.

Apagó de El Conquistador.

Se acomodó el revólver en la parte detrás de su pantalón, sostenido por la correa de cuero negro.

Se sacó la camisa para que no se viera el arma.

Se bajó de El Conquistador ese y cerró con la llave la puerta blanca del vehículo, desde afuera.

Happy sintió que alguien le tocó el hombro desde atrás como quien toca un timbre con urgencia. Él no tuvo que voltear para saber quién era.

El Conquistador quedó detrás de los pasos del tipo ese que se acercaba, acechante, aprovechando que Happy estaba perdido en el territorio delirante de la música que, al fin y al cabo, era la geografía misma de su existencia.

Happy, ve que te andan buscando para matarte, le dijo uno de sus excuñados, y si te digo que el burro es negro es porque tengo los pelos en la mano. Así que ármate antes de que te metan un pepazo, Dios y La Chinita te guarden.

Todavía unos pocos pasos separaban a los dos hombres. Uno empuñando un revólver escondido debajo de su cobardía. El otro empuñando una charrasca justo en medio de la parranda.

Happy esperó los acordes que faltaban para que terminara la gaita y volteó súbitamente. Las miradas de los dos hombres se cruzaron. Pocos instantes les separaban.

En ese momento comenzó a llover, nuevamente, durante ese sábado de mi tragedia.

El gato de Fidelia se comía los libros hasta que ella comenzó a leérselos. Trato hecho. A partir de ese momento habían sellado un pacto, ese felino y ella, y ya Fidelia no tendría que pegar las hojas de esos libros como rompecabezas, en ese bus de Ruta 6, camino a su trabajo.

Era negro y se llamaba Barbare. Un gato gordo que visto de lado parecía una almohada doblada. Y poco a poco llegó a ser el mejor compañero de lecturas de Fidelia. Pasaban horas haciendo crítica literaria y comentando todo tipo de excentricidades de Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García con argumentos irrefutables que fueron truncados de pronto por una vecina que, alarmada, le vino a dar noticias del escándalo de Happy, allá en la enramada.

Antes que Fidelia, salió el gato Barbare a ver qué pasaba. Fidelia, tu hijo, tu hijo, Fidelia, exclamó la vecina.

Entonces Mamá Fidelia se paró de su mecedora de mimbre a ver qué pasaba. El gato negro se frotó sobre su tobillo, mientras ella se asomaba a la ventana.

Happy sintió que alguien le tocó el hombro desde atrás como quien toca un timbre con urgencia. Él no tuvo que voltear para saber quién era.

Cómo está, vecina. Por allá anda el hijo suyo armando un espectáculo con un tipo armado.

Y qué hizo ahora ese muchacho.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron. Pocos instantes les separaban.

Happy trató de decir algo, pero el tipo se le adelantó. Te salvas porque me tengo que ir de este país de mierda. Explotó el peo.

Se la lleva, intuyó Happy. Y en el mismo instante el tipo respondió a esa pregunta que Happy nunca llegó a hacer.

Ella se va conmigo.

Happy pensó en el revólver. El tipo pensó en la charrasca que tenía Happy en la mano. Él estaba dispuesto a todo. El tipo no. Happy se dio cuenta.

El tipo también. Se paseó como un pavorreal por toda Maracaibo con ese revólver, y ahora que me tiene de frente, no lo saca.

Entonces Mamá Fidelia se paró de su mecedora de mimbre a ver qué pasaba. El gato se frotó sobre su tobillo, mientras ella se asomaba a la ventana y pensaba que quien cargue encima un revólver y no lo vaya a utilizar, se lo mean.

Happy, allá, debajo de la enramada, la escuchó con la voz secreta del pensamiento. Paró de llover.

El tipo sacó el revólver. Happy supo que era un gesto de miedo. Todo el grupo de gaiteros dio un paso atrás. El tipo lo apunto en la cabeza. Happy sintió el aliento frío del metal brillante. Mátame y salimos de esto. El tipo bajó la mirada y después el revolver.

Te salvas porque me tengo que ir de este país de mierda. Dijo altanero, pero cagado en los pantalones. Explotó el peo.

Ella se va conmigo. Remató irónico.

Entonces Happy, sin quitarle la mirada de los ojos al tipo, dejó caer la charrasca. Se bajó el rache del blue jeans que cargaba. Extrajo con maestría su güevo. Lo dirigió hacia el revólver, y se lo meó. Cuando la última gota salió, se lo volvió a sacudir mirando fijo al tipo, porque así le había enseñado su padre. A los hombres se les mira fijo a los ojos, Happy. En ningún momento le quitó la mirada. Comenzó a llover.

De pronto una vecina, alarmada, le vino a dar noticias a Fidelia del escándalo de Happy, allá en la enramada. Fidelia, tu hijo, tu hijo, Fidelia. El gato se frotó sobre su tobillo, mientras ella se asomaba a la ventana.

Era día de las madres. Y Fidelia, como siempre, se puso a cocinar un hervido que daba para toda la familia y los invitados que tocaran la puerta, extraviados. La pobreza, cuando festeja en el barrio, logra el milagro de la multiplicación del pan y el vino.

Una humazón de leña encendida habitaba todos los rincones de esa casa humilde donde siete almas en pena que bajaron de Mérida a Maracaibo seguían intentando por todos los medios, y sin ningún medio, echar palante, sin que ninguno se perdiera en el intento.

Cuando más estaba encendida la parranda familiar, y mientras Happy y su padre cortaban con un machete el racimo de plátanos del patio para hacer patacones, unos desconocidos tocaron a la puerta.

Happy, precavido y hasta paranoico como andaba desde que comenzó su separación con su ex, salió antes que nadie a ver qué pasaba, con machete en mano. No sacaba de su mente la amenaza del revólver aquel.

Pero en lugar de un Conquistador blanco, Happy vio algo que lo sorprendió, y antes de que pudiera reaccionar, ya Fidelia con su bata de festejar había salido al frente de la casa a ver qué estaba pasando.

Sorprendida, Fidelia encontró tres camiones blancos parados en fila india, delante de esa casa pobre y suya.

El jefe de la encomienda, gordo y sudado como estaba, le dijo, usted es Fidelia y, antes de que ella pudiera contestar, la sorprendió con una tarjetica rosada, made in USA, sobre la cual estaba escrito, con el puño y letra de la ex de Happy, querida Fidelia, la condición de suegra nunca se pierde, así que feliz día de la madre, mi amor.

De pronto, una cantidad inimaginable de objetos nuevos y brillantes comenzaron a bajarse de esos camiones que de tan blancos que eran escupían de entre sus entrañas todo tipo de productos de línea blanca, nevera, lavadora, secadora, cocina, plancha, licuadora, microondas, y cuando ya parecía que no había más objetos, comenzaron a salir de sus vientres televisores, aires acondi-

dicionados, ventiladores de todos los tamaños y colores, camas individuales y matrimoniales, hamacas para las noches tristes del patio, sillas plegables de piscinas de rico que no tenían, vajilla completa de cerámica colombiana, muebles de cuero gringo, comedor con sus doce sillas y centro de mesa, y poco a poco la anciana mecedora de mimbre se vio tan pobre y desgraciada que se tuvo que tomar de las manos con el radio viejo y ronco del abuelo albañil que, en medio de tantas cosas nuevas que brillaban, se sintió aún más pobre y miserable en el lugar donde menos lo hubiera imaginado. Su propio hogar.

Era día de las madres. Y Fidelia, como siempre, se puso a cocinar un hervido que daba para toda la familia y los invitados que tocaran la puerta, extrañados. Al final, los choferes de los tres buses y los nueve caleteros se vieron a sí mismos comiendo el hervido de Fidelia en el patio, brindando por la vida. La pobreza, cuando festeja en el barrio, logra el milagro de la multiplicación del pan y el vino.

Al improviso, la casa se veía tan rica por dentro, que se vio en ese instante aún más pobre de lo que era por fuera.

Fidelia no salía de su asombro.

Fidelia siempre la quiso, así que con su silencio aceptó el regalo.

Fidelia entonces se fijó en Happy, que seguía en la entrada de la casa, boquiabierto, con el machete en la mano.

Ese día Happy despertó a su carajito temprano para llevarlo a la escuela. Como cada día, comieron huevo frito con mantequilla, mientras acomodaban la colchoneta de barco para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, rojo del supuesto esfuerzo.

Pero cuando llegaron al estacionamiento para montarse en el bólide rojo se encontraron con El Conquistador blanco y su mirada prepotente, aguardándolos.

Happy y su hijo se miraron con esos ojos idénticos, del color del papelón.

Del carro blanco salió la madre del niño, emperifollada como siempre. El olor del perfume francés comprado en alguna tienda lujosa del centro comercial de moda cacheteó a ambos.

Tras su aroma, llegó ella.

Salió de El Conquistador con una elegancia recién adquirida. Olía a peluquería. Hablaba de peluquería. Miraba como peluquería. Usaba hombreras que la hacían ver todavía más imponente. Pollina encima de su breve frente, sostenida por una tonelada de laca. Traje de dos piezas, holgado y unicolor, chillón. Aretes. Cadenas. Esclavas. Reloj de oro. Un equilibrio precario entre la elegancia y la vulgaridad.

Les dirigió la palabra como si ambos, padre e hijo, hicieran parte de su nómina del bufete de abogados. Ellos escuchaban con humildad. Al fin y al cabo, pasaron toda la noche durmiendo en el suelo, como cada día, en una colchoneta de barco.

Tengo grandes proyectos para el niño, dijo ella convencida, pero sin convencer a nadie.

Cómo así, le contestó Happy con un hilo de voz, y protegiendo a su muchacho de forma discreta, con su postura y su mirada.

Se acerca su cumpleaños y quiero celebrarlo como se merece mi hijo. Botar la casa por la ventana, pues.

Happy no contestó nada, solo observaba.

La madre acarició la cabeza del niño y le dijo que no se preocupara que ella tenía todo planificado, y que le regalaría un cumpleaños que nunca olvidaría.

Así fue.

Esa mañana, Happy y el niño como pudieron se libraron de la situación, y se montaron en el bólido rojo, que salió picando caucho. En el camino a la escuela el padre trató de hablar de otra cosa, pero su hijo apenas si se percató, porque sus pensamientos estaban perdidos en esa rara situación que acababa de vivir con su madre.

Happy se sinceró, y también guardó silencio a lo largo del trayecto hacia la escuela.

Faltaba todavía casi un mes para su cumpleaños, y tanto Happy como el futuro cumpleañosero se habían olvidado de eso que para ellos había sido una especie de amenaza, y para la madre algo así como la hazaña de su vida.

Pero un martes cualquiera en la mañana, camino a la escuela y a pocos días del cumpleaños, cuando ya casi aquel raro encuentro con la madre y la promesa de una fiesta apoteósica se les había olvidado por completo, Happy y su carajito vieron con asombro en radio, prensa y televisión de la ciudad la invitación a mi fiesta de cumpleaños que celebraré junto con mi mamá en el parque de diversiones de la ciudad de Maracaibo, que será cerrado completamente al público para la ocasión, en honor a tan distinguido infante, hijo de La Doctora.

El hijo de Happy no quería despertar, a pesar de las cosquillas de su padre. Era su cumpleaños.

No quiero ir.

Amanecieron en la colchoneta esa con medio cuerpo afuera. El niño estaba creciendo y se les hacía cada vez más difícil dividir el sueño en ese minúsculo espacio. Pero más difícil aún se les hacía la idea misma de dormir separados.

Pero tienes que ir, le insistía el papá.

Happy sacó un ponquecito con una vela azul recién encendida y se puso a cantarle el cumpleaños feliz te deseo yo a ti, cumpleaños, cumpleaños, cumpleaños feliz, y los dos aplaudieron en esa colchoneta de barco tirada en el suelo de la sala, donde aún estaban ellos, recién despertados, despeinados, solteros y felices.

El niño sopló la vela y pidió un deseo, que ese día no se le cumplió.

Entre los dos recogieron la colchoneta del suelo, con sus sábanas y almohadas tibias todavía por la noche, y colocaron todo bien ordenado en una de las esquinas de la sala de ese apartamento de obreros, completamente vacío.

Happy se asomó por el balcón y ahí estaba El Conquistador blanco, esperando. Su hijo se percató de todo al ver la mirada taciturna del padre y cómo tragó grueso sin pronunciar palabra alguna.

No quiero ir.

Bajaron las escaleras a medio andar. El niño estaba recién bañado con su pelito peinado de lado y su cuello entalcado. Iba en chores, cotizas y franela simple porque como le ordenó su madre a Happy por teléfono, yo le llevo una ropa nueva con zapatos y todo, para que se cambie en mi carro.

Happy acompañó a su hijo hasta El Conquistador blanco que se lo tragó sin más y arrancó con el carajito rumbo a mi fiesta de cumpleaños que celebraré junto con mi mamá en el parque de diversiones de la ciudad de Maracaibo, que será cerrado completamente al público para la ocasión.

No quiero ir.

De pronto, El Conquistador blanco se detuvo en el lugar de la fiesta y, al abrirse la puerta del carro, comenzó de inmediato el circo con decenas de personas que ese niño nunca había visto en su vida, aquí está el cumpleaños, señor juez, aquí está mi hijo, magistrado, le presento a mi muchacho, doctor, aquí está el orgullo de mamá, alcalde, y el niño seguía dando su manito perdida a máscaras con sonrisas de anime y dentaduras que brillaban con el sol, tornando el ambiente aún más irreal.

El cumpleaños, en medio de todos esos desconocidos, miró con más atención su entorno como para enterarse en dónde lo habían metido, y vio un mundo frenético alrededor de él que no paraba, ruedas de la fortuna daban vueltas sobre su propio eje, carritos chocones chocaban entre sí, algodones de azúcar se inflaban como nubes, monstruos y dráculas y zombis cubiertos con sábanas daban miedo en un cuarto oscuro, elefantes y jirafas y motos y helicópteros giraban y giraban con los niños del señor juez, del magistrado, del doctor, y el alcalde, adentro.

El hijo de Happy, mientras tanto, seguía esclavo de una sesión de fotos que le organizó su madre para el principal periódico de la ciudad, que amaneció, al otro día que era domingo, con la sección Sociedad entera dedicada al fastuoso cumpleaños del hijo de La Doctora, que fue acompañado por sus más íntimos amiguitos, hijos, sobrinos y nietos del señor juez, el magistrado, el doctor, y hasta el alcalde.

Entre fotos oficiales, saludos formales, recepción de regalos y respuesta a todo tipo de preguntas inútiles, se le fue escurriendo el tiempo al cumpleaños, que le pareció infinito.

Logró resistir a semejante maratón de sinsabores gracias a los tequeños que, a partir de ese momento, fueron para él una especie de signo de libertad y se convirtieron en una de sus debilidades endémicas.

Se encontró aburrido y sentado en el suelo con los bolsillos de sus pantalones nuevos, comprados en Miami, está barato dame dos, repletos de tequeños para sus amigos del barrio.

Cuando estaba por anochecer y pensaba que todo estaba perdido, escuchó a lo lejos el sonido inconfundible del Volkswagen rojo, del bólido de su salvación, que venía a toda velocidad en su auxilio, porque mañana hay que madrugar para ir a la escuela. Del carro salió Happy con su sonrisa de oreja a oreja. Los ojos color miel del padre y su muchachito se encontraron.

Esa noche, después de todo el parampampán, durmieron abrazados y cupieron ahora sin problemas en esa colchoneta de barco, tirada en el piso.

El hijo de Happy se despertó tempranito, incluso antes que su padre, porque quería abrir esa infinidad de regalos que le habían ofrendado los hijos, sobrinos y nietos del señor juez, el magistrado, el doctor y hasta el alcalde.

Ese apartamento de obrero, que normalmente estaba completamente vacío, había amanecido repleto de paquetes de regalo, de todos los colores, olores y sabores.

El niño tuvo la sensación de que era veinticinco de diciembre y, además, interpretaba todo ese montón de obsequios como el salario justo por haberse avocado responsablemente, durante su fiesta de cumpleaños en ese parque de diversiones, a tomarse fotos oficiales con su mejor sonrisa, a implicarse en saludos formales de obispo gordo, y a dar respuestas diplomáticas de todo tipo a toda suerte de preguntas inútiles por parte de los encopetados que la madre había invitado a esa fiesta infantil que, más bien, parecía un mitin político de alcalde de pueblo.

El olor a nuevo de los coloridos paquetes impregnó las calles adyacentes al apartamento de obrero, atrayendo a todos los niños del barrio, que hicieron una cola de tres cuadras para poder tocar, mirar y oler esos luminosos juguetes que, de tanto oler a nuevo, hacían brillar los ojitos de los tripones de la zona, que en su vida habían visto un botín de pirata del Caribe de esa magnitud.

Inmediatamente aparecieron los vendedores de cepillaos, cotufas, algodones de azúcar y pastelitos de papa con queso para ofertar sus exquisiteces en esa larga cola de carajitos pendientes de entrar en el paraíso de ese apartamento de obrero, aunque sea por cinco minutos.

El anfitrión hacía entrar, de dos en dos, a los invitados para mostrarles el Nintendo que apenas había salido, o las más recientes consolas de Intellivision y Odyssey, o el Pedalo de moda que te hacía caminar más rápido que de costumbre, o los dos peluches tamaño natural de un león y una leona para jugar al safari en ese apartamento vacío, o los carritos de metal Hot Wheels que transitaban en pistas con curvas y subidas y bajadas, y el hijo de Happy jugaba

orgulloso porque, además, se había guardado para sí el más lujoso de todos los carritos de metal, que era una reproducción fidedigna del carro de moda para la época, El Conquistador blanco.

De pronto, el niño se sintió como una especie de reyezuelo, como el hijo de La Doctora, como el mandamás del barrio que recibía, enreyecido, en sus aposentos, a esa plebe de carajitos, acostumbrados a inventarse juegos en la calle, y no a que los juegos vinieran confeccionados desde el norte en paquetes de regalos brillantes y con lazos, listos para ser jugados.

Los juegos callejeros, el escondido, picao, pelotica de goma, fusilao, trompo, petacas, pisé, fueron cambiados, al improviso, por juguetes con pilas y juguetes eléctricos, y los familiares juegos de mesa, ludo, cartas, bingo, donde todo el mundo salía peleado entre sí pero contentos, fueron cambiados por esas consolas de videojuegos traídas de Florida, con sus hipnotizantes pantallas encendidas a toda hora.

Happy, desde lejos y sin intervenir, vio a su hijo con ínfulas de no sé qué, dando órdenes a los otros niños con su dedito inquisidor, castigando a quienes no le hacían caso con la exclusión súbita de sus aposentos, y amenazando con que, o se portan bien, o los saco de esta juguetería de centro comercial en la que se había convertido esa sala de apartamento de obrero.

No le perdió pisada a su madre, pensó Happy con la vista fija en la colchoneta que su hijo había escondido en uno de los cuartos, por temor al qué dirán.

Una vez que recibió su título de abogada, la vida de esa mujer cambió de la noche a la mañana. Inmediatamente, varios prestigiosos bufetes estaban interesados en la joven promesa, debido a sus excelentes calificaciones, y a su belleza contagiosa.

Pasó de ser una estudiante que llegaba a la universidad en un bus con su carajito a cuestras, a pasearse ahora por la ciudad en un Conquistador blanco o en una camioneta Caribe cuatro por cuatro, o en un Mustang deportivo con los plásticos todavía puesto en los asientos de cuero claro.

Todo en ella ahora olía a nuevo.

El acuerdo entre la flamante abogada de la República y Happy había quedado bien claro: él trabajaría de sol a sol como obrero en el mundo de la construcción y suspendería sus estudios de ingeniería para que ella pudiese continuar su carrera de derecho y, una vez graduada, entonces Happy retomaría y finalizaría la universidad.

Trato hecho.

Pero el día de la fiesta de graduación de la mamá del niño, a Happy le quedó más que claro que esa vaina del acuerdo entre ellos dos se había desaparecido, por obra y gracia del título de cuero de chivo que ahora ella exhibía orgullosa por toda la fiesta, vestida de toga y birrete.

Hasta ese instante, La Doctora tenía al niño cargado. Pero al momento de recibir el título universitario, la madre le entregó la criatura a Happy, quien lo conservaría hasta el final de la fiesta. Ella pasó toda la noche con el diploma en sus brazos, arrullándolo orgullosa cual si fuera un recién nacido.

Quizás molestamos a La Doctora. Acaso era mera paranoia del padre, pero lo cierto es que cuando Happy y el niño estaban en un lado de la fiesta, la flamante abogada se movía al extremo opuesto. Será que olemos mal.

El padre y el hijo estuvieron gran parte de la celebración de la graduación persiguiéndola por toda la fiesta, sin éxito alguno. Ya está bueno, mejor nos vamos a comer arepitas fritas con pernil y repollo, le dijo Happy al carajito,

quien aceptó de inmediato por lo aburrida de la noche, y lo mucho que le gustaban esas arepitas que se habían convertido ya en uno de los pequeños placeres que compartían padre e hijo.

Cuando salieron del recinto, la ex de Happy apenas si saludó desconcentrada a su hijo, pues andaba ocupada hablando con el señor juez, el magistrado, el doctor y hasta el alcalde, escoltada por un chulo a quien ella misma le daría, más tarde, un revólver porque dicen las malas lenguas que el padre de mi hijo te anda buscando para matarte.

Happy en esa fiesta se sintió como cucaracha en baile de gallina.

Precisamente recordaba esa sensación mientras comía las arepas junto a su hijo que, en nombre de la verdad, no le había dado ninguna importancia a la situación y estaba, más bien, contento y aliviado de haberse escapado con su papá de esa fiesta de encopetados donde, hasta los niños, tenían cara de jueces o magistrados.

No supieron más de la madre, ni esa noche terminada la fiesta, ni el día después que era laboral, ni durante la semana que pasó rápida, en medio de huevo frito con mantequilla en la mañana, traslado de ida y vuelta a la escuela, juegos infantiles en la placita del barrio y noches de viento lacustre que arrullaban a padre e hijo en esa colchoneta de barco.

A partir de ese día, Happy se prometió no olvidar la promesa aquella, como método desesperado para así poder olvidarla a ella.

Después de varios días sin saber del paradero de la mamá del niño, apareció sin que nadie la esperara. Acababa de regresar de Miami con un traje de esquí acuático de color negro y amarillo y unos salvavidas profesionales *made in USA*, que te traje para que vayamos a esquiar, hijo.

Pero, mujer, quién te dijo que en Maracaibo hay montañas con nieve para esquiar, pensó Happy sin pronunciar palabra.

No seas demodé, el último grito de la moda en Florida es esquiar sobre agua, le respondió su ex al pensamiento de Happy, con la prepotente seguridad de quien ha descubierto la fórmula de la relatividad del tiempo.

La Doctora se acababa de comprar una lancha que estacionaba en el muelle de ese Penthouse que, por cierto, también había comprado durante el mes en curso, a orillas del Lago y con un ascensor que daba directamente a la sala del apartamento con exclusiva vista panorámica a todo el litoral maracaibero.

Ella usualmente trabajaba hasta el jueves, y el viernes arrancaba junto a ese inseparable chulo, que la acompañaba a todas partes, y que ahora incluso manejaba sus cuentas. Ambos se la mantenían juntos viajando a los más codiciados destinos de moda para la época, Margarita, Aruba, Curazao, Miami.

Los lunes regresaban bronceados al bufete de abogados, con olor a mueble de cuero, donde ella ejercía de abogada, mientras él no se sabe qué hacía.

Detrás de la ex de Happy había un séquito de familiares y amigos cercanos, cuyo mérito más grande era decirle que sí a todas las excentricidades y cambios repentinos de humor de La Doctora. Como moneda de cambio, ella iba repartiendo carros y casas y ropa y todo tipo de regalos en medio de esa especie de borrachera súbita que había agarrado por tanto tanto, tan rápidamente. Todos sus allegados terminaron dueños de una fortuna que habrían de conservar, incluso, después de que ella despilfarrara la suya.

La madre de ese niño se había enamorado perdidamente de los objetos que ahora por fin podía adquirir. Desgraciadamente ese amor nunca fue correspondido y esos objetos terminaron por abandonarla; más rápido de

lo que ella imaginaría. Con esos objetos también se marcharon todos esos allegados de su riqueza, que tanto decían que sí a todo con la cabeza y que, de pronto, comenzaron a decirle a La Doctora un no infinito, el día exacto de su desgracia.

Happy le dijo a su ex que él podía llevarle al niño hasta su nuevo apartamento, frente al Lago, para que hiciera esquí, porque le quedaba cerca de su trabajo.

Era viernes.

Salieron pues del oeste de Maracaibo en el bólido rojo, camino a la zona pudiente del norte de la ciudad, donde se encontraba el lujoso edificio, recién comprado por La Doctora. Ella los esperaba abajo con el pelo recién pintado y cortado a la moda, en la peluquería del centro comercial de siempre.

Cuando por fin llegaron al lujoso edificio, Happy no lo pudo creer. Su ex había escogido para esperarlo una franela blanca de mangas azules con un estampado tamaño natural en su parte delantera del rostro de ella junto a El Chulo. Ambos con los cachetes pegados y rodeados por un corazón.

Happy dejó al niño en el lugar y saludó torpemente con lo que le quedaba de voz, por el nudo en la garganta de su infelicidad que lo sofocaba, como si fuera corbata de abogado.

Salió del estacionamiento del edificio de su ex e inmediatamente entró en el edificio de al lado, donde precisamente él trabaja como obrero en ese piso veintitrés de su arrechera, desde donde miraba, comiendo una viandita fría, a su hijo esquiar sobre el espejo de agua del Lago de Maracaibo, junto a su madre y El Chulo, que se veían tan felices en esa lancha, como felices se veían en esa franela de mangas azules.

Toda la mañana se escucharon sirenas de patrullas. Pero cuando los policías llegaron al apartamento de obrero donde vivían Happy y su muchachito, ya ellos se habían marchado para el trabajo y la escuela.

Conoce usted al tipo del Volkswagen rojo. No, señor. A qué hora salió de aquí. A las seis de la mañana. Será que ese tipo, alias Happy, vive solo. No, oficial. Con quién vive. Con un niño, chiquito. Seguro es el hijo de la que andamos buscando. Qué horario tiene el tipo ese. Pues, sale temprano en la mañana con el hijo y regresan tarde en la noche. Pero cuando la interrogada estaba respondiendo, ya la sirena de la patrulla estaba sonando a lo lejos. La habían dejado hablando sola.

Sirenas seguían sonando por toda la ciudad en medio de allanamientos, puertas derribadas, gente detenida, gritos y llantos desesperados. Soy inocente, oficial, soy inocente, se escuchaba gritar a trabajadores del banco que salían esposados y cabizbajos. El banco ahora estaba intervenido y rodeado por sirenas encendidas y chillando como recién nacido.

Llegaron las patrullas con su bullicio a la construcción de lujo, frente al Lago, donde trabaja el papá del niño. Ha visto usted a alias Happy. Ya él no trabaja aquí. Pero me dijeron que aquí trabajaba. Tiene usted razón oficial, pero eso fue hasta ayer. Sospechoso lo que usted me cuenta. Sospechoso o no, es así, oficial. Y el alias Happy ese dijo algo antes de marcharse, replicó el policía. Sí, oficial, nos dijo que se le arregló la vida con el nuevo trabajo que le ofrecieron. Sabe usted dónde es ese trabajo. No, oficial. Pero cuando el interrogado estaba respondiendo, ya la sirena de la patrulla estaba sonando a lo lejos. Lo habían dejado hablando solo.

En medio de luces rojas y azules de sirenas que daban vueltas sobre sí mismas y una bulla ensordecedora, llegaron los policías a la casa de Fidelia, preguntando por el hijo suyo que está metido en tremendo problemón, señora. En un problemón están metidos ustedes si no me dicen ahora mismo qué pasa con mi muchacho, respondió altanera la señora Fidelia. Su hijo está metido

hasta los tequeteques en una estafa a uno de los bancos más importantes de la ciudad. Y cómo sabe usted eso, o es que ustedes son adivinos, dijo Fidelia ya casi sin paciencia. Porque la mujer de alias Happy es una de las sospechosas, señora. Y quién le dijo a usted que mi hijo tiene hembra. Aquí tengo el acta de matrimonio, señora. Pues busque también el acta de divorcio, porque esos dos ya no están juntos.

Fidelia bien sabía de la separación de Happy con la mamá del niño, pero también sabía que esos dos no habían firmado ningún divorcio porque, como le dijo su hijo en secreto de confesión, la esperanza es lo último que se pierde.

Los policías trataron de irse y dejar hablando sola también a Fidelia, pero ella los sorprendió con una taza de café recién colado y el álbum de recuerdos familiares que les sacó, y que los funcionaron tuvieron que ver detenidamente por horas, so pena de romperle el corazón a la vieja andina esa, que nos convenció con argumentos de madre mamífera que su hijo es un santo, que están por canonizar en el Vaticano.

Es cuestión de días para que viajemos a Roma para el acto de canonización, qué digo yo canonización, más bien santificación, porque el Papa me debería santificar al Happy.

Mucho lo siento señora, pero si su hijo no está aquí, tendremos que llevarnos presa a una de las hijas mayores, para que aparezca el sospechoso por las buenas o por las malas. Pero Fidelia no los dejó terminar y les salió al paso. De sospechosos tienen cara ustedes que se ve que no le han metido ni al desayuno, así que se me comen estas arepitas andinas apenas salidas del budare, que aquí no van a meter preso a nadie, porque esta es una casa de andinos decentes y trabajadores.

Ya Fidela, no sabía qué otro artilugio inventarse para que los policías no se llevaran a nadie de ese hogar, pero la verdad es que se le habían acabado los pretextos, el café y las arepas, que en esa casa siempre están contaditas para que no sobren, pero tampoco falten en la mesa nuestra de cada día.

Necesitamos que salgan de los cuartos todos los miembros de la familia con sus cédulas de identidad en mano, dijeron los policías con cara de ladrones.

Pero cuando estaban saliendo, en pijama y fila india, cada una de las hijas de Fidelia, se escuchó en el fondo el estruendoso sonido del carburador del bólido rojo de Happy que de tan atorrante que era, opacaba incluso el ruido inconfundible de las sirenas policiales.

Buenas, buenas. Dijo contento Happy, abriendo los brazos de par en par, como si fuera a abrazar en un solo gesto, y al mismo tiempo, a todos

los presentes en esa casa. Primero que todo la bendición mamá Fidelia, y segundo, qué carajo está pasando aquí con todas estas señoritas en pijama, delante de estos señores desconocidos, dijo Happy de buen talante.

Pero los policías no mediaron palabras y le bajaron esos brazos, abiertos de par en par, para esposarlo con gestos más bien bruscos y rebuscados.

Es usted alias Happy, preguntaron a una sola voz.

Quien viste y calza, respondió sonriente el hijo de Fidelia.

Pues entonces usted está detenido, en nombre de la ley.

Fidelia hizo todo lo posible por retener a esos policías, pero no hubo poder humano que lo lograra. Se llevaron a su hijo, esposado.

Happy se trató de hacer el loco, pero bien sabía qué andaban buscando esos funcionarios, y en el fondo él se sentía tan culpable como su ex por seguirla protegiendo, a pesar de.

Todos los enamorados del mundo deberían estar presos, por cómplices.

Dígame dónde está su mujer, preguntaron los dos detectives. No tengo hembra. Pero este papel dice que ella es su esposa, replicó uno de los policías. Y quién le dijo a usted que los papeles saben de guayabos y despechos. Le estamos hablando en serio, ciudadano. Esa mujer y yo ya no tenemos nada. Y el hijo en común, preguntó el detective. Ajá, y qué hacemos con el carajito, lo picamos en dos por el cachimbo, preguntó a su vez Happy. Si sigue de contestón va a pasar mucho tiempo guardado tras estas rejas. Con su permiso, señor oficial, pero yo soy el primero que anda buscando a esa mujer para meterla presa, porque me robó el corazón. No se me ponga cursi que a esa ciudadana la andamos buscando por una estafa grande a un prestigioso banco de la ciudad. Si de estafas colosales se trata, pónganme inmediatamente como parte acusadora, porque créame que yo soy el primer estafado por esa mujer, desde los tiempos de la universidad. Señor alias Happy, esta vaina no es un confesionario para que usted nos ande sermoneando con su mal de amores de telenovela venezolana. Pero si fueron ustedes los que me trajeron esposado para hablar de mi ex, es más, si me dan un trago de ron, amanecemos aquí hablando de ella y mis pesares. Los policías se miraron desconcertados, y el de mayor grado jerárquico le ordenó a su subalterno, tráiganle un roncito a este hombre, y de paso me traes uno a mí.

Inmediatamente, mi comandante.

La escena teatral de hombre enamorado que recitó Happy, y la botella de ron que se bebieron esos dos policías junto a Happy, y los cuentos lagrimosos de Happy sobre su ex, y las gaitas y vallenatos por el despecho de Happy que

cantaron a tres voces, y esos dos gendarmes contándole a Happy sus desamores, y las carcajadas nerviosas porque en esta vaina a los tres nos han pegado cachos, y toda la noche de parranda en ese retén municipal de mala muerte, al fin y al cabo, lograron hacerle ganar tiempo a su expareja para que pudiera fugarse del país, aprovechando la desconcentración de la policía de Maracaibo que terminó, completica, metida en esa cárcel provisional, convertida en bar de mala muerte, donde todo el mundo bebía a más no poder, escuchando los cuentos de Happy de cuando El Chulo ese me perseguía por toda la ciudad para matarme con un revólver, o la promesa incumplida de La Doctora que, después que se graduó, me la cambiaron por una sifrina que no reconozco, o El Conquistador blanco echándole malos ojos a mi pobre Volkswagen rojo, o la meada que le eché al amante de ella mientras me apuntaba con una pistola, o, o, o.

Todas esas vainas me hizo esa mujer, señores oficiales. Y les digo más, si ustedes la encuentran, por favor, me la traen aquí para que pague cadena perpetua, pero en la celda de mi corazón.

Se echó otro trago de ron. Salud.

El recinto quedó de pronto poblado por un sinfín de policías, con sus uniformes hediondos a caña y cigarro, que lloraban como Magdalena y echaban tiros al aire de la arrechera y el dolor, por las desgracias y pesares de alias Happy, víctima desolada de esa impune estafadora de sus sentimientos.

No la dejen libre, señores oficiales, para que no ande por ahí robando corazones, dijo Happy cursi por el ron.

Los policías borrachos como estaban, lo miraron por fin como lo que realmente era, el último romántico de Maracaibo.

Pero la verdad era que, muy dentro de sí, Happy moría de miedo por el solo hecho de pensar que alguno de esas decenas de policías ebrios se diera cuenta que él, en realidad, estaba ganando tiempo con ese teatro lacrimoso que montó, y que a esa hora precisa ya seguramente la mamá de su hijo habría cruzado la frontera por el lado de la Alta Guajira, en un camión de chivos.

Al final los policías dejaron ir a Happy. Ese hombre está limpio, no tiene ni cara ni cuerpo de ladrón.

Eran las cuatro de la madrugada cuando la madre del niño abrió los ojos sin poder dormir por la tribulación. Del otro lado de la ciudad, y en el mismo instante, también Happy había abierto los ojos. Ambos se pensaron al mismo tiempo, algo que no pasaba desde los primeros amoríos de ellos en aquella universidad de su recuerdo.

Dónde andarás metida, mujer, sentipensó Happy. Y ella respondió desde su cama mirando el techo, aquí ando, pero si te ven conmigo te joden. Y acaso yo soy mocho, pensó Happy en esa colchoneta de barco tirada en el suelo. Protégeme a mi muchachito, te lo ruego, Happy. Eso estoy haciendo desde que me dijiste que estaba nadando en la pecera de tu vientre. Por mí no te preocupes, yo estaré bien. Y claro que me preocupo, mujer, eres la madre de este niño que tengo roncando al lado. Solo porque soy la madre de tu hijo es que te preocupas por mí, le preguntó ella. Y Happy replicó con el corazón latiendo en su mano, no voy a contestar a esa pregunta. No me busques, que yo te buscaré, le escuchó decir Happy a su ex. Ahora mismo salgo a buscarte, mujer. No Happy, yo te busco cuando salga de todo este lío donde me metieron.

Pero Happy ya había dejado de pensar en ella, y se estaba poniendo apurado el pantalón y calzándose para ir en su búsqueda y esconderla, o llevársela fuera de Maracaibo, o yo qué sé.

También ella se comenzó a vestir con prisa porque, antes de irse de la ciudad de Maracaibo, quería ver, aunque fuese un instante, los idénticos ojos color miel de su hijo y de Happy. La verdad era que, por primera vez, sintió realmente que los extrañaba y necesitaba. A ambos.

Entonces Happy despertó a su niño y salió despavorido a buscarla. Lo mismo hizo ella. Happy dejó a su niño en la casa de Fidelia, porque tengo que hacer algo urgente, mamá. Su exmujer dejó durmiendo a El Chulo en la cama de ricachones esa. Happy iba a toda velocidad hacia el norte pudiente de la ciudad en su bólido rojo con los faros todavía con lagañas, porque

también se acaba de despertar. Su ex iba a toda velocidad hacia el sur pobre de la ciudad en su elegante Conquistador blanco donde El Chulo había dejado olvidada la pistola.

Ella por fin llegó al apartamento de obrero donde vivían Happy y su hijo, pero resulta que esos dos salieron temprano, Doctora, le dijo una de las chismosas del barrio que en las noches no dormía, pendiente de qué estaban haciendo sus vecinos las veinticuatro horas del día.

Lo mismo le dijo el señor de la garita del apartamento de lujo, frente al Lago de Maracaibo, donde vivía La Doctora, salió temprano y sin su marido, señor, afirmó el vigilante de la garita del edificio con su uniforme azul y su gorrita de jazzista. Su marido soy yo, carajo, respondió altanero Happy, que cuando lo hacían arrear se le salía el andino cerrero que llevaba por dentro.

Entonces Happy detuvo el Volkswagen frente al edificio de ella, y lloró.

Entonces ella detuvo El Conquistador frente al balcón del apartamento de Happy, y lloró.

Entonces ambos se recordaron de cuando Happy les dijo a todos en la Universidad del Zulia que ella era su novia, para alejarle los pretendientes, porque tú serás mía. Entonces ella se vio a sí misma joven, chiflando como pajarito australiano de madrugada, para que Happy entrara a la casa de sus padres, mientras ellos dormían. Entonces ambos recordaron ese primer amor sudoroso en el mueble de los suegros donde él entró en ella hecho millones y salió con la certeza de que estoy preñada, Happy.

El desencuentro de esos dos carros rodando en sentido contrario terminó encontrándolos en esa tierra de nadie donde los enamorados no dejan de amarse, a pesar de los pesares, aunque de la boca para afuera juren odio eterno.

Happy se vio a sí mismo viendo cómo de los ojos de ella, allá en el norte de la ciudad, brotaba una lágrima que coincidía con aquella que también salía de la mirada de él. Las lágrimas de cada uno hicieron el mismo recorrido por el valle de sus cachetes, esquivando las narices, guajira de ella y árabe de él, hasta llegar a sus bocas de pajarito, bañándolas con ese gusto amargo de la vida, cuando no se quiere vivir lo que se vivió, ni saber lo que pasó.

Esas lágrimas ahogaron, por un breve instante nomás, el triste recuerdo de Happy por aquella promesa incumplida de ella.

La mamá del niño se enteró que estaba embarazada, nuevamente. Qué, exclamó Happy desolado. Le va a parir a El Chulo.

En ese momento su exmarido se dio cuenta de que realmente todo había terminado. Que esa criatura que estaba en gestación era algo así como el punto y final de nuestra historia.

Happy sintió un vacío hondo en el pecho, como un susto que no se quita, como una intuición de que algo malo va a pasar y no pasa, como extrañar a alguien cual si hubiera muerto, pero no se murió nada.

Esta vaina es lo que llaman despecho, nojoda.

En el pasado ya esa mujer había hecho méritos suficientes para despechar a Happy pero, por algún motivo, él siempre interpretó todo como un punto y seguido, o un punto y aparte, en la historia de su amor.

La esperanza, que es lo último que se pierde, esta vez había sido amordazada por la cruel realidad de El Chulo preñando a la mujer de mi vida. Punto.

El Chulo, cobardón como era, hizo todo lo humanamente posible para que Happy se enterara. Ya esta vaina es un peo personal, dijo Happy en medio de la parranda gaitera, y le mandó de vuelta un mensaje a El Chulo, clarito como agua de coco.

Que te quede claro, yo amo a esa mujer, y amo todo lo que tenga guardado en la busaca de su cuerpo y su alma.

Era cierto, Happy amaba incluso el odio que esa mujer llegó a tenerle, odio acaso inspirado, paradójicamente, en la mala conciencia de todo lo que ella misma había hecho. Ella llegó a odiar todo lo que Happy era, incluso su mismísimo amor por esa mujer preñada.

Entonces Happy fue a contarle todo a su más grande confidente, su bólido rojo. Agarró apurado las llaves del carro con las lágrimas empujándose entre ellas para salir en tropel del ámbito de sus ojos.

Pero Happy era demasiado Happy como para que lo vieran llorar. Por eso aceleró el paso y se montó con prisa en el Volkswagen, antes de que cayera aquel aguacero caribeño, de pronóstico reservado, en la playa de sus ojos.

El bólido rojo lo escuchó, durante el trayecto, con la paciencia de un confesor y con el nudo en la garganta de su motor. Happy no dejó de hablarle durante todo el camino, mientras hacía los cambios de velocidad y ponía las luces de cruce, hasta que el bólido no aguantó más y, de pronto, se detuvo de la tristeza. No era gasolina, tampoco un caucho espichado, ni siquiera la batería o los bujes, era que también ese carrito que parecía de juguete, se había puesto a llorar desconsoladamente.

Está preñada, chamo, le dijo Happy al bólido.

Pero como respuesta hubo un silencio, propio de un objeto inanimado, que lo trajo a la realidad de su monólogo solitario dentro de ese automóvil.

Me estoy volviendo loco. La verdad hay que estar bien solo en este mundo para ponerse a hablar con una cosa, se dijo. Inmediatamente comenzó a reír, mientras lloraba.

También el bólido rojo rio y lloró con él.

Ella salió de madrugada, acompañada por El Chulo ese, que se paró de mala gana porque solía dormir hasta pasado el mediodía. Tenemos que desaparecer de este país cuanto antes, le dijo ella a El Chulo, mientras lo sacudía medio dormido.

Déjame dormir, chica, que solo dormí trece horas.

La ex de Happy sabía muy bien que sus pasos la llevarían a la Alta Guajira, donde es bien sabido que a la gente se la come el mundo. Ahí iban a parar todos los contrabandistas, políticos, y hasta curas, escapados de la justicia humana, y la divina, porque hasta a Dios le costaba llegar allá, donde el diablo dejó perdidos los interiores.

La vaina era cómo escapar hasta el norte de La Guajira para una doctora como ella y un flojo como El Chulo.

La ex de Happy salió, pues, del lujoso apartamento y fue haciendo el mismo recorrido que solía hacer en ocasiones con su madre para salir de la ciudad e ir a Maicao a comprar telas para coser, escapadas de El Búfalo. Ahora utilizaba las mismas callecitas, casi desconocidas por el común de los mortales, para evitar a esos policías que la andaban buscando como palito de romero.

Comenzaron así su recorrido, cosiendo la ciudad con sus pasos que se dirigían hacia el norte, donde la Plaza de Toros le ponía el punto y final a la urbe. Después de ahí terminaba Maracaibo y el camino se ponía complicado. Todo era desierto, chivos y cujés.

Tengo sed, dijo El Chulo, y ella inmediatamente le salió al paso fastidiada. No hemos salido de la ciudad y resulta que ya tienes sed. Cómo será cuando agarremos ese desierto, subidos en un camión de chivos.

Antes de llegar a la Plaza de Toros, la mamá del niño paró en una tiendita para comprar tabaco y chirrinche, que era lo que se necesitaba para afrontar a ciencia cierta el monte.

El Chulo la criticó indignado, por qué mejor no compras whisky, mujer. Y quién te dijo que esta vaina era para ti, chico.

Bien sabía ella que cada vez que se veía en el camino una cruz o un altarcito improvisado, donde residía uno de los tantos muertos de La Guajira, había que darle un trago de chirrinche al difunto, y dejarle unos tabacos para que fumara la eternidad de su nada.

También sabía la ex de Happy que parte de esos difuntos no habían llegado a sus destinos por no haber honrado al muerto del camino con alcohol y tabaco. Si tú no te bajabas de la mula con chirrinche y tabaco, el mismito muerto te movía el camino hacia otro lado que no era, y terminabas en medio del desierto sin una gota de agua para calmar tu perdición, ni nada que te pudieran servir como punto de referencia.

El Chulo, con la lengua afuera de la sed y el cansancio, se puso a beber el chirrinche de los muertos, porque a falta de whisky cualquier vaina es buena. Hasta el chirrinche de mierda este, que sabe a difunto, se deja beber.

Les dio un aventón uno de esos camiones tres cincuenta repletos de chivos que se trasladan de un lado al otro de La Guajira. En medio de ese camión con el berenjenal de chivos ese, se encontró esa pobre mujer, sabiendo que si no te pones pilas, se te mueren los chivos ahogados entre ellos, y te metes en un problemón con el chofer.

Entonces, de tanto en tanto, ella tenía que intercambiar en ese camión los chivos que estaban debajo por los de arriba, antes que terminaran asfixiados y te bajaran del camión por agüevoneado, y tuvieras que seguir a pie repartiendo alcohol y tabaco a toda cruz que te encontraras en el camino.

En esos menesteres andaba ella, sudada y hedionda a chivo, mientras El Chulo la veía desde la baranda del camión sin ayudar, jartando chirrinche y fumándose el tabaco de los muertos de La Guajira.

El destino en el Caribe es una vaina que se resuelve con tabaco y chirrinche, y el que no lo entienda termina muerto, en forma de una cruz de palo de cují, al lado del camino. Así que le quitó el chirrinche y el tabaco de las manos a El Chulo y le dijo, respeta que vamos a terminar perdidos, o lo que es lo mismo, muertos en este desierto de nuestro escape.

Si te cagas en los vivos, al menos respeta a los muertos, carajo.

Fueron pasando por las trochas, de hacienda en hacienda, siguiendo el camino de los contrabandistas de todo, ya sin nombre, ni tiempo, ni nacionalidad cierta. Ella quería hacerse polvo con el desierto para que de su nombre no se recordase nadie, ni la justicia, ni su hijo, ni Happy, que debían estar allá en Maracaibo, preguntando por su ausencia.

El camión de chivos los dejó en La Raya, porque a partir de ahí se desviaba para una finca. Ella bajó primero del camión con soltura y elegancia, pero a El Chulo le costó descender por lo torpe que era, y porque andaba ya borracho de tanto chirrinche y tabaco.

Caminaron unos pasos apenas, viendo cómo el camión se alejaba tras una cortina de arena anaranjada del desierto. A los pocos metros, y ya completamente solos en ese camino culebrero, encontraron el primer altarcito en el piso con su cruz hecha de madera de cují. Ella miró a El Chulo y señaló la botella con la punta de sus labios para que le dieran un trago al muerto que se acababan de encontrar. Pero él levantó la botella como un trofeo, mostrándole orgulloso que ya se había mamado todo el chirrinche que quedaba.

Ella se llevó la mano a la cabeza, y El Chulo le reprochó indignado, vas a ponerte a creer en cuentos de camino de los indios esos. La agarró de mala gana por un brazo y le dijo, sigamos caminando por el infierno este, que los policías nos vienen pisando los talones.

Ella se persignó.

Después de horas de caminar hacia ningún lugar, la mamá del niño se dio cuenta de que estaba sucediendo lo peor. El mismito muerto que habían dejado detrás sin chirrinche ni nada les movió el camino hacia otro lado que no era, y terminaron en medio del desierto, sin una gota de agua para calmar su perdición, ni nada que me pudiera servir como punto de referencia.

La mamá del niño se detuvo de pronto, se llevó las manos a la cabeza, caliente por el solazo, y pensó en Happy con esa intensidad que solo puede tener una mujer preñada.

Venme a salvar, hombre.

Happy había logrado por fin salir de las pesadas jornadas de trabajo como obrero raso, gracias a un amigo que se encontró por casualidad en la calle, y que le dio una dirección y un número de teléfono, porque están buscando un supervisor de obras, pero con experiencia previa como obrero, para que no se le suba el cargo a la cabeza.

Yo mismo soy.

Cuando el papá del niño se presentó para el trabajo, resulta que quien estaba haciendo las entrevistas laborales a los candidatos era aquel mismo amigo. Pero no me dijiste que eras tú el que estaba seleccionando, le dijo contento Happy. Porque quería ver la cara de cagao con la que precisamente llegaste hoy, le respondió su amigo riendo.

El trabajo es tuyo, Happy.

La noticia fue una caricia al alma de Happy quien, en un solo instante, vio pasar delante de sus ojos todos esos días de duro trabajo para mantener a su muchachito.

Reventó a llorar.

Pero compadre, como es eso que se me va a poner a llorar con esta buena noticia, si los Happys no lloran.

Lloro de arrechera y felicidad, compadre. Porque este trabajo de obrero de sol a sol no solo te hace doler la espalda, sino más aún el alma. La gente cree que los edificios de lujo caen del cielo con las lluvias de junio, o de las matas de mango, mamón o níspero. Esos bichos los construimos nosotros.

Déjate la vaina, Happy, que ahora el que voy a llorar soy yo, le respondió el compadre, entre mamando gallo y en serio.

Bueno, vamos a dejarnos de güevonadas y vamos a hablar de vergas serias, el trabajo consiste en viajar por todo el estado Zulia, que es mollejúo, supervisando obras en construcción, sobre todo en la parte de aguas servidas. Tú le echas pichón, Happy.

Si quieres comienzo ahora mismo, compadre.

Pero Happy, te quiero advertir algo. Puede ser que un día estés en la Costa Oriental del Lago, otro día en la zona ganadera de Machiques, el día después en Bobures, en el Sur del Lago, y más tarde, en La Guajira, cerca de La Raya, donde termina Venezuela y comienza Colombia. No es trabajo fácil, compadre Happy.

Y quién te dijo a ti que yo le tengo miedo al trabajo, compadre. Si yo trabajo desde chiquito. Es más, trabajo de tan niño que cuando yo pensaba que estaba jugando, resulta que lo que estaba era trabajando para llevar a la casa la arepa nuestra de cada día, y así ayudar a mi viejo que me enseñó todo lo que sé de albañilería y construcción en general.

Compadre, puedo comenzar hoy mismo.

Por casualidad tienes algo por allá en La Guajira, dijo Happy con cara de culpable. Pero Happy, tú como que tienes una tachona por aquellas trochas. Sea serio, compadre, que esto es trabajo. Happy simplemente esquivó el llamado de atención cual torero y replicó, después te cuento, compadre.

Bueno Happy, resulta que te tengo algo, pero bien lejos de La Guajira. Vete para la Isla de Zapara, allá en el Municipio Padilla, porque cerca de la entrada de la bahía El Tablazo, la Gobernación está haciendo unos trabajos que debemos supervisar.

No se diga más. Arranco para allá.

Una pregunta, antes de que te vayas, Happy. En qué condiciones está el Volkswagen ese tuyo. Compadre, ese bicho no vuela porque las alas están muy caras. Ese carro mío le gana hasta a un Conquistador de esos blancos con aire acondicionado.

Bueno, me voy para que me rinda el tiempo.

Happy se montó en el bólido rojo y arrancó para el exacto lado contrario de Zapara, rumbo a La Guajira, mientras escuchaba en la radio a un juglar melancólico cantarle a una mujer perdida, regresa, porque los ausentes son sombras del alma, o sombras de amor.

Happy salió como alma que lleva el diablo rumbo al norte de Maracaibo. Llegado a la Plaza de Toros, se detuvo en una tiendita alledaña para comprar todo el chirrinche y el tabaco que pudiera y así poder aplicar, hasta en sus mínimos detalles, el preciso plan que tenía en la cabeza.

Abastecido de todo lo necesario, emprendió su camino hacia La Guajira en búsqueda de su ex. Venme a salvar, hombre, seguía diciéndole ella, a través de la voz del recuerdo de él.

Cada vez que la voz de su memoria irrumpía en su pensamiento, Happy aceleraba ese bólido rojo que estaba haciendo todo lo que podía para llegarles lo más rápido posible a los dueños de El Conquistador blanco que habían dejado mal estacionado en el edificio de lujo aquel, por la premura del escape.

Happy les iba pisando los talones a esos dos prófugos, o al menos así lo creía él, amparado en las migajas de esperanza que le quedaban.

En algún lugar de La Guajira esos dos seguían completamente perdidos, en medio de la resaca de El Chulo, que se quejaba más que un infante con hambre y sueño. Ella no podía más, venme a salvar, hombre.

Mientras tanto, Happy se había encontrado al primer muerto del camino, que de tanto descansar en paz en ese desierto guajiro no veía la hora que pasase un vivo y le diera, por fin, caña y tabaco, para olvidar la eternidad de su aburrimiento.

Ese muerto, y los otros que fue encontrándose en la ruta, le agradecieron en el alma por los tragos de chirrinche y esos tabacos que fumaban con un vicio que, más bien, parecía de gente viva.

Fue tanta la caña que repartió Happy y el tabaco que fumaron esos muertos de aburrimiento, que las conversaciones altisonantes y el humo agrio que exhalaban pudieron ser percibidos allá en la distancia por los dos extraviados.

Tengo miedo, dijo El Chulo, ahora resulta que estoy escuchando voces, y oliendo humo, en medio de un desierto.

Ella no respondió a la necesidad de ese comentario, porque estaba concentrada en el SOS desesperado que Happy seguía escuchando, allá en la distancia de su búsqueda por su ex.

Venme a salvar, hombre.

Happy había repartido tanta caña y tabaco a toda crucecita o altarcito que se encontrara, que ya había emborrachado a todos los muertos de La Guajira, a quienes ahora les pido por lo que más quieran, de borracho a borracho, que le destuerzan el camino a la madre de mi hijo.

Pero esa mujer no anda sola, Happy, le replicó el difunto con más autoridad y mayores años de muerto. Yo sé. Y, Happy, el tipo con el que anda se bebió el chirrinche que nos tocaba por ley guajira. Yo sé. Y usted, Happy, bien sabe el castigo que le corresponde a quienes irrespeten a los que ya no estamos vivos. Yo sé. Entonces también debes saber, Happy, que esos dos no van a encontrar la salida al acertijo de la geografía de este desierto, y se van a volver polvo con el polvo. Yo sé, volvió a repetir Happy, pero esta vez replicó con las razones de su corazón.

Entiéndanme a mí también, dijo Happy. Les estoy hablando de muerto a muerto. Y quién te dijo que tú estabas muerto, Happy, con qué disparate nos estás saliendo ahora, muchacho. Ningún disparate, replicó Happy con seguridad, y remató con una voz solemne, como de juez dictando una sentencia, yo estoy muerto de amor, y si ustedes me la matan, van a matar también el paraíso de mi esperanza, y a condenarme al purgatorio de su ausencia por siempre jamás. Pero, Happy, ya tu vida está sin ella. Así es, respondió Happy, por eso le digo que le estoy hablando de muerto a muerto, hágame el favor y le endereza el camino a mi ex. Pero Happy, cómo vas a amar a la mujer que te tiene muerto en vida, no te da vergüenza, le preguntó el muerto. Happy suspiró, y sin rubor alguno respondió:

No se puede tener vergüenza del amor.

El argumento bastó para convencer a aquellos difuntos de eso que no los había convencido tanto chirrinche y tabaco ofrecidos por Happy.

Entonces, los muertos de La Guajira, por obra y gracia de Happy, le destorcieron los caminos a su ex y a El Chulo, enderezándoles su destino.

Esos dos extraviados aparecieron entonces súbitamente y como por arte de magia, cerca de La Raya, a punto de cruzar la frontera hacia el lado de Colombia.

El Chulo, viéndose salvado, se envalentonó y le reclamó a la ex de Happy, viste mujer, que esa vaina de los supuestos muertos cambiándole la ruta a uno son solo cuentos de caminos de los indios sin oficio esos. Siempre lo supe.

Ella, ya del lado colombiano, se sostuvo la barriga de preñada como si se le fuera a caer, y pensó con la intensidad de su corazón, gracias Happy.

Su ex la escuchó desde algún lugar de La Guajira venezolana, y supo que ella ya no estaría, a partir de ese día, en el ámbito de su existencia, ni la de su niño.

Happy echó marcha atrás en su bólido rojo, ahora también triste, y fue a buscar inmediatamente, allá en Maracaibo a su carajito, encarnación viva del recuerdo de ella, que ya no estaba.

Fue el peor viaje de su vida. Recorrió parte de Sudamérica con esa barrigota a punto de explotar, a través de la ruta Panamericana, hasta llegar a Chile, de donde venía El Chulo ese.

Falta mucho para llegar, preguntó la ex de Happy en algún punto del sur del continente, ya con contracciones. No me vayas a parir en este bus, mujer, que el carajito mío debe nacer en cuna de oro, y no en esta pocilga en medio de la nada.

El Chulo le había prometido un vuelo en avión desde Bogotá, una vez que hubieran pasado la frontera del lado colombiano. Pero hasta ahora esa mujer encinta solo había pasado sus días de bus en bus.

En medio de la urgencia del viaje, ella le echó cabeza a la situación, y se percató de que El Chulo no había, nunca, cumplido una sola de las promesas con las que enamoró a la ex de Happy. Aquí, el único que debería estar preso es este señor, por estafar a esta dama, pensó mientras se sobaba la barriga. Pero no dijo nada, y siguió con su cara lozana de mujer preñada y sus ojos chinos que la hacían sonreír, aunque no lo estuviera haciendo.

En ese momento recordó el revólver. Lo dejó olvidado en El Conquistador, se dijo arrepentida, golpeándose la frente con sus dedos.

Llegados a Cali, no tuvo más dudas. Se dio cuenta de que la estafa continuaba, pero ahora con ella como víctima.

Por nada del mundo El Chulo le había dicho, ni le iba a decir, la verdad a esa mujer, a punto de parir. El recorrido en bus que le esperaba era de más de seis mil kilómetros, y aproximadamente dos semanas de viaje, en ese bus destartado de los ochenta que suspiraba de cansancio cada vez que le tocaba una subida.

Falta mucho para llegar, volvió a preguntar ella en medio de sollozos. Tampoco El Chulo le había contado, ni le iba a contar, que tenían que pasar a través de varios países por vía terrestre, y que el segundo hijo de ella bien podría nacer en algún lugar remoto, entre Ecuador y Perú.

El primogénito mío debe nacer en Chile como su padre, y el padre de su padre, y no en medio de esta cuerda de indios y negros recién vestidos. Ella lo

miró desconcertada porque nada tenía que ver ese hombre con el caballero que había sido al momento de seducirme y preñarme.

Fue así que, en medio de contracciones que eran cada vez más frecuentes, ella lo miró desde el limbo del recuerdo de aquel día cuando exultante gritaba por todo Ocean Drive, aquí en Miami tiene que nacer mi primer hijo, porque sí.

Ahora ella veía a El Chulo en ese bus flemático, más pendiente de la maleta abarrotada de dólares mal habidos que abrazaba con celo, que de la mismísima barriga a punto de explotar, donde estaba el primogénito suyo.

Falta mucho para llegar, cuestionó por la enésima vez ella, poseída ya por los menesteres de un parto que era inminente en este bus de mierda.

O paran este bus, o les paro yo aquí.

El Chulo ya sin paciencia, y sin soltar la maleta de su amor, le recriminó violentamente a esa mujer a punto de parir, que ahora nos encontramos en medio de la nada, y hay que esperar llegar a algún hospital entre Quito o Lima.

Nojoda, explícaselo tú con lujo de detalles al carajito tuyo que tengo aquí adentro, pujando para salir.

De pronto, las pocas mujeres que viajaban en ese bus, en su mayoría indias del altiplano o negras de la costa pacífica, se aprestaron a darle el sostén necesario para que pariera, en medio de la precariedad de ese bus que, a duras penas, lograba seguir su recorrido.

Ella rompió fuente, y El Chulo se preocupó aún más por el bululú que se estaba formando en ese bus, a raíz del inminente parto. Apretó entonces todavía más fuerte entre sus brazos la maleta de su delirio, por si acaso.

El chofer detuvo el bus, más llevado por la curiosidad del inédito acontecimiento que por medidas de orden sanitario o humanitarias. Me van a malograr, más todavía, los asientos del bus con esa paridera, dijo con las manos agarrándose la cabeza.

Al improviso, se sintió el llanto sordo del niño al tomar su primera bocanada de aire, en algún lugar entre La Guajira y Santiago de Chile. La mayoría de hombres que, hasta ese momento se habían quedado impertérritos en sus asientos, fueron ahora a felicitar a una sola voz al progenitor del recién nacido, porque la criatura es varón, señor.

El Chulo aceptó complacido las felicitaciones de todos. Eso sí, sin dejar de abrazar, en ningún momento, la maleta de su futuro.

La ex de Happy llegó a Santiago de Chile con un recién nacido en brazos. Pero por favor, chico, deja de acunar esa maleta y atiende a tu hijo.

En ese terminal de buses, El Chulo iba caminando delante de ella, apurándola, porque mi familia me está esperando. Pero no se supone que ahora tu familia somos nosotros dos, le dijo ella con el niño exhausto por el trajín del desgraciado viaje ese. Camina rápido, mujer, que no estoy para sermones.

El Chulo había cambiado radicalmente, apenas entraron en territorio chileno. Ella lo miraba y se frotaba los ojos para percatarse que ese era realmente el hombre con el que había salido de Maracaibo.

Ahora, doctorísima, usted está en mi campo y aquí su título de abogada, y sus ínfulas de no sé qué y sus peluquerías caras, no valen nada. Y remató irónico, aquí lo único que vale es la luca, y créame que tengo mucha en esta maleta.

Desde el mismo momento que llegó a Santiago, El Chulo comenzó a despilfarrar ese botín, que en teoría debía ser de ambos. Gastaba a manos llenas la plata en los oportunistas miembros de su familia, que se disputaban aquella maleta como si fuera una piñata. El Chulo, con ese dinero en mano, complacía vicios tan escondidos que ni la ex de Happy los conocía, o siquiera hubiera podido imaginarlos.

Ella lo vio borracho de tanta plata. Ella lo vio drogado de vanidad. Ella lo vio con mujeres mal maquilladas y con perfumes que olían a chicle de tutti frutti. Ella trató de levantar la voz, como en los viejos tiempos, e imponer su autoridad. Pero mujer, no sea desubicada, que usted aquí está jugando de visitante.

Pero es que tú me prometiste, trató de decir ella. Él la interrumpió. Las promesas se quedaron en Maracaibo y aquí estamos bien lejos de allá, Doctora. Ella trató de levantar la voz con los ademanes de otrora, y lo único que consiguió fue una cachetada seca que la dejó tan aturdida que casi suelta al recién nacido que tenía pegado a la teta.

Y si sigues con la quejadera, la próxima no va a ser para ti, sino para el llorón ese, dijo El Chulo señalando con los labios al recién nacido.

Ella en su desespero trató de escapar cuando él salía a despilfarrar la plata de la maleta, pero se dio cuenta que la puerta del cuarto sin ventanas donde la tenían enclaustrada estaba cerrada con doble llave, cadena y candado desde afuera.

Estaba completamente incomunicada y desprovista de sus documentos venezolanos, para que no pudiera salir de las fronteras chilenas, hasta que negociemos tu regreso a tu país de mierda, donde la justicia te está esperando para que te pudras en la cárcel, por estafadora.

Pero si esa vaina la hicimos entre los dos, respondió ella con una voz temblorosa, que nada tenía que ver con aquella voz autoritaria de doctora que ya no tenía. Demuéstralo, replicó él. Absolutamente todos los documentos los firmaste tú solita, hueona.

Hasta el acento de El Chulo había cambiado, y su cadencia maracaibera se había sustituido de pronto por un cerrado, y hasta incomprensible para ella, acento santiaguino.

Yo soy inocente de toda culpa por obra y gracia de tu credulidad, mujer. Me pintaste pajaritos preñaos, susurró ella temblando de miedo, ante los ojos de energúmeno del hombre ese. Sí, te pinté pajaritos preñaos, y de paso te preñé para poderte cambiar, ahora mismo, ese cabro chico que tú dices que es hijo mío, por esta maleta, que El Chulo acariciaba como si fuera una reliquia.

Pero esa maleta no es sólo tuya, respondió ella.

Levanta bien la oreja, que esto solo te lo repetiré una vez, dijo El Chulo. De esa maleta, lo único que tendrás es el pasaje de regreso en el mismísimo bus que te viniste, y dale gracias a Dios que me agarraste de buen humor. Acepta el trato, o te quedarás sin maleta y sin hijo. Y si te atreves a denunciarme allá en Maracaibo, no respondo, porque yo todavía tengo allá intereses, negocios y mujeres que atender.

Ella lo escuchaba con la extraña sensación de quien está viendo a un actor exagerando su parte en una absurda obra de teatro. Esperanzada, aguardaba que El Chulo terminara su actuación, o lo que fuera que estuviera haciendo, para aplaudir, y que esa pesadilla por fin terminara. Pero el telón nunca bajó, ni bajaría, porque todo lo que estaba viviendo ahora esa mujer era absolutamente real.

Me estafaron, se dijo.

En ese momento preciso ella pensó en Happy y su hijo, que a esa hora estaban, allá en Maracaibo, camino al colegio en el bólido rojo, después de haber comido huevo frito con mantequilla, y acomodado la colchoneta de barco aquella, para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada, sin ella.

Acepto, dijo ella. Entonces El Chulo se encargó de hacer el intercambio. Le dio el recién nacido a la ex de Happy y se quedó con esta maleta que solo te ha traído problemas y malas noticias. Agradece que te estoy haciendo el favor de tu vida, mujer.

El bebé lloraba desconsoladamente y ella trató de calmarlo, colocándole la teta como chupón, mientras iba recogiendo las pocas prendas de vestir que todavía le quedaban después del aparatoso viaje ese, pues durante el camino a Santiago fue regalando a la gente necesitada casi toda la ropa y objetos de valor que poseía.

Era una persona tan generosa que bien podría decirse que ese rasgo en ella era más un defecto que una virtud.

Gran parte del dinero que había logrado amasar en esos años salvajes lo había repartido, a manos llenas, en bienes muebles e inmuebles para familiares y amigos, que ahora tenían en sus arcas lo que nunca soñaron tener, gracias a ella, que ahora contaba solo con un morral prácticamente vacío, donde solo estaban los pocos objetos de supervivencia que necesitaban ella y el recién nacido para afrontar lo que les venía.

De esta también vamos a salir, le dijo con un hilo de voz en el oído a su bebé, como quien cuenta un secreto.

El Chulo ni siquiera los acompañó al terminal y tuvo que arreglárselas ella misma para llegar al lugar preguntando, por aquí y por allá, y tomando buses urbanos que no iban a ninguna parte, con su morral en la espalda y su recién nacido pegado a la teta para amortizar su dolor.

Se sintió desgraciada y maldijo, una y mil veces, a El Chulo ese que no había cumplido su promesa.

El camino de la desilusión es arduo, sobre todo si es de regreso al lugar de donde escapaste y pensaste nunca regresar.

Se sintió olvidada por todos, y la verdad era que en Venezuela solo la justicia se recordaba de ella y la seguía buscando hasta por debajo de las piedras. Happy

de vez en cuando la recordaba, pero no así su hijo, que desde pequeño se había acostumbrado a su ausencia y ni un pensamiento o mínimo recuerdo tenía para ella en el parque de juegos de su memoria.

Ella trató de llamar urgentemente con el pensamiento a ese hijo suyo, allá en Maracaibo, pero la línea telefónica del corazón estaba cortada desde hacía tiempo, por falta de pago.

Entonces, derrotada como estaba y a punto de tomar ese bus de regreso desde Chile a Colombia para entrar por La Guajira a Venezuela, pensó en Happy, que iba manejando su Volkswagen rojo, rumbo al trabajo cotidiano. Él sintió vagamente que alguien lo pensaba. Detuvo el bólido abruptamente. Cerró sus ojos color miel. Y mientras sentía que el fuego del amor le consumía el pecho, se dijo a sí mismo:

Regresa, muchacha.

Un viento torrencial anunció un inminente chubasco en Maracaibo, que de ser tan intenso cerró de un solo trancazo todas las puertas y ventanas de la casa de Fidelia, y apagó la velita de su virgen de Chiquinquirá. La abuela del niño se persignó ante todos los santos, beatos, ángeles y arcángeles, y le dijo a la mamá de su nieto, allá lejos donde estaba:

Regresa, muchacha.

Ella no tuvo más dudas y abordó el bus de su derrota para dar marcha atrás a su infausto destino.

Nojoda, si hubiera sabido que lo único que le interesaba a El Chulo ese eran los cobres, bastaba que me lo dijera de frente y mirándome a los ojos, y yo misma le hubiera comprado su amor en efectivo, pensó ella, irremediablemente enferma de amor.

En la estación, el bus viejo y destartelado de su regreso, arrancó con agonía, mientras todos sus tornillos temblaban como si se fuera a desarmar de un solo golpe, como si también él tuviera miedo de regresar a la realidad.

Ella rompió entonces a llorar con su bebé pegado de su teta, mientras las indias del altiplano andino y las negras de la costa pacífica, que la ayudaron a parir otrora, la miraban ahora con sus ojos ancestrales de todos los tiempos y todas las épocas, consolándola con el silencio de su dolor milenario.

Happy estaba gaitando en la enramada cuando llegó nuevamente la patrulla. Se bajaron los mismos detectives de siempre que lo seguían, sin seguirlo, a todas partes, como un fantasma.

Él apenas si se percató de la presencia de ellos, en medio del fragor de la parranda. Los vio con el rabo del ojo, pero fingió demencia y siguió tocando su charrasca, como si nada fuese.

Ahora sí me jodí yo, antes era El Conquistador aquel, y ahora son las patrullas estas, se dijo Happy fastidiado.

Ellos se acercaron con un paso lento y acechante, como un felino a su incauta presa, y cuando ya era inminente su llegada al grupo de gaiteros, el mismísimo Happy les paró el trote a los músicos. Paren esta vaina antes que nos metan presos a todos por problemas míos de faldas que nada tienen que ver con ustedes.

Problemas de faldas un coño, respondió violento uno de los detectives, que había escuchado a Happy desde la distancia, porque esos bichos todo lo escuchan y todo lo ven. Aquí de lo que estamos hablando es de una estafa, señor Happy, una puta estafa, repitió amenazante el otro funcionario, haciendo las veces del policía malo.

El papá del niño prefirió no contestar para no echarle más leña al fuego.

El detective que acababa de hablar se envalentonó entonces ante el silencio de Happy, y dijo desafiante, usted bien sabe que la cosa está color de hormiga, señor. Pero esta vez Happy no se aguantó y afirmó alebrestado, color de hormiga, de iguana o de gato, ya está bueno de tanta perseguidera, coño. Han ido a la casa de mi vieja, importunado a mis jefes en el trabajo, interrogado a mis amigos de parranda, qué más quieren de mí.

Que nos ayude a encontrarla y meterla presa.

La verdad era que Happy no se esperaba esa respuesta tan directa y tajante, y tuvo que tragar grueso para esconder su sorpresa. Pensó rápido qué responder, para tratar de no perder la cara, y replicó, es decir, señor oficial, que usted me está pidiendo a mí que haga su trabajo.

Salió contestón el señor Happy, dijo irónico el detective, pero el otro funcionario le cerró el paso, y siguiendo el juego del primer policía, miró fijo a los ojos a Happy y le amenazó con lo que más le dolía.

Usted verá, si además de una madre prófuga, quiere ahora para su hijo un padre preso.

Nos informaron que su ex está de vuelta al país y usted es pieza fundamental para atraparla, porque seguro lo buscará apenas llegue para ver a su hijo. Happy respondió de inmediato con sarcasmo, es usted bien optimista si cree que ella me va a buscar a mí, o a mi carajito. Esa señora nos abandonó. No se haga el avisado con nosotros, Happy, que bien sabemos que usted ha sido cómplice de su fuga, vía La Guajira, a Chile. Vio, señor oficial, que usted está más enterado que yo, o mi niño, de dónde está su madre.

Ya sin paciencia, el detective le dijo, lo quiera o no, usted va a ayudarnos a dar con el paradero de su ex, apenas pise territorio venezolano.

Y esto no es una sugerencia, es una orden.

Entonces el otro policía lo señaló con el dedo preguntando, trato hecho, esperando la respuesta de Happy, que apenas balbuceó de mala gana y amenazado como estaba, trato hecho, con un hilo de voz que ni él mismo escuchó.

En el momento preciso en que esos detectives se dieron vuelta, seguros de que las amenazas hechas a Happy habían surtido el efecto deseado, su ex pasó la frontera y pisó, otra vez, suelo venezolano con su morral casi vacío en la espalda y ese bebé, curtido de tanto llevar sol por el inclemente viaje, pegado a su pezón.

Bienvenida, le dijo Happy desde la distancia con una voz dulce y una sonrisa de oreja a oreja, esperanzado y saltando en una pata por su inminente regreso.

Arrancaron entonces los instrumentos a tocar una gaita de amor desesperado para su ex, que venía en un camión de chivos a toda velocidad, rumbo a Maracaibo, escuchando la misma gaita sonando en la radio.

Cuando entró a Maracaibo se sintió extraña. Un frío temor recorrió su espalda, y no era por las patrullas que la esperaban con sus sirenas encendidas, sino por algo más íntimo y grave. Ya ella no era la misma, ni la ciudad tampoco. En ese momento se sintió extranjera en su propio lar. Y no fue esta una sensación efímera, pues la acompañaría por toda su vida.

Nunca más esa mujer se sentiría en casa, ni en Maracaibo, ni en ninguna otra parte.

Una decena de policías levantaron su brazo derecho con la palma de la mano abierta y detuvieron el camión de chivos donde ella venía.

Happy apareció de la nada para tratar de detener lo inevitable. Pero el montón de espectadores chismosos no lo dejaron acceder a ella, que lo miró desde la distancia, mientras la apresaban y le bajaban violentamente la cabeza para que cupiera en la parte trasera de una de las patrullas.

Ambos se miraron fijo a los ojos con una ternura ancestral, y una ráfaga de las mismas y exactas imágenes pasaron por su recuerdo. El día que conocí las mejores piernas de la universidad. El día que les dijiste a todos mis pretendientes la mentira de que eras mi novio. El día que silbaste como lorito australiano para que yo entrara de madrugada a tu casa, y de paso entrara en ti, concibiendo a nuestro niño. El día que el bólido rojo ese iba a toda velocidad para que yo pariera. El día que entré vestido de ginecólogo con unas botellas de ron para ver a nuestro carajito recién nacido. El día que salimos con nuestro muchachito en brazos del Hospitalito sin saber a dónde ir. El día que tuvimos como techo las estrellas, pues nadie nos quiso dar abrigo. El día que. Avance por favor ciudadano, que esto no es circo, se escuchó decir Happy por un policía malhumorado.

Pensaste que te nos ibas a salvar, le dijo uno de los dos detectives a la ex de Happy, mientras que una policía femenina trató de quitarle el bebé que estaba pegado a su teta. La madre reaccionó como la hembra mamífera que era, y le dijo con una voz como del más allá, quíteme las manos de encima, o no respondo.

Otra de las policías que la acompañaba le hizo un gesto a la primera, y le susurró al oído, es abogada.

La patrulla arrancó, entre los flashes de los reporteros, las cámaras de televisión y los murmullos de los chismosos, que hacían todavía más irreal el ambiente.

Happy vio avanzar como en cámara lenta ese carro de su infortunio y no sabe por qué se persignó. En el mismo instante, también la abuela Fidelia se persignó allá en su barrio, frente a su altarcito, y la ex de Happy se persignó en esa patrulla, que tenía llorando al bebé por lo estruendoso del ruido de su sirena.

Ella, rea ahora de sus desaciertos, vio desde el vidrio de la patrulla una ciudad que ya no reconocía, y viceversa.

Nojoda, que con un solo error se paguen todas las equivocaciones de la vida, pensó. Después de ahí su mente se puso en blanco, como si no existiera.

Al día siguiente, Happy y su hijo se despertaron temprano, como siempre, para ir a la escuela. El padre iba serpenteando el camino, haciendo todo lo humanamente posible por no tomar esas avenidas principales con sus colas lentas como bolero, sus cornetas sordas como cotizas y sus vendedores de periódicos en cada color rojo de cada semáforo.

El problema ahora era que a Happy se le habían terminado las pequeñas calles alternativas, y obligatoriamente debía tomar una de las arterias principales de la ciudad para poder llegar al puerto seguro de la escuela.

Iban en retraso cuando desgraciadamente todo sucedió.

Apenas el bólido rojo agarró la avenida La Limpia que tanto trató de evitar Happy, se encontró embotellado en una de esas colas interminables, con cornetas chillonas que propiciaban un ambiente delirante de mercado árabe, y vendedores de periódicos en cada semáforo, llevando en sus manos esa primera plana de mi dolor que Happy trató de evitar a toda costa que su hijo viera por la ventana del bólido.

Al imprevisto se acercó al bólido uno de esos pregoneros con periódico en mano gritando insistente, última hora, última hora.

Una vez que ese niño comenzó a leer, sin proponérselo, esa portada desgraciada de su martirio, ya no hubo marcha atrás. Seguiría leyendo, y hasta escribiendo sobre eso, hasta el final de su vida.

Por más que ese carajito se frotaba sus ojos llorosos, ahí seguía apareciendo ante su consternación ese titular a seis columnas con el nombre de su madre,

con la foto de la ex de Happy, y la palabra estafa y la palabra cárcel y la palabra abogada, recién graduada.

Detenida y ya en la cárcel
por estafa abogada recién graduada

Happy se vio a sí mismo viendo cómo de los ojos de su hijo brotaba una lágrima que coincidía con aquella que también salía de la mirada del padre. Las lágrimas de cada uno hicieron el mismo recorrido por el valle de sus cachetes de pan dulce, esquivando la nariz árabe, hasta llegar a sus bocas de pajarito, bañándolas con ese gusto amargo de la lectura, cuando no se quiere leer lo que se leyó, ni saber lo que pasó.

Ese día el niño no llegó a la escuela. Ni Happy al trabajo.

Happy ese día pidió permiso en el trabajo para faltar, porque tenía una cita importante. Se despertó de buen talante y se habló a sí mismo mirándose al espejo, mientras se echaba perfume y se decía cosas bonitas.

Happy estaba feliz y optimista. Por fin la iba a ver.

Tomó el bólido rojo, recién lavado y oloroso, y se dirigió hacia la casa de su madre Fidelia, donde dejaría el niño mientras concretaba su tan anhelada cita.

Veía la ciudad más nítida que de costumbre, todo brillaba y olía a nuevo.

Fidelia le advirtió con infalible intuición de madre que tuviera cuidado y, de paso, le preguntó si su ex lo estaba esperando.

Happy le respondió optimista, no te preocupes por eso vieja, que es una sorpresa.

La respuesta de mi hijo me dejó todavía más preocupada.

Al menos avisaste que ibas, preguntó insistente la madre. Sí mamá, hoy es día de visita para los cónyuges y, hasta que se demuestre lo contrario, yo soy el marido legal de esa mujer.

Ay mijo, se limitó a responder Fidelia.

Antes de irse de la casa de su madre, Happy se fue al patio y cortó tres rosas rojas, dejando el tallo más bien largo, mientras el ganso blanco de la abuela lo veía de reojo con indiferencia. Después se dirigió a la cocina de su madre, donde siempre estaba el fogón prendido, y agarró una busaca de pan, y envolvió los tallos, improvisando un ramo de flores precario, pero digno.

En el camino iba tarareando una gaita de amor y saludando desde la ventana del Volkswagen a todo el que podía con una sonrisa que contagiaba buen humor y frescura.

Happy se dirigió hacia las afueras de Maracaibo, manejando en sentido sur, hacia la localidad de San Francisco, donde se encontraba la cárcel de mujeres.

Llegado al barrio El Manzanillo, muy cerca del lugar, detuvo el bólido para tomar aire y darse algo de coraje, porque la verdad es que estaba muy nervioso.

Se dio dos palmaditas en los cachetes y se dijo mirándose al espejo retrovisor, vamos Happy, ahora que mataste al tigre, no le tengas miedo al cuero.

Pero tuvo que arrancar de inmediato, porque esa breve pausa en su recorrido había surtido el efecto contrario y, más bien, lo estaba poniendo más nervioso aún.

Buenos días, funcionaria. Vengo a visitar a La Doctora.

La policía, sin mirar a los ojos de Happy, le preguntó si la prisionera lo estaba esperando. A él le extrañó la pregunta, y respondió que sí, aunque no fuera cierto.

Espere un segundo, y ya le hago pasar.

Happy tragó grueso y esperó su turno. En ese instante apretó fuerte el mazo de rosas que tenía en su mano derecha, para encontrar una seguridad que se le había esfumado en el camino.

Adelante, Señor Happy.

De pronto, se abrió frente a sus narices una puerta de metal macizo que daba a un pasillo largo con mujeres, a su derecha e izquierda, encerradas detrás de barrotes. Happy caminó con algo de temor mientras féminas le gritaban todo tipo de improperios y piropos.

Happy sintió una profunda pena en el alma y una opresión en el pecho. Le faltaba el aire y le costaba respirar, a causa de ese olor putrefacto y penetrante de las cárceles que se te queda impregnado por semanas en los vestidos y en el cuerpo.

A pesar de todo, en ningún momento detuvo el paso.

Delante de Happy, una carcelera le iba marcando el camino con su andar. Happy la seguía silencioso y triste, y muriendo con cada paso. Ese ámbito irreal y tóxico le había borrado su sonrisa, aunque él se esforzaba por poner su mejor cara, para ella.

Ya faltaban pocos pasos para que, por fin, Happy la encontrara.

Él sintió como la cadencia de la carcelera esa fue haciéndose cada vez más lenta, anunciando el inminente encuentro con ella.

Happy seguía empuñando en su mano el ramo de flores como espada.

Aquí es, señor, dijo la mujer señalando, finalmente, a su ex, que estaba encorvada en una silla, mirando fijo la pared de su jamás.

Visita conyugal, dijo la carcelera, desconcentrando a esa mujer de su monumental tristeza.

Ella levantó sus ojos y dirigió su atención a Happy como una ciega, y sin pararse de la silla.

Él le devolvió la mirada, impresionado por la profunda melancolía que se desprendía de su humanidad.

La carcelera se dio media vuelta y los dejó solos, sin abrir en ningún momento la celda de su vergüenza.

Ella se levantó de la silla con ademanes de fantasma y se dirigió hacia él, como levitando.

Cuando ya lo tuvo de frente, y sus ojos se miraron a través del filtro de los barrotes, ella le preguntó sin más, viniste a burlarte, verdad.

Happy apretó nuevamente el mazo de rosas y no alcanzó a dar una respuesta.

Entonces ella remató al muerto en vida que tenía de frente, vete ahora mismo de mi vista.

Él trató de contraatacar con la espada de sus tres rosas, pero no tuvo fuerzas para más nada que no fuese quedarse inmóvil ante ella, que se volteó con un gesto de desprecio, mientras Happy soltaba involuntariamente esas rosas, que cayeron en cámara lenta al infierno de su desdicha, y quedaron ahí, tiradas para siempre, pagando ahora condena con ella.

La ex de Happy había logrado amasar una cantidad importante de bienes en poco tiempo. Tres apartamentos de lujo, más algunos otros que regaló por aquí y por allá. Una flota de cinco vehículos de alta gama, más los que repartió como si fueran confetis. Una lancha nueva de paquete con la que hacía esquí acuático en el Lago de Maracaibo. Cuentas en moneda nacional y extranjera en los bancos más variopintos.

El Chulo logró hacerse de gran parte de las riquezas en efectivo que terminaron en Santiago de Chile, y sus familiares se encargaron de raspar lo que pudieron, en medio de la piñata de su desgracia.

Pero para esos tres abogados amigos, eran más bien los bienes inmuebles el apetecible botín al que le cayeron encima como pirañas cuando olieron el rojo desespero de esa mujer.

Para eso están los amigos, Doctora, para las buenas y para las malas, le decían a la ex de Happy esos abogados, en medio de tiernos abrazos de consuelo.

Pero amigos, por ahora, no tengo cómo pagarles.

No te preocupes que nosotros nos encargamos de eso, dinos con qué bienes muebles e inmuebles cuentas, dijeron, sacando una libretita de páginas cuadriculadas.

Ella les describió ingenua y pormenorizadamente dónde se encontraba hasta el último centavo, mientras ellos tomaban nota, con la boca hecha agua. Qué más. Tres apartamentos. Qué más. Cinco vehículos. Qué más. Una lancha. Qué más.

Y mientras ella seguía describiendo con lujo de detalles el inminente tesoro encontrado por esos piratas, su pensamiento se perdió en la lancha aquella, y en ese día en que llegó al apartamento de obrero de Happy con El Conquistador blanco, a buscar a mi hijo porque le compré una lancha nueva que me trajeron de Miami, para que él y El Chulo se diviertan y compartan juntos, porque me voy a casar.

Happy la miró a los ojos, tratando de encontrar a la muchacha aquella de la universidad que una vez conoció, pero ya no la reconocía, ni a ella, ni a esa mirada vidriosa, típica de la gente de poder.

En menos que canta un gallo, la madre del niño lo disfrazó de parapeto, colocándole un traje negro como de buzo con un cierre que iba desde el cachimbo hasta el cuello. Después le puso un salvavidas amarillo fosforescente en forma de chaleco, que lo hacía ver como una especie de robot. Más tarde, le colocó unas chapaletas igualitas a los pies palmeados del ganso de la abuela Fidelia. Y para rematar le puso una careta como de astronauta, y una gorrita de viejito, con un pez espada en el aire que decía Florida.

Cuando su mamá lo terminó de vestir el niño se vio al espejo. Parecía un ornitorrinco.

Pero lo peor fue cuando ese niño quitó la mirada de ese espejo, volteó, y vio a El Chulo, vestido exactamente igual que él. La madre vio a ambos con satisfacción y dijo, se parecen igualitos, padre e hijo.

Los abogados seguían tomando nota pormenorizadamente de cada una de las propiedades de la ex de Happy, y preguntaron descaradamente si su niño tenía algún bien a su nombre, o alguna cuenta bancaria, por ahí escondida.

Ella respondió confiada que por mi hijo no se preocupen, que yo le tengo un seguro de vida, por si me pasa algo. Y quién te dijo a ti que te va a pasar algo mujer, si los locos duran más de cien años. Todos soltaron una risa hipócrita y nerviosa que escondía una verdad que acababa de salir a flote. Ella, al niño, nunca le había dado nada.

Algo más que debemos saber, colega. Es todo, respondió ella.

Los tres abogados se miraron a los ojos sin poder esconder ya la baba que salía de sus bocas, y esas seis manos frotándose.

A los pocos días esos abogados la dejaron sin un solo peso, y acostada en una cama de hospital.

Le duele la cabeza. Sí. Le duelen las piernas. Sí. Le duelen los ovarios. Sí. Le duele la cervical. Sí. Le duelen los brazos. Sí. Le duele la barriga. Sí. Le duelen los pies. Sí. Le duelen los hombros. Sí. Le duelen las nalgas. Sí. Le duelen los ojos. Sí. Le duelen las rodillas. Sí. Le duele la lengua. Sí. Le duelen los tobillos. Sí. Le duele la nariz. Sí. Le duele la pelvis. Sí. Le duelen las muelas. Sí. Le duele el cachimbo. Sí. Le duelen las articulaciones. Sí. Le duelen las muñecas. Sí. Le duelen las manos. Sí. Le duelen los senos. Sí. Le duele el cabello. Sí. Le duele. Sí.

A esta mujer hay que sacarla de inmediato de su lugar de reclusión a la clínica más cercana, dijo el médico y compadre de uno de los abogados con cara y seriedad de sabio. Por qué, respondió fastidiado uno de los detectives, que tanto la buscó hasta por fin apresarla. Porque a esta mujer le duele todo, y la salud viene antes que la justicia. Pero señor médico, trató de refutar el detective.

He dicho, respondió el veterinario.

Ipso facto, una ambulancia la esperaba a las afueras de la cárcel. Una silla de ruedas la esperaba afuera de la celda. Una camilla la espera afuera del hospital.

Los abogados comenzaron a gritar histriónicamente y con las manos en la cabeza, por todo el recinto carcelario, corran la voz, se nos muere La Doctora. Y todos los ahí presentes repetían sin cesar, se nos muere La Doctora, se nos muere La Doctora. Y en los periódicos publicaron esa misma mañana, se nos muere La Doctora, y en la radio y en la televisión repetían en cadena nacional, se nos muere La Doctora, y toda la ciudad coreaba a una sola voz, se nos muere La Doctora, y las brolleras con rollos en el cabello en las esquinas, y las abuelas tendiendo la ropa en los patios, se nos muere La Doctora, y en los carritos por puesto, y en los buses, se nos muere La Doctora, y los pescadores en el Lago de Maracaibo, y los peces y pulpos y camarones, se nos muere La Doctora, y los buzos petroleros, se nos muere La Doctora, y los cocoteros en la orilla, se nos muere La Doctora, y la voz se corrió hasta las playas del Sur del Lago, donde los niños chapaletaban repitiendo, se nos muere La Doctora, y hasta Coro llegó la novedad que se nos muere La Doctora, llevada por burros

y chivos bucólicos, se nos muere La Doctora, y todos allá lejos, preocupados por la salud de La Doctora, y los peñeros de contrabando que salían de Punto Fijo hacia Aruba, Curazao y Bonaire llevaron la noticia que terminó esparciéndose en papiamento y cien idiomas más de que se nos muere La Doctora, y organismos internacionales redactaban preocupantes comunicados porque se nos muere La Doctora y, en poco tiempo, resoluciones internacionales comenzaron a escribirse para evitar que se nos muera La Doctora, y los obispos en cónclave en la Capilla Sixtina rezaban a todos los santos en El Vaticano por la salud de La Doctora porque, Padre Santo, se nos muere La Doctora, y esos tres abogados se frotaban las manos, Doctora, porque estás por morirme y ni siquiera te has enterado pues, de hecho, La Doctora fue la última en saber que se nos muere La Doctora, y Happy seguramente el penúltimo, y su niño el antepenúltimo en saberlo, y fueron los únicos en no creer que se nos muere La Doctora, porque a La Doctora la conocían muy bien, y sabían que bicho malo nunca muere.

Entonces, una fila interminable de médicos de todas las especialidades se encontraron, en una especie de mitin, frente a la clínica para recetarle a La Doctora, todo tipo de pastillas para todos esos males y achaques de salud que certificaron ante la justicia que tenía La Doctora quien, por obra y gracia de las ciencias médica y jurídica, ahora estaba liberada de los barrotes de su estafa.

Pero no era la cabeza lo que le dolía. Ni las piernas. Ni los ovarios. Ni la cervical. Ni los brazos. Ni la barriga. Ni los pies. Ni los hombros. Ni las nalgas. Ni los ojos. Ni las rodillas. Ni la lengua. Ni los tobillos. Ni la nariz. Ni la pelvis. Ni las muelas. Ni el cachimbo. Ni las articulaciones. Ni las muñecas. Ni las manos. Ni los senos. Ni el cabello. Ni.

Abra la boca por favor, Doctora, y uno a uno, esa centena de galenos, fueron colocando en su boca pastillas de todos los colores y todos los sabores, que la dejaron dopada y alucinada durante toda su vida, pues a partir de ese momento nunca más pudo liberarse de esos cuidados paliativos para la enfermedad terminal de su alma, que era lo que realmente le dolía.

Los abogados habían cumplido su cometido y la dejaron libre, dopada y alucinada, sin un solo peso, y acostada en una cama de hospital, a donde también iría a parar Happy, días después, en visita conyugal.

Fidelia agarró por el brazo a Happy, tratando de impedir su inútil propósito. Él se liberó de ella con un gesto suave, pero firme.

Déjate la vaina, mamá.

Pero qué vas a hacer otra vez para allá, le dijo su madre con gravedad de abuela. Para allá usted no tiene nada qué hacer, mijo. Hasta cuándo con la cantaleta de la mujer esa. Date paz.

Happy hacía como si no la escuchase, pero la verdad es que estaba pendiente de cada una de las palabras de Mamá Fidelia, que le laceraban el alma.

El hijo la abrazó, y cuando tuvo su boca cerca del oído de Fidelia, la amarró con una frase inesperada. Tú me enseñaste, mamá, que a los amigos se les visita en la cárcel y en el hospital.

La dejó desarmada.

Al menos avisaste que ibas, preguntó la madre, como último recurso. Sí mamá, hoy es día de visita para los cónyuges en esa clínica y, hasta que se demuestre lo contrario, yo soy el marido legal de esa mujer.

Ay mijo, se limitó a responder Fidelia, ya sin esperanzas.

Antes de irse de la casa de su madre, Happy se fue al patio y cortó tres rosas rojas, dejando el tallo más bien largo, mientras el ganso blanco de la abuela lo veía de reojo con indiferencia. Después se dirigió a la cocina de su madre, donde siempre estaba el fogón prendido, y agarró una busaca de pan, y envolvió los tallos, improvisando un ramo de flores precario, pero digno.

Happy le dio un beso en la frente a su muchachito y salió de la casa de su madre, con más dudas que certezas.

Sentía el ambiente de la ciudad pesado, como si algo fuera a pasar. El calor era sofocante y él, que nunca sudaba, sintió gotas deslizarse por su espalda que lo incomodaban, aún más.

Frente al rojo de un semáforo, la gente de los otros carros lo vieron hablando solo.

Un único favor te pido, Virgen de Chiquinquirá. Dame licencia para hacerle una última pregunta a la mamá del niño, y después te juro que no te jodo más a ti, ni la jodo más a ella.

La luz verde y las cornetas de los otros carros desconcentraron su diálogo y arrancó, sin mirar atrás, a la clínica de su desconcierto.

Buenos días, enfermera. Vengo a visitar a La Doctora.

La muchacha, vestida con una braga azul hospital, sin mirar a los ojos de Happy, le preguntó si la paciente lo estaba esperando. A él le extrañó la pregunta, y respondió que sí, aunque no fuera cierto.

Espere un segundo y ya le hago pasar.

Happy tragó grueso y esperó su turno. En ese instante apretó fuerte el mazo de rosas que tenía en su mano derecha, para encontrar una seguridad que había dejado botada en el camino.

Adelante, señor Happy.

Cuando entró, vio a su ex acostada en una cama con una bata de enferma corta que dejaba entrever las piernas más lindas de la Universidad del Zulia. Su cara estaba seca y rasgada como desierto. Sus uñas, descuidadas, y su pelo, raído como paja marchita.

Ella sintió su presencia, pero en ningún momento volteó su mirada, que seguía fija en la pared blanca de su arrechera.

Mira quién te vino a visitar, hija, dijo una amiga ahí presente, sentada al lado de la cama en un mueble que parecía cómodo.

Ella seguía concentrada en el blancor de esa pared.

Y qué gesto tan caballeroso, llegar con esas rosas rojas, hija, insistió la amiga.

Ella por fin levantó sus ojos, y dirigió su atención a Happy como una ciega, y sin pararse de la cama.

Él le devolvió la mirada, impresionado por la profunda melancolía que se desprendía de su humanidad.

La amiga de La Doctora se dio media vuelta y los dejó solos, cerrando la puerta con cuidado, y con ganas de que se la tragara la tierra.

La ex de Happy se levantó de la cama con ademanes de fantasma, y se dirigió hacia él, como levitando.

Cuando ya lo tuvo de frente, y sus ojos se miraron a través del filtro de la tristeza, ella le preguntó sin más, viniste otra vez a burlarte, verdad.

Happy apretó nuevamente el mazo de rosas, y no alcanzó a dar una respuesta.

Entonces ella remató al muerto en vida que tenía en frente, vete ahora mismo de mi vista.

Él encontró fuerzas donde no había y coraje donde solo había miedo y, por fin, le hizo la pregunta que tenía atragantada en su garganta y en su espíritu, desde hacía muchísimo tiempo.

Tú alguna vez me quisiste.

Su ex quedó sorprendida porque, francamente, no se esperaba ese ataque certero con la espada de la lengua de Happy.

Él repitió la pregunta, ahora con más seguridad.

Tú alguna vez me quisiste.

Ella no pudo ganar más tiempo, y respondió escuetamente con un desapego y una irreflexión que, en realidad, fue la más clara de las respuestas.

Tuve que haberte querido, en algún momento.

Happy miró con arrechera contenida la pared blanca de los ojos de su ex. Dejó las tres tristes rosas rojas en una esquina de la cama, y se retiró sin más de esa habitación de hospital y, por cierto, también de su vida.

El Chulo emprendió el camino de regreso a Maracaibo.

Se había gastado prácticamente todo el billete que contenía esa maleta de su despilfarro, y lo poco que le quedaba estaba reservado para la paga de esos dos detectives, allá en el Zulia.

Llegaré a las seis de la tarde, muchachos. Entendido. Aquí les tengo su plata. Entendido. No quiero sorpresas. Entendido. Porque si no, olvídense de los cobres. Entendido. No le digan nada a nadie de mi llegada. Entendido.

Y así fue. Una patrulla esperó a El Chulo en la Plaza de Toros, muy cerca de donde habían apresado a La Doctora, y lo escoltó amablemente hasta un apartamento desconocido que pertenecía a un viejo terrateniente que acababa de morir y que poseía haciendas, cuyas tierras y ganados se perdían de vista, en aquella zona agrícola y ganadera del Sur del Lago de Maracaibo.

Los vecinos se frotaban los ojos, pues no podían creer que ese prófugo de la justicia que tanto buscaron por toda la ciudad y más allá, resulta que ahora llegaba en un taxi con sirenas y funcionarios armados que estaban felices de la vida con la presencia del recién aparecido.

Aquí es, le dijo El Chulo a los improvisados taxistas uniformados y armados con armas de la República.

El Chulo se bajó altanero de esa patrulla, no sin antes mojarles las manos a esos dos detectives con billetes verdes, olorosos a nuevo.

Muchas gracias, muchachos.

Estamos a sus órdenes cualquier cosa que necesite, incluso, si necesita un servicio de taxi cien por ciento seguro, dijo uno de los dos detectives.

Trato hecho.

En la casa lo esperaba una mujer, apenas salida de la adolescencia, de una hermosura inefable, una juventud desafiante y vestida completamente de negro, pues guardaba un estricto luto.

Cómo estás corazón, le dijo El Chulo.

Ella le respondió con unos ojos grandes, redondos, oscuros e irremediablemente enamorados, y con un suspiro de devoción por ese hombre de unos treinta años.

Pensé que nunca ibas a llegar.

Es que todo está muy caro en Chile, y si no hubiese sido por el dinero que me enviaste para mi manutención y la de mi familia y, sobre todo para el pasaje de regreso, no sé cómo hubiera hecho, tesoro.

Lo importante es que ya estás aquí, cielo, y que ya se clarificó quién era la verdadera culpable de la estafa, y de romperte el corazón.

Así es.

Entonces él la besó con un histrionismo tal que, de inmediato, lo convirtió ante los ojos de ella en el hombre más irremediablemente enamorado de toda la costa zuliana y sus alrededores. No sabes cuánto me faltaste y cuánto me faltó esta tierra de gracia.

Una a una, El Chulo le fue quitando todas las prendas de vestir y toda la parafernalia que adornaba su viudez precoz. La fue besando palmo a palmo con la precisión de esas técnicas actorales que fue cultivando durante toda su vida de parásito, y que tanto le sirvieron para estafar alevosamente otrora a la ex de Happy.

La joven y precoz viuda quedó completamente rendida y desnuda, con la excepción del transparente velo negro de encajes, que El Chulo dejó para el apoteósico final de su acto.

Cuando La Viuda Joven estaba ya rendida ante el recién llegado, él optó por finalmente consumir su amor de oropel en esa cama matrimonial, al mismo tiempo que le levantaba el velo y le susurraba al oído, te quieres casar conmigo.

Ella, rendida ante el amor más presuroso que había conocido en su reciente vida, no dudó en responder, sí, Chulo mío.

Él no perdió tiempo y, mientras la poseía a punta de movimientos netos como martillazos, le iba narrando la vida de ensueños que tendrían.

Viviremos en la hacienda del santo difunto, que en paz descanse. Así será. Montaremos los purasangres en las mañanas de nuestro idilio. Así será. Nos traerán el desayuno de terratenientes a la cama. Así será. Haremos mangas de toros coleados con mis nuevos amigos de la *High*. Así será. Te ayudaré con el duro negocio del ganado. Así será. Seré el amo y señor de tu corazón, y de la herencia de tu viudez. Así será. Olvidaremos al anciano ese que te dejó tan joven y solita. Así será. Descansaré en su chinchorro después del almuerzo de

reyes. Así será. Me pondré sus pantuflas de jefe al despertar. Así será. Luciré su sombrero de mandamás. Así será.

La eyaculación precoz por tantas buenas noticias dejó a El Chulo relajado, mirando pajaritos preñados en el techo de la habitación, y a ella con una pícara sonrisa de Mona Lisa, típica de quien se trae algo entre manos.

Cuando la ex de Happy se enteró, allá en el hospital de su amargura, el ataque de furia que tuvo fue insólito.

Inmediatamente llamó a la enfermera de guardia para pedirte, por favor, urgentemente el teléfono, que debo hacer una llamada de emergencia.

Pero, Doctora, trató de decir la enfermera. Insisto, se trata de una cuestión de vida o muerte, replicó la ex de Happy.

La enfermera bajó la mirada, salió corriendo y, en menos de lo que canta un gallo, puso a La Doctora frente a un teléfono de color gris, que la paciente tomó entre sus manos de presa como si fuera un revólver.

Tenía que hablar con su padre El Búfalo para que le diera una explicación de la marramucia de la cual se acababa de enterar.

Del otro lado del teléfono respondió una de las hermanas de La Doctora con voz y ademanes de secretaria. Aló. No es contigo que quiero hablar, hija de puta. Aló. Pásame inmediatamente a papá. Aló. No tengo tiempo que perder, perra. Aló. Pero esta vez no era más la voz de su hermana la que dijo aló, sino la de El Búfalo. Aló. Qué pasó hija.

No te atrevas a llamarme hija, cuando me escondiste, o mejor, me escondieron que. Pero El Búfalo no le dejó terminar la frase y, preocupado, le pidió a su hija que se calmara. No hacía falta que ella le explicara nada, porque su padre bien sabía lo que estaba pasando y, de hecho, estaba esperando esa llamada de su vergüenza desde hacía tiempo.

El Búfalo optó por guardar silencio y calarse, con la paciencia de un sacerdote en un confesionario, los gritos e improperios de su hija que le reclamaba, en medio de arrebatos de cólera, por qué él se había prestado para eso, pues de mi madre y mis hermanas me lo hubiera podido haber esperado, pero no de su amado padre que, de cierto modo, era de las pocas personas, junto a Fidelia, Happy y su hijo, que nunca se la habían chuleado.

El Búfalo seguía en total silencio del otro lado de la bocina. Estás ahí, papá. Estoy aquí, hija. Entonces por qué coño no me respondes. Tampoco a

esa pregunta respondió El Búfalo, por lo que ella siguió insistiendo en que le diera una explicación plausible de ese silencio sepulcral con el que la familia, toda, le escondió la traición de su hermana menor.

Cómo es posible que ni tú, papá, ni ninguna de las putas de mis hermanas, o de la perra de mi madre, haya tenido la brillante idea de contarme algo tan importante. Silencio. En qué estaban pensando. Silencio. Qué estaban esperando. Silencio. Cuándo pensabas decírmelo. Silencio.

De pronto, El Búfalo se vio tentado a decirle toda la verdad, que tu madre me obligó, porque si te atreves a decírselo, esa hija mía es capaz de dejarnos en la bancarrota, sin todo ese chorro de plata que nos está soltando y, de paso, dejar a tus otras hijas sin los apartamentos, carros y beneficios varios de la riqueza súbita que había logrado amasar tu hija La Doctora.

El Búfalo siguió guardando silencio y se caló ese chaparrón de insultos que no terminaban de acabar.

Pero, hija, intentó balbucear El Búfalo. Y cada vez que trataba de interrumpirla con una razón, o tierna frase, era peor porque ella recomenzaba, con más ahínco aún, su indignado e histriónico monólogo.

Mientras tanto, la esposa de El Búfalo escuchaba desde hacía rato toda la conversación entre el padre y la hija con la oreja de su cobardía pegada al teléfono, fastidiando la escucha del marido que trataba de alejarla con gestos de fastidio, sin éxito alguno.

En ese momento la enfermera, con la punta de su dedo índice le tocó el hombro a la Doctora, es hora de trancar, porque ya excedió el tiempo reglamentario de las llamadas permitidas a las detenidas. Pero ella estaba como anestesiada de la arrechera congénita que cargaba contra su familia, y no sintió el dedo, ni mucho menos escuchó la advertencia.

La esposa de El Búfalo comenzó a hacerle señas como de una tijera para que cortara la llamada de una vez por todas, pero su marido no le prestaba la mínima atención, y seguía concentrado en la pena e indignación de mi pobre hija que ya no puede con una mala noticia más.

Paralelamente, del otro lado de la llamada la enfermera hacía lo propio, cortando el viento con la tijera de sus dedos, para que La Doctora terminara por fin la comunicación con su padre, pero tampoco tuvo éxito.

De la nada apareció un policía que tenía tiempo viendo la escena y, ya sin paciencia, se acercó bruscamente a La Doctora y, sin mediar palabra, trancó la llamada con la autoridad de su dedo índice, pulsado sobre el aparato.

La Doctora apenas alcanzó a terminar aquella frase que le quedaría dando vueltas a El Búfalo en la cabeza durante todo ese día, toda la semana y meses que siguieron y, en realidad, durante toda su vida, esto no te lo perdonaré nunca, ni a ti, ni a mi madre, ni a mis hermanas.

Llegó el día de la boda y La Viuda Joven botó la casa por la ventana. El Chulo portaba un smoking que había mandado a coser en el centro de Boston, mientras que ella lucía un vestido negro, hecho a la medida, por los sastres del exclusivo distrito dieciséis de París.

Parecían una empalagosa pareja de muñequitos de torta.

A cuentagotas fue llegando la numerosa familia de El Chulo que su prometida había traído desde varias zonas del altiplano chileno en vuelos chárter privados. Entre ellos, también se habían colado amigos y amantes de El Chulo que no podían perder la oportunidad de ver la nueva estafa que se concretaba con ese quimérico matrimonio.

La herencia del anciano fallecido había dado para eso y mucho más, pues apenas bajaban de los aviones, les esperaban exquisitos trajes de costureros europeos a la medida para madre, padre, hermanos, primas, tíos, abuelas y pare usted de contar. Él los recibía orgulloso haciendo ver los trofeos y medallas de su chulería, más pendiente de mostrar los artos bienes de la futura esposa que a la futura esposa misma.

Pasen por aquí, y beban y coman hasta el hastío, que ustedes son mis invitados de honor, decía vigoroso El Chulo, campaneando un lujoso vaso de whisky con hielo que sonaba como monedas de oro chocando entre sí. Salud. Y todos brindaban con sonrisas de caimán zurdo y gestos y miradas de quien está robando y tiene miedo que lo descubran.

Una situación completamente opuesta estaba viviendo la futura esposa que, con su vestido de un negro sepulcral, estuvo esperando en la ventana de su dolor que aunque fuese uno solo de sus familiares hiciera acto de presencia en el opulento matrimonio de su soledad.

Pero pasaron las horas y ningún integrante de su parentela apareció, y en sus lunares ojos tristes se desbordó el manantial de su melancolía.

Qué vaina, papá, ni siquiera tú viniste a llevarme virgen al altar, dijo la futura esposa con algo de ironía y una profunda aflicción que se le reflejó en la lágrima negra que brotó de sus redondos y hermosos ojos persas.

Ni ella misma sabía por qué lloraba y reía al mismo tiempo, víctima de sentimientos encontrados que sabían a pollo agridulce.

Su padre, El Búfalo, la escuchó desde el más allá de su casa, y le respondió, me pusiste en una situación difícil, chiquita, y sabes bien que no le puedo hacer esto a mi otra hija, presa de un amor que tú, ahora, estás viviendo en libertad.

En la casa de El Búfalo, los votos estaban divididos, y había algunas hermanas que querían ir a la boda, mientras otras eran del parecer que, acaso, era mejor ir al hospital a visitar a su hermana La Doctora, prisionera de la peor de las estafas imaginable por ellas, la del desamor de El Chulo.

La boda comenzó y fue una comelona babilónica que duró semanas con todos sus días y sus noches, plagada de los más excéntricos platos traídos de los más inhóspitos lugares del mundo para conmemorar la existencia de El Chulo en la faz de la tierra.

El Chulo en salsa de ostras. El Chulo a la marinera. El Chulo al ajillo. Ensalada de El Chulo. El Chulo al horno. El Chulo sofrito. El Chulo a la broaster. El Chulo salteado. El Chulo marinado. El Chulo enchilado. El Chulo agridulce. El Chulo rebanado.

El Chulo en todas las salsas porque en ese matrimonio solo había paladar para degustar la omnipotencia extravagante y efímera de El Chulo.

La recién casada sobrevivía al bochorno de su soledad con esa sonrisa de circunstancia pegada a su rostro cual estampilla de correo, que la protegió durante toda la fiesta de los comentarios malsanos de su nueva familia política que la criticaba, entre dientes, porque nadie le vino a su matrimonio a la viudita, mientras se bebían y comían su herencia y tripas.

Ella cada tanto se asomaba a la ventana con la silenciosa esperanza de que, al menos una de sus hermanas y hermanos, su padre o madre, tuvieran la cortesía de asistir a su boda, así fuera por pena ajena. Su mirada, a través de esa ventana de su martirio, era eterna como la de un mendigo que se aferra a la ilusión incierta de alguna moneda.

Nadie llegaba.

Mientras tanto a El Chulo lo tenían levantado en hombros sus amigos y amantes casuales, como si acabase de ganar la copa mundial de su chulería, y todos aplaudían y bebían y jartaban a voluntad, contentos por su matrimonio que, de tanto ser solo suyo, se llegó a pensar que fuese su fiesta de cumpleaños, o incluso, que se había casado consigo mismo como Rosita en Pueblo.

Allá, en la casa materna de la flamante esposa seguía encendida una polémica discusión de matices parlamentarios, sobre si había que ir o no a la fiesta de bodas aquella. La discusión era de una efervescencia tal que estaban a

punto de irse a los puños, pues algunas de las hermanas y hermanos se forcejeaban entre sí para tratar de salir por la fuerza a la rumba de La Viuda Joven, o al hospital de La Doctora, según fuese el caso.

La recién casada se apartaba nuevamente del bullicio del festejo para volver a la ventana de su quimera, por si alguien de su familia finalmente aparecía, aunque fuese perdido, para encontrarse con la soledad de su inefable fiesta de matrimonio.

Pero lo único que lograba ver desde el desdén de esa triste ventana eran desdentados obreros y desdichados peones de la espléndida hacienda, heredada de aquel viejo fallecido que la joven esposa había convertido ahora en su ex, por obra y gracia del más acá de sus terceras nupcias.

El viejo difunto, desde su aburrido más allá, suspiró enorgullecido y resignado, al ver a la muchachita de su vida y su muerte cumpliendo aquella promesa que, en una noche de luminosa desnudez, se había hecho a sí misma, en voz alta y delante de él, de vengar a su hermana, La Doctora, con ese matrimonio de pacotilla que nadie nunca habría de entender.

Ni siquiera ahora él, en el limbo inmarcesible de su muerte.

La fiesta por fin terminó y todos quedaron exhaustos por tanto todo. Uno a uno, la recién casada despidió, fastidiada, a todos estos parásitos que se habían vuelto indeseados ante mis ojos, y que no eran más que meras prolongaciones de El Chulo, sombras exactas de su chulería.

Cuando por fin la última mujerzuela y el último amigote habían puesto sus patas fuera de mi hacienda, el mundo se me cayó encima. Me sentía triste y desdichada y la imagen de su hermana, La Doctora, le susurraba todo tipo de moralejas por su desgraciada y flamante vida marital, sentada en uno de sus hombros, cual si fuera Pepe Grillo.

Como pudo, y con la ayuda de sus mayordomos, llevó a El Chulo a su cama de rey, embriagado de una borrachera colosal y con doce kilos más encima por el banquete inhóspito de sus nupcias.

Lo acomodó en la camota esa como si fuera un difunto santo recién cano-nizado, lo arropó en ese lecho real como si fuera el hijo recién nacido de un papa del siglo dieciséis, y mandó a guardar silencio universal como si fuera decreto canónico.

El Chulo durmió, plácido, sin que ningún poder humano o divino lo desconcentrara de su merecido descanso por haberse convertido en el amo y señor de la casa, y mandamás de esa asombrosa hacienda de ilimitadas hectáreas y remotos y delirantes paisajes que no alcanzaban a ser escrutados por el ojo humano y solo Dios, allá en el cielo, sabía cuándo y dónde terminaba.

Un ejército de capataces, mayordomos, sirvientas, peones, obreros y personal auxiliar, que ahora estarían bajo el mando de El Chulo, guardaban un estricto silencio, ordenado por la ex Viuda Joven, y ahora dama recién casada, so pena de las torturas más crueles, porque aquí nadie va a sobresaltar a mi marido, sumergido en su más que merecido reposo.

El Chulo dormía acurrucado a la almohada de su nueva riqueza súbita con ronquidos de amante y flatulencias de marido, soñando todas las órdenes

que impartiría, una vez que despertara, investido de su nueva dignidad de monarca indiscutible de esa hacienda extraordinaria.

Parecía un elefante siamés cubierto con ese pijama de seda color azul rey con las iniciales de su nombre bordadas en hilos de oro, que tuvieron que ponérselo entre siete hombres que sostenían el peso muerto de su emborrachada humanidad, bajo la inspección estricta de su esposa joven que dirigía la operación, cuidando cada detalle, para que no me malogren a mi macho mío.

El bullicio y desesperante desenfreno fiestero que antecedieron el sueño de El Chulo contrastaban en todo con el silencio de cementerio que, ahora, reinaba en la hacienda de su descanso.

Durmió durante el mismo número de semanas que duró la juerga de sus nupcias y ya la hacienda entera no podía más con el aburrimiento general, decretado por la dueña, que hacía que las vacas y las moscas y los caballos y gallos se desfiguraran con bostezos eternos y lagañas en los ojos por el esfuerzo de no hacer nada.

Pasadas las semanas, por fin El Chulo pareció dar muestras de que quizás abriría sus ojos y toda la hacienda estuvo en vilo esperando tan trascendental evento. Pero no. Se dio media vuelta con un gesto de cachorro gordo, se acurrucó nuevamente en la almohada de su ego, y siguió durmiendo varias semanas más, dejando sin aliento nuevamente a todo el exasperado e impaciente personal, que ya no podía más de tanta parsimonia.

Déjenlo en paz, murmuró la mujer, que no hay nada que canse más que dormir, expresó alcahueta ella, dividiendo sus labios con su dedo índice señalando al cielo.

Cuando El Chulo por fin despertó, sus ojos hinchados de tanto dormir pudieron percibir entre lagañas, parada a un lado de esa cama de obispo hecha de elegante caoba, a su mujer, que más bien parecía una aparición, levitando de regocijo frente a él.

Los gallos por fin tuvieron permiso de cantar, las vacas de dar leche y los trabajadores de faenar.

Ella lo miró con una sonrisa de madonna y una paciencia de jugador de ajedrez, esperando que él volviera en sí, y por fin estuviera lúcido y con todos sus sentidos, para darse cuenta de lo inevitable.

Buenos días, dijo finalmente El Chulo, con voz de manganzón y una felicidad contagiante, y esperando su merecido desayuno de magnate.

Pero en su lugar, la esposa le respondió con una sonrisita de satisfacción en el terso rostro, entregándole un uniforme usado y deshilachado de peón, unas botas de plástico para no embarrarse de mierda de cochino al momento de limpiar el chiquero, un machete oxidado para cortar la maleza de la infinita hacienda y un corroído sombrero de paja descosido para soportar el inclemente trabajo de sol a sol que, a partir de ese momento, le esperaba.

Qué significa esto, dijo algo contrariado El Chulo en aquel cuarto de recién casado, pensando que era mamadera de gallo.

Pero ella no movió un solo nervio de su rostro de jugador de póker. Estaba impávida, esperando que El Chulo se pusiera el uniforme de peón.

El recién casado no salía de su asombro y trató de ganar unos segundos más en esa cama de caoba, a ver si pasaba algo que lo exceptuara del peor de los castigos que podían infligirle, el de trabajar por una vez en su vida.

Te toca mover las nalgas, cabrón, le dijo su esposa con una dureza que El Chulo jamás le había visto, ni escuchado, a esa joven mujer.

Él trató de mirarla con su cara de cría de Cocker triste y sus ojos bien abiertos de gatito siamés, pero esa táctica que tan bien le funcionaba en el pasado, en esta ocasión se demostró más bien patética, incluso para él mismo.

En ese momento, ella hizo un chasquido con sus dedos y tres hombres del tamaño de un armario, de espaldas largas y pechos inflados, y con cara de pocos amigos, entraron a la habitación y la circundaron como escoltas de su determinación.

Ahí fue que El Chulo se dio cuenta que la vaina era en serio y así lo preguntó con una frase idéntica que se le escapó de la boca con una voz temblorosa y sin esperar respuesta, entonces la vaina es en serio, mujer.

De lo más profundo de su instinto de sobrevivencia El Chulo sacó algo del caradurismo que siempre lo acompañó, y siempre le funcionó, para retar a su esposa con una frase que se demostró inmediatamente infeliz y hasta contraproducente.

Y qué pasa si me niego a obedecerte, dijo El Chulo, sin mirar a los tres hombres frente a él.

Pasa que te mueres, cabrón de hamaca, o mejor, te muero.

Entonces ella recurrió al mal gusto de tener que hablar de los ex, recordándole que su primer marido, por azares de la vida que no vienen al caso, o quizás sí, se había especializado en cortar sutil y finamente cabezas

de cabrones malnacidos, como tú, que me habían jodido, y enviarlas elegantemente envueltas en hermosas cajas de regalo.

El Chulo la miraba sin entender absolutamente nada de lo que estaba diciendo ella y mucho menos lo que estaba pasando en esa habitación, por eso ahora te lo voy a explicar yo misma, mequetrefe.

El primer consejo que te voy a dar para la poca y desgraciada vida que te queda, hijo de puta, es que con los ex siempre se debe quedar de buenas, porque uno nunca sabe cuándo puede necesitarlos, y por lo que veo, como que estoy necesitando ahorita los servicios de mi primer marido.

De qué servicios hablas, mujer, balbuceó El Chulo, ahora sí temblando de miedo y sin quitar la mirada de los tres hombres esos.

El día de mis diecinueve años, mi primer marido, que me había abandonado hacía exactamente un año, apareció de la nada, apenas llegado de la Alta Guajira. Esa mañana él se levantó temprano porque quería preparar mi regalo de cumpleaños hasta en sus milimétricos detalles.

Buscó la caja. La envolvió con papel de regalo color rojo como me gustaba a mí. Le puso un lazo negro, y escribió de su puño y letra una dedicatoria breve que nunca olvidé.

La fiesta de mis diecinueve años comenzaba mientras en la televisión de la casa de mis padres dos boxeadores con ojos de cachorro triste se daban la golphiza de su vida por el título mundial de peso pesado, con Happy y mi padre El Búfalo sonrojados de la emoción y atragantados de tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

Durante aquella fiesta de cumpleaños, el hijo de Happy distraía a las tías bailando, con cada una de ellas, la salsa o el merengue de moda en esos años ochenta de vestidos con colores chillones, y mujeres de caras redondas y pollinas con lacas.

A mi primer marido le tardó casi un año encontrar a aquel muchacho, que según él me había jodido la vida, de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de colector que, por cierto, bien podrías ser tú ahora, coño de tu madre.

O se va él o me voy yo, le dijo La Doctora y ex de Happy, en medio del cumpleaños aquel, a su padre El Búfalo que, por cierto, no le paró ni media bola, porque estaba lelo mirando la golphiza de esos dos hombres tristes por el campeonato aquel. Deja que termine esta última pelea, cantamos el cumpleaños feliz a tu hermanita y el marido tuyo se va. Ese no es marido mío,

respondió la ex de Happy, sin haber prestado atención a más nada de lo que dijo su padre.

Mientras tanto, el hijo de ella y Happy seguía en la pista, bailando con las tías y comiendo tartaletas cubiertas de ensalada de gallina.

En otra casa aledaña, ya por fin estaba lista la caja de regalo que había cuidadosamente confeccionado mi primer marido para mis diecinueve. Necesito, por favor, que le lleves este regalo a la hija menor de El Búfalo, le dijo a un joven que pasaba, y aquí tienes esta platica para unas cervezas.

Pega el venezolano. Se tambalea el mexicano, que ya no siente sus piernas. Gancho al hígado. Óper a la mandíbula. Uno. Dos. Conteo del referí. Esto huele a nocaut, señoras y señores.

Mija, anda a ver quién está tocando la puerta. Buenas noches familia, disculpen la molestia, aquí les manda un admirador secreto de la menor de las hijas por su cumpleaños. Muchas gracias, tremenda cajota, por favor póngala al lado de la torta.

Tres. Cuatro. Cinco. Y el boxeador mexicano seguía tendido en el suelo con la boca abierta, respirando como pez en la orilla.

Papá, ya esa pelea terminó, te exijo que Happy se vaya de esta casa. Pero El Búfalo la ignoró y le dijo a su hija menor, abra ese regalo, chiquita, para ver quién es el enamorado que le envió semejante caja.

Seis. Siete. Ocho.

El hijo de Happy dejó de bailar con las tías para ver el espectáculo del regalo en esa caja que para el niño parecía todavía más grande.

Nueve. Diez.

La cumpleañera por fin logró abrir esa cajota y gritó como nunca antes en su vida.

Ahí estaba, al lado de esa torta de cumpleaños que decía bienvenidos a mis diecinueve, la cabeza diligentemente cortada del muchacho ese de cabellos engelatinados, camisa colorida de cuadros, blue jeans de llanero y botas marrones de coleador que le manejaba, escuchando vallenato, el carro fúnebre al padre, cuando había mala racha de muertos en la funeraria.

Nocaut, Chulo, le dijo su flamante esposa al recién despertado en ese cuarto de elegante cama de caoba.

Uno de estos tres hombres que me escoltan es mi primer marido, ahora contratado por mí con los reales de mi segundo marido, que en paz descanse. Y los otros dos son sus primitos guajiros que, estoy segura, estarán complacidos

en preparar mi próximo regalo de cumpleaños, en una caja roja y lazo negro, con el cascarón vacío de tu cabeza cortada.

El Chulo no tuvo más remedio que ponerse, cabizbajo y de mala gana, el uniforme usado y deshilachado de peón, las botas de plástico para no embarrarse de mierda de cochino al momento de limpiar el chiquero, el machete oxidado para cortar la maleza de la infinita hacienda y el corroído sombrero de paja descosido para soportar el inclemente trabajo de sol a sol que, a partir de ese momento, le esperaba, para siempre.

Los abogados por fin lograron salirse con la suya y sacar a La Doctora del hospital ese donde pagaba su pena de prisión. Pero, a cambio, terminaron de dejar su cuerpo y alma en bancarrota.

Te cambiamos inmediatamente tu libertad por absolutamente todos tus bienes, dijeron frotándose las manos y recordando aquel acuerdo pactado entonces, justo en medio de su prisionera desesperación.

Trato hecho.

Ya eran cosas del pasado aquellas propiedades que se habían esfumado como el espejismo que siempre fueron.

Los tres apartamentos de lujo, más los otros que regaló por aquí y por allá, la flota de cinco vehículos de alta gama, más los que repartió como si fueran confetis, la lancha nueva de paquete con la que hacía esquí acuático en el Lago de Maracaibo, y todas las cuentas en moneda nacional y extranjera, en los bancos más variopintos.

En un santiamén, La Doctora se había quedado con unas pocas tenencias que, acaso, ni siquiera eran ya realmente suyas.

Su cuarto de niña en la casa de sus padres, un hijo que prácticamente no conocía y viceversa, otro recién nacido que había rifado entre las tías y abuela, en el desespero de la estafa, y el amor, o acaso desamor, de Happy, a quien ahora inmediatamente fue a buscar.

Sus pasos la llevaron sin más, y como guiada por una intuición y un destino insondable, hacia el nuevo trabajo de Happy, quien, después de aquel desencuentro en el hospital, no la esperaba ese día ni ningún otro, o acaso sí, llevado por la terca esperanza que implica la insanable enfermedad del amor.

Ella se había arreglado el pelo, como en sus mejores tiempos, pintado las uñas y labios de un rojo fuego, y escogido un hermoso y holgado vestido de lino primaveral, abrazado por una delgada correa carmesí ceñida a su cintura. El floreado vestido se detenía antes de llegar a sus rodillas para ostentar las piernas más hermosas que en su vida habría de ver Happy.

Recorrió la ciudad ahogada por el calor asfixiante y ese sin fin de sentimientos encontrados, que la dejaban sin aliento con la desesperada esperanza de que quizás ella y Happy.

Él seguía concentrado en su trajín diario con su casco de ingeniero, por donde sobresalía su rubio cabello de roquero, sus lentes de sol Ray-Ban, su camisa de arquitecto arremangada hasta los codos y sus botas de capo del universo cuadriculado de la construcción, donde ahora era, por mérito propio, amo y señor. En poco tiempo había logrado un liderazgo en ese arduo mundo que le permitía dar órdenes a un montón de obreros, que lo seguían obedientemente y sin chistar.

Happy era Happy.

Por la primera vez en su relación con ese hombre, ella no sentía aquella inclemente seguridad que rayaba, en la mayoría de los casos, en una cruel prepotencia.

Tragó grueso porque se descubrió al improviso insegura, como nunca antes, de la idea misma de ver, otra vez, a los ojos a aquel varón.

En ese momento, y antes de llegar finalmente a su encuentro, ella recordó aquella última vez cuando Happy, desarmado, le preguntó.

Tú alguna vez me quisiste.

Entonces ella había quedado sorprendida porque, francamente, no se esperaba ese ataque certero con la espada de la lengua de Happy. Por eso él repitió la pregunta, ahora con más seguridad.

Tú alguna vez me quisiste.

En aquel momento, ella no pudo ganar más tiempo y respondió escuetamente con un desapego y una irreflexión que, en realidad, fue la más clara de las respuestas.

Tuve que haberte querido, en algún momento.

Esos recuerdos de ella volaron en bandada de verdes loritos chillones por el ámbito de la ciudad y habitaron los pensamientos y sentimientos de Happy, que por más que quisiera no pudo evitar empapar su recuerdo de aquella desventurada pregunta y aquella desgraciada respuesta.

Tú alguna vez me quisiste.

Entonces Happy sintió nuevamente la filosa puñalada directa a su alma que fue la inexorable respuesta de ella en la prisión de aquel hospital.

Tuve que haberte querido, en algún momento.

Happy se volvió a desangrar a fuego lento como si todo acabara de pasar, y mientras trataba de reponerse de la hemorragia de su desconsuelo, la vio aparecer a ella en el horizonte de su existencia con un paso firme y decidido, con el pelo arreglado, las uñas y labios pintados de un rojo fuego, un hermoso y holgado vestido de lino primaveral, y una delgada correa carmesí ceñida a su cintura, porque vine a hablar contigo, Happy.

Cuando por fin los pasos de ella llegaron como en cámara lenta a la humanidad de Happy, justo en medio de aquel trabajo de construcción donde él se había refugiado con tanto ahínco para olvidarla a ella y su promesa incumplida, ambos se miraron fija e inexorablemente a los ojos con un despecho ancestral, y una ráfaga de las mismas y exactas imágenes pasaron por su recuerdo.

El día que conocí las mejores piernas de la universidad. El día que les dijiste a todos mis pretendientes la mentira de que eras mi novio. El día que silbaste como lorito australiano para que yo entrara de madrugada a tu casa, y de paso entrara en ti, concibiendo a nuestro niño. El día que el bólido rojo ese iba a toda velocidad para que yo pariera. El día que entré vestido de ginecólogo con unas botellas de ron para ver a nuestro carajito recién nacido. El día que salimos con nuestro muchachito en brazos del Hospitalito sin saber a dónde ir. El día que tuvimos como techo las estrellas, pues nadie nos quiso dar abrigo. El día que.

Vine a hablar contigo, Happy, dijo ella, bien vestida, optimista y maquillada.

Él la miró extrañado y algo aburrido. Sinceramente no sintió nada, teniéndola ahí de frente, y eso le extrañó. Esperó alevosamente, con un silencio de ajedrez, calculado y malintencionado, que ella dijera algo más.

Para ella ese silencio fue eterno y una herida de muerte a su ego, que yacía en el suelo de ese terreno en construcción como un globo explotado por la aguja de los irremediables errores suyos.

Francamente, ya Happy estaba cansado de llevar la batuta en una historia de amor donde solamente había un enamorado. Se sintió raro y más solo que nunca con la presencia de esa mujer que tanto extrañó, ahora, por fin, ahí de frente. También eso le sorprendió.

Tal vez fue un error venir aquí, dijo ella, como quien hace una finta.

Sí, tal vez, respondió Happy, con una mirada lela, y como desconcentrado, y como en otro lugar, y otro tiempo, que no era el de ellos.

Estás cambiado, contraatacó ella. Te molesta mi presencia, preguntó inútilmente.

Pero por primera vez Happy parecía ser inmune a sus maniobras de batalla naval. Sintió en su pecho una inédita y fría coraza que le quemaba.

Ya estás aquí, soy todo oídos, dijo Happy abstraído y desinteresado.

Si quieres me voy por donde vine, afirmó ella con una manipuladora voz de actriz de medio pelo.

No sería la primera vez, respondió él, indiferente y como aletargado.

Happy, soy yo, tu mujer, dijo ella sin más armas que el desespero.

Él prefirió no responder a esa innecesaria provocación para no ser descortés. Calló.

Ella volvió a romper el incómodo silencio que tan a gusto lo hacía sentir a él.

Vine a cumplir la promesa.

Entonces Happy recordó, sin más, ese día en el que se prometió a sí mismo no olvidar la promesa incumplida aquella, como método desesperado para así poder olvidarla.

Cuál promesa, respondió Happy, como si no supiera de qué estaba hablando ella.

Happy bien pudo hacer un diccionario universal con todas las veces que recordó y conjugó en el archipiélago de su memoria la promesa esa no cumplida por ella. Pero en ese momento, el hastío pudo más y lo dejó inmóvil, silente, aletargado, con la mirada fija en el incierto horizonte de su futuro.

Por su lado, ella seguía hablando frenéticamente, sin parar, sin comas, ni puntos, en su andar, con esas palabras suyas que iban en caída libre como llevadas por una bicicleta sin frenos hacia el precipicio de su inminente soledad, por siempre jamás.

Happy estaba ahí, parado frente a ella como desmayado, y desde la lejanía de su delirio y su alucinación de muerto en vida, solo la veía mover los labios, pero no entendía nada de lo que decía. Percibía únicamente guturales sonidos ininteligibles, sin palabras, ni prosa, sin verbos, ni sustantivos.

Para él, ahora, solo ruidos necios e innecesarios salían de la boca de ella.

Ella trataba de explicar sus razones, modelar ese pasado que ya fue, como si fuera arcilla, con sus extemporáneas excusas, recrear como un Dios penitente en siete días y siete noches lo que fue y ya no será, reescribir la historia como un dictador arrepentido y derrocado, prometer un futuro que ya había sido abortado hace rato como feto, aclarar lo que ya estaba inexorablemente oscurecido.

De pronto hubo silencio, y ambos lo sintieron como un pesado legado de su historia de desamor, como un ancla sin cabo olvidada en el fondo del mar, como un humo blanco de Capilla Sixtina que le dio finalmente el coraje a ella de decir lo que no debía decir.

Volvamos juntos, Happy.

Eso fue lo único que verdaderamente logró escuchar él, nítido como un sueño en colores, como un arcoíris en verano, como el cántico de un pájaro al amanecer.

Por primera vez en esa conversación, Happy afinó el lente de su mirada al centro de la diana de los ojos de ella. Ella hizo lo propio y sus miradas, después de años, se miraron real e irremediabilmente.

Él sintió otra vez ese amor suyo, terco como un destino, que brotaba a borbotones de espuma y rebosaba el vaso hondo de su alma.

Ella sintió que, por fin, lo había logrado y dio la estocada final, repitiendo inclementemente aquella compleja, y a la vez, sencilla frase.

Volvamos juntos, Happy.

Él, ya desarmado y sin coraza, se tambaleó como un boxeador a punto de ser noqueado, y trató de ganar algo de tiempo para no desfallecer en el intento. Para no desmayar nueva y, definitivamente, frente al amor de su vida.

Pasaron siglos antes de que, por fin, pudiera responder con la franqueza de un mamífero herido.

No.

Ella se acomodó el cabello con un gesto coqueto y sonrió con ademanes de protagonista teatral que tiene al público en su bolsillo y solo espera los aplausos, y lo abrazó como Eva seguramente abrazó a Adán, mientras que con un sensual hilo de voz le preguntó con sus labios pintados de rojo fuego, apenas rozando su oreja.

Por qué no, mi amor.

Happy respondió con una fuerza que le brotó desde el fondo del volcán de la sustancia de su espíritu algo que estuvo guardado ahí desde siempre, como un juramento o acaso un designio.

No, porque me voy a vengar.

70. (Epílogo)

Ante el no de Happy, la madre del niño se dio media vuelta y se fue por donde vino, con un paso tan lento que pisaba su propia sombra, en dirección a la irremediable galera de la casa de sus padres, que fue lo único que le había dejado la herencia de sus desaciertos, donde viviría hasta el final de sus días, pagando cadena perpetua en el cuarto de sus primeros años.

Esa y todas las otras mañanas, Happy despertó a su carajito temprano para llevarlo a la escuela. Como cada día, comieron huevo frito con mantequilla mientras acomodaban la colchoneta de barco para que estuviera lista cuando ellos llegaran de noche, cansados de la larga jornada.

Compitieron a ver quién llegaba primero al Volkswagen y, como siempre, Happy se dejaba ganar por su niño, a pesar del histrionismo con el que se le veía correr, rojo del supuesto esfuerzo.

Hasta que un día cualquiera no hubo más escuela, ni liceo, ni mañanas de huevo frito y competencias, porque me gané una beca y me voy a estudiar a Roma, papi.

Ese mismo día, Happy llegó borracho de madrugada y despertó a su hijo, casi mayor de edad, para hacerle una pregunta que tenía trabada en la garganta y no lo dejaba respirar desde la mañana de la noticia de que me voy de la casa a estudiar filosofía.

El recién nacido, dormido como estaba, reconoció inmediatamente la voz que durante nueve meses le cantó gaitas desde el mundo exterior, que apenas estaba conociendo, y por primera vez abrió los ojos, y se encontró con esos ojos color miel de Happy, quien con una tristeza de oreja a oreja le dijo sin más.

Hijo, puedo hacer algo para que no te vayas de Maracaibo.

El recién nacido sin techo que seguía siendo ese adolescente respondió con toda la ternura del mundo, del cielo y sus astros azules tiritando, allá en el firmamento.

No, Happy.

Al otro día, su abuela lo despidió, antes de su inminente partida, en el patio donde el ganso blanco reinaba como amo y señor, al lado del cuartico de herramientas del abuelo albañil, entre las matas de níspero y tapara.

En ese momento recordó cómo su nieto, recién nacido, iba pasando de brazo en brazo en aquella Universidad del Zulia, llevado por estudiantes de las más variadas especialidades, paseándose, como perro por su casa, de los pasillos de odontología a los de veterinaria, de los de ingeniería a los de medicina, del comedor estudiantil a la capilla universitaria, donde en diciembre alguien lo dejó olvidado en el pesebre como niño Jesús. Fue así que desde los tres días de nacido ese niño se comenzó a crear una dudosa fama de filósofo erudito en esa universidad, donde escuchó conversaciones de todas las materias y especializaciones de física y biología, se durmió en laboratorios químicos en medio de los experimentos más delirantes, y se arrulló con los libros de los autores más impensables de la literatura universal, Baudelaire, Kafka, Faulkner, Proust, Borges, Bolaño, García Márquez y Britto García.

Fidelia recordó también, como si fuera ayer, esa tarde en que Happy dejó a su hijo en su casa, como todos los días, y el niño saltó enloquecido del bólide rojo para preguntarle a su abuela, cómo se lee un libro. La abuela entonces le acarició el pelo creándole un remolino, y le dijo con una voz tan tierna que parecían retazos de seda saliendo de su boca, algún día leerás muchos libros, mijo, y hasta escribirás algunos.

Respiró tan fuerte Fidelia que el gesto terminó en un suspiro y prosiguió.

Cuando regreses, mijo, hecho un hombre, ya yo no voy a estar, dijo Fidelia cual vidente y sin un instante de reproche.

No diga eso, Mamá Fidelia, respondió el muchacho con la mirada puesta en Europa.

Así fue.

Un año después, en aquella fatídica noche, sonó el teléfono en la residencia de estudiantes extranjeros, frente al río Tíber, donde un alumno latinoamericano de filosofía respondió en perfecto italiano.

Pronto.

Del otro lado del teléfono, Happy, con la voz más triste que jamás se le escuchó, dijo.

Aló.

Hubo un silencio, que Happy respiró todo, para agarrar fuerzas, tragar grueso y continuar.

Hijo, murió Mamá Fidelia.

Esa noche, el espeso frío del invierno romano no impidió que el hijo de Happy caminara toda la noche, en medio de sollozos, por las estrechas calles de adoquines de la ciudad eterna, cantándole a los faroles amarillo ocre las gaitas de su abuela y recordando a Maracaibo como un espejismo o acaso un incierto jamás, hasta que las primeras luces del amanecer iluminaron sus edificios color mostaza y sus mármoles corroídos por los siglos y las campanas de sus novecientas iglesias sonaron al unísono, y lo acompañaron hasta el breve escritorio de madera aquel donde, sin más, comenzó a escribir en una computadora de los años noventa, recién comprada con el dinero que quedaba de una beca que nunca llegó: El bólido era un Escarabajo. Volkswagen rojo como la estela que dejaba a su paso en medio de un calor sofocante y una velocidad que aturdía a la mujer preñada que iba de copilota.

FIN

El último romántico

A mi hermano Daniel Yegres
porque paseó con este libro, una y otra vez,
por el metro de París,
cuando todavía era una obra inédita,
feliz e indocumentada.

Algunas veces algo comienza mal y como por arte de magia continúa mal, irremediablemente mal. Una situación que se nos escapa de las manos y ahí van, dos mil situaciones que se le unen, que hacen fila para joderte la vida. A veces pareciera que un error llamara a todos los demás para condenarte a cadena perpetua quién sabe por qué.

Nuestra historia fue así. Un error llamó a todos los demás y aunque sé que no me van a creer, en ese café, esa noche, cuando hice lo que hice, no le quise hacer pagar todo mi odio y mis errores con mi ex a ese machito de pacotilla que me retaba. Pero al final de cuentas ¿qué podía hacer? La situación no me ayudaba: había regresado a la vieja ciudad de la cual un día partí escapando de mi ex, y para colmo me había acostado con ella después de algunos años de separación, traicionando no solo a su compañero trotskista, sino también y sobre todo, a mi amante usual, una malabarista de un circo húngaro a la que le faltaba un brazo. Ese brazo que le faltaba para mí nunca fue un problema, visto que con el brazo que le quedaba, a punta de divinas masturbaciones, esa malabarista me había hecho olvidar la sombra ilustre y exagerada de mi ex. Por eso también estoy mal, porque al parecer todas esas masturbaciones no sirvieron de nada. Fue pura paja. Estuve en esa ciudad, me acosté con mi ex y sentí de nuevo lo que pensaba nunca más volvería a sentir.

Con mi ex, en estos últimos días, había estado genitando cual conejos desesperados, tristes, enamorados. No les puedo negar que fue difícil penetrarla. Entrar en ella era algo así como la última prueba de que el amor no existía realmente, y que lo único que existía y valía la pena hacer era tocar los objetos empíricos, olerlos, acariciarlos, eyacularlos. Hacer el amor con mi ex se demostró como el triunfo del materialismo histórico, podría decir. Después de varios polvos con mi ex, presencié algo así como una iluminación que con lucecitas y estrellitas resplandecientes me decía que todo lo que no era material, no era otra cosa que una invención aburrida y esquizofrénica de

eso que no somos. La verdad es que no le paré mucha bola a esa iluminación. Dentro de poco sabrán por qué.

Bueno, tengo que aceptarlo, no debí. Ese día, en ese café, a esa hora, después de tantas cervezas, rones, sonrisas de calcomanía y temas sin sentido, no debí caer en la tentación del destino de mierda. No debí hacerle eso a ese machito peleón. Pero es que la había saludado hacía apenas algunos instantes y en su mirada había descifrado un adiós sin precedentes, que superaba al primer adiós de pocos años atrás.

Sí, porque hacía un tiempo que no nos veíamos. Después de nuestra última pelea, dos años atrás, el patetismo ya era demasiado, no lo soportábamos. Así que por unanimidad del odio decidimos sin previo aviso ni alevosía cambiar de ciudad. No juntos, claro está. Cada uno por su parte. Cada uno a construir sus propios sueños, cada uno a genitar hasta el cansancio, a drogarse, a joderse con sus propias manos para no poder echarle la culpa al otro.

Ella se fue a una pequeña ciudad que es mejor que no les diga, porque yo sé que apenas lea esto me va a denunciar por cualquier cosa. Yo me fui a París. Sí, señoras y señores, agarré mis morrales y me largué. Me fui escapando de ella y de mí y, sin saberlo, en esos morrales que pesaban tanto, me la llevé a ella y a mí, muertos en vida, hechos añicos, recuerdos baratos, patetismo de telenovela.

Yo agarré mis macundales, boté dos lágrimas de actor despedido y me marché en un avión de tercera categoría lleno de sicilianos, monjas y sobre todo de paranoias mías. El avión llegó a París en un día de sol y mucho frío. Recuerdo que en ese café, años después de aquella última pelea con mi ex e instantes antes de hacer eso que no debí hacerle a ese machito, recordé ese sol de ese primer domingo parisino. Ahora que lo pienso, creo que fue ese sol cegador y no las cervezas, lo que me dio la fuerza sobrehumana de hacer eso que hice. Sí, tal vez el recuerdo de ese sol me cegó y ahí te voy.

Pero vamos más a lo específico de la historia, no vaya a ser que me cierren el libro y se me vayan. Sé que los estoy perdiendo con tantas referencias desperdigadas. Pero, bueno, así son los cuentos del corazón partío de un hombre que no debió hacer eso que hizo, ni con su ex, ni con el machito.

Después de todo el tiempo transcurrido en París, no sé por qué coño decidí regresar a la ciudad de donde había escapado. No me pregunten por qué decidí regresar, por favor. Lo cierto fue que agarré mis corotos y me monté en el mismo avión de tercera categoría, pero de regreso. La excusa que me había inventado para regresar (porque yo como ustedes debo siempre justificar

cada mínima burrada que hago con una burrada racional todavía más grande) era: «quiero agarrar los amargos recuerdos uno a uno y mandarlos en fila india pa la mierda». Y se los juro, el plan me estaba saliendo de maravilla. Tenía casi tres días en esa ciudad y ya casi todo el pasado oscuro y absurdo se había convertido en cervezas y bailes hasta el amanecer. Saben, nosotros los caribeños creemos resolverlo todo así. Lo que no resolvemos con una cerveza, lo resolvemos con muchas cervezas. Tal vez sea por eso que nos la pasamos escuchando canciones muy tristes y melancólicas, pero con melodías alegres y carnavalescas. Nosotros los caribeños queremos resolver los problemas del corazón con mujeres, caña y salsa, y lo único que hacemos es convertirlos en mujeres, caña y salsa. A la tristeza de los caribeños no le quedó otra que aprender a bailar salsa.

Lo mejor de todo era que yo, que soy un mujeriego purasangre, durante ese viaje no tuve la más mínima necesidad de acostarme con ninguna mujer. Se los juro, todo estaba saliendo de las mil maravillas. Hasta que, después de algunas cervezas, tuve la magnífica idea de marcar el número de ella, de mi ex. Consciente, claro está, de que ella en ese espacio-tiempo no estaría en su casa. Pensé que ella todavía estaba en su nueva ciudad refugio. Dejé repicar varias veces el maldito teléfono amarillo en forma de banana de su casa, como para percatarme de que ella seguía en su pequeña ciudad de mierda cuyo nombre, repito, no voy a mencionar, no sea que su oficina de turismo me denuncie por daños y perjuicios. «Dos repiques más», me dije, «y tranco y sigo bebiendo caña pa emborracharme y acostarme pa la verga». «¿Aló?», alguien dijo desde el teléfono de banana. «Aló», ese alguien repitió. Era ella. Me quedé en silencio. Ella repitió estúpidamente varias veces «aló, aló, aló», y después con un tono dulce y comprensivo me dijo que fuera a joder a mi madre, mudo de mierda. Claro está que no me dijo mudo de mierda a mí, porque yo en ese momento no era yo, sino un mudo de mierda cualquiera. Así que ni siquiera me di por aludido. No me sentí tocado en mi orgullo de macho caribeño. Tal vez fue por ese motivo que volví a llamar, pero evidentemente ella, mi ex, no respondió.

Pensándolo bien, si no hubiese llamado ese día a mi ex, no le habría hecho esa noche, en ese café, a ese pobre diablo que quería jugar Rocky IV, eso que le hice. ¿Qué pasó después de la llamada?, se preguntarán los pocos literatos averiguadores que resistieron al sinsentido que estoy tratando de expresar. Pues muy fácil. No se me ocurrió otra cosa que esperarla en su casa. Bueno, no en su casa, más bien debajo de su casa, escondido como un vulgar ladrón

que la única cosa que quiere robar son los instantes cotidianos de su ex, y sí que lo logré.

En pocos días ya sabía cada uno de sus movimientos. Si quieren que se los cuente digan «sí» mentalmente. Qué averiguadores que son, lo quieren saber todo. No se preocupen, para eso estoy. ¿Por dónde comenzar? No sé si comenzar por orden cronológico o por orden de gravedad. Comenzaré por lo que me venga.

A mi ex la vi haciendo de todo. A la susodicha le había dado por «tomar nuevas vías más adaptadas a una mujer de su época», como me lo repetía otrora en medio de sus delirios feministas. Entonces, yo pensaba que le había entendido. Pero fue espiándola que me pude dar cuenta de qué era lo que en verdad quería decir cuando hablaba de esas «vías». Esas nuevas vías, caminos, calles, llámenlas como quieran, que por fin había podido tomar, estaban hechas de un polvito blanco, algo así como un talquito, que colocado en forma de una callecita pequeña era... ¿cómo lo puedo decir?, respirado a través de su naricita perfecta, que de tanto aspirar nuevas vías ya se le estaba gastando.

Después que mi ex respiraba su polvito mágico se prendía el bochinche. Comenzaba la fiesta con los amores pueriles e ingenuos que había por fin encontrado. Esos que siempre evocaba cada vez que peleaba conmigo. Hablo de dos años atrás, cosa del pasado. Mi ex por fin había encontrado hombres como los que ella soñaba. Verdaderos románticos que nunca le habrían hecho ninguna escena de celos, ninguna discusión más allá del «me gusta como tiras, mamita». Mi ex había descubierto por fin su *free lover*, su amor modelo 1968. Ese sentimiento libre con el que, después de su pase de coca, podía abrir sus bellísimas y largas piernas para recibir todo el cargamento de amor en chorritos blancos. Mi ex es algo así como una romántica; tal vez por eso la amo todavía.

Durante todos esos días la estuve mirando desde el hueco de la cerradura, desde la ventana que siempre deja abierta, desde el techo de la casa de enfrente y, se los puedo jurar, hasta desde los mismos ojos de sus amantes mientras se la cogían, a través de un proceso del cual aquí no les puedo hablar. Más de una vez entré en medio del delirio sexual que le produce la cocaína y estuve ahí, cogiéndomela sin ningún escrúpulo, como Dios manda. Ella no sabía que era yo, seguramente me habría matado. Pero ¿saben?, a pesar de todo yo sé que mi ex estaba segura al mil por ciento de que era yo, yo su ex, el que se la cogía en esos momentos mamándole hasta el culo. Tal vez por eso me mordía sin pudor,

dejándome lívidos exagerados que todavía, mientras les escribo, me duelen. Tal vez porque sabía que era yo, me chupeteaba con su lengua puntiaguda y herética, recorriéndome como a un puente largo, maravilloso. Me hacía delirar mi ex en esos momentos, cantar, llorar. Eyaculaba con líquidos de todos los colores del planeta, en medio de exultaciones y saltos insospechados, que dejaban anárquico y con apariencia de arcoíris el cuarto en el que estábamos. Pero voy a dejar de dárme las del Bukowski de la situación, no vaya a ser que les dé por tirar a ustedes también y me dejen hablando solo.

Lo que sí quiero aclarar es que yo la amaba y todo eso que hacía, sentía, vivía con ella, era un pedazo grande e inmediato de amor. Dentro de poco les explicaré qué es el amor para mí, porque por lo que veo a ustedes hay que enseñarles todo desde cero. Han aprendido demasiado de las novelitas de amor que andan de moda por ahí. Pero por ahora prefiero no aburrirlos con dilucidaciones psicológico-filosóficas. Sigamos con lo nuestro, o mejor, con lo mío, porque ustedes no son más que averiguadores empedernidos, cómo diría, miradores de huecos de cerraduras.

Aquí reflexionando, quizás era en pervertidos como ustedes en los que pensaba la noche en la que le hice eso al gallito de pelea en aquel café. Tal vez son ustedes los verdaderos y únicos culpables de lo que pasó. Así que pónganse pilas, no me vaya a dar por denunciarlos por complicidad y de paso denunciarme a mí por lo que hice, pa ver si logro sacarle a los del gobierno algunos añitos de papa y techo. Porque, más allá de todo, un escritor que se respeta debe hacer pasantías en la cárcel. Eso le da respetabilidad y, sobre todo, credibilidad.

Bueno, qué más, a hablar del amor, a describir el amor. Ese fantasma blanco, idílico, estupendo, con su olor a mierda y mirra.

Comencemos por el inicio: yo-amaba-a-mi-ex. Que qué quiere decir eso. Es simple: «yo» soy yo, el que les está contado el brollo; «amaba», es el pasado del verbo amar, verbo que dentro de poco les explicaré (al final entenderán por qué uso el tiempo pasado del verbo); y «mi ex», es simplemente ella, mi ex, es decir, la persona a la cual iba dirigido eso que estoy por explicar.

El amor por ella nació un 456 de febrero de 18546, eso es lo que menos importa. El amor puede nacer en cualquier tiempo y espacio. Ese coño de su madre aparece vestido de no sé qué y no sé cuándo y no se mueve hasta que nosotros, es decir *yo* que soy el último romántico del mundo, con mucho sufrimiento y alcohol encima no le dé una buena patada por ese culo y lo mande a mamar. No sé si me siguieron el razonamiento, por lo que traduzco:

el amor, el único amor que queda en este mundo, el mío, perduró hasta que quien les escribe, una tarde parisina, en uno de los tantos cafés de la ciudad, se derramó en lágrimas amargas que escondían la impotencia de un imposible con el que no podía más, y decidió matarlo.

Es inútil que les cuente cómo pasó y por qué comenzó. Ni lo uno ni lo otro tiene mucha importancia. Lo único que recuerdo es que cuando me di cuenta del amor, ya estaba enamorado, y ya era demasiado tarde.

Al amor lo conocí, o mejor dicho lo reconocí, una tarde en la que me vi con el cuerpo de mi ex en biquini y parado, óigase bien, parado y no acostado, sobre una cama conmigo abajo, acostado. Sus dos piernas abiertas me cortaban como una tijera humana. Yo estaba en medio y debajo de ellas, vestido e inmóvil. Más que inmóvil, impotente. Sí, ahora que recuerdo, la miraba perplejo. Sin darme cuenta, yo me había convertido en dos ojos delirantes que admiraban la belleza sin límites de mi ex. A pesar de que entre las muchas máscaras que tengo, una de las que más me resulta es las del caribeño caliente, ese día, con el cuerpo de mi ex, que todavía no era mi ex, sobre mí, no tuve ningún tipo de reacción, ni física ni mental; es decir, no tuve ningún tipo de reacción sexual, porque la fórmula del amor es simple: cuerpo + mente. Mi cuerpo y mi mente se habían ido no sé a dónde, y me habían dejado en esa cama solo, con el cuerpo maravilloso de mi ex. Bueno, no solo, me habían dejado con un sentimiento gigante que no podía controlar. Señoras y señores, estaba enamorado de mi ex en biquini y sin sostenes. Lo supe porque por primera vez en mi vida yo, el animal yo, era puro sentimiento, un pedazo grande de sentimiento acostado en la cama y mirando desde abajo a la que ahora es mi ex. Fue la primera vez que entendí la diferencia entre tener sexo y hacer el amor.

Disculpen los amantes de las novelas románticas, pero me tengo que alejar del romanticismo. No por gusto, sino porque desgraciadamente, por objetividad de la profesión, les tengo que contar que para ella no fue lo mismo. Mi ex estaba mojada, mojadísima. Recuerdo que me miraba con unos ojos de Mujer-Candela que solo comprendí una noche furtiva parisina en la que estuve con una mujer, prácticamente virgen, que me deseaba como jamás lo hubiera pensado. Dije prácticamente virgen porque después de 12 años de matrimonio con el único novio que había tenido en su vida, nunca había probado el antipasto agri dulce de la infidelidad.

Pero bueno, no quiero perderlos en inutilidades. Vamos a lo nuestro: la definición de amor es... No, disculpen, no puedo hacer como si nada. La verdad es que me siento como ridículo de contarles lo que les conté. Imagínense la escena: yo en una cama, enamorado, y ella, mi ex, la mujer que amaba, con ganas de cogerme en tiempo récord. Pensándolo bien tengo que dejarme de esas mariqueras del amor platónico, no vaya a ser que uno de estos días, por andar de cabrón, me metan una teta por el culo. Las cosas están cambiando y ahora las mujeres son más machos que los hombres.

Regresando al cuento, recuerdo que ese día mi ex me preguntó, todavía de pie, en bikini, sin sostenes y conmigo debajo: «¿Me encuentras linda?». Yo no sé la respuesta que le di, o mejor, la sé pero no se las digo porque reirían hasta orinarse y después cerrarían el libro y se me irían pa Harry Potter. Lo que sí les puedo decir es que la miré con ojos de chivo degollao y, por primera vez, ella supo que el frígido que tenía delante estaba enamorado de ella. En el amor siempre hay uno más estúpido que el otro (El amado y el amante de Platón, ¿recuerdan?), uno que ama más al otro y, con toda seguridad, les puedo decir que a partir de ese día, por unanimidad de yo conmigo mismo, ese estúpido fui yo.

Llegados a este punto, amárrense los pantalones porque vamos a entrar en la filosofía. Sí, les voy a explicar el amor a partir del mundo filosófico. Que quede claro que no lo hago por presunción. La razón es simple: si me pongo a hablar de amor, de mi amor, porque es el único que existe en este mundo de mierda, me pongo a llorar o a escribir una telenovela mexicana, brasileña o, en el peor de los casos, venezolana.

Les hablaré del amor filosóficamente porque para mí, el último romántico que existe, la única forma de expresar el amor es haciéndolo razón, pensamiento. Tal vez esto sea una buena prueba del hecho de que la única forma de vivir en esta mierda sea, o hacerse mierda, o hacerse Dios. Yo escojo la segunda. De hecho, hablaré como Dios, desde la altura de mi superioridad racional, porque si no, se los aseguro, me voy en lágrimas cual Barbie rosada con vida propia y sin Ken.

Tal vez si no hubiera visto las cosas como un Dios esa noche en ese café, no hubiera hecho eso que hice. Ahora que lo pienso, si hubiera actuado esa noche como uno de los tantos mojones que pueblan este mundo de mierda, no hubiera hecho nada. Cuando uno mira todo desde la óptica de Mister Mojón, todo le parece normal: a uno le parecen normales los cobardes que estaban ahí esa noche y que no hicieron nada para impedir lo que sucedió; las cervezas costosísimas que hacían todavía más rico al propietario del café; el montón de mujeres que, partiendo del maquillaje y de los vestidos que traían, hacían notar el precio que de antemano tenían pegado en el culo. ¡Maldición! tengo que dejar de pensar como un Dios o voy a terminar mal. Es más, cambiemos de tema, o mejor, sigamos con nuestro tema y no nos perdamos. ¿En qué estaba? ¡Ah, sí! en la explicación filosófica del amor. Les haré una promesa, déjenme que realice mi último razonamiento en cuanto a Dios y después me volveré como ustedes: miradores de huecos, mojones, nadas vestidas de no sé qué y con un precio en el culo.

Voy con la filosofía: metafísicamente hablando existen «seres», o como los llaman en los bajos fondos de la ontología, «entes». Todos somos entes. Todo lo existente, físico y no físico puede ser llamado «ente». Existe una jerarquía ontológica a través de la cual, por ejemplo:

1. Dios es el ser de los seres, el ser en cuanto tal. Podríamos decir, la existencia que no depende de nada.
2. Después vienen los ángeles, en cuanto seres que no son físicos, seres celestiales.
3. Después los hombres, en cuanto seres físicos pero también espirituales.
4. Después los animales y plantas, en cuanto a seres vivos con movimiento autónomo y autoperfeccionante pero sin espíritu.
5. Y por último los pobrecitos minerales que «son», ontológicamente, pero sus movimientos no dependen de ellos mismos. Estos no pueden pensar, ni comer, y sobre todo, no pueden sufrir.

¡Dios mío, tú que eres el ser en cuanto tal, el absoluto, el motor inmóvil como te llamaba Aristóteles, hazme, te lo ruego, un mineral, una piedrecita inocua tirada por ahí!

Partiendo de esta vieja jerarquía podemos afirmar que Dios y los ángeles están demasiado altos como para sufrir, y los animales y plantas están demasiado bajos como para reflexionar sobre el sufrimiento y paranoiar. Socioeconómicamente hablando, sería algo así como que Dios y los ángeles son demasiado ricos como para no permitirse todo lo que desean, y los animales y plantas demasiado ignorantes como para darse cuenta de que están en la mierda. Conclusión de la jerarquía ontológica: los hombres no solo estamos en la mierda (en cuanto seres físicos), sino que nos damos cuenta de estar en ella (en cuanto seres espirituales) y aprovechamos para revolcarnos. El amor es uno de los ejemplos de ese revolcarse en la mierda ontológica. En cuanto seres materiales buscamos a la hembra o al macho para reproducirnos; en cuanto seres espirituales buscamos siempre a la hembra o al macho equivocado y como verdaderos güevones nos enamoramos.

Pasemos ahora de nivel. Hay ciertas acciones que, desde el punto de vista de la naturaleza de las cosas, no le son permitidas a un mineral, en cuanto son solo y únicamente acciones humanas. Las mismas dependen de la grandeza del hombre, ¿cómo podríamos decir?, de su libertad. Desde este punto de

vista, una piedrecita no puede, y tal vez nunca podrá, gastarse todo su dinero del mes para ponerse un vestido y un pintalabios rojo e ir a saltar en un lugar con lucecitas, entes químicos llamados *éxtasis* y música a todo volumen. Para un mineral «la acción humana» es un «más allá» al cual nunca llegará. Una piedrecita no se dará jamás cita con otra piedrecita en una playa y las dos juntas y tomadas de las manos nunca podrán arrastrarse hasta el final del horizonte, para después pegarse una contra la otra con fuerza y continuar a empujarse con el propio cuerpo mientras se dicen «sí papito, así me gusta». Un gato, señoras y señores, aunque lo desee con todo su ser, nunca podrá comprender un capítulo de Baywatch.

Piensen en el extraño fenómeno del abrazo. Imagínense, por ejemplo, a un marciano que ve a dos seres humanos con los ojos cerrados «agarrándose» (literalmente) uno al otro sin moverse, como si en cualquier momento uno de los dos se fuera a caer o a salir corriendo. Un marciano nunca entenderá un abrazo. Ni mucho menos la cara de cabrón que uno pone cuando abraza.

Regresando al ejemplo de la piedra, podemos afirmar filosóficamente que la misma es eso que es y ya. Nosotros no. Nosotros somos y en cuanto somos, somos buscadores. Tendemos siempre hacia ese algo que no tenemos, a eso que no somos. En cuanto seres materiales y espirituales somos libres y hacemos uso de esa libertad para autojodernos. Sí, el ser humano es un buscador, pero un buscador de problemas. Contrariamente a una piedrecita, nos movemos de aquí para allá con acciones completamente irracionales, inventándonos situaciones patéticas para finalmente sentirnos tristes o contentos, llorar o reír. Solo entonces, en cuanto patéticos, somos y nos sentimos vivos. Por favor no cierren el libro, estoy llegando al amor. Es más, ya llegué.

¿Qué es el amor? Es esa situación espacio-temporal pero a la vez metafísica, que nos hace, llevados por la libertad, tender hacia una cosa que nunca tendremos. No solo porque tal vez nunca la tendremos físicamente, sino, y sobre todo, porque teniéndola nos damos cuenta de que no es eso que era. Conclusión: ¡estamos jodidos! Al menos desde el punto de vista sentimental. Del social y el político hablaremos más adelante.

El amor es algo así como dos piedrecitas con alma, por darle un nombre a lo no corpóreo, que se tienden determinísticamente una a la otra y que (si todo les va bien) a partir de ese tenderse mutuo, logran estar juntas. El problema está en que el ejemplo apenas citado no es válido, por el hecho de que el amor no admite ejemplos. Existe solo el amor en una «situación».

Y ¿qué es una situación?, justamente se preguntarán. Es una caja de cartón cerrada en un depósito de jamases. Por facilidad metodológica llamaremos a esa caja de cartón «vida».

Disculpen que interrumpa, pero es necesario que les advierta que a partir de este momento saltamos nuevamente de nivel y llegamos a lo antropológico-filosófico. A partir de este nivel nos damos cuenta, pacientes lectores, de que el amor situacional, vivido, cotidiano, es nada más y nada menos que una tragedia griega. ¿Por qué?, alguien grita por ahí atrás. Porque la vida con su «varita mágica» actúa de modo que esos dos entes con cuerpo y espíritu que se encuentran juntos y enamorados se den, un día cualquiera, cuenta de que, de acuerdo con las reglas que rigen todo eso que se encuentra «dentro» de la «caja de cartón», ese sentimiento que los une, o «no existe», o está destinado a pudrirse por «humedad del destino». Me explico. El ente X y el ente Y, cada uno por su lado, son «posibles», «posibles existencias», para ser más claro. Esto quiere decir simplemente que «pueden» existir, nada lo impide. Pero pueden existir «cada uno por su lado», no juntos. Las reglas de la vida no lo permiten. Filosóficamente hablando, podríamos decir con Leibniz que los dos entes físico-espirituales enamorados son posibles pero no compositibles. De aquí la verdadera definición del amor que proponemos: EL AMOR ES ESE SENTIMIENTO DESTINADO A PERECER EN CUANTO PRETENDE LA COMPOSIBILIDAD DE DOS ENTES IMPOSIBILITADOS A LA COEXISTENCIALIDAD EN EL SENTIMIENTO QUE SIENTEN.

Queridísimos lectores, fue por ese extraño juego de palabras filosóficas que yo perdí a mi ex.

El hecho está en que si vamos a averiguar dentro de la caja de cartón para ver qué pasa, nos damos cuenta de que cada vez que dos entes desean hacerse compositibles, o se pudren, o se matan, o lo que es lo mismo, dejan de existir. Muchas veces no dejan de existir físicamente, en cuanto entes materiales. La mayoría de las veces dejan de existir en cuanto entes espirituales: el ente X anula al ente Y, o viceversa, o simplemente se anulan los dos en peleas, celos, frustraciones, posesiones, etc. ¿Que no entienden? ¡No sean burros! ¿Qué quieren, ejemplos? Basta mirar todo lo físico y espiritualmente existente: basta ver los índices de divorcios; o los matrimonios compuestos por jóvenes ilusos que se engañan con que están enamorados; o dos personas que están realmente enamoradas y después de un tiempo se dan cuenta de no conocerse más, o de no haberse nunca conocido; o de dos enamorados que después de un

tiempo se vuelven un solo ente, es decir, la nada, visto que los dos desaparecen; o de dos que se inventan un hijo para olvidarse de su amor fracasado y se convierten en el hijo mismo; o de dos que no se divorcian porque simplemente ya se acostumbraron a la facilidad de desaparecerse en el otro; o de dos que se aman pero se dan cuenta de que juntos son una fábrica de paranoias y... ¿Me tengo que detener o continúo? Me detengo porque ya me estoy cansando. Solo les puedo decir que se me dejen de hacer los ingenuos románticos que continúan viendo películas en las que un rico y una pobre nunca podrán estar juntos, o telenovelas en las que él muere y ella no podrá más nunca encontrar el amor. ¡Mentira! En paridad de condiciones no podríamos amarnos. Es más, en condiciones excepcionalmente favorables, digamos idílicas, no podríamos amarnos. Los enemigos del amor no son todas esas situaciones absurdas a las que nos tienen acostumbrados desde hace tiempo las novelitas de pacotilla, ojalá. Los enemigos del amor somos nosotros mismos desde adentro. Nosotros, entes físicos espirituales cerrados en esta caja de cartón. Es mejor dispararle a alguien que besarlo con amor puro. El amor puro de la verga es una pasión. Sí, una pasión, y en cuanto tal, trae consigo pretensiones típicas de seres espirituales en cuerpos de bestias. Pretensiones como la posesión, los celos, la morbosidad, la intención escondida y omnipotente de transformar poco a poco al ente que amamos en eso que queremos que sea, o en eso que somos, o en eso que no somos y quisiéramos ser. En el amor siempre se quiere transformar al otro en algo que simplemente el otro no es. El amor casi siempre nos hace ver en el otro algo que realmente el otro no es, algo que nosotros somos o quisiéramos ser. El amor es tan coño de su madre que casi siempre es un sentimiento solipsista, apuntado por casualidad a otra persona que no tiene nada que ver en el asunto. El amado muchas veces es algo así como un colao en una fiesta a la cual nunca tuvo la intención de entrar. Al amado, algunas veces, no le queda otra opción que ponerse a bailar y a saludar a los invitados y al festejado, como si lo conociera de toda la vida. El amor es tan maldito que en la mayoría de los casos es simple amor por sí mismo. Enemigos míos, el amor es infernal por el solo motivo de estar en la cajita de lo difícil, en la vida. La vida no es fácil, se nos pudre en las manos con todo y anillos de boda. Sartre tenía razón cuando decía que el mundo es difícil, pero se equivocaba cuando afirmaba que el infierno son los otros. No, Sartre: el infierno es la persona amada. La vida no es fácil y no me vengan con optimismos. La vida no es fácil y no me vengan a joder tampoco con que soy

pesimista. Comemierdas, dos entes materiales y espirituales dentro de una caja de cartón están destinados a acercarse lentamente al odio. Se joderán, créanmelo, es cuestión de tiempo. No se me vengan a hacer los románticos que en esta mierda el único romántico soy yo.

En esta mierda el único que puede hablar del amor soy yo, el último romántico soy yo, porque escribo esto, porque trato de dar saltos y saltos para salir de esta caja de mierda y lo único que la gente ve son acciones incomprensibles y políticamente incorrectas ¡A mamar todo el mundo! ¡A salir de la caja, conformistas! ¡A dejar de hablar del amor! ¡No joda, que el único que ama en esta verga soy yo! Ustedes son solo miradores de huecos. Yo soy el último romántico y lo peor es que mi ex no lo sabe. Ella anda por ahí buscando algo que ya encontró. Como todos ustedes, bastardos, buscando algo que ya encontraron. Se andan moviendo de acá para allá, buscando por fin un lugar apto para ustedes, un lugar que no huela a mierda y no se dan cuenta de que fueron ustedes quienes la cagaron. Esa es la diferencia entre ustedes y yo. Ustedes se la pasan echándose perfumes de todas las marcas, aromas y precios; yo no. Yo huelo a mierda, mierda pura, y qué. Es mi olor. Soy un ente de materia y espíritu y me acepto así. Aclaro que el olor a mierda no viene del cuerpo, no se hagan ilusiones. Ese olorcito viene de adentro, del espíritu. Y no me vengán los maricones cristianos a hablar de alma sucia o no sé qué. Ellos saben mejor que yo cómo están las cosas: «mi reino no es de este mundo». Él fue el único de los cristianos que no era de este mundo, tenía razón. Aunque pensándolo bien, él no era cristiano. Pero bueno, hoy por hoy no puedo meter las manos al fuego por nadie. Quién sabe si Jesús cargaba su carnecito de cristiano en el bolsillo y yo defendiéndolo. Es su peo, que lo arreglen ellos. En la teología no me meto, agárrense la con el cardenal Ratzinger si les da la gana, que ese con una firma y un sello les arregla a los sacerdotes cristianos hasta sus problemas de pedofilia. Porque, disculpen que me salga del tema, pero en estos días me enteré de que el cardenal Ratzinger, con la firma del pontífice máximo, decidió con un documento escrito enteramente en latín, pa que nadie se entere, que los problemas de pedofilia de sus sacerdotes serán arreglados, no a través de la justicia de cada país, sino

a través de los santos y silenciosos procesos burocráticos del Vaticano. Es que los señores de Roma están empeñados en que uno no crea...

Pero bueno, como les estaba diciendo, yo, contrariamente a ustedes, no me la mantengo perfumado. No estoy como para estar escondiendo nada, miradores de huecos que me escuchan y, sinceramente, creo que ustedes están muy viejos como para estar escondiendo cosas. Ustedes se la mantienen viajando de aquí para allá, como si tuvieran un motorcito en el culo. La gente dejó las iglesias y se la mantienen ahora en las agencias de viaje preguntando precios. Y los que no tienen como para viajar, se la mantienen viendo programas de *Travel*, como los llaman en la televisión. Y a los peores les da por viajar virtualmente o drogados. Se los digo y se los repito: el mojón lo tienen pegadito al culo ustedes. Igual va a oler aquí o en Indonesia. Yo no, yo ni viajo ni me echo perfumes. ¿Pa qué? El único viaje que hice fue el de mi vieja ciudad a París y lo hice obligado. Porque o escapaba o me metía una corbata en el cuello, un carnet en el pecho y me encerraba en una oficina con una computadora de frente y un celular vibrándome en las nalgas, o lo que es lo mismo, me suicidaba. Que conste, no tengo nada contra los oficinistas, dije algo por decir. En estos días un trabajo vale el otro. Hubiera podido referirme a... no sé... un jugador de títulos en la bolsa, un policía que le da coñazos a los pobres, o un agente de turismo que solo les dice mentiras sobre un país a sus visitantes. Lectores, llegados a este milenio todos construimos lentamente El Final. Esa es mi más grande esperanza.

Siempre me he preguntado de qué sirve viajar, de qué coño sirve: ¿a ver los diferentes olores y colores de la mierda?, ¿a tomarme fotos con la Torre Eiffel de mierda conmigo al lado con cara de mojón, o con la Torre de Pisa hecha ella también de mierda, o con las dos torres de mierda del World Trade Center? ¡Ah!, disculpas a mis amigos estadounidenses: las dos últimas torres apenas consideradas no son de mierda, porque simplemente no son. Prefiero no tocar el tema, no vaya a ser que la paguen con el más güevón y vayan a meter entre paréntesis todos los problemas del planeta para bombardear aquí y venir a buscar al hijo de María, porque, como por una iluminación, se dieron cuenta en el Pentágono de que el peligro de la humanidad era yo, o peor, mi país. Que conste que dije hijo de María, evitando de esa manera pronunciar el nombre de mi madre. Nunca se sabe. Esa anda por ahí siempre sin una locha en el bolsillo y es capaz de denunciarme por difamación para sobrevivir. Porque aquí, señoras y señores, hay que sobrevivir a toda costa.

Conociéndola como la conozco, esa es capaz de jurar delante de la Corte Suprema de Justicia que nunca me parió y que quiere dinero por la difamación contra su persona. Es más, es capaz de afirmar entre lágrimas que ella es virgen y que un maricón como yo no puede venir a poner eso en duda. A mi madre yo siempre la he entendido. A ella y a todos los venezolanos. Es que aguantar tanta vaina es difícil y en ese país hay que caminar arrastrándose por entre las paredes, pa que no te cojan. No es verdad que «los fines justifican los medios», afirmación que, aclaro como especialista en el tema, Maquiavelo nunca escribió. La cuestión se podría expresar, más bien, en estos términos: «la pelazón justifica los medios», que es otra cosa. Aquí hay que sobrevivir. En este mundo no hay burguesía o proletariado, ricos, pobres, buenos, malos. Aquí hay solo mojoncitos perfumados con dientes bien afilados que se están cayendo a mordiscos para «tener». Aquí hay que tener y quien no tiene está jodío, es un güevón. De hecho, aprovecho el espacio para contradecir a mi colega francés racionalista Cartesio. No es como él decía, en este mundo no es el «pienso, entonces soy» el que rige. Aquí es el «tengo, entonces soy» el que está de moda. Bueno, no lo que está de moda, porque siempre ha sido así. No me vengan mis amigos los historiadores a decir que antes no era así. «El mundo fue y será una porquería», como dice el tango, poblado por mojoncitos perfumados y vestidos de marcas. No hay nada que hacer. En lo que sí les puedo dar razón a mis amigos historiadores es que, con la modernidad, la producción de mierda ahora es industrial y nos dejó como resultado un planeta en el que no se puede vivir. Pero eso es otra cosa.

Como les decía, aquí el que no tiene está jodío. De hecho, espero vender al menos algunas copias de este librito. Porque sinceramente se los digo, aquí quien no vende no gana nóbeles y, por ende, no puede hablar mucho, no vaya a ser que por no haber ganado nada, no sea un orgullo nacional y venga cualquier güevón a matarlo pa quitarle un pedazo e carro. Aquí quien no vende no habla. Son pocos los hombres inteligentes. Son pocos porque apenas se me ponen a pensar, se me meten dos buenas balitas en el cerebro para callarlos. Porque una cosa es tener hambre y otra es saber por qué se tiene hambre. Quiero aclarar dos cosas: para mí los pobres no son buenos y los ricos malos, ni viceversa. Volteen como quieran la torta y se darán cuenta de que somos los mismos. Mi amigo inglés Hobbes tenía razón: somos iguales, igualitos, en el daño que nos podemos hacer entre nosotros. Somos iguales en el olorcito que queremos esconder. La otra cosa que quiero dejar en claro

es que no estoy en desacuerdo con la violencia. Es más, se los anticipo, yo les escribo esto desde París, potencial lugar de atentados en el mundo. Si le meten una bomba a la Torre Eiffel y yo estoy en sus inmediaciones y por consecuencia muero, no digan que murió un inocente. No me vengan con esas pavadas, como dicen los bancarrotas argentinos. Digan, por favor, por amor al cielo, que murieron X inocentes y un culpable. Porque yo, caribeñito, no tenía nada que estar buscando en el frío parisino, ni tenía que estar pagando impuestos no sé para qué G7, G8 o G9. ¡Culpable!, como dice mi amigo napolitano: «si yo muero en París es por culpable, por no estar en Nápoles». Y tiene razón. Así que, por amor a lo que más quieran, ¡culpable!, digan que murió un culpable. No El Culpable, aquí no existe El Culpable... ojalá. Aquí todos somos Culpables, desde las plantas hasta los ángeles. No se me metan con Dios, ni con los minerales, que ellos no tienen nada que ver en todo esto. No vayan a hacer como mis compañeros los italianos, que se las mantienen blasfemando «¡Porco Dio!», porque todo les sale mal y después votan por mayoría absurda por un Berlusconi, o algo que se le parezca. Aclaro que no tengo nada contra él. En este sálvese quien pueda el *Cavaliere* solo hizo el gesto heroico de cogerse a todos, antes de que se lo cogieran a él. Freud tenía razón, todo gira en torno al sexo. Disculpenme mis compadres psicoanalistas por la ligereza de mi afirmación, pero a estos burros hay que hablarles con un lenguaje simple y mediano; si no, me cierran el librito.

Ahora que lo pienso, quizás fue el olor a mierda del machito peleón el que me provocó en ese café, esa noche, la ofuscación mental que determinó mi acción equivocada. Sí, quizás fue eso. El olor me mareó, perdí el control e hice ese gesto incomprensible. O no, gracias a su paciente lectura me acabo de dar cuenta de que el olor no venía del machito, sino de mi culo, del culo de mi espíritu. El machito no tenía nada que ver. Así que disculpas al machito y gracias a ustedes, gentiles miradores de huecos.

Cada vez que me despierto le doy gracias a Dios porque nadie me dio bomba y me mandó derecho al fondo del W.C., por decirlo a la inglesa. Es que no es fácil vivir en un mundo de autoengañados, de perfumes y maquillajes. Si fuera por mí, me dejaría crecer las uñas, la barba, el cabello, la barriga, hasta parecerme más a eso que soy. No me miren así, dejen la envidia. Pero sé que para ustedes, queridos lectores, esto se llama locura. Yo me acepto, ustedes no. Esto es una cosa de la que me debería sentir orgulloso. Pero créanme, no fue tan fácil. Desde que me conozco, me estoy oliendo. Oliéndome me he conocido lentamente. Chiquito me olía la mierda que cagaba y después me la comía a pedacitos pequeños dándome un banquetazo, porque de una forma u otra intuía que hacía un gesto heroico, verdadero. Mis padres con mucho miedo solo esperaban la adolescencia, con la cual, según ellos, todo habría terminado. Pero con la adolescencia nada cambió. Durante la misma no me compré las Reebok, ni la camisa no sé qué, ni me hice el peinaíto casual con el que toda la familia soñaba. Tampoco me busqué la noviecita baja y olorosa que, según lo previsto, pestañearía sin cesar a todos los miembros de la familia durante los almuerzos dominicales.

La adolescencia para mí fue un período decisivo, porque cuando comencé a aburrirme de comer mierda, entrando así en un aburrimiento existencial que dentro de poco me habría llevado a comprarme mi primer perfume, ¡BINGO!, descubrí que frotando mi órgano genital erecto y pensando en la pasante de literatura, del mismo salía un chorrito blancuzco y baboso: ¡Era yo! Me sentí como Cristóbal Colón. Tan estúpido como él, que pensó que había descubierto algo que ya existía en el mundo que creía conocer. Bueno, no caigo en polémicas con mis amigos españoles. Solo les digo que, según mi teoría, Cristóbal Colón había descubierto al coño de su madre, porque mi Caribe ya existía sin andar esperando a gallegos.

Lo cierto fue que, por primera vez en mi vida, acabé, eyaculé, me vine, no sé cómo dicen ustedes. Y, adivinen qué hice. Simplemente lo que pensé que era la cosa más normal: después de haber preparado con pensamientos eróticos y movimientos de excitación ese algo que, una vez listo, saldría volando por el cielo estrellado del baño de mi casa, hasta dar con el espejo en que mamá se maquillaba todas las mañanas, descendiendo con parsimonia, lectores, me lo comí. Sí, me comí mis nuevos espermatozoides suicidas. No aguanté la tentación de saborearme a mí mismo de una nueva manera, de medirme de otra forma en cuanto ente material. No me vengan con cantaletas los psicólogos diciendo que, en el fondo, muy adentro, en mi interior más profundo, soy marico. Más maricos serán ustedes y el coño de sus madres, cabrones paranoicos.

Desde ese momento comenzó una nueva etapa de mi vida. Una etapa en la cual mi misantropía se fundaba sobre bases todavía más sólidas, visto que lo único que realmente he necesitado siempre de los hombres son sus mujeres y, en ese momento histórico de mi vida, no necesitaba de ellas. Ontológicamente hablando, podría decir que de las mujeres me bastaban sus formas y no sus materias. ¿Me explico? Me era suficiente pensarlas, olerlas, sentir las, suspirar las imaginariamente para entrar en una complicidad inaudita con ellas. Era una complicidad tan especial e inédita que no necesitaba de sus cuerpos. Se los repito por si lo habían olvidado: yo soy un romántico, el último romántico, y en mi adolescencia me bastaban las formas. Lo material se lo dejaba a mis hermanos del alma: los gusanos.

A veces pienso que, quizás, si esa noche en el solito café, después de tantas cervezas y rones, hubiera tenido la delicadeza para conmigo mismo de andar privadamente al baño a darme una masturbada como Dios manda, seguramente no le habría hecho eso al hombrequito aquel.

Es que si la masturbación fuese elevada a imperativo categórico kantiano (para los ignorantes, me refiero al filósofo alemán Emmanuel Kant), o lo que es lo mismo, a ley de acción universal, muchos de los problemas del mundo se resolverían. Las políticas internacionales de Bush (padre e hijo) no serían las mismas, porque seguirían el ejemplo sexual de Clinton; los mercados del mundo entero colapsarían, visto que nadie compraría un carro, un helado o un celular por el hecho de haberlo visto al lado de una mujer o un hombre medio desnudos. Todo sería mucho más fácil, lectores. ¡Así que a masturbarse!

O mejor, ¡a tirar!, visto que ustedes no son adolescentes y además, no entienden de romanticismos. Si todos tiraran responsablemente, en el supermercado las chicas de las cajas sonreirían más; las colas de los automóviles se nos harían más cortas, visto que nos la mantendríamos ocupados; mi tía no se despertaría obstinada los domingos, martes y jueves. Todo cambiaría, se los aseguro. Tal vez nadie vería los programas de televisión que no dicen nada por horas y horas, mostrando solo el silencio de cuerpos de plástico y sonrisas pseudosensuales. Ciertamente en las calles los accidentes de tránsito disminuirían, visto que desaparecerían las estúpidas publicidades con mojoncitas y mojoncitos en pelota. Quizás por fin los jóvenes de esta generación aprenderían a genitar verdaderamente, a tirar con algo existente y no con aburridos actores de cine, cantantes, muñequitos de los juegos de video, calcomanías de desnudos y pare usted de contar. El tirar se podría convertir en la medicina contra todos los impotentes sexuales con cara de normales que pueblan el planeta Tierra y que se la tiran de bonitos. El internet, por ejemplo, desaparecería, ya que no sería utilizado por el montón de descerebrados que se la pasan clicando tetas y culos postizos. Y, es más, hasta los jóvenes nazis encontrarían algo que hacer de sus existencias o, al menos, encontrarían respuestas a sus profundas preguntas de mierda. Sí, estoy seguro, si me hubiera jalao lo' pelo', como se dice en mi barrio para categorizar el acto de la masturbación, seguramente al machito del café no le hubiera hecho eso que no debí hacerle nunca. Eso que dejó a todos los perfumados boquiabiertos. Eso que al final se demostró como una acción inútil en medio de un mundo inútil. Tal vez deba escribir un doctorado con el título: «El tirar como solución omnicomprendensiva de las frustraciones del planeta: una visión empírico-misántropa».

Intuyo que ustedes justamente se preguntarán, luego de las comidas de excremento de mi infancia y las degustaciones de mis generaciones futuras en forma de espermatozoides en mi adolescencia, qué hago ahora para conocer mis sabores más profundos. Les respondo de inmediato porque si me han soportado hasta este punto, les confieso que no puedo decirle que no a nada. Es más, si por mí fuera, les daría el don de los dones. Les dispararía en sus ojitos de averiguadores, regalándoles la única cosa que en el fondo les resolvería todos sus problemas. Tal vez yo, en cuanto soy el último romántico, los estoy comenzando a amar. Así que tengan cuidado, no me los vaya a coger a ustedes también. Pero no nos perdamos en romanticismos y sigamos.

Después de la mierda y la eyaculación, tuve un período de soledad muy fuerte debido a que, no sé por qué motivo, comencé a hacer vida social: mujeres, amigos, conocidos y muchas, muchas fiestas. Nunca me sentí más solo. En ocasiones me daba cuenta de que hablaba por horas y horas, y no sé de qué, o sonreía moviendo la cabeza de arriba abajo, diciendo un sí que duraba horas. Creo que fue la vez en que estuve más cerca de comenzar a empujar gente desconocida al metro. Pero afortunadamente salí, por casualidad, de ese círculo vicioso, convirtiéndome en una puta social, es decir, en escritor. Aprovecho la ocasión para dictarles mi definición del escritor: los escritores son las putas de todos los que se las quieran coger. Prefiero no entrar en las particularidades del tópico, por el respeto que le tengo a las putas.

A través de la escritura, el último romántico de la Tierra se saborea a pedacitos y, créanme, no siempre es fácil. Escribir es construir un espejito mágico al cual cada vez que le dices: «espejito, espejito, quién es el más bonito», te vomita en la cara. Es un espejo en el cual, mientras me miro, me desaparezco. ¡Qué extraña es la escritura!, miradores de huecos. Pero tengo que aclarar algo, porque es bueno siempre aclarar, no vaya a ser que crean que fuiste tú El Culpable y te vengan a buscar con helicópteros, bombas más inteligentes que tú y cámaras de CNN. Aclaro que la mierda comida y la historia de la masturbación no le llegan ni por las patas a la actividad sublime de la escritura. Como dice Gabito, la escritura es la actividad que más se asemeja a la levitación.

Comencé a escribir un día en el que, en voz alta y sin intención alguna, dije «tres a cero», «el mundo me está ganando tres a cero». Una vez dicha la frase me di cuenta de que estaba tirado en una plaza de mi exciudad, borracho, cansado y con un montón de gente que me miraba con desprecio. Esa era la primera vez que me había dado realmente cuenta de que el mundo, con sus lucecitas, precios y desprecios, me estaba ganando y, créanmelo, no probé ningún tipo de rencor. No veo razón por la cual todos tengamos que ser buenos para vivir en este mundo. Puede suceder que alguien simplemente no sea apto. Lo que no quiere decir que ese alguien sea bueno o malo, o que el mundo sea bueno o malo. No hay que enojarse. Si ese tipo no es apto, bueno, qué más, a parir otro y se acabó el problema. No veo el problema, basta que uno lo diga: «mi reino no es de este mundo», quizás de otro sí, pero no de este. Tal vez fue ese 31 de diciembre, en medio de esa fiesta colosal, cuando me di cuenta de la escritura. Dejo en claro que, para mí, la

escritura no es una acción social. Y no me vengan los hijueputas literatos a decir que uno siempre escribe para un público. Claro está, inútiles. Tanto estudio para decir esa estupidez. Descubrieron el agua tibia, güevones. Yo escribo para mis miradores de huecos, que son ustedes, pero no porque me interesen o los quiera particularmente, o desee ayudar a cambiar algo. No. Así como están, están más que bien. Ustedes son mi excusa. Yo escribo por y para mí. Lo que no quiere decir que ustedes no vayan a leer eso que escribo. Pero repito, escribo por y para mí. Con la escritura me di cuenta de que por fin puedo expresarme sin que un mojoncito egocéntrico me venga a hablar y me interrumpa. Porque si a algún machito le da por venirme a joder mientras escribo esto, ahí sí que me lo como, no obstante su gustico a mierda. Además, a comer mierda ya estoy acostumbrado. Mientras escribo no existe el diálogo humano que está tan de moda en estos días. No, yo no quiero, ni acepto el diálogo. No porque yo tenga la razón y nadie más la tenga, sino porque simplemente todos tenemos la razón, y por ese motivo nos queremos comer los unos a los otros: *homo homini lupus!* De hecho, cuando yo escribo, ustedes, averiguadores míos, tienen dos opciones: me leen o no me leen. Para ustedes se acaba ahí el problema. Escribo porque simplemente me cansé de discutir. Porque, no me cansaré nunca de repetirlo, desgraciadamente todos tienen razón y ya estoy lo suficientemente viejo como para no darme cuenta de que contradecir a una persona es una acción tan inútil como escucharla. Al final nos quedan dos opciones: la violencia o el silencio. Con las dos estoy de acuerdo. Por eso escribo. Si no escribiera, tal vez esa noche, en ese café, no hubiera sacado la pistola contra ese macho de pacotilla y seguramente no se la hubiera hecho mamar con su lengua parlanchina que amaba el diálogo. La escritura lentamente me está haciendo comprender que al final existe poca diferencia entre la escritura y la mierda que vivimos. Escribo porque simplemente no quiero ni puedo discutir. Escribo porque si debiera escribir cómo serán las cosas dentro de pocos años, escribiría un diálogo como este:

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él.

—Las 10:37 de la mañana —respondió ella después de una larga reflexión.

Lectoras y lectores, llegamos, o al menos ya estamos llegando, a la incompreensión cósmica, total, unificadora. Esa que nos hará por fin comprender que somos entes mucho más inferiores que los minerales, entes materiales-espirituales que hablando con otros entes materiales-espirituales nos daremos cuenta de que solo escuchamos nuestras propias voces. Sé que

llegados a ese punto por fin seguiremos el ejemplo magnífico e inconfundible de los minerales: el silencio.

Yo esa noche, después que el duro trató de humillarme, le saqué la pistola porque me di cuenta de que era la única salida inteligente, o mejor, la única salida. Porque a fin de cuentas, lo único que podía hablar en ese momento tan humano era el silencio vestido del ¡PUM! seco y sordo de un disparo. El disparo resolvió por siempre, por fin, gracias a Dios, todo, cualquier mal entendido. Todavía recuerdo los ojos silenciosos del machito que pocos instantes antes gritaba, empujaba, blasfemaba con tanto fervor. Mi silencio y el sonido onomatopéyico del disparo lo dejaron tranquilito, como dopado, como un angelito de la guarda dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día, con su rabito metido entre las patas, en paz perpetua, por siempre jamás, amén. En ese momento y solo en ese momento el machito y yo fuimos cómplices. Dimos al mundo eso que el mundo quería, «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Dimos al César lo que le correspondía y a nosotros lo único que era realmente nuestro. Actuamos como hubiera actuado Dios, el que todo lo ve y todo lo calla, el silencioso, el primer mafioso de la Tierra, el que crea o mata sin tanta gritería, ni bullaranga. Dios es silencio. No anda por ahí dando discursos presidenciales, ni ruedas de prensa después de un Gran Premio de Fórmula Uno. Él dijo lo que tenía que decir y quien no entendió, que se joda, y quien entendió, también. Él dijo lo poco que había que decir y se devolvió a su domingo eterno, prometiendo que un día regresaría. Según mi teoría teológica ya se arrepintió, ni que fuera güevón. Pero la teología no es mi fuerte, por eso no me hagan caso. Él no anda discutiendo con nadie. Son los otros quienes se la pasan hablando de él. Él es El Escritor: hizo lo que tenía que hacer, escribió lo que tenía que escribir y a mamar todo el mundo; lo que fue, fue. «Yo soy el que soy». Ahí tienen la prueba. Qué más egocentrismo, prepotencia y egoísmo que ese. El silencio sabía que la razón pasó de moda, que después de dos guerras mundiales y dos torres caídas, todos tienen razón. Él sabía que la razón se les da a los estúpidos, es decir, a todos ustedes.

¿Por qué coño de la madre no le di la razón al machito provocador? ¡Ah!, sí, me acuerdo. Porque simplemente ese día no había escrito ni una línea, y como para mí la escritura y la vida son al final la misma mariquera, tanto valía que creara *ex nihilo* mi arte en medio de tantos lectores potenciales. De hecho, ahora que lo pienso, actué como un mediocre escritor que se escribía

a sí mismo y a los otros, viéndose, claro está, como personaje protagonista de todo lo que escribe. Es más, ¡coño!, me deberían pagar todos los güevones que estaban ahí. Porque más allá de todo, les ofrecí algunas páginas de acción sin costo alguno. Por ahí andarán contando todo lo que pasó, como si hubieran sido ellos los protagonistas. Les recuerdo que no movieron sus culos, viles. Les recuerdo que estaban temblando de miedo, maricos. Y cuidaíto y los veo contando febrilmente por ahí lo que pasó, porque los denunció par coño por plagio. Qué ironía, siempre sucede lo mismo: el mundo poblado por cobardes que no pueden hacer de sus propias vidas una obra de arte y ¿qué hacen entonces?, se las mantienen por ahí hablando de cosas exuberantes y atrevidas que nunca han hecho, como si les pertenecieran. Y lo peor es que, como siempre, aparece un güevón que entendió que todo este mundo es una ficción, como decía Borges, que simplemente hay que escribir, y ahí están todos, únicamente observando, criticando y, más tarde, después que el güevón viene

crucificado,
quemado,
encarcelado
o vetado,
todos comienzan a llamarlo
Dios,
hereje,
revolucionario
o genio.

¡Hipócritas miedosos!, eso es lo que son. Estoy tratando de recordar qué fue lo que sucedió aquí adentro para justificar el hecho de que, casi por inercia, me encontrara, de pronto, apuntándole una pistola a un desconocido en un café y haciéndosela mamar desproporcionadamente. Y es que les voy a repetir una cosa que sé que no me terminan de creer: sacar esa pistola, esa noche, en ese café, y hacérsela mamar al machito, para mí, era lo mismo que escribir que sacaba la pistola, una noche cualquiera, en un café lejano del centro y sin más, mirándolo a los ojos sin expresión alguna, se la introducía en la boca, silenciando las groserías y blasfemias de aquel hombre exaltado, y pidiéndole con voz amenazadora, pero dulcemente irónica, que la mamara cual si fuera

el güevo de su amante. Yo soy el único escritor que verdaderamente puede hablar de este burdel, porque soy el único güevón que conozco que se jode, sea en las páginas que escribe, lo mismo que en la vida que vive. Es más, se los anticipo, tengo que dejar de escribir ciertas cosas, porque sistemáticamente se me están convirtiendo en realidad poco tiempo después. De todas maneras es inútil que me ponga ese propósito como horizonte, porque el último romántico del mundo no se vende. No porque sea un héroe, sino porque simplemente ya nací comprado. La escritura me compró y el precio que pagó fue alto: yo mismo. Así que, críticos literarios, ¡a callarse la jetica y a meterse el rabo y la lengua por ese culo!

Tres a cero había perdido antes de comenzar con la escritura. El mundo salió contento de ese juego, el juego de la vida. Sé que soy patético y discúlpennme por la frasecita de mierda «el juego de la vida». Sé que parece una frase extraída de una película yanqui. Pero señoras y señores, si no estamos jugando en esta verga, entonces sí que estamos en la mierda. Para mí, todo esto es un jueguito. Una vez me puse a pensar seriamente sobre la existencia de Dios y casi me vuelvo dependiente de la heroína. Pensé que solo ahí vivía el susodicho. Es que hablar de Dios en términos de realidad, de verdadero, es como para meterse a señorita suramericana cristiana que, como está convencida de ir al altar virgen, se deja coger de sus noviecitos por el culo. ¿Qué quieren que les diga? ¿Que me ponga a decir seriamente que Dios existe? ¿A dónde voy a parar? Tal vez a marico. Porque me haría coger tanto por ese culo de todos los machitos y las machitas que andan por ahí con ganas de joder al primero que se les atraviere, que tendría que pedir un culo prestao. Si me pongo con eso de que si te pegan en la mejilla derecha tienes que dar la izquierda, tendría que hacerme cirugía cada dos días. Y a un escritor no le da pa tanto la vocacioncita. Yo no ando pa esas cosas. Yo me puse a escribir porque es una acción silenciosa. Es una acción de aceptación, de complicidad y al mismo tiempo es una bofetada lenta que se repite no se sabe cuándo. Tal vez cuando un güevón cualquiera abre un libro tuyo y dice «coño, este güevón tiene razón». La escritura es simplemente eso.

Hace unos meses estuve en mi país y fui a visitar, junto a mi padre (un obrero mal pagado), uno de los trabajos que el nuevo gobernador realizaba. No digo su nombre, porque ahí sí es verdad que no la cuento; sobre todo en Venezuela, donde la primera regla es la prudencia. Que nuestra querida «pequeña Venecia» es tanto el silencio sobre ciertos temas que, a pesar del sonido interminable e inaudito típico de un país del Caribe, ni la Abadía de San Anselmo en Roma podría superarnos.

Disculpeme por la bifurcación en el argumento antes realizada. El hecho fue que acompañé a mi padre a «inspeccionar», como dice él, uno de los tantos «Proyectos de Urbanización del Nuevo País que Estamos Construyendo». Estuve contento, resplandeciente de alegría, al percatarme de que por fin algo se estaba haciendo ahí. Era un barrio extremadamente pobre y, créanmelo, no es una exageración literaria. Ahí todo era improvisado, no obstante se viera la vejez y resignación en cada acción. Es que los venezolanos estamos obligados a la improvisación... Era un espectáculo sobrenatural: casas de lata, burros cargando cualquier cosa que se pudiera vender y gente que miraba todo como si fuera un extraterrestre eso que tenían delante. Siempre me he preguntado qué coño recogen esos tipos en esos burros. Porque a los muy irónicos no se les ve recogiendo chatarra para vender en las urbanizaciones ricas del norte de la ciudad. Están siempre hurgando en la basura en los barrios más pobres de Maracaibo. ¿Pero qué puede botar uno que no tiene ni para tirarse una papa al día? Bueno, eso es peo de los tipos de los burros. Eso no es peo mío. Yo salí picando caucho de esa verga y cuando me fui las cosas ya estaban así. Conmigo no se la vengán a agarrar.

Como les estaba diciendo, fui a visitar los trabajos correspondientes al establecimiento de servicios de aguas servidas en ese pobre barrio pobre. No sé si se dieron cuenta, pero ello quiere decir que algunos de mis felices compatriotas todavía cagan en huecos profundos (pozos sépticos) detrás de sus casas, que son vaciados de tanto en tanto por camiones cisternas. Les

recuerdo que estoy hablando de la segunda ciudad de Venezuela, una m-e-t-r-ó-p-o-l-i con dos millones y algo de habitantes. Les recuerdo también que les estoy hablando de la ciudad que mantenía la economía monoprodutora venezolana, basada en el petróleo. Les recuerdo, y por qué no hacerlo, que estamos hablando de uno de los mayores exportadores de petróleo en el mundo y, sobre todo, de la primera reserva certificada de petróleo. Les recuerdo que estamos hablando de la ciudad productora de petróleo del país cofundador de la OPEP. Disculpen que les haga perder ulterior tiempo con estas dilucidaciones inocuas y fuera de lugar, pero visto que desde diversos puntos de vista les he teorizado sobre por qué estamos en la mierda, pensé, en el delirio de mi ocio, que tal vez un ejemplo empírico podría servir. No quise exagerar, nada más quise exponer un solo ejemplo, uno solo, un solito ejemplo, disculpen. De todas maneras esa no es la cosa que más me disgusta. La cosa que más me enerva, haciéndome venir una náusea existencial casi sartriana, es el hecho de que Venezuela tenga que despojar de su hábitat de tranquilidad, silencio y soledad, a mis amigos los entes más perfectos, los minerales. Eso sí que no se los perdono. Y si me van a denunciar por estos señalamientos, presto estoy a asumir mi destino de mierda. ¿Cómo es posible que Venezuela extraiga, procese y exporte a un pobre mineral que descansa en la perfección absoluta de su silencio subterráneo? Lucharé hasta el final por los derechos de los minerales en ese país. Hagan lo que les dé la gana, pero me dejan a esos inocentes tranquilos. Les recuerdo además que no hay marcha atrás en el daño que están cometiendo, que «el petróleo es un recurso natural no renovable», como irónicamente nos repiten desde chiquitos las maestras sonrientes en la escuela. Cuál sería la mente diabólica y perversa que se atrevió a planificar la funesta actividad de tomar un mineral silencioso, que no jode a nadie y que reposa en las profundidades oscuras del subsuelo, y convertirlo en plástico que después será basura, en gasolina que crea humo, en ruido de motores y calor y colas interminables de vehículos y contaminación y pare usted de contar. A la mierda el planeta y los mojones que lo pueblan, no me importa. Pero que hagan terminar así al ente más perfecto que existe... eso no tiene nombre, ni perdón. Eso no-se-los-perdono, maricos.

Como les estaba diciendo, en ese barrio me puse a hablar con uno de los obreros que trabajan para el Estado y me dijo con cierto orgullo que, al menos por esa semana, había ganado, que después se verá: «como va viniendo, vamos viendo». Y yo, marico, ingenuo, bobo y lento que soy, le pregunté con

tono de idiota: «¿Por qué ganaste?». El obrero, sin camisa y completamente empapado de mierda líquida y orine, me dijo: «Gracias al cielo llegué antes que todos los otros al lugar donde reparten el trabajo y así se lo metí a todos los demás obreros dormilones. Al menos por esta semana». De hecho, al menos por esta semana tendría trabajo seguro por haber llegado a las 3:30 a. m. y no a las 4:00 a. m. Nunca había visto un caribeño tan responsable.

Me explicó que en Maracaibo los obreros con contratos legales, seguridad social, prestaciones y vacaciones pagadas son una raza casi en extinción. Son pocos. Esos pocos que bastan pa que no se formen peos con las mafias de los sindicatos. El obrero con el que hablé se llamaba el señor Andrés. Digo el nombre porque tiene una vida tan absurda y delirante que no sabe ni siquiera qué quiere decir denunciar a alguien, y mucho menos a un escritor. El verbo denunciar no se lo enseñan a los Andreses. Además, si Andrés se pusiera a denunciar con sus 60 años, o se moriría de viejo, o se le moriría uno de sus siete hijos de hambre. Porque a pesar de que se la mantenga borracho –con un ron que más bien parece gasolina de avión– y apestoso a mierda porque pasa su vida sumergido en las aguas servidas, Andrés es un buen padre. Además, si la justicia existiera en este mundo de aguas negras y Andrés se pusiera a denunciar, hasta mi abuela iría presa.

Andrés se despierta a las dos de la mañana. Bueno, no es que se despierta, porque a esa hora se está terminando las últimas gotas de su «roncito salvador», como él lo llama, y está echando un polvo con su «negra bella». Sería mejor decir que se levanta de la cama todos los días a esa hora. Especialmente los domingos, porque es día de buscar trabajo. Después que termina su polvito con la negra, se lava la cara con el último poquito de agua de la semana y se toma sus tres buenos buses, que no paga porque «los tres conductores de esa hora son compadres míos». Atraviesa de un extremo a otro la ciudad y se tira una cola de esas a las que no se le ve fin, pa ver si por casualidad del coño, a uno de los sindicalistas, ahora en corbata y camisa manga larga, le da por mirarlo y decirle «vos, el de collares de santos negros en el cuello, a trabajar». Cuando eso sucede, Andresito se le acerca sin la menor esperanza de que le van a hacer firmar ningún seguro de vida y, como dice él, «menos mal, porque si se ponen con esa verga de firmar mariqueras me joden. Yo no sé firmar».

Claro está que Andresito no es güevón. Él sabe que exponiéndose desnudo a las aguas servidas de toda Maracaibo durante doce horas –

bueno, no exageremos: desnudo, en chores– la hijueputa de la muerte es solo cuestión de tiempo. ¿Y qué? Lo contrario sería no trabajar.

Antes de continuar quiero dejar una cosa en claro: ¡esto no es una denuncia! Denunciar, ¿pa qué?, ¿a quién? Aquí todos somos inocentes, o lo que es lo mismo, culpables. Además ¿pa qué denunciar?

Pa que a uno le dé un poquito de rabia,
y después le dé por comer del ansia,
y después le dé ganas de cagar,
y después cague la rabia y le dé bomba.

Es que aquí, lectoras y lectores, todo termina en la mierda. Y lo que no, se lo comen mis idolatrados: los gusanos. Aquí no hay nada que hacer, todos tienen la razón: tiene razón el gobernador que quiere poner bonita la ciudad y que cuando llegó ya encontró el verguero prendió; tiene razón Andresito que se suicida lentamente porque no le queda de otra; tienen razón los maracaiberos porque, justamente, tienen la necesidad de cagar y mear, no obstante ese meao joda a Andrés; tienen razón ustedes que leen estas mariqueras y yo que las escribo. ¡Señoras y señores, aquí todos somos inocentes!

Es más, «mirahuecos», si debiera darles un consejo político, los invitaría a hacer lo que hizo desde los años 60 venezolanos la persona más ambigua que conozco políticamente. Este tipo hizo lo único que debía hacer: como en su país cada cinco años hay elecciones, y una vez gana un partido y otra vez otro... y como cuando uno gana, a los miembros del otro partido los botan de sus trabajos... él, la persona de quien les hablo, se inscribió en los dos partidos. Tenía dos carnés, uno verde y uno blanco. Por cierto bien bonitos. Estos carnés lo hacían titular de las dos fracciones políticamente opuestas. El tipo siempre tuvo trabajo. El tipo no discute de política con nadie. El tipo le da la razón al que la quiera, total, con eso no come nadie. El susodicho tenía que alimentar a tres muchachos y, según él, ellos prefieren un buen plato de arroz con pollo que ideologías nacidas lejos de su barrio. Él se dio cuenta de eso y supo que ni los rusos ni los gringos dan de comer a los descamisados hijos suyos. Además, aquí uno no está pa ideologías, afirmaba él con orgullo. Aquí la preocupación más grande es llegar a viejo sin que te metan tus tres buenos tiros por andar con el celular que el raterito vio ayer en la publicidad de la novela.

En Venezuela las prioridades cambiaron. Ni la visita a la noviecita, típica de la tradición caribeña, se puede hacer ya. En Venezuela las visitas terminaban máximo a las 10:00 p. m. pero ahora devolverse a esa hora a la propia casa, quiere decir agárrese unos tiros de gratis. Porque los ladrones eso sí tienen, ellos son muy colaboradores y ayudan a la policía. De acuerdo con los tiros que te meten, en la morgue pueden, sin pérdida de tiempo, establecer la hora exacta del suicidio. No pongan esa cara, no me equivoqué, ni se equivocaron. Leyerón bien, s-u-i-c-i-d-i-o. Porque salir a las 10:00 p. m. en Maracaibo es ganas de querer morirse. Coño e la madre, las tradiciones están cambiando. Por como están yendo las cosas, creo que mi hermanito de cinco años tendrá que meterle mano a su futura noviecita por internet, porque las visitas a casa de nuestras Juanitas se terminaron.

Me pregunto qué pensará mi ex europea de todo este asunto. Es que nosotros nos amábamos tanto, que vivíamos todo el tiempo peleando por mariqueras. No nos quedaba tiempo para hablar de las cosas realmente importantes de la vida: los muertos del fin de semana en Caracas; el primer noviecito que le metió el deo mientras mi ex suegra veía la novela de las nueve y el papá jugaba dominó con un roncito debajo de la mata de níspero; o el clásico «¿sabes a quién atracaron ayer?».

¡Ah!, por estar hablando paja se me había olvidado decirles cómo coño terminó la historia cotidiana del señor Andrés. Llámenlo Andresito, porque llegado a este punto ya hay confianza en el ambiente. Bueno, les adelanto que no todo está perdido: Andresito, cuando sale de las aguas servidas, es ayudado a purificarse de toda esa mierda por uno de los obreros, amigo suyo, que le frota papel higiénico, limón y sal por todo el cuerpo. Porque, según dicen las viejas del barrio, eso no le deja ni rastro de las doce horas de sopa de mierda y orine a la cual se expuso. Pero Andresito sabe muy bien, porque es pobre pero no güevón, que eso no le sirve de nada. Por eso, todos los días, puntualmente, después de su trabajo y antes de su borrachera con ron y el polvito con su mujer, se echa una pasaíta por donde la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, pa prenderle unas velitas.

Bueno, yo sé que ustedes quisieran saber qué pasó esa noche con el machito y la pistola que le saqué. Les he dado vueltas tratando de cansarlos, pero me doy cuenta de que son más fuertes que el odio, como dice la abuela. Mas no se preocupen. Noto que la vocación de «mirahuecos» que los embarga es más fuerte y más jodía que mi vocación de escritor. Sé que podría hablar de no sé qué *in eternum* y ustedes van a seguir pegaos como mi abuelita a su telenovela. Hablando de telenovelas, les voy a contar algo que sé que no me van a creer.

Como ustedes bien sabrán, mi infancia estuvo tapizada de litigios familiares, porque no sé cómo se las arregló Dios para meter tantos locos juntos. Ustedes dirán «¿y entonces?, peleas hay en todas las familias». Y les doy la razón, pero déjenme terminar. Como les estaba diciendo, mi infancia estuvo tapizada de grandes peleas familiares que tenían como causa única y absoluta las benditas telenovelas.

Mi abuela no le habló a mi madre por años porque esta última p-r-e-t-e-n-d-i-ó afirmar que Carlitos Machado, el protagonista rico y hermoso, había besado a Carlota, la rica y mala de la situación, únicamente por despecho. La afirmación en cuestión sostenía implícitamente que Carlos Machado era bueno, estaba enamorado de Mariíta, la pobre y bonita, y por ende no tenía la culpa de su acción ligera. Mamá afirmó que la acción de Carlos Machado debía ser interpretada como un gesto incomprensible e inédito a partir de la premisa absurda del a-m-o-r. Mi abuela –lo recuerdo como si fuera ayer–, escuchó desde su mecedora con paciencia y lucidez eso que para ella era una herejía sin par. Esperó que mi madre terminara su afirmación y, una vez concluida, saltó desde su mecedora con la furia y determinación de un tigre con días sin comer, suspendiéndose en el aire por unos cinco segundos hasta llegar al cuello de mi madre e intentar darle una muerte súbita. La abuela demostró un salvajismo sin precedentes, visto que era un ser tímido y silencioso.

Todo el barrio entró a la casa para separarlas y, como todos los problemas del barrio, ese terminó con botellas rotas y gente sentada en sillas de mimbre que sacaban para ver las peleas callejeras. En mi barrio cualquier pretexto es bueno para pelearse a puño limpio o festejar hasta el amanecer con ron, salsa y merengue. Para mi barrio las dos acciones quieren decir exactamente lo mismo, tienen el mismo valor.

Regresando a mis problemas familiares de infancia les digo que, solo años después, con la situación económica y la ayuda de un amigo ratero, pudimos comprarle un televisorcito a mamá. Solo de ese modo pudimos separarla de la sala de la casa, o ambiente demarcado con orine por mi abuela, donde no se podía contradecirla, y menos en cuestiones de telenovelas. En esa sala en que las dos veían todas las novelas sin dirigirse la palabra, en cualquier momento podía explotar la tercera guerra mundial. En la sala se encontraba el viejo televisor de la abuela y, todo aquel que quisiera verlo, debía estar en total acuerdo con sus interpretaciones novelísticas y sus juicios de valor en relación con los personajes que le caían bien. Quien no estuviese de acuerdo se podía ir por donde llegó, como afirmaba ella en medio de sus ataques de salvajismo novelístico, que después de la primera pelea con mi madre se estaban haciendo cada vez más frecuentes y preocupantes. De hecho, el psicólogo de la familia, que era el padre Joseíto Flores, de la parroquia Nuestra Señora de la Caridad Bendita (visto que no teníamos como para pagar un psicólogo), en más de una ocasión nos exhortó cristianamente y freudianamente a encerrarla en el patio con las gallinas y los cochinos del tío. Pero nuestro cristianismo no llegaba a tanto y, lo quisiéramos o no, siempre le perdonábamos a la abuelita sus debilidades.

El problema entre la abuela y mamá se resolvió años más tarde, cuando después de la novela de las diez, mamá salió llorando porque Carmencita Cáceres había salido embarazada del holgazán traidor de Roberto Salazar. Fue una escena emocionante cuando, yo comiendo mango en el patio, vi acercarse a mamá y la abuela bañadas en lágrimas, como llevadas por el destino y las emociones más puras jamás sentidas por el ser humano.

Ese encuentro es tal vez la imagen más bella que tengo de mi infancia. Ahora que lo pienso, es la segunda imagen más bella. La primera es la idílica, pero verdadera, imagen de mi papá y mi mamá resplandecientes, felices, jóvenes, firmando el exuberante papel que los divorciaba. Yo estaba pequeño, pero una intuición casi animal me hizo comprender que esos dos entes por

fin hacían algo verdadero en sus vidas, algo que realmente deseaban con todas sus fuerzas. Yo no, yo fui fruto de la casualidad caribeña. Yo fui el resultado de un polvo sin precedentes a orillas del Caribe. Un polvo como Dios manda, no obstante fue un polvo improvisado. Bueno, improvisado, rápido, pero con ganas y sudor y mordiscos me hicieron y creo que eso soy un poco yo. El último romántico.

Regresando a la reconciliación apoteósica de mamá y abuela, aprovecho la ocasión para dar infinitas gracias de todo corazón a los multimillonarios dueños de canales de televisión en mi país. Gracias a ellos y a su buena voluntad, hicieron posible que mi familia se reconciliara y junta, sonriente y dopada de TV, pudiera ver por horas y horas sus producciones dramáticas, como las llaman ellos. Gracias a ellos mi familia olvidó sus minúsculos problemas de sobrevivencia infernal en un país quebrado. De hecho, ellos y sus voluntades de santo hicieron posible que, paralelo a mi país, naciera otro. Un país irreal, una segunda «pequeña Venecia», una Venezuela con todas las correcciones que quisiéramos hacerle. Un país hecho a la medida de una telenovela; hecho de venezolanos ricos, rubios, bonitos, sin problemas de comida, pero con muchos problemas románticos; hecho de niñitos saludables, rosaditos, bien vestidos, que no juegan semidesnudos bajo la lluvia tropical, sino que leen cuentos de hadas en sus alcobas, protegidos por una villa de colores pasteles en medio de los valles idílicos caraqueños, o en apartadas zonas balnearias de Florida. Un país en que la gente no dice groserías, ni critica al Gobierno porque simplemente no tiene necesidad de eso. Un país en que todos los problemas se resumen en «él me traicionó», «yo la amaba», «¿a quién le quedó la herencia?», «la pobre se convirtió en rica gracias al amor».

Gracias a los dueños de los canales de televisión porque nos hicieron por fin olvidar la deuda externa, los altos índices de delincuencia y, sobre todo, a Andresito. Gracias, mil gracias. Se los juro, no soy irónico, ni intento serlo. Es que es demasiado claro: sin esas telenovelas seríamos realmente unos subdesarrollados y ya. Ahora al menos somos unos subdesarrollados con sueños, esperanzas, con lágrimas a las nueve de la noche y risas a las diez. Estamos comenzando el desarrollo. Ya nos estamos acercando a nuestro fin último, nuestro horizonte, nuestro símbolo más alto y excelso, nuestro fin aristotélico osaría decir: LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. El país indiscutiblemente más desarrollado de esta mierda. El país que entendió todo,

que comprendió, que encontró el antídoto contra la realidad: LA TELEVISIÓN. Maldita sea, ¿por qué no nací estadounidense? Un niño estadounidense comprende, casi por designio divino o una connaturalidad tomística (para los ignorantes, me refiero al filósofo y padre de la Iglesia Santo Tomás de Aquino) que, o se pone a ver la televisión, o se jode. Los gringos entendieron. Ellos ven todo, cualquier cosa. Como dice mi tío: si les ponen hormigas dándose coñazos, llenan el estadio más grande que tienen y, sobre todo, tienen toda la población con la rajita del culo en el sofá por horas y horas.

Nosotros, los sudamericanos, estamos llegando ahí, nos estamos acercando. La prueba son los balseros cubanitos, muertos de hambre, que se escapan de Fidel, Raúl y los tiburones del golfo de México, y se me vuelven más gringos que los gringos. Se compran un buen carro, un buen reloj y una buena televisión pa olvidarse de la mierda de donde escaparon, la mierda adonde llegaron y todos los platos sucios que tuvieron que lavar pa comprarse todo eso. No hay nada más hermoso que ver a un sudamericano viviendo en Gringolandia. Se nos vuelven superdesarrollados. Tan desarrollados que hablan de temas incomprensibles para nosotros, pobres sufridos que no estamos a sus niveles de horas televisivas. De hecho, los venezolanos estamos por fin comprendiendo. Nos hemos ganado con trabajo y dedicación el título honorífico mayamero de «Balseros del aire», visto que a punta de aviones les estamos llenando Miami. ¡Qué orgullo! Un venezolano en Gringolandia lava platos, es verdad, pero se da el lujo de tener un carro con televisión, una televisión gigante en la casa y, mientras lava los platos en su trabajo, un televisor pegado en la pared. Un venezolano en Gringolandia tiene que joderse trabajando, es verdad. Pero nos gana, nos supera, está casi por ser un desarrollado.

No les miento, yo pienso en grande, pero soy realista y me doy cuenta de que es inútil seguir soñando con ir a los Estados Unidos a lavar platos para sentirse desarrollado. Yo soy de los que sostienen que con un poco de esfuerzo por parte de los dueños de las televisoras, podríamos aumentar el número de horas de telenovelas y películas gringas y, si es el caso, disminuir el número de horas de estudio. Yo sueño con que mi país y toda Sudamérica se me vuelvan sonrientes como todas las bellísimas publicidades que nos vienen de Gringolandia y Eurolandia. En esos países yo creo que las mujeres y los hombres que hacen las publicidades tienen un vibrador metido en el culo. Porque en todas las publicidades que llegan están todo el tiempo cagaos de la risa. Yo no sé de qué, ni pa qué, pero están siempre riéndose. Sinceramente

yo no quiero que mi país sea así: todo el tiempo una publicidad con dos anoréxicos cagaos de la risa. Yo deseo que mi país esté todo el tiempo riéndose con una risa de publicidad y vistiendo trapos rotos y feos, hechos para gente anoréxica, p-e-r-o-p-o-r-q-u-e-l-o-d-e-c-i-d-i-ó-a-s-í. Porque está de moda.

Me explico: en mi país la gente está todo el tiempo riéndose, pero no porque está en una publicidad, sino porque la gente es así y no le queda de otra, o se ríen o se pegan un tiro.

De hecho, ahora que lo pienso, mi país visto desde afuera podría ser un país desarrollado. Y entonces ¿por qué no lo es? Sí, tiene razón Andresito: porque ahí la gente no puede escoger lo contrario de lo que tiene.

Venezolanos, sudamericanos, ¡yo quiero que seamos desarrollados! Así que olvídense de mariqueras y a ver televisión. No me vengan con escrúpulos intelectuales, que buena falta que nos hace la tele. Porque se los adelanto, yo ya estoy jodío. Yo, desgraciadamente, me leí más de tres libros por güevón e ignorante y ahora no hay marcha atrás. Coño, si lo hubiera sabido. La lucidez te jode. Y no se pongan con que dizque me las estoy tirando de erudito o intelectual de mierda. Si por mí fuera no los hubiera leído nunca.

Pero bueno, no soy yo el problema. Lo importante es la esperanza, y en Sudamérica hay mucha. El sur del continente americano es una tierra virgen, en la cual la gente no anda perdiendo su tiempo en libros, porque entre el sobrevivir y las telenovelas no hay tiempo pa esas mariqueras. Es un terreno fértil para la evolución libre y próspera de eso que osaré llamar el «proyecto TV infinita», a través del cual llegaremos finalmente al desarrollo. Esto es un llamado a todos los sudamericanos a la no-lectura: la televisión es el futuro. Si se me las quieren tirar de intelectuales, porque sé que uno de vez en cuando tiene necesidad de eso, léanseme a lo sumo Coelho, que eso no le hace daño a nadie. Pero ni por el coño se me pongan a inventar con que quieren leer cosas como... Con la verga se los digo, ya me estoy encariñando con ustedes y no. Yo sé, los conozco. Si les digo esos dos o tres libros que van contra el «proyecto TV infinita», cierran esta verga y se me van derecho a la librería a comprárselos y, por ende, a joderse la existencia. Porque ustedes son como mi ex. Basta que uno le diga que no le gusta que haga una verga pa que la haga. Quédense tranquilos mirando televisión porque para todos hay esperanza, hasta para mí. Porque gracias a la paciencia que han tenido para con mi escritura, me han ayudado a darme cuenta de que yo también estoy pasando del subdesarrollo al desarrollo puro y pleno.

Ahora que lo pienso, eso que hice con el macho-man esa noche, en la oscuridad de ese café lleno de mujercitas maquilladas, de olores a líquidos vaginales baratos, y de hombrecitos babosos que sacaban sus pechitos de cobardes y fumaban sin tener ganas, fue nada más y nada menos que una escena que vi en una telenovela venezolana o, tal vez, en una película gringa cuyo nombre desafortunadamente no recuerdo. Era una película estupenda con un gringo que les ganaba a todos con sus poderes que no eran sobrenaturales, porque ya Superman pasó de moda.

La nueva filosofía (que me disculpe la filosofía) de los estadounidenses es el esfuerzo: «si quieres llegar a ser un desarrollado debes esforzarte». Rambo no hubiera sido eso que era sin los años de preparación física que tuvo; Rocky nunca hubiera llegado adonde llegó sin todas esas trotadas mañaneras. El imaginario de los Estados Unidos de América está tapizado de heroicos ejemplos que nos permiten verlo como el país cuyo esfuerzo viene recompensado por el estrellato, la gloria.

Latinoamericanos, en la vida hay que esforzarse. Las cosas no se le regalan a nadie. Sigán el ejemplo que yo lo estoy siguiendo. Yo en ese café hice lo que tenía que hacer. Meforcé por realizar la única acción posible según mi educación novelística venezolana, fundada en los parámetros estadounidenses. Hice mi gesto heroico inspirado en esa película gringa cuyo nombre desgraciadamente no me viene a la mente. Hice algo que simplemente sigue las líneas de un país que nos ha demostrado grandeza. Así que dejen de pensar, aquí no hay nada que pensar. La mierda no tiene neuronas. Aquí hay que sacar la pistola, poner cara de Bush y colocársela en la boca al primero que se la quiera tirar de más arrecho que uno. Es más, de antemano me disculpo con la película en cuestión porque, de hecho, todo aquel que quiera seguir el ejemplo estadounidense no debería quedarse en el mismo. Debe ir más allá y superarlo. La cosa que tenía que hacer yo en ese café, eso a lo cual estaba llamado, era a hacerle bajar los pantalones al machito y meterle, con la formalidad propia de la Casa Blanca claro está, la pistola en el culo y sacársela, metérsela y sacársela, sacársela y metérsela... como bien nos han enseñado los honorables estadounidenses a través de sus guerras heroicas y tácticas políticas internacionales.

De hecho, pienso haber comprendido eso que los Estados Unidos de América nos han querido decir a los sudamericanos durante estos años, de diferentes maneras. Cito: «Todo el que no está con nosotros, está contra

nosotros». Y pocos instantes después de la frase, ahí te van bombas, soldados, embargos. O cito: «Este es el país de las libertades, de las posibilidades. Quien está aquí, está seguro». Y cada vez que se les muere un soldado en el extranjero o que pierden una guerra hacen diez mil películas. Lectoras y lectores, por fin entendí eso que muchos ignorantes observadores internacionales llaman ligeramente «opresión imperial», «injusticia» e «ideología capitalista sin límites». No se trata de eso, callen a esos izquierdosos de pacotilla. Lectores míos, el mensaje es claro: nuestra madre, la AMÉRICA, lo único que quiere es que nosotros, sus hijos del sur, nos regocijemos en sus brazos maternos. Es que es claro. Si cada vez que estamos en nuestros países se la mantienen jodiéndonos, embargándonos, saboteándonos, invadiéndonos y después diciendo que solo quien está dentro de sus fronteras está al reparo, que poseen el sistema perfecto, que el multiculturalismo es un *copyright* de ellos... pues está clarísimo el mensaje: ¡Sudamericanos, a invadir esa verga!

Es que todo está más claro ahora: ellos invadieron el norte de México; jodieron con las dictaduras del «Plan Cóndor» a Brasil, Uruguay, Chile, Argentina, El Salvador...; invadieron Panamá para tomar a Noriega, invadieron Guantánamo en Cuba... Sudamericanos es claro. No solo nuestra madre América nos ha hablado a través de sus películas y sus noticias exportadas, también a través de su historia gloriosa y sus movimientos políticos. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes? Ella nos ha hablado de muchísimos modos y nosotros, mojoncitos de la verga, no hemos acogido con seriedad y franqueza su exhortación. ¡Hijos sudamericanos, a entrar en masa dentro de los brazos de su madre!

Pero como les decía antes, yo ya no le doy la razón a nadie. Porque, debo confesarlo, no obstante ahora tenga las cosas mucho más claras en relación con la enseñanza de la maestra, una vez más ella me puso en aprietos, visto que no sé a quién debo seguir. ¿Debo seguir el ejemplo de la maestra o del alumno que quiera superarla? En el fondo me doy cuenta de que Bin Laden solo repitió sistemáticamente el ejemplo de su Madre y Maestra:

1. Se inventó un enemigo.
2. Se preparó con todos los medios posibles para atacarlo.
3. Lo atacó como Rambo ataca a todos los vietnamitas, es decir, matándolos a todos como si fueran sordos, mudos, ciegos y paralíticos o, en otras palabras, como si fueran güevones que se dejan matar.

4. Y por último, después de haber perpetrado todo ese desastre, se hizo el güevón.

No veo en qué falló el pobre. Bueno, de todos modos, como ya dije, es peo de ellos. Yo después de viejo no voy a estar metiendo las manos en el fuego por nadie. Pa mí los dos tienen razón, tanto Bin Laden como la Casa Blanca, por cuanto los dos siguen milimétricamente los mismos métodos.

Como le dije a mamá hace días: «llegado a este punto, si me dices que la abuela salió preñá del protagonista de la última novela venezolana, yo te creo». A esta altura no veo ningún motivo por el cual no creer en todo lo que me dicen. Si es que en esta mierda hasta la mentira pasó de moda.

Es más, se los voy a decir bien claro, si ahorita mismo viera a mi actual compañera, la malabarista del circo húngaro a quien le falta un brazo, haciéndole la paja al cabrón trotskista que se está cogiendo ideológicamente mi ex, no me asombraría. Así es el mundo y así son los seres humanos. Todo es posible aquí. Hasta el sexo ideológico.

El compañero de mi ex se la mantiene con su peo revolucionario en la cabeza. Es tan marico que le dio por reivindicar el poder del proletariado, metiéndole el güevo a mi ex. Sus razones, no obstante no las desmientan, me son difíciles de digerir. Él afirma que mi ex es una riquita burguesa de mierda a quien hay que revolucionar a través de su órgano genital de izquierda. Pero es que la pobrecita no le hace daño a nadie. Lo único que hace en la vida es estudiar como una loca e inventarse problemas inexistentes, para después poder gastar su dinero en el psicólogo. No les puedo negar que toma su dosis de cocaína, siguiendo el ejemplo de su clase social, pero no pasa de eso. No veo en qué falla.

Pero no; para su trotskista, cogérsela es una prueba de la lenta pero progresiva caída del capitalismo. De hecho, según su teoría de la historia, después de las caídas de las torres de Nueva York y la caída del sistema ultraliberal argentino, el hecho de comenzar a cogerse riquitas ideológicamente se presenta como la tercera prueba historiográficamente irrefutable de la caída total del capitalismo. Él dice que cogerse a las riquitas es una acción comparable a la destrucción lenta pero progresiva del muro de Berlín. A veces me pregunto si piensa en Trotsky mientras se coge a mi ex. Cuidaíto y no anda sublimando su amor platónico por Trotsky en la vagina ideológicamente equivocada, pero hermosa y estrecha, de mi ex.

Les confieso que todavía tengo el olor en mi cuerpo de la coña de su madre de mi ex y que todos los baños del mundo no lograrán vencerlo. Me desestabilizó su presencia inesperada. Nunca me la debí coger aunque, aquí entre nosotros, no me arrepiento. Además, si queremos ser exactos no me la cogí. Nosotros hicimos simplemente el amor. Es inútil que les diga por qué, porque ya tuve modo de explicárselos. O al menos, yo hice el amor. Porque ella, bueno, ya saben cómo es ella. Ella anda en sus viajes paranoicos y, sinceramente, no sé si de verdad se dio cuenta de que era yo quien la penetraba. Tal vez pensó que era el mulato *free lover*, amigo de ella, que nos miraba mientras me hacía una paja. Yo prefiero engañarme y pensar que se dio cuenta. Como ya les expliqué, el amor es un poco engañarse.

La verdad fue que le pagué al mulato pa echar un tirito, porque mi ex estaba drogada hasta el culo. Esa noche simplemente traté de encontrar, una vez más y por última vez, el amor que desde que escapé de esa ciudad, dos años atrás, percibía solo con mi memoria. Y si tenía que pagar por eso, qué más... Aquí la pregunta no es ¿eso tiene precio?, sino ¿cuánto vale? Pero tengo que confesarlo, no es fácil hacer el amor con algo que has pagado. Al final sublimé lo que sentí. Por primera vez después de nuestros años juntos sentí que mi cuerpo, que las paredes de mi cuerpo, no contenían todo el sentimiento que en ese instante sentía por mi ex. Lectoras y lectores, se me desbordaba el sentimiento. Ese maldito estaba vivo, vivito y coleando. Demasiado vivo y demasiado real como para creerlo. Como para creer que en este mundo de mierda todavía hay algo que huele a flores frescas. Como para percatarse de que a pesar de todo, existe algo puro, oloroso, transparente. Claro está, ese algo es solo mío. Depende solo de mí, del último romántico de este mundo. Porque ustedes saben mejor que yo que, mirando con ojos objetivos a mi ex, la única cosa que nos darían ganas de hacer es ponerla a hacer el trabajito de Andrés. Porque «ciertos privilegiados» no soportan físicamente ciertos trabajos. Al menos en eso Dios es sabio. Sabe a quién hacer rico y a quién pobre. Lo único que podríamos hacer por mi ex,

si de verdad la queríamos ayudar, es ponerla a destapar cañerías maracuchas bien llenitas de mierda, por culpable. Porque en este mundo sí que existe El Culpable, o mejor, La Culpable. Una sola. Ella.

Culpable por haber dejado morir de soledad la última ráfaga de amor que quedaba en este planeta. Culpable por haber dejado perder el último olor divino, hermoso, intocable, inefable, que podía cambiar el mal olor de tanto espíritu podrido. Mi ex es la única culpable, porque si es verdad que el amor mueve montañas, el mío hubiera movido todo el planeta. Lo hubiera sacudido, purificado, como el milagro del limón, la sal y las velitas que mantienen con vida a Andrés a pesar de tanta mierda. Ya estoy hediendo de verdad verdad. Ese coño de su madre del amor me está dejando solo con mi olor. Ya se fue. En esta mierda no hay más amor. Así que los dejo a ustedes también con sus olores, «mirahuecos». Aquí no hay nada que hacer. Tres a cero.

Exhortación

Ya sé que están esperando que les cuente lo que pasó esa noche en ese café. Pero no me da la gana, estoy cansado. Además, no me gustan los finales, ni los libros largos. Contarles eso me llevaría mucho tiempo y páginas. Pídanse a quienes estuvieron ahí esa noche. Esos cagaos estarán orgullosos de contárselos.

Pero como yo les tomé aprecio, les voy a confiar un secreto que en realidad es un consejo. Tómenlo como el último consejo del último romántico que existió en este mundo: uno de los indumentos que representan al hombre moderno con el cual, podemos decir, comenzó realmente todo este olor a mierda, es la corbata. Tantas personas la usan para pasar por gente seria y perfumada, sobre todo aquellos que hieden más. Pero muy pocos saben para qué sirve. Se los diré yo en el secreto de estas líneas, visto que pocos las leerán.

La corbata en realidad fue el fruto de la angustia de un tipo en 1890; en ausencia de una televisión, se dio cuenta no solo de que hedía, sino de que estaba –sin haberlo pedido– en un mundo que a partir de ese momento comenzaría a heder todavía más y más. Un mundo en el que, al cabo de poco tiempo, no se podría vivir. Así que, en medio de un delirio que en realidad era lucidez pura, buscó entre los objetos de su cuarto ese que le brindara la muerte súbita y sin sangre hedionda. Encontró un pedazo de tela.

Sin esperar, se la amarró al cuello, apretándola hasta más no poder. Cuando estaba casi por morir, alguien abrió la puerta diciendo: «disculpen, es que todo estaba abierto y pensé que...». El lúcido la miró con ojos de heroico loco suicida, que en cuestión de instantes habían cambiado y se habían convertido en ojos de chivo degollado. El lúcido estaba enamorado. El lúcido ahora era un ofuscado. Su teoría de que la historia del mundo era una mierda, etc., etc., etc., ahora se había convertido en una historia rosada de flores y pajaritos.

Lo cierto fue que la muchacha encontró lindo el pedazo de tela en el cuello del tipo y lo invitó a dejársela. En poco tiempo todos los hombres modernos, poco originales y copiones como son, también utilizaron la corbata, que se

volvió un accesorio humano que hoy por hoy representa la modernidad en progreso.

El tipo se suicidó con más fervor y prisa dos años más tarde, no sin antes dejar una pequeña nota:

«Ya la tienen en sus cuellos, ¿qué esperan?».

Pueblo

*Para Ximena, porque antes de ser leídas estas líneas por ustedes,
fueron escuchadas por ella.*

Preámbulo

Entonces Gobernador era adolescente y no poseía una verdadera identidad. Él, para él mismo, hacía parte de Esaquellalausente.

Era una simple prolongación de ella, un enamorado. Sus ojos, los de él, poseían la cadencia de los pasos de ella. Él era un minúsculo monumento en la apoteósica plaza del cuerpo de esa mujer y, antes de que pudiera pasearse a su lado por las estrechas calles de Pueblo, fue mucho lo que ocurrió. Gobernador, todavía joven, comenzó por entrometerse en los secretos de ella. Era un observador que presenciaba los ambientes que esa mujer recorría con su cuerpo, su espíritu y su memoria. Cada vez que ella se escapaba de sus cosas cotidianas, perdiéndose en recuerdos inauditos, ambientes fantásticos o añoranzas desesperadas, lo encontraba a él, ahí cerca, vigilándola, silbando una balada mientras esperaba por ella, que ya había perdido las esperanzas de una tregua o un minuto de intimidad. Todos los tiempos de la existencia de ella estaban contados por el amor impaciente de ese joven: el control que él habría de tener en Pueblo comenzó por el cuerpo y el espíritu de ella. El despotismo fue al inicio silencioso, cabizbajo, erótico. Él se perdió, antes que todo, en los meandros suaves de ella joven, bella, perseguida. Un día, era la hora del almuerzo. Ella, sentada en un balde de agua tibia, desnuda en su baño cotidiano, se descubrió así como era y estaba: desnuda y en un balde de agua erótica. Entonces, no tuvo más remedio, se gustó. Fue la primera vez que se daba cuenta de ser ella, del sexo y todo lo demás. Como si nada fuese sintió algo que, al inicio, pensó que era vergüenza, pues una burbuja perdida se explotó justo en la punta de su seno tierno, rojo, esencial y, como la burbuja se había explotado y, como las otras no querían explotarse en ella, se explotó ella misma con las burbujas leves que eran sus dedos. No pensó en nada. Ritmo. Fue rítmico, lento.

Ella no se estaba dando cuenta de nada porque se había perdido en el goce. Para ella fue un instante, aunque no para el agua y el tiempo, visto que se encontró en un balde de agua fría a medianoche. Se había perdido en sus dedos, la punta de sus dedos, rozando las partes divinas, rosadas, tiernas de su cuerpo-retoño.

Tantos hombres pasaron entonces por su mente. Tantos cuerpos, rostros, situaciones con las que nunca había contado antes. Todo eso que la excitaba se le presentaba en forma de estremecimientos, de maravillas exageradas. Ya no podía más. Estaba llegando a un punto máximo cuyo después le era desconocido. Jamás hubiera imaginado que el máximo absoluto al que habría llegado dentro de poco, se le presentaría como lo que realmente era, el viaje más sabroso del mundo: su primer orgasmo.

Apenas estaba por llegar a su destino, cuando se sintió acompañada por una compañía verdadera, empírica, presente, ahí. Se sintió observada, medida y, sin abrir los ojos, lo vio ahí con ella, dentro de ella, allí. A pesar de que su cuerpo, el de Gobernador, se encontrara a algunos kilómetros de distancia, en su alcoba, dentro del túnel oscuro que él se construía con sus sábanas para improvisar su vigilancia erótica a esa mujer. Por la fuerza de su espíritu dictatorial ella se encontraba ahí, sin quererlo, raptada y observada por el deseo implacable de ese que todo lo veía.

A Gobernador le bastaba con cerrar los ojos y pensarla con un deseo inmenso para que el espíritu de ella volara por entre las nubes de Pueblo y se postrara ahí, donde él quería. Le bastaba con pensarla intensamente para aparecer allá, donde ella estaba, en medio, justo en medio, de sus pensamientos. Él aparecía sin más y la esperaba en uno de los rincones silbando, como siempre lo hacía, una balada ronca y desafinada, capaz de describirle a ella la triste esclavitud de su espíritu, sometido al amor sin límites de ese joven apuesto y prepotente que todos habrían de llamar en coro ;Gobernador, que viva Gobernador!

En el fondo ella, todavía en ese balde desnuda, deseaba que Fantasma apareciera. Según sus cálculos desesperados él era el único que habría podido hacer algo contra la dictadura de sentimientos que estaba llevando a cabo el joven Gobernador.

Fue por ese motivo que, en el momento más alto de ese deseo, cuando todo el batallón de fantasmas sexuales la acariciaba a través de los tenues dedos de ella, decidió prepotentemente desaparecerlos y dejar a un único fantasma más negro, fuerte y robusto que todos los otros. Fue así que, en medio del delirio de ella, se hizo más fuerte el joven Fantasma, que apenas era una promesa de lo que sería: un tímido espejismo de audacia y sensualidad. Él apareció y, delante de su potente presencia, la entidad omnipresente que era Gobernador tiritó un poco, antes de debilitarse y desaparecer. Era la primera vez que el joven Fantasma se acercaba tanto al cuerpo de ella.

La joven terminó su delirio, su goce. Abrió los ojos y su vista se encontró ofuscada por los cabellos negros y gruesos de Fantasma quien no perdió tiempo y le recitó un poema de su amigo, el escritor Prisionero, como si fuera suyo. Era la primera de las muchas veces que habría de hacerlo. La vergüenza que ella sintió al verlo ahí delante fue tal, que lo hizo desaparecer de inmediato como a un espectro.

Ella observó su cuerpo, algo cambiado, y se percató de inmediato de sus senos, que ahora sentía más suyos, y de esa agua exquisita que de su fuente había salido, bañándola más que su baño mismo. Se percató también de su cuerpo, más salvaje que hacía unas horas, de sus cabellos como Medusa, de su cuello rojo por el roce de las barbas ásperas de su Fantasma, de sus pies anclados en el fondo del océano de ese balde, de sus manos arrugadas por la humedad y con olor a ella, de su sien marcada por el sonrojo de la vergüenza, de lo desaparecido y lo nítido que había quedado el ambiente, porque ese joven Fantasma no estaba y porque, en el fondo, extrañaba la impertinencia asombrosa del joven Gobernador quien, a pesar de su seriedad y prepotencia, poseía rastros de un cariño, una dignidad y un rigor sentimental que a ella le estaban más que bien.

Se encontró vestida, peinada y arreglada de frente a un espejo de sonrisa tramposa que le recordaba, a través de su reflejo de sepia, todo lo que había pasado durante ese baño que se le quedó plasmado en su memoria como el más húmedo de su vida.

Escrutó el mundo convencida de que éste había cambiado completamente, que nada habría de ser igual después de aquel milagro. Prisionero, ese escritor encerrado en un bote-cárcel en la bahía de frente a Pueblo, trató de describir todo lo ocurrido en ese balde de agua con olas eróticas. Primero a través de un poema. Después con un cuento fantástico. Más tarde con una obra de teatro y, de frente a la derrota inminente de su intención de hacer literatura el primer incidente amoroso y sexual de Esaaquellalaausente, y el primer desencuentro entre Gobernador y Fantasma en el territorio del desamor, decidió escribir una novela, y almacenarla en su recuerdo como una más de esas sensaciones sabrosas que guardan los escritores en la gaveta de lo inefable.

Gobernador, Esaquella ausente, Fantasma

El joven Gobernador podía realizar esas visitas premeditadas cada vez que le viniera en mente porque tenía la bendición del padre de ella y, sobre todo, porque esa joven, como era de esperarse de una muchacha de su clase, además de sus cursos de música y francés a domicilio, no tenía tan ocupada su jornada, pues ni siquiera le era permitido salir, ya que su padre sostenía que una niña de su altura no debe curtirse al sol antes del matrimonio. Por ello él llegaba a horas desesperadas inventándose cualquier excusa para que le dijeran la niña está en su recámara, ya se la llamo, y yo escuchaba como la llamaban y momentos después la veía llegar nítida, como solo sus ojos la veían. Buenos días, señorita. En realidad son las ocho de la noche, señor. Señorita, quería simplemente confirmar nuestro paseo cotidiano del día venidero. Pero como usted dice, señor, es cotidiano: lo hacemos cada día. No se sabe nunca, señorita. Buenas noches, señor. Buenas noches, noche. Y salía triste, soñando con las cinco de la tarde del día siguiente, o en otra de las posibles visitas que haría quizá dos horas después, pues el padre de ella se la mantenía ocupado en ese bendito trabajo de armas que te quita tanto tiempo papá, y su madre había muerto tiempo hace, por lo cual se puede decir que su tutela no cumplía con los requisitos de una señorita de su estatura y el joven Gobernador se aprovechaba de ello con una cautela y un respeto papal digno de su nombre, por ello su padre, ese duro militar, le daba luz verde para que él cumpliera debidamente con todos sus proyectos de amores futuros con esa hija mía que espero que se me case con un hombre de bien como usted, las puertas de mi casa están abiertas, venga cuando quiera y cuando yo quería iba a contentar mi existencia contigo, amor adorado que te me escondes hasta mañana a las cinco, y juego dominó con los viejos de la plaza y el tiempo no pasa, y cuento los barcos del puerto, las papas del mercado, los guacamayos gritones subidos en las matas de níspero y el tiempo impávido que no me dice que ya son las cinco porque apenas son las nueve de la noche, y me fui a acostar y figúrate que no cerré los ojos por estar pensando en ti y fui a ver si se me había quedado

un guante en tu casa pero la niña está durmiendo, señor, pase mañana por si lo tiene en su cuarto, pero cómo lo va a tener, si el bendito guante no se me ha quedado en ninguna parte, tome esta propina y por nada del mundo le diga que pasé por aquí, se lo juro señor, hasta luego joven Gobernador, hasta luego, qué le dijo ese señor necio, que se le había quedado aquí un guante y me dio esta propina, señorita, quédatela y si tienes sueño ve a dormir, gracias señorita, y cuando la ama de llaves se iba a dormir, reventaban cerca del rosal de atrás los líricos poemas de amor de ese tal Fantasma que está más loco que una cabra y un perro y un burro si tú así lo deseas, amada mía, mi amor de mi vida alma mía mía, que no voy a bajar la voz al menos que te asomes así que asómate, que no, que sí, que no, y ella terminaba por asomarse, como cada noche, es la última vez que lo hago, por qué, porque tengo novio, a que no, a que sí, y por qué no te escribe poemas como a ti te gusta, sabes bien que él no quiso nunca aprender a leer y a escribir, entonces no es tu novio, solo por llevarte la contraria te digo que sí, y así pasaban toda la noche, contradiciéndose el uno al otro únicamente por el gusto de llevarse la contraria, y de vez en cuando un poema y de vez en cuando ella asomaba su lindo rostro, aunque no fuese necesario, visto que la mayoría de las veces solo con las voces se tocaban o se alejaban, pues de cuando en cuando el padre le hablaba dormido a su hija para que lo perdonara por la soledad y todo lo demás, y que en esta mierda falta un líder político y militar que pronto va a llegar, hija mía, para tomar las riendas, vas a ver hija linda, y roncaba y Fantasma aprovechaba para improvisar un poema de Prisionero y ella se asomaba un poco para verlo explotar de alegría dando vueltas en el aire, saltando de techo en techo, pasándose de una estrella a la otra en esa noche tan pero tan feliz porque tú estás conmigo, y doy vueltas al rinquín, camino con las manos, hago malabares con los duendes de cerámica de este jardín donde te vine a ver para demostrarte que era cierto, y ella se asomaba de nuevo y, sí, era cierto, amor de mi vida, no te vayas que contra el sol lucho yo y solo yo, pero nadie podía contra él y a las seis y tres minutos de la mañana salía y no era hasta la siete y ocho minutos de la tarde que dejaba de brillar, y durante todo ese tiempo Fantasma esperaba para posarse nuevamente debajo del árbol donde recitaba los poemas de su amigo Prisionero, en medio de iguanas rojas y duendes de medianoche, mientras Gobernador, del otro lado de la ciudad, daba gracias al cielo de que por fin es de día, afeitándose, peinándose, hablando de ella con el espejo, probando el otro traje porque el de rayas ya me lo vio una vez, cambiándose de perfume

porque el de anteayer la hizo estornudar, recordando el pecado de las nalgas que vio sin ver y que pagó con el precio de su sueño, tomando el desayuno ligero para que no me vea gordo, ni tampoco flaco, pues es una detallista el amor mío y, no había terminado, cuando una de las sirvientas le traía, como todos los días, una roja rosa roja que solemnemente se colocaba en su pecho apretado para que ella pudiera oler este rojo tan intenso que se parece a tus cachetes en pleno paseo por el caluroso mercado principal a las cinco, y antes de salir reunía a toda la servidumbre de la casa y les hacía reflexionar sobre los platos más propicios para que su digestión fuera justa y terminara mucho antes de las tres y media por miedo a que gases o efectos indeseados de una digestión tardía acabaran con el equilibrio milimétrico que él esperaba para sus citas con ella, sopa de garbanzos, no, iguana en coco, no, arroz con leche me quiero casar, no, mondongo, no, plátano verde cocido, y qué más, y queso de año, ¿usted piensa que eso hace digerir bien?, sí, ¿que no engorda la barriga?, sí, ¿qué no achica el estómago ni enflaquece?, sí, entonces va por el plátano verde cocido y estripado con mantequilla y queso de año, está bien joven, repetía cada día la matrona de la casa pues cada día el niño pedía lo mismo para el almuerzo y la cena, incluso cuando llegaría a ser lo que habría de ser, el gran Gobernador, por eso me encargué de sembrarle yo misma matas de plátano ahí donde años después los arquitectos de jardines querían sembrar lirios y girasoles en círculos, rectángulos y cubos que habían traído desde los castillos del nordeste de la península itálica, pero me quitan todo eso de ahí que mi jardín no es un circo y me siembran matas de níspero, mango, tapara, cují, plátano, uvitas playeras y coco, para que den sombra y viento que para eso sirven las matas y salía después de haber acordado lo que almorzaría y cenaría a dar una vuelta que en realidad era a darle vueltas a la casa tuya para ver si por casualidad estás asomada en el balcón o regando las rosas o leyendo entre los pasadizos de cayenas de tu jardín predilecto donde algunos afirman ver fantasmas rondar durante las noches desérticas pues el viento trae toda la arena de ese Caribe nuestro, tuyo y mío, y no puedo creer que todavía estés durmiendo mi bella durmiente, ¡despierta! ¡despierta, la virgen está en la cueva...! pero no te despiertas, duermes un sueño profundo, de día y de noche duermes, ángel dormilón, ya son las nueve y treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, la joven está durmiendo, señor, entonces paso más tarde y no le diga que estuve por aquí, entendido, tome esta propinita para los refrescos, gracias y le cerré la puerta, señorita, pero ya es la quinta vuelta que da por la

casa y cuando llega a su ventana canta como el pajarito, hace como la lluvia, lanza piedritas para que usted crea que son los de la escuela pero tú no te despiertas, bella durmiente y hago como la sirena de los bomberos, como la campana de la iglesia, como el vendedor de periódicos y tú impávida, soñando conmigo, jugando al escondido en el limbo de tus sueños y, aunque no lo crea señorita, ese muchacho paró el tráfico de la calle que da a su ventana para que nadie disturbara su sueño, pero nadie quería hacerle caso porque tú eres un loco de carretera, así que te quitas de ahí o te pego un tiro, pero Gobernador no se quitaba y, es más, se recogía las mangas de la camisa de primavera europea y se ponía en posición de boxeador dando saltitos para atrás y para adelante y los muchachos del Barrio lo retaban a que no pasas esta línea, y él la pasaba, a que no le quitas este billete de diez del hombro a tu adversario, y él se lo quitaba, entonces se prendía la buena, señorita, y yo por mi amor por ti los mandaba a todos a sus casas con un ojo morado, a todos, para que te dejen dormir por las buenas o por las malas, señorita, y sus buenos modales, su fina manera de caminar y su voz grave y calma se iban al carajo, discúlpeme por la expresión señorita, y entonces él no era más él, pues se le abarrotaba el alma de un salvajismo inédito y un poder de convencer a los habitantes y arreglar las cosas como él quería y sembrar un orden que nunca nadie había visto en el pueblo y que no tardó en despertar el interés de la gente de por aquí que se le iba acercando para verle bien la cara, para ver quién era ese macho, aplaudirlo, ¡Hurra! ¡Hurra, nojoda! ¡Que viva el macho, no joda! ¡Que viva el orden!, y él más puños pegaba y la gente más lo aplaudía y tanto eran los aplausos, que los niños jugaban a que yo soy ese señor tan bravo, no yo, no soy yo, no yo, y el que por fin lograba ser él, ganaba el juego porque daba más golpes y pronunciaba más amenazas que cualquier otro, por eso las madres de los barrios más pobres comenzaron, por petición de los padres y los hijos, a vestir a sus crías como ese señor tan buenmozo y tan peligroso a quien todo el mundo saluda con complacencia cuando se pasea por el mercado del domingo para ver si quiere usted una arepita, no, una sopa de cabeza de pescado, no, un ramillete de flores frescas, bueno, dámelo para ella, y el vendedor se lo regalaba y a partir de ese momento su negocio prosperaba por siempre y los hijos de los hijos eran conocidos por todos como los hijos del que le regaló las flores a Gobernador para que se las llevara a aquella muchacha preciosa que solía caminar de su mano tantos años hace que el sol todavía no era sol, ni la arena arena, ni nada nada, pues entonces solo el caos

reinaba en esa zona tropical ancestral y rudimentaria donde poco a poco los recién nacidos comenzaron a llamarse como él, nojoda, porque como él va a ser este hijo mío, pero a lo sumo ese hijo mediocre y sumiso llegaba a servirle con una devoción tan intensa que lo envejecía a los veinte años, mientras Gobernador lucía siempre con esa edad eterna que todos recordaban con rabia, pues los nietos decían que no es verdad, abuelo, usted está delirando, no puede ser que usted tenga la edad de Gobernador y los padres que tampoco, que Gobernador es de mi edad, y por fin nadie se ponía de acuerdo para que llegara él y con una sola ley pusiera de acuerdo a medio mundo porque aquí solo yo tengo razón, y tengo cuantos años me dé la gana de tener y la gente, por quitarse de encima el vestido verde de la indecisión, se lo dejaban puesto a él, que se había convertido en la única decisión realmente existente en Pueblo, por eso es que en esta verga no hay machos, se escuchaba gritar en las madrugadas de los barrios, porque tú no eres como él, y el marido respondía que te calles, mujer, que nos está escuchando toda la calle, y qué, le respondía ella, que al otro día Gobernador enviaba un ramo de rosas a la mujer enervada y ves cómo te quedas callado, marico, que aceptas que a tu mujer un desconocido le envíe rosas, cabrón, cabrón, cabrón, gritaba por cada una de las tres ventanas de la casa una vecina diferente para darse fuerzas entre ellas, porque todas estaban de acuerdo en que mi marido no se caería a golpes con nadie para hacer respetar el milagro de mi sueño, y todas decían el mío tampoco, el mío tampoco, el mío tampoco, poniéndose de acuerdo entre ellas para confirmar la intuición táctica de Gobernador según la cual el poder se consolida con las armas y las mujeres, las armas contra los hombres y las mujeres para que sean la mayoría que convenza en la cama y, claro está, para que críen a los hijos en mi ley, nojoda, pero las mujeres iban más allá de lo pedido, y preparaban a sus hijas para que fueran mujer de gobierno, primera dama de la República, y no te quedes como tu madre del alma que solo vino a sufrir en este mundo, tú necesitas un muchacho como ese que me dijeron que se pone día tras día a parar el tráfico, a organizar los cauces del destino, a poner orden si orden es necesario para que esa putita dormilona que no te llega ni por las patas durmiera y, más esas mujeres se iban enamorando de un amor unísono por ese héroe del amor popular, más poder iba coleccionando en sus manos ese joven que hasta ese momento no había echado ni siquiera un vistazo a las aguas turbias del poder, pero era tanto el fundamento que ponía para que su mujer amada descansara que las familias pudientes del

Barrio comenzaron a mirar de reojo a ese joven que todos creíamos de buenos modales, pero que se divierte con los aplausos de los tropeles de bárbaros que vienen a apoyarlo en sus fechorías y salvajismos.

* * *

Era tanto el fundamento que ponía para que su mujer amada descansara, que las familias pudientes del Barrio comenzaron a mirar de reojo a ese joven que todos creíamos de buenos modales, pero que se divierte con los aplausos de los tropeles de bárbaros que vienen a apoyarlo en sus fechorías y salvajismos. Él no tardó en darse cuenta de esos comentarios contra su persona, mas los interpretó como tácticas de madres ricas que querían reservarte, amor mío, para sus hijos mayores, sin imaginar que los próximos serían ellos, dicho y hecho, más nadie se atrevió a pasar por esa calle durante el alba de su sueño así que no tuvo nadie más con quien pelear y, para llenar sus aburridas mañanas de espera a que fueran las cinco de la tarde y para poner en alto tu nombre, me fui a esas grandes mansiones, de puerta en puerta, para ver cómo era la cosa, para que me explicaran quién era ese que rompía el orden de las mañanas de por aquí, no sabemos señor, para que me dijeran quién era el que te había dicho que estabas recibiendo visitas de un salvaje, no sabemos señor, para arreglar eso que afirman por aquí de que dizque estoy trayendo ladrones de los barrios pobres cerca del cañaveral, no sabemos señor, y como no sabían, amada mía, pedí que me pusieran a hablar con el hijo mayor para resolver de hombre a hombre el malentendido, pero antes me trajeron a unos tipos robustos que, así me dijeron, no tenían ganas de hablar, y yo ahí, y más tarde me soltaron unos perros gigantes que parecían más bien burros, y yo ahí, y como ya se les había acabado la imaginación me ofrecieron unas galletitas inglesas con té, pero esas galletas nunca han ayudado mi digestión, así que le di una buena patada a la mesita con todo y galletas y eso no lo soporto, mamá, le escuché decir al hijo mayor, así que salgo, y salió con el fusil de perdigones de cazar loros y me gritó que fuera a joder al coño de mi madre, ángel bello, y esa falta de respeto yo no se la acepto a nadie, por eso y solo por eso me vi en la necesidad de coser a tiros a ese primogénito recién bañado, ángel hermoso, para que nos respetara, y así fui haciendo de casa en casa, hasta que ya ninguno habló nunca más mal de ti ni de mí que soy tu enamorado, pues todos se fueron un domingo de julio en sus yates de lujo con sus cerámicas japonesas, sus valijas

de Versalles y sus certificados de propiedad, por si a alguien se le ocurría venir a vivir en sus terrenos, dormir en sus camas y orinar en sus baños, y hasta razón tenían, porque la gente más pobre del pueblo no tardó en venir a instalarse, y donde antes vivía una familia de cinco personas ahora viven trece familias, y todavía queda espacio en el jardín para sembrar, en lugar de esos frutos sin sabor ni color traídos del norte, hortalizas, matas de mamones, guayabas y limones, y por eso todo el mundo comenzó ahora a hablar bien de ti y de mí, que soy tu enamorado, y a regalarte esos frutos dulces que encuentras cada mañana en tu puerta, y a soñar con este amor que te tengo y por el cual hago todo lo que hago, amor, porque nadie tiene que estar diciendo que tú no duermes por las noches porque yo era su vecina, antes de que ese matara a mi hijo, y la vi con mis propios ojos retozar toda la noche con ese Fantasma que no logré ver bien por su piel oscura como la noche, pero que le puedo asegurar que recitaba poemas casi gritando y cuando esa se asomaba, se ponía como un mono a saltar de techo en techo, a hacer malabares con los mangos, a esconderse para que ella se volviera a asomar, y cuando ella se asomaba nuevamente, él le tiraba piedras a las estrellas de la emoción y entonces nos quedábamos sin luz aquí abajo y todito eso, señor, cada noche, pero ahora no tengo miedo de contarlo y que me venga a matar si quiere, como mató a todos los hombres de esta familia de alta alcurnia y míticos militares de carrera que no tienen nada que ver con ese poco de Gorilas que ese matón vistió de verde y condecoró con estrellas de mentira en el pecho para que solo me sirvieran a mí, porque el único modo de poseer autoridad en esta mierda es quitándole autoridad al que la tiene, para dársela al que nunca la tuvo ni la tendrá, pues la autoridad es cuestión de hombres y eso es lo que más falta en este lugar donde la gente cree que llevando pistolas llevan también el valor, por eso los dejé que se armaran todos, para que se cagaran de miedo en manada antes de sacar las respectivas pistolas al imaginar que, también el otro, se les estaba cagando de frente y, en un momento de nerviosismo a cualquiera se le escapa un tiro, señor, y ellos mismos me pidieron, poco tiempo después, que los defendiera de los otros ricos porque nosotros somos la familia más antigua de este pueblo, y me bastó matar a los primeros de esa raza de privilegiados, para que los restantes se mataran solitos entre ellos, familia por familia, calle por calle, hasta que, entre los que se fueron en yate y los que se acribillaron para demostrarme su apoyo, me dejaron el camino limpio para poner orden aquí, y a los únicos que dejé vivos fue a los pobres,

porque a esos basta que uno les dé comida para que te digan que sí a todo, y si después le mueves la cabeza de derecha a izquierda te dicen que no, señor, y si más tarde le levantas los hombros te dicen que no saben, que es como usted diga, señor, no se preocupe que si alguien le despierta a su bella durmiente yo mismo le meto un tiro que para eso estamos, y aquí le envía una sopa mi mujer, y mire qué grande está este hijo mío que quiere ser militar como usted, y si lo viera, se arrastra igualito que un soldado y la puntería que tiene con esa honda, pajarito que mira pajarito que tumba de una sola pedrada, y todo el mundo dice que se parece a usted y, con mucho respeto, a mí también me parece, si usted lo desea, se lo traigo un día de estos para que le vea esos dientes tan blancos que ni uno le falta, esas piernas tan largas como vara de tumbar mangos, esos cabellos de potro negro y esa maldad de zamuro que ni se imagina, pero Gobernador ya se había ido desde hacía tiempo y el señor conversador se daba cuenta de que estaba hablando solo desde hacía ya un rato y que ese joven tan importante se había marchado detrás de la única ocupación que tenía, el olor de esa muchacha que se me acaba por fin de despertar, y que si está despierta dígame, por favor, que estoy aquí porque dejé olvidado los guantes de cuero marrones ayer, y detrás de él estaba un grupo de aduladores sin oficio que repetían como loros cada cosa que él decía, dígame por favor que él está aquí porque dejó olvidado los guantes de cuero marrones ayer, y la ama de llaves le respondía, como si fuera la primera vez que a él se le olvidaba algo, que ya regreso para ver si por casualidad la señorita recogió los guantes marrones porque yo arreglé todo y no encontré nada, Gobernador sentía entonces los pasos de la ama de llaves subiendo las escaleras, pero no alcanzaba a escuchar la frase a través de la cual la joven le decía, señorita, allá está de nuevo ese señor preguntando por, dígame que me comió el tigre, le respondía ella ya sin paciencia, entonces la joven ama de llaves con una calma de hierro bajaba las escaleras, y él lo sabía por su olor suyo que lo obligó a frotarse las manos y afrontar la respuesta de esa muchacha, que con la vista en otra parte le dijo, dice la señorita que se la comió el tigre, dígame entonces que regreso a las cinco en punto y tome esta propinita, y el rabo de aduladores le abría el paso aplaudiéndolo, como siempre lo hacían, y él se dirigía, como cada día antes del almuerzo, hacia la peluquería de su peluquero de confianza quien desde hacía tiempo no sabía más qué artificio inventar para contentar su petición cotidiana.

Él se dirigió, como cada día antes del almuerzo, hacia la peluquería de su peluquero de confianza, quien desde hacía tiempo no sabía más qué artificio inventar para contentar su petición cotidiana de que me corte el pelo, por favor, que la luna me lo hace crecer con una velocidad espantosa y, creo que ella está comenzando a darse cuenta, pues frunce la frente cuando me ve, pero señor, con mucho respeto le puedo asegurar que, usted, el cabello lo tiene de una perfección milimétrica, cállese, que usted habla así porque no es mujer, y las mujeres son como los gatos, ven cosas que nadie ve, el peluquero, avergonzado, lo interrogaba entonces con la pregunta que su profesión le obligaba a hacer cada vez que comenzaba un nuevo corte de cabello, ¿cómo lo quiere señor?, como siempre, respondía él mirándolo a través del espejo con una seriedad muy parecida al sarcasmo, y después de esa respuesta cotidiana por parte de Gobernador, el peluquero comenzaba su sesión mágica del día que, incluso el director de un circo de paso por el pueblo había notado desde hacía tiempo, sugiriéndole a ese peluquero de cambiar a la mujer que se tragaba los conejos blancos del mago con su vagina sideral, por usted, que es el mejor mago que he visto por estos lares, no gracias soy peluquero no payaso, respondía el peluquero mientras sacaba del bolsillo izquierdo de su pantalón, cabellos de Gobernador que remontaban a la primera vez que lo había visitado tantos años atrás y, sin que él lo viera, se los acomodaba entre cada dedo para después dejarlos caer uno a uno mientras hacía movimientos espectaculares con su tijera de plata cuyos sonidos eran tan impresionantes, secos y metálicos que hacían más placer y efecto a los ojos que a los oídos, por ese motivo todos los presentes, e incluso el joven testarudo que quería que le cortaran el cabello todos los días, se quedaban atónitos delante de los artificios exuberantes de ese maestro ingenioso de las tijeras cuyo secreto se llevó a la tumba, pues revelarlo suponía una muerte segura por haber traicionado y engañado como a un niño a Gobernador que, al final de la sesión, se observaba complacido a través de un espejo que ese peluquero le sostenía detrás de su cabeza, moviéndolo con movimientos también mágicos para que él viera menos cabellos ahí donde simplemente estaban los mismos pero un poco más ordenados que antes, gracias al agua tibia con ungüento de raíces del Amazonas que le emparejaban la superficie del cabello, dejándolo inmóvil contra ese viento de las cinco que me despeina cuando camino contigo y, no

te lo quería decir, pero me está comenzando a parecer que hasta el viento está celoso de estas salidas tempestuosas de nosotros dos, pasajera de mis sueños y, como contra el viento por ahora no puedo luchar, me fui para que el peluquero que me cortó el cabello de manera que pueda pasear contigo honrándote con cabellos ordenados y limpios que se quedan inmóviles incluso delante del desastre de esta arena y este viento decembrino que ensucia los porches de las casas, desviste las matas de los patios y carga a los habitantes con caras de loco de lo desarreglado que los deja, por lo que me parece que le voy a enviar a ese peluquero tan buena gente a todos los hombres de Pueblo para que les eche una arregladita y tú no tengas que pasearte delante de tanto feo, así que me fui a hablar con el peluquero personalmente y, al inicio no quería, porque usted sabe, trabajo en esto desde hace tiempo y tengo ya mi clientela fija, y yo le respondí que no es un problema, te podemos poner un salón más grande, pero él respondía que ya con el trabajo que tenía llegaba cada noche extenuado a su casa, y yo insistía con lo de un salón más grande y si quiere le pago una bella ayudante, pero mire, a mi esposa no le gusta eso de ayudantes mujeres, entonces un ayudante hombre, le decía yo, el único hombre que trabaja en mi peluquería soy yo, respondía él, imagínese todo el dinero que va a ganar, que a mí el dinero no me importa, señor, le regalo una casa, insistía yo, ya tengo, decía él de inmediato, le pago un curso de peluquería en París, los franceses se peinan como locos, me decía, y aunque el peluquero, amada mía, me estuviera tan simpático y fuera tan bueno en su trabajo, me vi apuntándole en la sien una pistola de doble cañón porque no vas a ser tú, peluquero de mierda, que vas a hacer que a mi amada le duelan los ojos por estar viendo gente fea por todas partes, y el peluquero tuvo que decir agobiado por el pánico, que por qué no, que con mucho gusto seré el peluquero de medio mundo si usted así lo desea, Gobernador, y su respuesta eliminó como por arte de magia a todos los otros peluqueros de Pueblo, muertos uno a uno en accidentes improvisados que nunca nadie se interesó en averiguar porque al fin y al cabo todos salían ganando: las viudas que heredaban propiedades y burros de carga que sus maridos nunca tuvieron, los policías que no fueron a ver lo que pasaba porque alguien nos dejó pagas las cervezas en El faquir hasta el otro día, y el Padrecito que recibe una prima por cada oficio de difunto celebrado, y yo me sentí tan triste porque todos esos peluqueros muertos eran primos míos y la gente sin compasión me dice que soy yo el único peluquero que les queda, así que tiene que trabajar hasta los

días de luto, señor, imagínese usted que le maten a media familia y que además tenga uno que trabajar como un loco para suplantarlos porque, como usted sabe señor, nuestra familia es estirpe de peluqueros, éramos, quería decir, porque ahora soy el único que queda y mi mujer no quiere tener hijos por miedo que se los maten en un accidente y, para qué hijos, teniendo veinticinco perros en la casa y, como es ella la que manda, pues qué le puedo hacer, hay que esperar que los huérfanos de mis primos tengan la vocación de peluquero, pero sinceramente no creo, señor, porque ellos andan alborotados con ese bendito Gobernador que con eso del orden en Pueblo para que no le despierten a la novia, los vistió a todos de verde y ahora ellos andan con fusil en mano diciéndole a las señoritas de por aquí que te cases conmigo, mujer, que voy a ser general, por lo que no sé quién me va a ayudar a cortarle el cabello a esa cola cotidiana de jóvenes que le da dos veces la vuelta a la plaza principal y que entran sudados de un sudor polvoroso pidiéndome con voces de seudomilitares que me corte el pelo como Gobernador, y eso se repite cada día, amigo mío, así que el truquito del pelo en el bolsillo lo tengo que hacer con cada uno para que mi novia no me vea despeinado, repiten todos como loros, para que mi amada no tenga que ver tanto cara de loco mientras paseamos, me dicen todos, aunque en realidad no paseen un carajo, porque el único que pasea en este pueblo es Gobernador al cual todo el mundo se quiere parecer, por eso me piden que les eche ese bendito ungüento de raíces amazónicas que deja parejito el cabello, y ya los indios Yanomamis, que eran los que me lo traían, no lo quieren traer más porque tal era el pedido que acabaron con media selva y, así me dijeron, si seguimos en ese plan no va a quedar nada por aquellas partes, pues los guacamayos no tienen ya ramas donde descansar y andan volando todo el tiempo, convirtiendo el cielo en un arcoíris constante, los cocodrilos se quedaron sin dientes porque ya no hay más nada que comer en el Orinoco y todo ese poco de verde se está convirtiendo en un peladero por el bendito ungüento de raíces para tener el cabello bonito e inmóvil, pero ya todo se está resolviendo, señor, y el producto me está llegando otra vez, desde el día en que le expliqué a Gobernador lo que ahora le estoy explicando a usted, y él me preguntó, dígame la verdad señor peluquero, qué es más importante para usted y para la salud del pueblo, los guacamayos, los cocodrilos, los ríos y las matas de por allá, o este humilde servidor que es su más devoto cliente, pero antes de que yo le respondiera que eran dos cosas diferentes, señor Gobernador, él me cerró el paso con una

orden inapelable que dio a dos de sus Gorilas más cercanos: se me van para allá y me traen todo el ungüento que encuentren y no se me paren en guacamayos, toros, gallos o indios, y desde ese día hay ungüento para todo Pueblo e incluso para exportar, amigo mío, por eso, usted los puede ver, todos andan contentos con sus cabellos iguales y cortos, bien cortos, que Gobernador puso de moda desde aquel día en que le parecieron tan lindos los cabellos de una muchacha que pasaba y no se aguantó las ganas de hacerle un pipopo, cosa rara en él, pues solo tiene ojos para su amada, qué lindo pelo negro, princesa, le dijo, y la princesa se volteó y con voz ronca le contestó sin verlo, más princesa será el coño de tu madre, marico, solo después de esa frase los dos jóvenes se quedaron como petrificados porque, Gobernador se dio cuenta de que la del pelo largo era un hombre, y porque el otro sintió el escalofrío súbito de la muerte al corroborar que le acababa de mentar la madre nada más y nada menos que al joven Gobernador que estaba aumentando de más en más, no solo su popularidad, sino también la sumisión de todos hacia su persona, pero nada de eso intimidó a ese muchacho de pelo largo, pues cuando Gobernador le gritó en la cara con su aliento caliente y su saliva fría que el pelo largo es para las niñas, él, con la muerte en los ojos, le replicó que más niña será el coño de tu madre. Más nunca nadie lo vio. Se desapareció al instante con su pelo largo y el de todos los otros, pues no hacía falta ninguna ley para que Pueblo entendiera que no quiero a nadie con el pelo largo aquí, porque solo tú puedes tenerlo largo, mi amor, y eso valía para mujeres y hombres y, después de poco, ya no había ningún hombre de pelo largo, y las mujeres que quisieran dejárselo crecer tenían que llevarlo cuatro dedos más corto que el tuyo, pues tú las superas en todo, y por ello cuando a mi princesa le daba por tener el cabello un poco más largo, todas debían adecuarse a su voluntad, aprovechando para dejarse un poco más largo el moño, o eliminarlo del todo cuando al amor mío le diera por imitar el pelo corto a la garçonne que se usaba en París por esos años y que te queda tan bien.

* * *

Cuando a ella le daba por tener el cabello un poco más largo, todas debían adecuarse a su voluntad, aprovechando para dejarse un poco más largo el moño, o eliminarlo del todo cuando al amor mío le diera por imitar el pelo corto a la garçonne que se usaba en París por esos años, y que te queda tan

bien que no hay que detenerse ahí, hay que seguir cambiando el rumbo de las cosas para que te sientas todavía mejor en este infierno, en este pueblo ingrato de tu existencia que ahora mismo va a saber cuánto vale su mujer amada y cuán poco todas las otras personas y cosas que lo pueblan, por eso cargó a esos Gorilas de un sinfín de etiquetas con el precio que todos los seres en Pueblo debían tener, y en eso estuvieron durante semanas, cada objeto, por pequeño o grande que fuese, había sido etiquetado con el precio que le correspondía, porque aquí de una vez por todas los habitantes tienen que saber el precio de las cosas que, sin pudor alguno, tocan, huelen y comen y, ni siquiera los mangos que naturalmente caían de los árboles, ni los peces del Caribe, ni siquiera los machorros, ni el cacao que los niños chupaban por las calles, ni los guacamayos descansando en las matas, ni los buchones atragantados de peces, nada que estuviera en aire tierra o mar, se había salvado de ese inventario universal, de ese supermercado al aire libre en el que se había convertido Pueblo y, cuando se había acabado de ponerle precio a las cosas, comenzaron esos Gorilas a etiquetar a los animales y, más tarde, a las personas, porque en esta vaina todo tiene que valer algo, menos tú, que nadie te colocó precio para que todos sepan cuánto vales y, cuando llegó la hora de nuestro paseo por el mercado, no lo pudiste creer, hasta las moscas que bailan arriba de las carnes y los pescados poseían etiquetas minúsculas en sus patitas traseras, claro mujer, 3000 moscas valen cuanto un grillo y 800 grillos valen cuanto un sapo y tres sapos valen cuanto una rata y 200 ratas valen cuanto una iguana y 10 iguanas cuanto un conejo y cinco conejos cuanto un gato y, al terminar el paseo, el amor de Gobernador sabía cuánto valía una vendedora de arepas, un frutero y hasta un Padrecito, Gobernador, no puedo creer en lo que veo, hasta a las nubes allá arriba le pusiste precio y a las gotas de lluvia que caen los sábados al mediodía y a todo y a todos, que me miraban como a un espectro por no imaginarse ellos cuánto podía valer yo que no tenía precio y que, por eso mismo, en realidad no valía nada, contrariamente a su ama de llaves que, por haberse encontrado un precio pegado en la nalga izquierda, no tardó en irse al puerto a venderse y, por ser tan pobre la gente ahí, tuvo que venderse a crédito a panaderos, pescadores y hasta borrachos que le cambiaban botellas vacías de ron por besitos suyos y, mientras tanto esa mujer se buscaba y buscaba por entre sus senos, axilas, por entre su cabello y sus piernas, sin encontrarse ningún precio, por eso, llorando, le dijo a su ama de llaves, qué aburrido es esto de no tener precio, qué triste es esto de no

valer nada y, para vengarse de ese tal Gobernador, persiguió por toda la casa a una banda de esos conejos que se la mantienen chamuscando todo en el patio y atrapó cinco entre sus manos de reina, y no dudó en robarles sus precios y pegárselos uno a uno ahí donde solo él sabía y vaya si supo ese Fantasma que, a medianoche, se le presentó con un gato negro entre sus manos que te cambio ahorita mismo por tu cuerpo. Aquí está. Una a una Fantasma le despegó esas etiquetas de conejos, que eran lo que esos dos amantes parecían, cuando por fin él encontró, ahí donde solo ella hubiera imaginado pegarse, esa etiqueta, ¿ahí?, no más abajo, ¿ahí?, un poquito más arriba, ¿ahí?, a la izquierda, ¿ahí?, con cuidado que me duele, Fantasma.

* * *

Una a una Fantasma le despegó esas etiquetas de conejos, que eran lo que esos dos amantes parecían, cuando por fin él encontró, ahí donde solo ella hubiera imaginado pegarse, esa etiqueta, ¿ahí?, no más abajo, ¿ahí?, un poquito más arriba, ¿ahí?, a la izquierda, ¿ahí?, con cuidado que me duele, Fantasma, que cada noche se frotaba en las nuevas coqueterías que esa mujer lunar le preparaba en la frescura de esas madrugadas en las cuales se veían descansadamente y, a la misma hora, las doce del día, se despertaban a la mañana siguiente, como si los dos se hubieran puesto de acuerdo, abrían los ojos en el mismo instante, recordando la noche pasada como si fuera un sueño que nunca jamás habría de repetirse, por ello él cada día, a esa hora precisa, se revolcaba en el ansia de la espera para que la luna saliera y, al inicio, tiraba piedras y piedras al sol para que te vayas a joder a otra parte catire bello, pero acaso a los nísperos llegaba en su afán por botar a ese objeto luminoso que me separa de ti que, como yo, te acabas de despertar y, como yo, estás concentrada en mi ausencia y en la hora precisa de nuestro encuentro, pero ella, también apenas despertada, estaba más bien sumergida en los pensamientos de ese otro joven Gobernador que me dejó dormir hasta tarde, deteniendo el tráfico, tan bello él, y un calorcito le abrazaba a ella el corazón, monopolizando todo su sentimiento en ese que se me presenta a cada momento con una excusa tonta, ese que me reparó de las lenguas malas de mis vecinas, ese que se la mantiene presentable y mantiene al cosmos mismo presentable para que yo me obstine por encontrar detalles imperceptibles en este mundo para que él venga al otro día y lo corrija, y más repetía ella ese ese

ese, más el calor asfixiante de la envidia acaparaba el cuerpo de ese otro fantasma nocturno, al cual esa moza tan bella está volviendo loco, mírenlo cómo cada mediodía va sin rumbo por las esquinas de Pueblo, tirando piedras al sol y cubierto de abrigos como si estuviéramos en el páramo, cuando aquí el calor está que rompe piedra, pero entonces se acercaba la hora del almuerzo y, esa muchacha, previniendo las visitas que dentro de poco le haría Gobernador con cualquier excusa, dejaba de pensar en él, convirtiendo sus pensamientos amorosos en chismes que repartía entre los trabajadores que mantenían su casa pulcra, qué raro que no ha pasado por aquí ese testarudo muchacho que viene diez veces al día para confirmar si los pajaritos siguen cantando, si en el horno los plátanos están listos, o si el cielo está bien así o prefieres que llueva, y el joven Fantasma reconocía la voz de ella, lejos de ahí, dándose cuenta de que su amada no estaba más pensando de forma idílica en el maldito Gobernador, y su negro cuerpo iba tomando entonces a retazos una temperatura normal, y ahora sí me puedo ir a almorzar en paz como Dios manda, decía Fantasma, consciente de que ahora le tocaba a Gobernador el suplicio de la espera, visto que la hora del almuerzo para ese joven déspota era la recta final de su espera por nuestro paseo de las cinco y media, y como le daba mucha pena de continuar molestando con la cantaleta de que se me olvidó algo en tu casa, tomó la decisión más infeliz de su vida: escuchar los movimientos de su amada para saber qué estás haciendo a esta hora del burro, en qué parte de la casa te encuentras y quién está cerca de ti en este instante preciso, y para ello obligó a callar a todo el pueblo porque no serán ustedes los que me van a impedir que yo sepa qué está haciendo mi amada y por qué, cómo no, gritó un grupo de Gorilas que ejecutaban sus órdenes cuales dogmas, y entonces los viejitos que jugaban dominó en la plaza después del almuerzo no pudieron gritar más que tú hiciste trampa, no, fuiste tú, no, tú, y, lo que era todavía más grave, no pudieron continuar a golpear el dominó contra la mesita descolorida, gesto que los mantenía jóvenes a pesar de sus edades que pasaban de los cien, y las ancianas que, debajo de las matas de tapara, brindaban con sus tazas de tapara seca, imaginando que eran largas copas de champaña y llamando con nombres largos y suntuosos a sus amigas muertas, ahora, obligadas por Gobernador, tenían que hacer lugar a un silencio de consagración de esos que el Padrecito exigía únicamente en sus misas con asistencia plenaria de gallinas, burros y chivos que él pretendía catequizar, e incluso los niños que retozaban a esa hora en los salones de la

escuela, debajo de los hirvientes techos de zinc, por orden de ese que debía escuchar los latidos bellos del corazón de mi amada, estaban obligados a jugar a los muertos el tiempo que fuera necesario, quedándose impertérritos, sin expresión alguna, aguantando las gotas ácidas de sudor que les bajaban en cámara lenta por todo el cuerpo, metiéndoseles en sus ojitos entrecerrados, que debían dejar todavía más cerrados porque el que los abra pierde y se muere de verdad verdad, susurraba esa maestra de tercer grado que era conocida por ser una de las más fervientes seguidoras de Gobernador y por haber educado a su hija, no en el arte de la enseñanza, como la habían educado a ella, a su madre y a su abuela, sino en saberes extraídos de libros ociosos con cuerpos desnudos y técnicas y posiciones de circo, por si lo llegas a conocer, hija mía, te ganes el amor que tu padre nunca me dio, sin imaginarse, claro está, que en ese mismo instante su hija virgen, pero con todos los conocimientos de un harem, se encontraba debajo del sopor de la hora del burro con tres tristes griegos provenientes de un barco sin nombre ni bandera, que se ahogaban en sus zonas temerarias en medio del silencio más sordo de la tierra, sintiendo como si luchasen con un pulpo sudoroso que no se dejaba agarrar, al mismo tiempo que agarraba todo a su paso con una sola mano, porque con la otra se traspasaba la boca con el dedo índice en señal de una amenaza que esos griegos ya conocían desde el inicio, el que hable pierde, pero ninguno chitó, y el silencio fue respetado a tal punto que el joven Gobernador pudo, en plena hora del burro, percibir, como en una clarividencia, el susurro del espíritu de su amada pensando en otro que no era él, y el suspiro que se le escapó fue tan sincero y melancólico que, a causa de su orden de que nadie hablara, todos lo percibieron tan nítidamente que, todo Pueblo quedó sin aire mientras él lo aspiraba todo, para después recobrarlo con su espiración tenue y profunda, pero no quiso que nadie supiera eso que él ahora sabía, pues solo quedaban dos largas horas para poder pasearme contigo por los altiplanos del pueblo y su única preocupación, entonces, fue de encontrar una acción que lo pudiera sacar del manicomio de su intuición triste, de su triste intuición y, por qué no, se dijo a sí mismo al percatarse que era la iglesia el lugar donde quería realmente ir, entonces cambió súbitamente su rumbo y se encontró de frente a esta, pero no entró por la puerta principal como todos los cristianos, sino que bordeó esa iglesia, pequeña y vacía como estaba, y tocó tres veces la puertecita de la casa parroquial donde el Padrecito en manga corta se esforzaba por catequizar a una gallina que lo miraba diciendo que sí

todo el tiempo. El sonido triple de la puerta a esa hora asustó al sacerdote, pues rompía con la inmovilidad de la hora del burro en donde, según órdenes expresas de Gobernador, nadie tenía que hablar así que venga más tarde. Soy yo, escuchó desde detrás de la puerta, y de inmediato se levantó el Padrecito sudando frío. Adelante. El olor a plumas de gallina mezclado con incienso le perturbó la garganta al joven visitador. ¿Qué lo trae por aquí?, dijo el sacerdote sin voz. No es con usted que quiero hablar, le replicó Gobernador. Tome asiento, le propuso el Padrecito señalándole su cama de soldado. Pero el joven, taciturno, le repitió con una voz como cansada, si quiere se lo digo en latín, con usted no quiero hablar. El padre le repuso, esta vez con seguridad y sin respirar, viene a mi casa toca la puerta se sienta en mi cama y después me dice que no es conmigo que quiere hablar. Ya sin paciencia, el joven posado ahora de frente a él, afirmó, dígame que estoy aquí. Sin entender nada el sacerdote utilizó la última pregunta que le quedaba encima, ¿a quién? Vine a hablar con dios, dijo Gobernador.

Prisionero

Milagro! Se dijo a sí mismo. Prisionero estaba viendo, justo de frente a su bote-cárcel, una lata corroída por el sol en la cual lograba apenas leer la palabra «jugo».

Comprendió por ello que Gobernador, que lo había encerrado en ese mundo sin libros materiales, conocía su cruel miopía por lo que, antes de meterlo ahí, rompió sus míticos anteojos de pasta negra. Para Prisionero esos anteojos eran una prolongación de su cuerpo y, antes de ese encierro forzado, nunca nadie, ni con caricias ni con golpes, había logrado quitárselos. En realidad, tampoco en esa ocasión se los habían logrado sacar y lo único que pudieron los Gorilas fue romperles los vidrios, dejando a Prisionero durante ese primer día de su encierro, así, como él mismo se recuerda: sentado con sus manos apoyadas en las rodillas y quietecito como un niño obediente, tratando de leer a través de sus anteojos sin vidrio los carteles y anuncios allá en tierra firme. Pero Prisionero ahora no lograba leer nada. La distancia que lo separaba de Pueblo era la exacta para que él no se pudiera extasiar en la lectura de Café El faquir, Gallera las tres cruces o Prohibido bañarse. Su vista se limitaba a puntos que se movían de aquí para allá en Pueblo y a los cuales él, víctima de su deformación profesional, le inventaba nombres y destinos para pasar el tiempo. Esa lata ahí flotando era por eso un milagro, o acaso un error de Gobernador, que le proporcionó a Prisionero un placer que ya ni siquiera se atrevía a soñar.

El sentido de la pena carcelaria de Prisionero, no estaba en la ausencia de libertad de su cuerpo, ni mucho menos en la soledad de su persona, visto que su creación literaria lo hacía estar acompañado por centenares de personajes en los lugares y tiempos más diversos.

Su castigo consistía más bien en colocarlo en la imposibilidad de ejercer la escritura y qué mejor manera que impedirle la lectura. Prisionero gracias a esa palabra «jugo», ahí de frente, tuvo la intuición suicida de que, sin la lectura, su escritura estaba destinada a mutar lentamente, hasta convertirse en una actividad que nada tenía que ver con esos libros que, antes de su cautiverio,

sus compañeros le enviaban por barco en cajas en las cuales se podía leer, no abrían solo libros, para evitarle a los ladrones aduaneros de perder su tiempo en un delito tan poco rentable en Pueblo.

Pensó con nostalgia en todos esos clásicos de la literatura, leídos hace ya tanto tiempo. Su encierro había sido tan largo que ahora Prisionero recordaba a todos los personajes, los lugares y las historias de esos libros bajo la estructura de una trama única e inseparable. Su prisión le hacía recordar la historia de la literatura universal como una única gran novela para su uso personal.

Pero al cesar de evocar esa gran trama siempre se quedaba con el mismo resultado: gotas saladas, sol radiante y ausencia de libros. Qué otra cosa podía hacer en medio de tanta desolación aparte de fijar nuevamente su mirada en esa lata flotando a su lado con un vaivén vertiginoso y la palabra jugo escrita. Tantas eran las ganas de explotar hasta el máximo el milagro de esa palabra escrita, que decidió, llevado por el placer de la lectura, leerla y releerla hasta el cansancio, jugojugojugo.

Leía esa palabra como si fuese el último ser al cual aferrarse para no morir de canícula literaria. La leía en tiempos diversos, algunas veces con una velocidad de loco, otras con una muy lenta pronunciación que le hacía estirar la palabra hasta por dos días. En ocasiones la leía incluso con sonoridades, acentos y melodías diferentes. La simple lectura de esa palabra le sobraba para elevarse sobre todos los otros elementos naturales con los que en su cautiverio vivía. Jugo. Era lo único que lograba leer en esa lata porque cuando trataba de leer otras palabras escritas se daba cuenta de que ya el sol las había leído por él y, de paso, las había desaparecido. Pero ese percance lejos de molestarlo, era el punto de partida de otros de los viajes de su imaginación que se empecinaba en interpretar eso que la vista no lograba, y que lo hacía saborear sabrosos jugos en todas las latitudes del planeta. Para Prisionero interpretar no era otra cosa que crear.

Pero después de cada viaje de la imaginación Prisionero volvía irremediablemente a su cuerpo bronceado de náufrago y a esa lata, todavía más desteñida por el sol, que desde hacía tiempo se había sumado a los objetos que lo acompañaban en su cautiverio: una columna vertebral de pescado que hacía las veces de una pluma sin tinta, un sombrero de caracol que protegía su imaginación del sol y un pañuelo blanco que aquella mujer subida en el lomo de su amado le lanzó desde el cielo.

Las ganas de la lectura de esa palabra no habían cesado, aunque ya hacía tanto tiempo que estaba tan concentrado en ella que, incluso, la conocía de memoria, él que tenía una memoria tan rara.

Ese día lo pasó fijado en esa palabra con una abstracción tal que ni siquiera el sol lograba distraer. Fue entonces que ese jugo que observaba comenzó a desfigurarse delante de él y a descomponerse en otras palabras derivadas de sus letras. En ellas pasó otros muchos años: jugo, ujgo, juog, ujug, oguj, ogju, gouj, goju, gujo, guoj, ugjo, ugoj, jogu, joug, ojgu, joug, uogj, ougj, uojg, oujg, gjou, gjuo, jgou, jgou... y después de leer miles de veces las derivaciones que esa palabra tenía y de familiarizarse con ellas, optó por dar a cada una de esas palabras, sin sentido ni definición, el estatuto mágico de ser un personaje, nombre de ciudad o animal exótico dentro de una narración literaria. Gujo sería entonces el macho de la Goju, cuya reproducción extraordinaria de millones de crías se realizaba en la selva Jogu en donde vivían los seres Ugjo, los más temibles que conociera el planeta Gjuo, cuya capital es Uojg y se encuentra en. Pero irremediablemente Prisionero estaba desilusionado de su creación y recomenzaba de nuevo. Se sentía frustrado por tratar de hacer literatura a partir de una mezcla matemática de la palabra jugo. Esas derivaciones de las letras que componen esa palabra no eran más que creaciones racionales que nada tienen que ver con el sueño guiado que es la literatura.

Recomenzó entonces con todo el placer del mundo la relectura de la palabra jugo por otros incontables años y, sin que se lo propusiera, puso en práctica otro artificio para calmar las exigencias desaforadas de su vocación. Consistía en asociar cada letra de esa palabra a nombres y apellidos, formando así el nombre completo de un potencial personaje.

Se vio de este modo delante del señor Juan Umberto García Otero, que no tardaría en convertirse en el niño Juancito, el pintor Umberto, el cardenal García y la viuda de Otero, quienes, por una extraña convergencia de casualidades que Prisionero habría de contar, cruzarían sus destinos en una ciudad, café o plaza pública para dar vida, después de dos generaciones, a ese Juan Umberto García Otero, protagonista de la novela que acababa, justo en ese instante, de comenzar a escribir en el piso de ese bote con su columna vertebral de pescado que hacía las veces de una pluma. Prisionero corroboró entonces esa intuición suya de que una palabra, frase, olor o sabor es más que suficiente para pasar toda la vida escribiendo. Jugo, volvió a leer la palabra, jugo, José Ugarte Gaviria Otaiza, jugo, Juventud de Unión Gremial Organizada, jugo.

Mariadelosángeles, Pabloelmarinero

Bastaba acercársele brevemente, tocar sus olvidos, olvidar sus vestidos, para darse cuenta de que Mariadelosángeles solo buscaba que un hombre, un hombre cualquiera, la tranquilizase con la frase que aquel le había dicho una vez, eres bella, sí, eres bella. Esa frase que ella le había robado de sus labios, los de él, durante una noche lejana que todavía hoy la hacía vivir.

Ese marinero que en lugar de dejar en cada puerto un amor depositado en lo más profundo de una mujer, dejaba el amor de ella, el único posible. En cada puerto se quedaba el amor de María como abandonado, quién sabe si olvidado por él como una maleta.

Ella le había robado esa frase a ese marinero alto y, con ella, él se había quedado ahí, también ahí con ella, como ella.

Sus cuerpos apenas eran perceptibles, sobre todo el de esa mujer. Un cuerpo frío, blancuzco, sin rastros de nada ni huellas aparentes. Él la miraba recordando o al menos tratando de recordar cómo había terminado ahí. Ella susurraba algo y lo miraba. Ya llevaban varias cervezas y el tiempo había pasado, aunque todavía no fuera tarde: siempre llegaba ese momento extraño que no era día o noche, temprano o tarde, hoy, mañana. Él lo había agarrado infraganti, a él, al tiempo extraño, y ahora pensaba en sus olores, sus posibilidades, en el momento preciso en el que había llegado a ese cuarto.

Sus labios se acariciaban y se alejaban y después se volvían a tocar. Era jueves, pensó ella, y un miedo le recorrió el cuerpo, una sensación caliente que solía presentársele cuando pensaba en cosas del mundo, simples y humanas. Ellos ahí tirados y juntos parecían lo que eran, seres humanos enredados en ríos y sábanas en medio de ese tiempo tan espeso que casi podía ser tocado, arañado, tirado por la ventana.

Mariadelosángeles ya casi estaba por llegar a lo máximo de su entrega cuando utilizando las pocas y quién sabe las últimas palabras de su noche le susurró al oído:

¿Soy bella?

Él tal vez no escuchó el clamor sudoroso de su compañera de madrugada. Ella repitió sin arrepentimientos:

¿Soy bella, dime, soy bella?

Él, Pablo, hubiera querido no escucharla. Habría deseado decirle que no, no eres bella, disculpa, pero para mí no eres bella, eres apasionante, calurosa, tierna, pero no bella, disculpa. Pero ni una sola de esas palabras se le insinuó en su boca. Calló. Ella se quedó inmóvil como quien espera un racimo de rosas rojas. Él la miró toda: sus senos marchitos pero jóvenes, su tez más bien reseca, los labios sutiles, los ojos marrones, sus hermosos pies y hasta la geometría de sus zonas íntimas, salvajes.

Eres bella.

Esa frase salió golpeando su garganta, la punta de su lengua, el cerebro apagado que la pensó. Él se sintió raro, como aislado sí mismo.

María se susurró a sí misma:

¿Realmente lo piensas?

Pero la frase se le reventó en el instante, terminando en un chillido fuerte de oídos y en una gota fría recorriendo los altiplanos de su espalda.

Sí, realmente lo pienso.

Respondió Pablo al opaco silencio del cuarto. Él no quiso decir eso, que sí, que era bella. Y tal vez fue precisamente esa falta de sinceridad la razón por la que esa respuesta se quedaría en ella como lo que era: tu respuesta tuya, Marinero.

Él se sintió triste, como desposeído. Una parte de sí mismo se le había escapado con esa pregunta de ella, se le había ido con ella que miraba contenta a ese mentiroso bello.

Aunque le costara reconocerlo, era la primera vez que un hombre, alguien como él, le regalaba un ramo de flores tan alto y tan rojo. Ese eres bella fue el triunfo de su espera por un marinero. Muchos hombres habían pisado el césped salvaje de su sexo, pero ninguno lo había olido, se había acostado en su verde superficie. Muchas noches habían pasado por su espalda, sus sostenes, por sus pequeños pies de cenicienta, pero ninguna de ellas habían sido día, como esa noche que fue noche y fue día, visto el sol enorme que Pablo le hizo ver a las tres y cinco minutos hora local, en medio, justo en la mitad de ese orgasmo onomatopéyico que él presenció cual invitado de honor.

Pabloelmarinero se colocó su uniforme sin ruido aparente. Como un gato viejo y torpe se escabulló por la oscuridad de esa mañana con todas las cortinas cerradas. María, en medio de un sueño aparente, olió cada movimiento de ese

marinero a través de su ropa: la hebilla de ruido metálico, sus zapatos de héroe, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul. Por entre el espejo Mariadelosángeles lo pudo observar a través de una imagen robada y nublada pero nítida: era el hombre más hermoso de los océanos, un capitán de mil batallas, mi héroe tan lindo.

Eres realmente bello. ¿Lo sabes?

Él no entendió de inmediato que, también para ella, era la primera vez. Nunca antes ella le había dicho eso a nadie: se sintió, ahora sí, desvirgada.

Ese hombre vestido de un blanco resplandeciente se limitó a mirarla con una mirada a la vez satisfecha y paternal. María sintió frío y se cubrió con la almohada.

¿Dónde vas?

Hoy salgo a las tres del Puerto Sur para...

No lo digas, por favor.

Y antes de que él pudiera preguntarle el porqué, ya ella cogitaba su respuesta más sincera, más suya.

Porque odiaría por siempre ese lugar sombrío; porque la República de mi cuerpo le declararía la guerra más afanada del mundo; porque recorrería sus calles y sus ríos para buscarte debajo de cada sombra, detrás de cada ventana, en el fragor matutino de sus patios, en sus puentes; porque me convertiría en el hazmerreír de sus habitantes de tanto buscarte, en la loca del Barrio, en la dictadora sin esperanzas que te busca detrás de cada ley, cada discurso, cada oprimido; porque mi vida se perdería en un estudio desenfrenado de su geografía, su historia y sus dioses para ver en cuál de sus detalles te esconde, porque...

Pero Pablo no agregó más nada. Se limitó a callarla con un beso suave como un pañuelo, al mismo tiempo que le susurró con una voz quebrada de llanto un mensaje que Mariadelosángeles no pudo descifrar.

Ella le cerró el paso:

¿No te da vergüenza dejarnos en esta mierda, marinero?

Pablo trató de responderle de la forma más precisa posible, como solía hacerlo en esas ocasiones. Alguien como él estaba más que acostumbrado a los ataques de histeria de las mujeres que dejaba abrigadas debajo de las sábanas de los hoteles de mala muerte del mundo entero. Conocía tan bien la situación, que ya había renunciado a las frases que, al inicio de su carrera de marinero, utilizaba espérame, volveré, fue una noche única, Patricia, que me llamo Eleonora, marinero maldito.

Ahora no. Su actitud era vehemente, austera, fue lo que fue, belleza, quizás nos volvamos a ver, cariño.

En una frase del género estaba pensando para hacerle frente a la violencia de esa mujer que pocas horas antes simplemente le había parecido otra cosa. Mas no había traducido sus pensamientos en palabras cuando ya se había sentido atropellado por la voz ronca de Mariadelosángeles:

No te preocupes, marinero. No me malinterpretes. Cuando hablo de mierda no me refiero a esta situación de mierda tuya y mía, al hecho que tienes que irte, a todo esto. Estoy segura de que sabes muy bien de qué te estoy hablando.

Él entendió.

No era la primera vez que alguien le hablaba de eso, acusándolo de endosar su lindo uniforme y salir a recorrer mundos, dejando intacto a un Gobernador cada vez más Gobernador. Sobre todo, las mujeres con las que compartía sus noches en Pueblo, las únicas que conocía, eran sensibles al tema. Pero Pablo las toreaba con argumentos de oficio para pasar súbitamente a caricias y besos de circunstancia, actividades en las que era tan bueno que siempre lograba cambiar el tema.

¿Qué quieres que haga? —dijo sinceramente él—. Para mí un marinero de guerra no es un marinero. El mar para mí es antónimo de política.

Tan lindo y tan cobarde.

Entonces míralo desde este punto de vista: eso que tú llamas miedo es el precio para salvaguardar mi belleza.

* * *

¿Qué prefieres tú: un hombre lindo o uno muerto?

Ella lo deseó en ese momento. Sentía rabia y lástima por ese mismo hombre que ahora le humedecía el cuerpo.

Pablo pareció oler el lamento sordo del cuerpo de ella y se le acercó como para estar seguro. Le dio un segundo beso de despedida que de ser tan largo le hizo olvidar el Puerto Sur de donde ese día no saldría y el destino, nunca dicho a María, en donde seguramente otra mujer se había quedado esperándolo.

Dieron las tres en el reloj de la iglesia del Padrecito y el beso de despedida todavía duraba. Las seis, las ocho y las diez y quince y las tres y solo la luz de la mañana siguiente logró separarlos de aquella despedida que terminó en cita:

Nos vemos en el espejo.

Le dijo con voz tenue Pabloelmarinero mientras se vestía. Esta vez no había caído en la trampa. Sabía que ella estaba con sus ojos bien abiertos debajo de la sábana.

Muchas veces en sus innumerables viajes le habían hecho esa pregunta. Pabloelmarinero tenía siempre en sus labios la respuesta segura. Por ello cada vez la extraía como de un bolsillo y la gente se quedaba, en la mayoría de los casos, convencida, pero sin entender:

38 grados, Oeste.

Siempre había uno que riendo le respondía inmediatamente:

Así te gustan las mujeres, Pablo ¿38 grados, Oeste?

Él ponía cara de viejo patagón y contestaba simplemente:

Sí.

Pocas veces entraba en los detalles de su respuesta. Pero cuando lo hacía podía pasar una noche entera hablando de ello delante de una buena botella de ron añejo.

En el cuerpo de ellas hay signos y letreros, parques y esteros, horizontes, lares preciosos, fuentes desbordadas, que ellas conocen bien con una memoria que recuerda todo eso como a objetos sacros.

Ellas llevan en sus ojos como un reflejo aquel maremoto, emoción primera, que las dejó perplejas delante de esa lava caliente y roja que comenzó de pronto a brotar de sus entrañas para demostrarles que la vida depende de ellas y solo de ellas. Después vinieron los terremotos del amor en la cama que ellas viven como nadie. Esos incontables movimientos sísmicos que se explotan durante noches sin noche, en los lugares más perdidos de esa tierra y este mar. Cómo reaccionar delante del descaro del cuerpo de una mujer, ciempiés cuesta arriba, tocando y tomando a la vez en un solo acto de posesión múltiple y certera, promoviendo toda suerte de cosquillas, calores y dolores en un mismo quejido. Es fácil perderse en el templo de lo femenino. 38 grados, Oeste. Ahí se encuentra el lugar.

Aunque Mariadelosángeles no lo sabía, o acaso se lo negase, a Pablo le bastaba decirle, 38 grados Oeste, para que entonces se buscara a sí misma con la ayuda de las manos de él por entre la foresta hermosa de su pubis,

en el cañón suave de su barriga, en el barro tibio de su boca y, sí, aquí estoy encontrada, amor mío. Se hallaba, ella. Estaba ahí, en el mismo cuerpo que su madre le había pasado como una maldición o una herencia. Ahí donde nunca se buscó. Se reconocía de pronto y sentía una felicidad como de chocolate, gracias marinero. Por fin sabía ubicarse en ese grado 38, en el Oeste de sus placeres, amor mío, repetía sin cesar, amor, amor mío.

Pero ya era demasiado tarde porque Pabloelmarinero ya no estaba ahí ni en ninguna otra parte del mundo de esas mujeres. Se acababa de ir en busca de sus coordenadas propias, es decir en busca de Mariadelosángeles, dejándolas en el fragor de una belleza reencontrada que mostrarían lo antes posible a otro hombre bello de mi vida, mira esto, 38 grados Oeste, mírame esto, papito rico, y le enseñaban esa cosa que era de ellas y solo de ellas, te lo presto, pero este tesorito es mío, belleza.

Ya el marinero estaba lejos y apenas podía escuchar las sirenas sordas de los amores entre esas mujeres, que él acababa de dejar, y los machos que las encontraban admirando sus 38 grados, Oeste. El marinero sonreía y, a partir de ese instante, no las extrañaba más. La silueta de esas mujeres se esfumaba con un humo que llenaba de olores los puertos sur de su partida. Entonces pasaba lo mismo de siempre: la imagen implacable de María se le desbordaba por los ojos, las manos, por la culebra inquieta de su pene. No le quedaba otra, se colocaba sus zapatos de héroe, amarraba los cordones desmayados, la hebilla de ruido metálico, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul.

Veía el resultado de sí mismo vestido en el manchado espejo de ese hotel de puerto que podía ser cualquier otro y se iba, otra vez, a todas partes, en busca de María de su corazón que te busco por todas las islas del Caribe, en los archipiélagos del cuerpo de otra, en las cuevas mediterráneas de mi recuerdo, en el frío atlántico de mis noches sin ti, en el verano más lento del mundo, el del trópico, y ni aquí, ni ahí, ni allá, tú estás, y no me vengas con esa respuesta que ya sé, esa que me comunicas a través de todos los espejos de todos los hoteles del mundo, la vil respuesta que me dice que simplemente tú estás donde te dejé, en el mismísimo lugar donde nos dijimos, nos vemos en el espejo, en ese mismo espejo estás, reflejándote en este momento preciso que te busco y no te hallo, en este instante en el que trato de intuir tu imagen a través de la mía y es que no lo logro ni lo lograré, amada, porque yo estoy aquí, es decir lejos de ti:

¿Y por qué no vienes, Pablo?

Porque no, Mariadelosángeles.

¿Y por qué me buscas donde sabes que no estoy, marinero? Porque sí, María.

Le respondía con tono triste Pablo a ese manchado espejo manchado. Porque es más difícil recordar cuando uno está vivo, María, porque es una muerte lenta no recibir por fin la muerte, el único regalo que el hijoeputa de Gobernador le tiene reservado a cada uno de nosotros, por ello no me supliques más, dile a tu recuerdo de callar y esperar que se muera ese viejo ese inmortal ese cabrón ese, ángel bello, y no te preocupes que yo esperaré, no es verdad lo que se dice, él no es inmortal, mierda, ese bicho terminará por morirse se morirá va a morirse, y aunque cuando eso pase tenga yo noventa años, y aunque las arrugas no te dejen reconocerme, serán mis ojos quienes te reconocerán, joven como te vi aquella última vez en el calabozo, porque estaré vivo, María, ese será mi premio por no escoger el camino fácil de la muerte, ese que tú no pudiste ni siquiera escoger, pues ni viva ni muerta estás, ese tal Gobernador no logrará matarme, María de mi vida, estoy vivo y buscándote por donde quiera que no estés como método para no olvidarte, déjame hacerlo, no me atropelles en plena noche con el monumento colosal de tu cuerpo agitado pero sin carne y hueso, no te transformes en mar enojado, no despiertes a toda la tripulación en plena madrugada con olas más grandes que dios, no te me vuelvas viento recio, no quieras voltear el barco de mi lejanía, no seas esas nubes peligrosas que amenazan, tampoco tempestad, no seas tiburón, María de mi memoria, no castigo, no muerte, quédate así como eres, esperanza, sé vida, vida mía, espera, recompensa, llegada, tierra firme, alba, libertad, que el tiempo vendrá, y mañana será otro día, y bailaremos su muerte enfrente de su cuerpo vencido, arriba de su pena, juntos soplaremos tu saxofón invencible con el que ahuyentas el silencio de la opresión, ese saxo alto, tan alto como un libro, un puño, podrás tocar donde quieras sin que nadie te pregunte qué música es esa, señorita, Gobernador no la quiere, así que pásame ese instrumento por las buenas, que usted sabe que no le podemos hacer nada pues su cuerpo está protegido por su sangre, sangre de familia militar de alta alcurnia, pero no se pase que hasta él, el padre de la patria, el bondadoso, el que todo lo perdona, tiene límites, y usted ya lleva demasiados perdones encima, señorita, así que, insisto, deme ese saxofón, ese instrumento maléfico, ese nido de idolatrías que le hace ver a la gente la libertad por todas partes, alejándolos de la verdadera libertad, esa que consiste en hacer lo que se debe hacer y no lo que se quiere, eso es libertinaje,

señorita, y con eso no se va muy lejos, mírese a su alrededor, observe cómo aquí todo es orden y progreso, cómo lo que antes era un pueblo desesperado con gente que cagaba en las esquinas y fornicaba arriba de los árboles de mango, ahora es un lugar urbanizado, limpio, protegido, donde ya nadie tiene que estar bailando en día de trabajo, ni escuchando música, aquí ya nadie grita como otrora, nadie dice lo que no es, acaso no ve cómo el pedagogo Gobernador nos enseñó a ser gente, ejemplo del mundo civilizado, ideal de virtud, vaya, salga, pásese y demuéstrela a su incredulidad cómo de tantos ladroncitos que había en otrora, ni uno quedó, señorita, ahora usted puede salir tranquila, vivir tranquila, eso es libertad, señorita, se es libre cuando se hace el bien y el que no lo quiera hacer pues que aprenda, no sé si me explico, un ladrón sin manos no puede robar, deme ese instrumento, sea libre como libre es la gente de Pueblo, no sea terca, que si sigue, ni su ilustre árbol genealógico de grandes hombres de armas podrán sustraerla del castigo por sus infelices decisiones, que ni siquiera yo podré salvarte, Maríadelosángeles, escucha al Gorila aunque no tenga razón, que te va a perder y ya más nadie te encontrará, recuérdate que ellos saben perder a la gente escondiéndola en el limbo de la transparencia, amor mío, pero qué estoy diciendo, por nada del mundo le des ese saxo, María, que si lo haces te me mueres en vida, libertad mía, continúa desbaratando al magnífico con notas, silencios y ritmos, sigue, no te detengas que estoy mar adentro pero ya estoy llegando, más agudo, eso es, un lamento más agudo que le duela a todos ellos, que llegue hasta aquí con el viento de la aurora, que termine por demostrarle a todo Pueblo lo que murmuran, que aquí hay una bruja, una bruja lánguida que libera a la gente con sus notas, a través de hazañas musicales que realiza en los infiernos mismos de Pueblo, en los sótanos oscuros, ahí donde ni siquiera la opaca noche entra con su azul petróleo y sus Gorilas, allá donde solo viven Las Ratas, como llaman todos a ese grupo de jóvenes músicos que, según cuentan, noche tras noche apuestan sus vidas por unas cuantas notas salidas de la boca del saxo de María, la que sopla y libera, el que la oye muere y renace, Lázaro, el del número quince, es la prueba, mírenlo ahora, sus ojos poseen el brillo de quien. Esa chica lo agarró por los cabellos y en un sí menor lo arrancó de. Aprovecha María, sopla ángel bueno, libéralo, y ella soplaba más fuerte de frente a un mar de ratas que la observaban liberados por el milagro de un pulmón que emite aire controlado por dedos, amparado por ese saxo, e inspirado por un alma grande grande que no cabe en ese sótano de *Rue de Paradis*.

A los oídos de Gobernador había llegado la noticia increíble e insensata de las facultades sobrehumanas de esa niña malcriada a la que ya le he soportado mucho.

Un coro de seguidores repetía entonces: *Alaquelehesoportadomucho, Señor Gobernador. Esa tal saxofonista que ya me tiene cansado.*

Y todos que sí, Gobernador, ya lo tiene cansado.

¿Cómo se llama la pendeja?

Los presentes se mataban por responder antes que los demás a la pregunta: MarMaríaDeMaríLosMaríadelosángeles, Señor.

¿Y con qué derecho hace todo eso?

Esoquisiéramosabernosotros, Gobernador.

Dizque sobrehumana... Pero si es que en este pueblo de mierda no hay ni siquiera humanos, aquí solo existo yo soy, tú soy, él soy, nosotros soy, vosotros soy, ellos soy, yo soy Pueblo. Lo otro es monte y culebra, nada, negros sucios como ustedes, servidores míos. Con qué derecho entonces esa anda por ahí soplando y haciendo botellas con ese saxo, con qué derecho se atreve a pensar que en este zoológico la gente quiere ser libre, quién le metió esa idea en la cabeza. Ciertamente no mi compadre, el general, pobre hombre, tan cabal, y semejante hija, que ahora se la pasa dizque de profeta, de iluminada, de liberadora musical de los oprimidos. ¿Qué quiere, Secretario? ¿No ve que estoy hablando?

Hay un particular que pienso que usted debería saber. Al parecer la niña tiene un hombre en su vida. Un tal Pablo, marinero, según cuentan. A quien ella espera cada día en el café del hotel El Faquir con la vista fija en el horizonte. La información viene de uno de nuestros informantes presentes en el café mismo.

Pues agárrense la también con ese pescador maricón. No es pescador, jefe. Marinero.

¿Qué cosa, Secretario? Nada señor, nada.

Como le estaba diciendo, a ese tal Pablo lo quiero aquí de inmediato. Ese es el problema, jefe. A eso iba.

Pues hable rápido, Secretario, y deje de tartamudear que para eso no le pago.

Como le estaba diciendo, ese tal Pablo navega para una bandera que no es la nuestra. Estuvimos buscando su paradero y supimos que.

Secretario, mande ahora mismo una flota de guerra a bombardear ese barco, de la bandera que sea, porque aquí nadie va a estar robándole pescadores a la patria.

Pero excelencia, ese barco es de bandera.

Que no importa, Secretario, que lo quiero muerto a ese pescador traicionero de la patria.

Como usted diga excelencia. Pero antes de retirarme quisiera decirle que, según las informaciones de la gente del puerto, mañana el barco en cuestión debería anclar en el puerto principal para cargar plátanos y café.

Espere, Secretario, déjeme pensar.

Tómese su tiempo, jefe.

Bueno, por ahora encárguese de la putica. Pero por nada del mundo dejen zarpar al pescador.

Entendido, excelencia. Permiso para retirarme.

Eran las cinco y treinta cuando el barco echó anclas en el puerto principal. Fue una maniobra dura. El capitán quedó extenuado. Más tarde le diría a su prostituta predilecta en la tranquilidad del café El Faquir, te parecerá una pendejada pero algo o alguien no me quería dejar llegar a puerto seguro.

Todos bajaban del barco en medio de una gritería. Todos excepto Pablo, que la esperaba sin razón. Miró a un lado. Miró al otro. Miró el reloj. Miró a un lado miró al otro volvió a mirar el reloj. Ella no estaba, a pesar de que su identidad se le encarnaba en todas las pasantes.

Mariá de los ángeles no lo estaba esperando. Pero en su lugar estaban ellos. Eran tres y vestían como gente común y corriente. Esa fue la razón por la que a Pablo no le costó descubrir quiénes eran.

¿Qué carajo querrán esos Gorilas?

Decidió moverse con un paso tranquilo pero con una dirección caótica para corroborar su intuición. En efecto, esos maricones son Gorilas, Pablo.

Entró en El Faquir donde se encontraba otro de la tripulación con una bella prostituta al que apenas saludó. Te parecerá una pendejada pero algo o alguien no me quería dejar llegar a puerto seguro. En las mesas de atrás los percibió ordenando unas cervezas que nunca pagarían. También él deseaba una cerveza bien fría. Pero para llevarles la contraria se limitó a pedir un ron seco. Se lo bebió de un solo trago y sintió esa sensación que tanto amaba: un delirio en la punta de la lengua, un fuego que doraba su garganta e, inmediatamente después, un arañazo en el fondo de su estómago.

Pablo era un amante del buen ron añejo. Aunque sus incontables viajes a Europa le habían hecho nacer una adicción escondida por el vino mediterráneo, el ron era sin duda su bebida preferida. La única que en los tiempos difíciles que vendrían le calmaría la ausencia de ti.

Ahora sí, después de un buen trago podía comenzar a pensar. Al fin y al cabo, si nadie puede salir y entrar de Pueblo como le dé la gana, ¿por qué yo podría continuar haciéndolo? Yo no soy nadie. Más allá de mi certificado de marinero y mi piel curtida, qué me haría ser diferente de todo este mar de gente prisionera de las hermosas playas de Pueblo. Tenía que pasar. De todas maneras, pasó justo cuando ya no me interesaba más partir. Podría decir que pasó más bien después que antes.

¿Dónde estarás, Mariádemisueños? Al final tuve suerte. Tantos años de libertad y ahora, que yo mismo me quiero esclavizar, ellos también lo deciden. ¿Dónde podré vivir? Seguramente alquilaré algo cerca del puerto. De todas maneras, tengo que estar cerca del mar y los barcos. Ojalá que haya terremotos en terremotos en Pueblo: con el mar enfrente y el suelo moviéndoseme me sentiré en altamar. Otro ron sequito, por favor, Facundo. Delirio en la punta de la lengua, fuego que dora la garganta, arañazo en el fondo del estómago. Ahí están todavía, qué hago. ¿Por qué no habrá venido a buscarme, ella? En el fondo sabía muy bien el día de mi regreso. ¿Se habrá casado? Es posible. Estas mujeres me tienen mal acostumbrado. Yo pienso que me van a esperar toda la vida. ¿Se acostarán con otros mientras yo viajo? Solo a mí se me ocurren tales estupideces: claro que sí. ¿Desde cuándo uno cree en las mujeres? Al final, qué soy yo: uno cualquiera. La demostración son esos tres tipos ahí vestidos como gente normal. No voy a poder navegar más. No se puede negar que yo era uno de los pocos que quedaban. A casi todos los otros marineros civiles los habían hecho renunciar al mar o convertirse en marinerosgorilas. Menos mal que fue ahora y no hace unos meses atrás. Entonces no habría soportado la tierra firme. Mariádelosángeles. Viste, no soy tan cobarde: me quedo en esta mierda, como tú la llamas, contigo. Hoy me permitiré el lujo de mi vida. Dormir en el hotel El Faquir. Aunque eso sea cosa para el capitán, y porque es allegado de Gobernador. Pero, ¿quién sale a la calle con esos tres, allá, esperándome? El último trago y a la cama. Pour la route. Otro, por favor. ¿Por qué tanto teatro? Estos del gobierno aman armar tragedias. No era más fácil agarrarme de una buena vez, darme dos cachetadas, y decirme lo que me tienen que decir, o tal vez enviarme una carta, como dios manda, en la cual, con una

fórmula burocrática, me confirman que estoy despedido. Otro trago, por favor. No, tienen que enviarme tres Gorilas a intimidarme. Es que es más fuerte que ellos. Este trago me regañó, Facundo.

Si quieres te preparo otro, marinero.

No, Facundo, tú lo sabes mejor que yo, el primero y el último trago son los que pegan más duro. Ya que estamos, me puedes reservar un cuarto. Pequeño. Hoy me doy ese lujo.

Hace bien, marinero -le dijo Facundo mirando a los Gorilas allá en el fondo.

Facundo, el cuarto que sea con vista al mar, por favor, y que me dejen dormir hasta tarde.

Ahora le quedaba solo un problema por afrontar. Cómo salir de esa sala sin ser notado. Pero no tardó en darse cuenta de que estaba demasiado feliz con eso de los tragos como para medir la gravedad de la situación. Pensó en Mariádelosángeles y un coraje más bien infantil le iluminó los ojos, uniéndosele a la efímera felicidad del ron.

Se levantó de su silla alta, le picó el ojo a Facundo y se dirigió hacia su recámara pequeña, como la había pedido, con vista al puerto. El golpe en el hombro fue seco. La mano que lo perpetraba helada y de dedos gruesos.

¿Qué quieren?

Usted lo sabe mejor que yo.

Pero apenas los Gorilas tomaron aire para explicarle la importancia de que él les dijera algo sobre la saxofonista histérica, Pablo los interrumpió con una seguridad de loco o de jefe:

No se preocupen. Díganle a ese tal Gobernador que no pierda su tiempo. No tengo la intención de irme de Pueblo.

El más delgado de los Gorilas sonrió: Huele a muerto este pescador.

* * *

Créame, las plantas se pusieron a cantar. Las plantaciones están cantando, Gobernador. Dicen que es un espanto.

Al parecer un espanto bueno por el efecto que ya usted sabe, excelencia. Aunque hay gente que no quiere ir a trabajar por miedo a una brujería barata de esas típicas de Barrio.

Pero eso no quita que muchos otros hagan grandes filas para ver si lo que se dice de los efectos de esa melodía es cierto.

Yo le digo las cosas como están, sin entrar en juicios subjetivos, Gobernador: en todo eso hay algo de cierto. La cárcel El Castillo está abarrotada de prisioneros que están empeñados en afirmar que son libres. Aunque las rejas, las gruesas paredes y los golpes de los Gorilas le demuestren lo contrario. Más uno les pega, más contentos están. Más se les escupe, más dan gracias a la vida que les ha dado tanto. Menos comida les damos, más gordos y saludables se ponen.

¡Poseídos! –respondió Gobernador.

Tal vez Excelencia...

Otra vez con la bobería de la virgen –gritó el benefactor de Pueblo. No, mi general. Los maricones con sotana no tienen nada que ver, se lo aseguro.

¿Entonces?

Entonces se trata de una melodía que, al parecer, sale de esas plantas gramineas con tallo leñoso de uno o dos metros de altura, hojas largas, cumpiñas y flores purpúreas en panoja piramidal cuyo tallo está lleno de un tejido esponjoso y dulce, del que se extrae azúcar. Plantas a las cuales el vulgo se empeña en llamar caña de azúcar –respondió Secretario con tono intelectual.

¿Y desde cuándo las cañas de azúcar cantan? –afirmó sin cambiar de tono Gobernador.

Es lo que manifiesta la gente, jefe, que los cañaverales se pusieron a cantar –dijo con media voz Secretario.

¿Y quién le dijo a usted que aquí la gente tiene derecho a hablar?

Mande una comisión de Gorilas...

Ya la envié, jefe.

Que disparen hasta más no poder contra los cañaverales, para ver si esa voz tiene cuerpo. Y si cuerpo tiene que se pudra en la cárcel, que se vuelva transparente.

Todo eso está más que hecho, señor. Pero el bendito ruidito continúa.

¿Y a qué se parece el ruidito ese?

¿Quiere que le sea sincero, jefe?

* * *

A jazz.

¿Y con qué se come eso? Ya le he dicho que a mí las cosas se me explican de pie a cabeza. No se me nombran. Conmigo no se me la venga a tirar de inteligente, que para eso no le pago.

Recuérdese bien: yo quiero explicaciones y, más que explicaciones, soluciones. Si no fuera así, lo cambiaría a usted por un libro.

El *jazz* es un género de música derivado de ritmos y melodías. Secretario calló. No supo responder, Gobernador se quedó sin palabras, tal vez a causa de su rabia.

Salga de aquí y no vuelva más —le dijo Gobernador a Secretario con un tono suave mientras le daba violentos puñetazos a su escritorio. Secretario salió con la conciencia de que volvería dentro de cinco horas y Gobernador lo trataría como si nada hubiera pasado. Era el tiempo que el padre de la patria requería para olvidar una buena rabieta. Ese tal Secretario era la única persona que se permitía hacerle sugerencias y, sobre todo, era el único ser humano a quien él botaba con el más colérico de los arrebatos, para recogerlo poco tiempo después como a una moneda en el suelo. Sin rastros de rencores.

Mientras Secretario salía de la oficina de su jefe oyó el taconeo y el saludo militar de esos que, para él, eran simples Gorilas con ganas de disparar y hacer crecer el número de transparentes, mientras que, para Gobernador, eran el mejor instrumento jamás inventado para mantener el poder. Secretario oyó también la orden dogmática de Gobernador de quemar el cañaveral, aunque Secretario mismo había sugerido que dicha decisión era un golpe bajo a la economía de Pueblo. De todas maneras, nadie contradiría nunca esa orden y menos que todos Secretario, que conocía el método infalible de la política de su jefe y la respuesta que Gobernador le hubiera dado para contradecir su sugerencia:

Es preferible que la gente se muera de hambre que de libertad: la gente que se muere de libertad nos cuesta demasiadas balas.

Secretario salió con un sabor amargo en la boca y una pesantez poco habitual, visto que su pequeña estatura lo hacía más bien un tipo ágil. Mientras caminaba se autoflagelaba por no haber tenido la respuesta certera, como siempre la tenía. Antes de que Gobernador le hiciera una pregunta ya la respuesta de Secretario estaba en la punta de su lengua. Pero es que esta vez se trataba del *jazz*, su gran pasión escondida. Siempre sucedía lo mismo. Él sabía muy bien qué era el *jazz*, pero cuando alguien se lo preguntaba ya no lo sabía más. Eso que sabía se le transformaba, delante de la curiosidad de los otros, en un humo hecho de acordes y ritmos que él mismo veía desaparecer, robado por su miedo de que alguien descubriera su secreto. Él respiraba entonces hasta más no poder ese humo, lo hacía suyo y solo suyo. La respuesta sobre qué era el *jazz* se le desaparecía sin más en los suburbios de sus entrañas,

sus intuiciones, sus interdicciones, en esos lugares que ni siquiera la policía de inteligencia del régimen imaginaba pues, para esta, el secretario de Gobernador no poseía secretos ni cuentas bancarias ni amantes ni vida privada.

Fue en ese momento, a pocos pasos de la oficina apenas visitada y del taconeo y del saludo militar, que Secretario recordó aquella noche de abril. El calor era insoportable. Tanto que él, el trabajador incansable del régimen, salió despavorido de su oficina del Palacio de gobierno sin destino alguno. Pasó de largo por entre las prostitutas tristes, por entre los cafés poblados por policías e informadores del gobierno, evitó el casino y la rambla iluminada y, como llevado por una pulsación íntima, rítmica, rebelde, que su corazón imitaba con un latido inusual, llegó hasta una callecita como de mentira, húmeda, y más bien oscura con un nombre casi ilegible, Rue de Paradis, donde gente sin edad ni color se perdía en el horizonte como tragada por la tierra. Todos, allá, al final de la calle, entraban, bajaban y desaparecían en la misma pequeña puerta pequeña. No lo pensó dos veces. Antes de entrar en el lugar se persignó. Regresó a su cuerpo, se alejó de su recuerdo y sonrió ante la imagen de sí mismo colgado en plena plaza pública por haberle respondido a Gobernador, sí jefe, para explicarle qué es el *jazz* comenzaré por contarle el calor insoportable de aquella noche de abril cuando, por primera vez en mi vida, en Rue de Paradis, escuché el *jazz*.

* * *

Secretario no sentía casi calor. La temperatura en un sótano se mantiene estable, pensó. El ruidito que ahora escuchaba se asemejaba mucho al que salía del cañaveral. A ese que nadie lograba controlar y que convertía a la gente en libres.

Si los Gorilas un día descubren este sitio se van a dar un banquetazo. La gente sonreía y el miedo y la malsana normalidad de allá arriba aquí, en el sótano de Rue de Paradis, desaparecía sin más. Ahí todo era diferente. Los rostros eran rostros de vivos, sudaban. Los sudores eran palpables y no vergonzosos como lo había decretado Gobernador. Quien sude será castigado. Sus ojos reflejaban otros ojos. Las bocas tenían alientos de tantos gustos diferentes. Además, a Secretario todas esas percepciones de la realidad le parecían mil veces más reales, visto que la única realidad que él conocía era la del Palacio de gobierno en donde, hasta ese momento, había pasado la mayor parte de sus días.

Estaba extasiado.

Una trompeta acariciaba el aire húmedo de ahí abajo con un tono más bien barítono. La batería lo acompañaba susurrando algo tímido con sus platillos delgados. Una mujer se disponía a cantar: era más bien doble, de huesos espesos y cachetes algodónados. La luz la hacía roja, aunque no cabía ninguna duda de que su piel era negra, casi azul. Su rostro era tan suave que ahora hacía dúo con la trompeta. Su silencio era swing, jazzaba al ritmo de una respiración de bajo.

La conozco, se dijo, y en un esfuerzo por recordarla supo de dónde la conocía. La primera vez que la había visto había sido en una foto de esas que los del servicio secreto extraían espectacularmente de sus maletines de cuero marrón durante las reuniones con Gobernador para impresionarlo. No le quedaba más dudas, era ella: la negra Ella. Fue como una iluminación que le hizo nacer un miedo placentero. Estaba excitado y sintió que se tenía que tocar para corroborarlo:

Sí, estoy excitado. Qué de años.

Su verga estaba dura y eso, desde un cierto punto de vista, lo aterrorizaba. Su órgano genital erecto era más apátrida que el hecho mismo de estar ahí con esos enemigos del régimen. Él, en cuanto mano derecha del Estado, no podía permitirse esos anarquismos en los que estaba cayendo y, no porque alguien se lo hubiera exigido, sino porque Secretario mismo se lo había impuesto por amor a la patria. Todos sabían que su única pasión era el servicio a Gobernador, su jefe.

Se apretó ese animal furioso y, sintiéndose como abrasado, la frase se le salió de ahí abajo:

Ahora sí que me jodí.

Otra vez guio su mirada hacia esa que todavía no había ni siquiera comenzado a cantar y no pudo evitar el deseo por esa negra esa más fuerte que él. Ahora, sin apretarse ese bicho erecto, sintió lo mismo que un instante atrás había sentido: se sintió abrasado. La negra Ella se desprendió entonces de sí misma con un boggie-boggie veloz pero bien pronunciado. Esa tal Ella se movía como una pluma. Sus gruesas piernas, sus tetas obesas, sus cachetes circulares, se mantenían inmóviles a pesar de todo su movimiento. Era maciza, entera, ovalada. Cada kilo que esa mujer llevaba consigo poseía un sentido, una razón estética.

Te reconozco Ella, vaya si te reconozco.

Ella lo observó justo en medio de un agudo, como si lo hubiera escuchado, y con una mirada, tan intensa como la de él, le respondió:

También yo te reconozco, secretario de la patria.

Solo entonces Secretario volvió en sí, y se recordó que con él estaba también su cuerpo y que, acaso, muchos de los presentes sabrían sin duda alguna quién era él. Se sintió descubierto, al mismo tiempo que descubrió otros rostros conocidos gracias a las fotos de los enemigos de la patria que los Gorilas le mostraban a su jefe. Ese sótano parecía el archivo de gente buscada por el gobierno. Cada rostro encontrado allí abajo le hablaba de una historia, un plan, un grito furtivo del jefe: lo quiero aquí, difunto, mañana a esta misma hora.

Los otros estaban pensando lo mismo que él. Tal vez fue este el motivo por el que Secretario comenzó a sudar frío. No tardó en notar cómo sus piernas lo dejaban solo en medio de esos resistentes del gobierno y cómo su boca se había quedado sin saliva. Pero apenas su racional voluntad decidió tomar las riendas de la situación para escapar, correr, saltar, salir de ahí, percibió un saxo alto, tan alto, que lo dejó petrificado y contento, lo calmó, lo elevó, lo existió, así como él era, sin todo lo otro que no era él.

Era una melodía que le recordaba que en ese sótano de Rue de Paradis él no era eso por lo que tanto había trabajado, sino más bien eso de lo cual quiso escapar trabajando tanto. Su cuerpo tomó entonces una temperatura normal. Sus piernas regresaron avergonzadas bajo el dominio de su cuerpo y su saliva, fresca, jugaba en su lengua. Recobró su vista y la levantó para individuar a la persona que soplaba ese saxo que con tanto encanto le había quitado el monopolio de la noche a Ella. Y por fin logró ver eso, la causa de todo ese sonido, eso que ahora lo elevaba del suelo, que hacía que el saxo botara colores tan vivos y brillantes de su boca redonda. La vio. Era Mariádelosángeles. Quiso aplaudirla, cargarla en un hurra sin tiempo, decirle todo lo que ese gobierno de mierda. Pero ella se le adelantó, haciendo realidad todas las intenciones de Secretario con su melodía tan bella.

Todos los temores de Secretario se disiparon entonces. Miró a diestra y siniestra y se dio cuenta de que él, ahora, era como ellos.

Nadie nunca le demostró que lo habían notado como lo que era, el secretario y la mano derecha de Gobernador.

Días después Secretario notaría en su sótano adorado a un hombre vestido de marinero que dejó boquiabierto a toda Rue de Paradis, incluso a su negra azul, esa que le cantaba onomatopéyicos blues, esa que en el sexo lo podía hacer venir diez veces si eso era necesario para hacerle olvidar al jefe, la negra azul más buena, gorda y rica, según el poema breve que aquella noche Secretario le había metido justo en medio de sus despampanantes pechos.

Ese hombre alto bajaba las escaleras lentamente con una elegancia extraña. Más tarde en el cuarto del hotel ese marinero le confesaría a Mariádelosángeles que llevaba varios rones encima al momento de bajar aquella escalera. Todo el lugar, de una manera u otra, prestó atención a la presencia vertiginosa de ese que, a medida que se acercaba al centro de Rue de Paradis iba delatando su identidad: la hebilla de ruido metálico, sus zapatos de héroe, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul y su tez curtida por el sol que lo descubría delante de esa saxofonista impertérrita como el marinero más hermoso del mar.

Nunca nadie la vio tocar así.

Hizo y deshizo sus dedos en el saxo. Sus notas graves hicieron temblar la tierra, explotar copas con sus agudos. La gente bailó con un ritmo tan endemoniado que cayeron a tropeles en el piso. La banda quedó sin música porque toda la música era de ella. Sin darse cuenta acababa de inventar un nuevo estilo que más tarde todos llamarían bipbop, y todo para que él se dignara a dirigir su mirada hacia ella mientras terminaba de bajar esos escalones que a todos los presentes le parecieron infinitos.

Mariádelosángeles se sintió por primera vez en su vida acompañada gracias a ese marinero un poco tomado que, nostálgico, se había separado horas antes del grupo de marineros borrachos y tristes diciendo que debía tomar un poco de aire fresco. Caminó por horas como siguiendo su sombra larga y nítida, visto que las estrellas estaban tan bajas que casi se podían tocar con la punta de los dedos. En medio de su paseo improvisado, y quizás a causa del ron añejo, pensó de nuevo en uno de los proyectos de su existencia: seguir la pista de ese tal Fantasma del cual todos decían que era familia suya. En esos pensamientos se perdía siempre que se pasaba de tragos. Se decía que, por qué no, cuando por fin se decidiera a abandonar el mar, aquel personaje mítico tal vez lo habría podido ayudar a cumplir con su sueño escondido de mandar al déspota inmortal

al carajo. Si alguien por casualidad hubiera entrado en ese momento en su fuero interior no lo hubiera creído, tú, Pablo, pensando en revoluciones, tú, marinero errante que delante de todos eres a-político, a-religioso, a-mante inconsolable, solo nos falta que se te metan en la cabeza barbaridades como esas, camina marinero, camina y déjate de esas ideas extrañas.

Un saxo sonó.

Él pensó que se trataba de ese sentimiento intenso que en ocasiones como esa se le reventaba en la boca del estómago: la tristeza por la esclavitud de todo Pueblo. Pero el sonido continuaba, lo atraía. No era su alma. No soy yo. El sonido lo atrajo y le hizo olvidar su proyecto delirante de unírsele a ese tal Fantasma. Llegó a una callecita peatonal más bien oscura no obstante las estrellas de allá arriba. Veía gente que se desaparecía en el horizonte, como tragados por algo. Sintió vértigo. Se juró, como siempre, no tomar más una sola gota de ron y no había terminado su juramento cuando se vio en el tercer peldaño de un sótano fresco repleto de rostros que lo observaban como a un reloj. Desde un cierto punto de vista corroboró la belleza que lo caracterizaba en los ojos de los otros. Se sintió bello justo en el momento en el que la belleza reventó y ahora él, el marinero bello, parecía una diminuta aproximación de la belleza: era una melodía irreal, liviana pero de un peso abrumador, típico de los milagros o los entes importantes, únicos. Un hilo musical dorado, azul, brillante que en su andar llevaba impregnado todas las estrellas bajas de esa noche, salía de una boca sacra, redonda, de un aparato mecánico, con orificios y caminos desconocidos. Ese saxo era un mapa de metal con plazas públicas y decoros y autopistas. Era un cuello de algo, un tobogán de curvas, una escalada hacia su boca abierta, un soplar y hacer botellas, una sabana inmensa donde los dedos de Mariadelosángeles se traqueaban como subidos en una bestia, un gran caballo de piezas mecánicas, doradas, polvorientas. El sonido parecía salir de esos dedos o arcoíris móviles que se desaparecían frente a la vista terca de la gente ahí presente gracias a su velocidad de amante, de te quiero, de mira cómo te quiero, así te quiero, marinero mío, Pablo hermoso. Era una voz silenciosa, solo viento, una fragancia de orquídeas que brotaba de los pulmones de ella, un huracán de notas que le movieron el sombrero a Pablo hasta hacérselo caer, un viento nítido que lo hizo mirarla mientras ella maltrataba alegremente a ese saxo, instrumento de justicia, esa rebelión abundante que no necesitaba de orquestas pues ella lo tocaba de tal modo que lo convertía en un dúo de batería y saxo: saxo que todos percibían y batería

escondida detrás de sus dedos cerrando y abriendo hoyos con un ritmo que hacía tambor a ese saxo, swing. Cada nota era nota y ritmo, percusión, acompañamiento y ello solo gracias a la fuerza de los dedos tenues de esa joven que solo quería que la viesén y la vieron; cómo no hacerlo. Delante del mecanismo poroso del saxofón y de la hermosa agilidad de los dedos largos, ese muchacho se dijo que tenía que saber quién era esa saxofonista, aventurarse como un escalador lunar hasta llegar a la cima de su identidad, su rostro suyo, solo suyo.

Sus ojos se cruzaron.

El saxo emitió un si bemol hondo y tierno. Ella sonrió, pues solo en su imaginación los saxos tenían vida propia.

* * *

Secretario trató de evitarlo de todos los modos posibles. Pero el jefe estaba furibundo y quería quemar el cañaval. Él no sabía cómo evitarlo, cómo convencer a Gobernador de que eran los pajaritos que cantaban, jefe, y no Mariádelosángeles escondida detrás de la naturaleza. La gente seguía diciéndose liberada, las cárceles estaban llenas a más no poder porque ninguno podía hacer callar a todas esas personas de mi libertad solo mía, Gorila de mierda.

Gobernador había tenido demasiada paciencia.

El padre de Mariádelosángeles, general de la patria, estaba bajo vigilancia personalizada, no fuera a tratar de salvar a la hija con algún artificio militar. No se sabe nunca. Un orden como el de Pueblo se mantiene gracias a una cautela implacable.

Los Gorilas ya se frotaban las manos imaginando la escena del cañaval en fuego. Secretario había ganado un poco de tiempo, pero no había servido de mucho. Bien sabía que, en el poco tiempo que le quedaba, debía concebir un plan para salvar del fuego en el que dentro de poco se convertiría el cañaval y con él Mariádelosángeles.

La policía de inteligencia, con la ineficacia que siempre la había caracterizado, ni siquiera imaginaba que mataría a dos pájaros de un solo tiro: a Mariádelosángeles y al marinero intentando salvarla. Al fin y al cabo, los triunfos tácticos que todo el mundo le celebraba se debían más a la barbarie de sus actos que a la utilidad que le aportaba al régimen. Eso lo sabía de sobra Gobernador. Para eso estaban los Gorilas ahí, para meter miedo: los monos no

piensan, repetía él en ocasiones para dejar en claro que el único cerebro del gobierno era él, aunque lo fuera Secretario, por lo que cualquier conspiración interna al gobierno estaba destinada a fallar debido a la falta de inteligencia de sus protagonistas. El mensaje era claro. Los Gorilas tenían un cierto margen de libertad haciendo de esta manera respetar intereses minúsculos que al jefe de la patria en realidad no interesaban. Gobernador se encargaba del resto, de lo que solo a él le pertenecía: la parafernalia kitsch del poder, ese instrumento eficaz para mantener distraídos los ojos de su amada, el único fin que alimentaban todas sus acciones.

Era así como los Gorilas, sus familiares y amigos gozaban de una tranquilidad económica y social hecha de pequeños y vulgares placeres: residencias lujosas, automóviles brillantes y vestidos de botones dorados que alimentaban hasta el hastío sus más altos fines y le aseguraban a Gobernador una tranquilidad relativa, fundada en el miedo de los habitantes de Pueblo.

Dicho miedo se hacía realidad a través de los artificios barrocos que salían de las imaginaciones inimaginables de esos Gorilas que concibieron, por ejemplo, el televisor, ese fino método teatral que consistía en matar al tipo, arrancarle la cabeza, perforarle un cuadrado en la barriga y exponerlo a la luz pública con su cabeza dentro de su panza para que los espectadores lo vieran en el canal de sus pesadillas, a él, a ese culpable de quizás qué tontería con su cerebro como rey y señor de sus intestinos.

Por su parte Gobernador se mantenía lejos de los artificios empíricos del poder. Eso fue cosa del inicio de los tiempos cuando él se preocupaba por ganar terreno en el alma y las propiedades de los habitantes. Después de tantos años la realidad, que antes era rebelde, poco a poco había convergido en su persona, volviéndose una masa maleable que él formaba y deformaba sin el asombro del inicio, pues todo ahí, en Pueblo, le pertenecía.

En eso consistía su reino omnipotente, en el orden y la constancia con la que los espíritus se le postraban. Esa era la única forma para él de honrar a su amor, de hacerlo respetar. En ocasiones Gobernador se quería engañar a sí mismo examinando obstinadamente cada centímetro de su poderío, cada bolsillo de cada habitante, cada documento de esa pobre gente pobre, para encontrar la verdadera identidad de esa mujer. Pero bien sabía él que a ella solo habría de encontrarla en los meandros sentimentales de Pueblo, en el olor de sus mangos regados por doquier o en el rubor de sus señoritas, pues solo en rincones como esos podría estar ella aislada del mundo, contemplándose a sí misma como

quien se mide de frente a un espejo de antaño, perdida en una belleza ontológica que más bien parecía una alucinación, que resistía a la barbarie porque hasta en lo feo, lo violento, lo cruel, podía ser vista su belleza. Ahí se encontraba uno de los pilares romanos del poder de Gobernador: en la justificación ciega de lo material en vista de lo intemporal, de ella.

Fue por ello que poco a poco él se fue despojando de todo rastro material de poder llegando hasta los límites impensados de un magnate absoluto cuya representación más elocuente era la precariedad de sus atuendos, la sencillez de su caminar y la prosa breve de sus frases. De una forma contradictoria su personalidad franciscana lo hacía todavía más potente a los ojos de sus vasallos del gobierno, seres planos cuya actividad prioritaria era un constante ahorro de todo lo que le pudieran robar a los transparentes, de lo que sobrara de los elevados impuestos y las ayudas humanitarias que, cuando llegaban del exterior, ellos celebraban con grandes festines, comiéndose hasta el último grano de arroz, si era arroz lo que llegaba, drogándose con las medicinas, si era eso lo donado, o incluso improvisando carnavales con atuendos infantiles, si los organismos internacionales de ayuda habían optado por enviar ropa para los niños descamisados de los barrios pobres. Céntimo a céntimo iban llenando sus cuentas privadas delante de la mirada aparentemente ciega de un Gobernador impertérrito que no se daba por enterado porque, al fin y al cabo, los bancos le pertenecían. Los Gorilas se mordían de esa manera la cola en un círculo, controlado por Gobernador, que aceleraba a medida que pasaba el tiempo, delante de la vista pasiva y tranquila del padre de la patria y de la esclavitud delirante de todo Pueblo que, sabía de sobra, que la velocidad con que los Gorilas se mordían la cola era directamente proporcional a la represión que ellos sufrirían. Los Gorilas estaban impacientes, frotándose sus manos, pues sabían que Gobernador no soportaba más el escándalo de que la gente estuviera sintiéndose libre. Estaba por tomar la decisión de acabar definitivamente con el ruidito ese.

* * *

Cuando esa melodía entró en los rincones vacíos del aposento de Gobernador su ímpetu resonó en forma de eco por todo el Palacio. Gobernador guardó la calma porque sabía que ningún ser que él no penetrara con su poder podía, a su vez, penetrar los instantes pedregosos de su morada. Él pensó que se trataba

de un sueño, que fuese un sueño más osado que los otros. ¿Qué otra cosa podía ser? Solo Gobernador existía en esa alcoba enorme. Sus sueños, su memoria, deseos, incertidumbres y, hasta su conciencia, eran él, solo él. No era como en todos los otros. Su personalidad no era un juego de espejos en donde los propios sueños, los miedos y las esperanzas aparecen y desaparecen sin control alguno. Gobernador era sólido, físico, compacto, coherente con ese cuerpo único que, a lo sumo, era un depósito de su poder. Cuerpo de caoba antigua cuyo único elemento parecido al alma era precisamente ese poder, su poder tan suyo, lo único comparable con algo de metafísico en él. Todo lo otro era simplemente Gobernador, es decir, su yo o, lo que es lo mismo, su voluntad. Hasta las pesadillas eran suyas, determinaciones suyas. Los monstruos que aparecían en ellas, las oscuridades, los martirios, era él mismo que los escogía antes de dormir, a partir del tamaño de su deseo. La improvisación era algo limitado a los otros: para él era un mero sinsentido. Por eso, cuando esa melodía de saxo resonó en los laberintos de sus oídos, Gobernador se vio obligado a palpar los escaparates de su propia majestad para encontrarse a sí mismo, allá adentro, creyéndose la causa inefable de esa melodía. Aunque no lo fuese.

Él dormía y fue su mismo sueño quien, al fin y al cabo, lo despertó. Ese sueño que se permitía el lujo de escuchar un sonido de saxo que no salía de su voluntad. Ese maldito sueño que percibía el aliento dulce de un sonido más fónico que los otros, que admiraba, a pesar de él, el efecto carnívoro que esa melodía causaba. No supo qué hacer. Pensó acaso en la muerte como amparo o justificación última, pero cómo habría de morir sin su permiso. El suicidio para él era solo una hipótesis. Trató de pensar en otra cosa que no fuese él, pero desistió a esa acción irónica al suponer que, del otro lado de sí mismo, se encontraba la malacrianza de Esaaquellalaausente. Hubo un silencio de dos tiempos. Ciertamente, ni siquiera trató de abrir los ojos, para qué. Quizá estaba imaginando todo eso. Pero bien sabía que para él la imaginación era ya la realidad: gajes del oficio. Su poder, que no era un atributo suyo, sino él mismo, hacía realidad el mito, garantía lo incierto, verdad la duda. Intención y acción en la vida de Gobernador eran la misma cosa.

¿Qué podrá ser esa melodía?

Se escuchó decir y, ni siquiera él mismo podía aceptar la intromisión humillante de una palabra suya en medio de su magnificencia, sin el sello indeleble de su permisión. Por ello no tardó en responderse a sí mismo:

¿Quién está ahí?

¿Quién dijo eso? —se respondió de inmediato.

Era la primera vez que algo similar le ocurría. Hasta ese momento una pregunta no era otra cosa que una exuberante respuesta. Hasta ese momento, visto que esa melodía divina, aguda, suave y oscura, continuaba el plácido camino del irrespeto por el Ser sin divisiones que era Gobernador. Tuvo miedo. Nunca nadie habría de saberlo. Silencio total, esta vez de cuatro tiempos y medio. Gobernador vivió dicho silencio con sus ojos bien cerrados, convencido, poco antes que la melodía recomenzara, de que el mismo había durado una eternidad y de que, ahora, estaba libre de ese ruidito que no podía vivir eternamente, pues solo yo soy inmortal aquí. Pero otra vez percibió la melodía: era real. Aumentaba en notas altas y bajas y eso la hacía todavía más material. Gobernador la sentía rozar su piel milenaria. Sobre todo las notas graves y blancas.

Esa lentitud y esa profundidad donaban a la melodía una materialidad pesada, consistente. Le parecía un ser sin límites y fino que se escapaba por entre los orificios imperceptibles del enorme Palacio de Gobernador que dejaba salir ese viento musical como suspiros de sí mismo. Ese conjunto de notas era algo cuya intensidad desproporcionaba todo lo que hasta ese momento había sido considerado como intenso, venciendo sin vencer a Gobernador, que la interpretó en un primer momento como el primer signo de su vejez.

De pronto se sintió pequeño, ínfimo, y no por su altura, visto que Gobernador no llegaba al metro y medio de estatura, aunque nadie lo imaginaba en Pueblo a causa de su mirada canicular que achicaba la estatura del que tuviera delante. Gobernador pensaba que esa voz era de estatura enorme, aunque en realidad se limitaba a un hilo vago de sonidos que, por ser música, bastaba para llenar millones de veces el hilo, todavía más sutil, del alma de un hombre.

Esa melodía canceló todas las amañadas percepciones que Gobernador había impuesto en los habitantes de Pueblo, e hizo ver cada cosa según el peso, la medida y el color que le eran propios.

Carajo, me volví enano —afirmó Gobernador, viéndose acaso por primera vez sin los ojos de nadie que no fuera él.

Esa melodía había llegado a colmar el aire de ese pueblo, y lo colmó de tal manera que, en un solo momento, el tiempo se convirtió en décadas, años, segundos y, todos los relojes dieron la hora que tenían que dar, sin esperar que

Gobernador bostezara, para decir que era tarde. Gobernador sintió de nuevo el calor sofocante de la incertidumbre y repitió la fatídica pregunta:

¿Qué podrá ser esa melodía?

De toda su labia asombrosa que hacía caer el vestido de cualquier mujer sin que ella se diera cuenta, convenciendo no solo a la mujer sino también al vestido, solo quedaba esa pregunta débil botada en el medio de la enorme recámara. Era lo único que Gobernador pudo decir sin la certeza ni la conciencia de ser Gobernador. Entonces se dijo a sí mismo, como último recurso de su mala fe, que no era él quien en realidad pronunció esa pregunta. Habría también de convencerse de que no era ningún saxofón el que había escuchado, sino la voz de una soprano que él mismo colocó, justo detrás de su puerta, para dormirse con un aire de esos que él había tenido la oportunidad de escuchar en Verona.

Pero, a pesar de todo, habría de recordar que, durante esa noche, le dijo a su memoria de no recordar todo lo que esa noche sucedió. Más aún aquel extraño momento en el que todo se desbordó en su interior. Ese instante en el que la melodía sopló aún con más fuerza, transformándose ella misma en soplido que sopló y creó un saxo resplandeciente flotando en ráfagas y chispas sobre la cabeza de Gobernador. De la boca de ese instrumento salía un viento metálico que, a su vez soplaba, y creaba una trompeta de escalas mortíferas y medios tiempos infernales que, alborotada, daba existencia a un bajo desafinando intencionalmente la voluntad de Gobernador, en medio de acordes arrastrados de un piano que salía flotando del orificio vertiginoso de esa melodía.

Gobernador observaba sin aliento esa llama circular y roja y amarilla y anaranjada que daba vueltas y todavía más vueltas sobre sí misma, esperando acaso el momento ese en el que el tiempo, la distancia y todo lo demás se sacudiría como en un escalofrío cósmico para mostrar a una Bigband, una entera Bigband que resonó enorme, brutal, inmediata, con clarinetes, bajo, batería, saxofones, trompetas, que mezclaban entre sí sus partes, teclas, cuerdas, orificios, cueros, notas y metales, formando instrumentos con sonidos de una profundidad cubista y unas formas de bichos en cuatro patas que caminaban de un lado al otro, seguidos por todos esos músicos con sus pantalones anchos y sus trajes elegantes, con sus bocas enormes y sus manos y sus ojos desproporcionados, inmensos, todos dando vueltas sobre Gobernador, coronándolo como a un rey de pacotilla con los aromas de sus melodías, pero sobre todo con sus presencias, pues eran ellos en cuerpo y alma y música que existían delante de Gobernador,

con sus colores opacos, sus cabellos blancos, sus fusiones, con sus oscuridades y sus confusiones. Era la presencia de todo lo existente en Pueblo, pero ahora desposeído del temor por ese Gobernador que decidía los cauces de los ríos y las formas de las nubes. Era una música, un sonido majestuoso, una Big band repleta de espacio-tiempos diferentes que tocaban al unísono, convirtiendo en calvario el espíritu de Gobernador. Era la alucinación del que todo lo podía y que, ahora, por primera vez, escuchaba el *jazz* en una sola noche y a una sola voz. Ese extraño *swing* que le hacía apreciar su gran Palacio como lo que en verdad era: olor a viejo, calles desiertas, espejos que se reflejaban entre sí. Hasta ese momento solo él podía existir bajo el engaño universal de sí mismo como medida del todo, pero ahora había tenido la oportunidad de escuchar el motivo simple de un *jazz*, argumento inconfundible que le había demostrado lo que ya él presentía desde décadas enteras: que ese poderío que superaba las cercas de alambres de púa más lejanas que, jamás ninguna gallina había logrado saltar, era solo un cuento de camino, un periódico de ayer noticia que nadie quiere leer, polvo arrastrado por el huracán sin palabras de una Big band enojada, enojada.

Tuvo de nuevo miedo, pero ahora de la certeza de que esa melodía podía, de un cierto modo, ser una prolongación de Esaaquellalaausente. Qué otra cosa habría sido capaz de relativizar su idea de que con él la historia de los hombres habría terminado. Pero cómo habría de ser ella si, según sus previsiones, esa mujer se le presentaría, por fin de noche, con aquel vestido largo que ya no recordaba más, sus labios pintados y la buena nueva de que por fin llegué. Ella no podía ser esa melodía inquisidora cuya libertad, más libre que cualquier otra cosa, exigía libertad a quien no se la podía conceder. Sintió cómo lentamente entraba en sí mismo.

Una intuición muy suya lo sorprendió: apoderarse de esa melodía. Hacerla entrar en los límites de su cerca de alambre de púa. Fue como una ráfaga que le traspasó el miedo y, de cierto modo, lo hizo sentirse de nuevo Gobernador. Pero no había terminado el plan maestro para materializar su intuición cuando, eso que había hasta ahora sonado como una Big band, se transformó sin más en un quinteto, cuarteto, trío y, ya sin la fuerza, o al menos, sin el volumen de otrora, se transfiguró de nuevo en la suave melodía de saxo del inicio, interpretando, ahora, un tenue blues de despedida. Era el final y extrañamente se sintió culpable. No habría de quitarse jamás el recuerdo que ese solo de saxo le hizo recordar. Él interpretó a esa melodía como el recuerdo del recuerdo de Esaaquellalaausente, que vino durante la noche a recordarle

al recuerdo mismo «el porqué» ella vino y se fue. Aunque fuera y no fuera cierto. Esa voz se extinguió en un estremecimiento de vela apagándose que era voz y era viento. Él se dio cuenta de que había confundido una vez más el amor con la política, el poder. Se sintió solo pero soberano en su mundo de calles desiertas, espejos que se reflejaban entre sí y olor a polvo.

* * *

Aquella tarde fue desastrosa, sobre todo para los trabajadores del cañaveral. La orden era terminante: acabar con el ruidito. El febril Secretario no tenía más opciones, debía jugarse la última carta, esa que solo él podía haber imaginado y, aún más, puesto en práctica.

El bendito ruidito ese había durado mucho.

Secretario entró en la oficina del jefe con el paso de un gato. Muy despacio, cuidadosamente. Apoyando primero el talón para amortiguar su movimiento hasta llegar a la punta del pie. Visto desde lejos, Gobernador parecía un camello adormecido. Claro está, él percibía todo, como lo hacía con todas las cosas del mundo. Cuando sintió que Secretario estaba más concentrado en su cabalgata hacia su escritorio lo sorprendió con su voz súbita:

¿Qué carajo quiere?

Sé qué pasa —respondió Secretario con seguridad.

No fue necesario que trajera a colación el sujeto. Era el mismo de todas las semanas anteriores. Gobernador levantó apenas su vista inquisidora, pero a la vez curiosa, pues lo que pasaba en el cañaveral él lo sabía de sobra y no le preocupaba. El millar de Gorilas de la inteligencia militar enviado al cañaveral era una escaramuza para divertirse al mismo tiempo que creaba un poco de orden, que mal no le hacía a Pueblo en ese momento.

Entonces termine de entrar, dígame y déjese el drama que no estamos en un teatro.

A Secretario la última frase lo había dejado sin aliento, al punto de que la idea de decirle a Gobernador lo que pensaba le parecía una grandísima bufonada. Pero sabía muy bien que ya era demasiado tarde, y quién sabe si los penetrantes ojos de Gobernador ya sabían lo que él venía a decirle, como solía sucederle. Entonces Secretario tomó aire e impulso, como si fuera a lanzarse a un acantilado de esos donde los Gorilas amaban tirar a sus cadáveres.

Son los pajaritos, jefe.

¿De qué habla Señor Secretario? Explíquese.

Estoy casi seguro de que el susodicho ruidito es causado por las aves emigrantes del Norte, así creo.

Se sintió ridículo. Tal era su sonrojo que sintió que en cualquier momento su cabeza explotaría llenando de rojo, ese color que tanto odiaba Gobernador, toda la oficina.

Explíquese, Secretario.

Simplemente eso, Jefe. Por lo cual pienso que la acción más propicia es que mande a la policía militar a cazar a todos los pájaros de Pueblo. Llamó a uno de los líderes de la policía militar, sin retirar los ojos de Secretario, y con la mirada apuntándolo le ordenó al Gorila que colgara en la plaza pública a todos los pajaritos que encontrara en el cañaveral.

Pero antes de terminar con el militar le dirigió de forma intempestiva la palabra a Secretario:

¿Está usted seguro de lo que dice?

Sí —afirmó Secretario con una voz vacía y llena de viento.

Sobre usted cae la responsabilidad de esos pobres bichos. ¿Sabe usted eso?

Pero antes de que Secretario pudiera responder, Gobernador le susurró sin ganas al militar ahí presente:

Retírese.

El militar sonó los tacones, dio media vuelta marcialmente y cerró la puerta con cautela.

El ruido de la puerta cerrándose despertó a Secretario de su miedo y lo hizo pensar en voz baja, para que el jefe no lo oyera, que había ganado un poco de tiempo. Tal vez el necesario para convencer a esa muchacha que guardara su saxofón y se fuera de ese cañaveral.

El tiempo es del que se lo merece —le dijo a nadie Gobernador mirando a ninguna parte.

* * *

El murmullo que venía de la plaza principal, tres cuerdas más abajo, llegó hasta el cuartito de hotel de Pabloelmarinero y lo despertó de ese sueño de gatos negros. Los comentarios llegaban a sus oídos como un oleaje de moscas o una colmena en efervescencia.

Supo que algo había pasado allá, así que no dudó en asomarse, descalzo y sin camisa, para ver de qué se trataba.

La insistencia de los rumores sobre lo que ocurría en el cañaveral lo hizo dudar. Un pensamiento negro le manchó la frente. Acababa de entender que lo que estaba pasando tenía que ver, también, con él. Cayó en cuenta de que podía ser ella.

Fue a sacar a Mariadelosángeles de ahí como fuese y se encontró con una barrera implacable de Gorilas nerviosos que eran sistemáticamente gritados por un comandante sudado y obeso con cara de perdido y un ansia ácida que llegó hasta el olfato de Pablo. Pudo percibir entonces eso que todos fichaban como ese ruidito ese: era *jazz*.

No le cabía ahora la menor duda de que esa loca suya estaba ahí, sal, apresúrate, no ves que te van a matar, le dijo Pablo en silencio. María lo escuchó desde adentro del cañaveral, a muchos metros de ahí, y no dudó en responderle que la dejara tranquila, que alguien tenía que hacer algo.

Un gorila lo detuvo al instante pidiéndole su identificación.

Se me va de aquí ahorita mismo que a partir de este momento esto es zona militar.

Una esperanza le pobló el espíritu. Pensó que, desde algún lugar, cerca de ahí, Fantasmaelrevolucionario estaba viendo todo y que, en cualquier momento, una detonación haría volar por los aires a esos Gorilas. Era su miedo disfrazado de imaginación.

La situación se hacía de más en más grave y se podía ver en los rostros funerales de la gente de Pueblo. Todo el mundo temía ser liberado por aquella melodía que venía del cañaveral y por lo tanto ser acribillados como bestias o ser convertidos en espectros de semblante transparente. El círculo de la historia se iba cerrando y la tranquilidad y el silencio de los últimos días hacían todavía más incierto el desenlace del célebre ruidito. El murmullo de la gente que discutía sobre el tema y la constante melodía de *jazz* que perfumaba a Pueblo mantenían viva la respiración de Pablo: lo hacían pensar que ella seguía viva. Pero al despertarse durante aquella mañana el murmullo de la gente se había amplificado. Pablo pensó que el día había llegado y, aunque se lo había imaginado cientos de veces, en nada este se parecía a sus fantasías. Salió despavorido hacia aquella plaza de donde venía el murmullo.

Ya le faltaba solo una cuadra para llegar al lugar y las piedras incrustadas en sus pies descalzos y el gran número de observadores ahí presentes lo dejaban

casi sin esperanzas para continuar. Continuó de todas maneras, pero disminuyó su velocidad. Se abrió paso entre la jauría de miradas intensas e incrédulas y los comentarios sin identidad que le llegaban en ráfagas a sus oídos.

Sin que se lo esperara se le apareció, espléndida, la imagen más bella que guardaría de Mariadelosángeles. La contempló sin prisa como alejado de todo ese gentío, los Gorilas y el calor. Así haz de quedarte por siempre en mi memoria, se escuchó decir a sí mismo cual vidente. No tardó en percatarse de que se trataba de una alucinación. Se encontró sumergido en la marea humana y solo en ese momento sintió la soledad que comunicaba la imagen de la mujer de su vida que su alucinación le había regalado.

Afortunadamente la gente no estaba reunida en esa plaza para ver a Mariadelosángeles apresada, como al inicio había pensado.

El espectáculo con el que se encontró era tan inverosímil que no le quedó más remedio que levantar su vista y observar eso que todos observaban como mareados: millares de lindos pajaritos tropicales de todos los colores ahorcados y dispuestos en filas paralelas por el Estado. No tiene nombre. Si solo pudiera dar con el paradero del autor del bendito ruido ese, yo misma lo mataría con estas manos: esos pobres bichos son inocentes —le sugirió una vieja enervada a Pablo.

Él la miró como si ella no estuviera ahí y se sintió abrazado por una frescura que solo más tarde descubrió como esperanza. Pensó con intensidad en ese secretario bajo y apretado en su ropa. Solo él había podido concebir un disparate tal para hacerle ganar tiempo a Mariadelosángeles y, más aún, convencer a Gobernador de ponerlo en práctica. Su memoria lo recordó entonces con agradecimiento en ese sótano sombrío lleno de gente libre. Ahí estaba él como olvidado de su identidad diurna, subido sobre los anchos hombros de su negra azul, jugando al caballito con esa mujer imponente que con su voz lo había liberado de lo que él quería ser, extrayéndolo en un gesto mágico de la oscura oficina donde él organizaba impecablemente la burocracia que Gobernador odiaba e idolatraba tanto. Por eso lo tengo conmigo señor Secretario, no se cansaba de repetir Gobernador: porque todo lo que yo no hago lo hace usted, todo lo que yo pienso lo hace ley, todo lo que los Gorilas destruyen usted lo ajusta de tal manera que ha llegado incluso a convencer a ciertos organismos internacionales de que esto, a su modo, es una democracia. Y es que tan efectivo es ese secretario que, en algunas noches de insomnio implacable, Gobernador decidía abrirle su corazón, seguro de que él le encontraría

en un instante el amor de esa mujer perdida, de aquella amante huida, de la ausente de su tristeza, gracias a una de sus ficciones burocráticas. Secretario acomodaba entonces el mundo a la medida del insomnio de su jefe. Y Pueblo se despertaba al día siguiente con un paquete de nuevas medidas y leyes que acercaban más aquella mujer de Gobernador, al mismo tiempo que alejaban a los habitantes del poder.

Haberse detenido a pensar en la peligrosa situación del secretario de la patria le había hecho reconocer a Pablo, de una vez por todas, la envergadura de su persona y la real medida de su estatura.

Delante de la visión de esos pajaritos muertos Pabloelmarinero tuvo la intuición de que si algo habría de cambiar algún día en Pueblo no sería ciertamente a causa de Fantasma, sino más bien de ese tal Secretario.

* * *

El ambiente quedó agobiado por un silencio de locos. Ni siquiera el viento, tan acostumbrado a silbar para despertar a los ciudadanos quiso emitir ningún sonido por la nostalgia que le causaba no poder hacer dúo con los pajaritos muertos. Gobernador se despertó malhumorado de su insomnio y, desconcertado, preguntó que por qué no cantan los pajaritos esta mañana.

Usted dio la orden de colgarlos en medio de un evento público —se apresó inmediata la voz de uno de sus vasallos predilectos que dormía con una oreja pegada a la puerta para que nada le falte al padre de la patria mía.

¡Pues que los resuciten! —exclamó indignado Gobernador.

Pero hasta él mismo, en el limbo de su omnipotencia, se dio cuenta de que resucitarlos no era posible. Así que, enervado con el cosmos entero, decidió dar por terminada la historia del ruidito ese.

¡Llámenme a Secretario!

Y no apenas había terminado su frase, Secretario se levantó de un salto, allá en su casa, por haber escuchado la orden de mi jefe del alma. Al llegar a la oficina se encontró con un grupo de militares de alto rango que habían sido llamados al mismo tiempo: se mojó lo que estaba seco, pensó Secretario. Y se apresuró a ejecutar un recurso de último momento:

¿Puedo hablar con usted, en privado, Excelencia?

Pero Gobernador le cerró el paso con un tono odioso y fulgurante: Se acabaron las palabras, señor Secretario. Ahora se me van al cañaveral y se me

regresan con la buena nueva de que el ruidito se terminó. Y no se me paren en detalles.

Y tomando un poco de aire:

Me incendian la mierda esa con todo y ruidito.

Secretario contuvo el llanto. Gobernador esperó que salieran los Gorilas para decirle lo que pensaba con tono de padre bruto:

Llore si quiere. Basta que no me diga por qué.

Los hombres no lloran, jefe —le respondió recordando un viejo consejo de infancia de su tío Pedro, un hombre alto y andino que él llevaba en su memoria como una tabla de mandamientos.

Del cuartel diagonal al Palacio presidencial salió un batallón dispuesto para la guerra en medio de calles vacías que los Gorilas justificaron como pudieron: es la hora de la telenovela, por eso nadie mira para afuera.

Los soldados marchaban sonrientes por entre las calles de Pueblo, alucinados todavía por las extrañas pastillas que les habían metido en el hervido para que fueran más efectivos a la hora de ejecutar las órdenes. Se sentían fuertes y vigorosos dispuestos a hacer cualquier acción con tal de vencer a eso que el comandante les dijera que era el enemigo. Sin quererlo, recordaban esos videos que en el cuartel les mostraban después de cada comida para fortalecer su furia. Estaban dispuestos a imitarlos en todos sus detalles y, si era necesario, a superarlos. Caminaban al unísono y ese ruido marcial y exacto les espantaba cualquier rastro de autonomía o libertad que hubiera podido resistir al feliz desespero de esas pastillas amarillas que les hacía temblar las mandíbulas.

Ya habían superado el célebre café El Faquir, la plaza donde los pajaritos se habían ya disecado al sol y hasta el Cementerio que ni siquiera miraban a causa del temor por esos muertos que se aparecían de tanto en tanto ahí.

El olor a sal del puerto y de la bahía de frente a Pueblo se hacía tenue, pues andaban ellos en dirección contraria al Caribe. Las primeras plantas gramíneas se divisaban al horizonte: el cañaveral se hacía cada vez más visible, apareciéndoseles como un enorme monstruo verde con el que tenían que luchar.

Los pocos entre ellos que no habían tenido la oportunidad de hacer guardias ahí los días anteriores sintieron sus vellos erizarse cuando, por fin, pudieron escuchar más de cerca la famosa melodía de la que tanto habían oído hablar. Si no hubiera sido por la efectividad de las pastillas esos soldados se hubieran sentido liberados por la frescura de ese *swing*. El comandante llevaba consigo un altoparlante y, en teoría, habría debido advertir a quienquiera

que sea, por última vez, en nombre del Excelentísimo Gobernador y, por supuesto, de este pueblo libre, detenga esa melodía ilegal y apátrida. Pero, ¿desde cuándo aquí se avisa nada? Solo se limitó a decir:

¡Ahora!

Y, en medio de una jauría de empastillados que corrían con baldes de que-roseno y gritos y baba, completó su orden con otra frase casi ladrada:

Y cualquier cosa que encuentren, ya saben.

Los Gorilas prendieron fuego al cañaveral. María, dentro de este, no tardó en sentir un calor infernal.

Prisionero

Prisionero había encontrado por fin el mecanismo para seguir en vida en medio de tanto encierro. Cada vez que una gota chocaba contra su bote-cárcel, él concebía una nueva novela, inspirada por el instante inigualable de su sonido húmedo.

El breve espacio temporal que invertía esa gota en chocar contra el bote era la ocasión para el nacimiento de una historia que comenzaba y se desarrollaba, sin dejar rastro alguno de temporalidad. En el mismo instante en que la historia tomaba vida se le podía percibir en la lengua rápida de Prisionero pronunciando con una velocidad alarmante susurros onomatopéyicos, multitud inigualable de verbos, sustantivos, artículos, puntos y comas que juntos construían el cuerpo de una novela inédita. Todo ello perdido en ráfagas de jamases que nunca reposarán, frondosas, en el blancor de las páginas de ningún libro imaginable.

Ese mecanismo que Prisionero ponía en práctica para sobrevivir literariamente era la prueba de que a él le sobraba dignidad para seguir soportando el sonido de su imaginación que no se detenía por nada del mundo, pues era una melodía que él mismo orquestaba con la trompeta de su cerebro y la batería de su corazón. Esas gotas del mundo exterior que, al tocar su bote creaban historias en su interior, eran una buena mediación entre ese mundo espacio temporal de afuera y sus indomables ganas de escribir. Ese mecanismo lo conservaba aquí y allá, allá y aquí.

Aunque era realmente difícil mantenerse en esa cuerda floja. A medida que pasaba el tiempo la ficción le ganaba a la realidad y la imagen mental a lo observado. Prisionero se fue trampeando a sí mismo muy paulatinamente a través de los mecanismos engañosos de su imaginación, improvisándose una especie de inmensa fortaleza de terciopelo donde, lejos de ese bote, él residía sin reconcomios, esperando que el viento de la realidad no soplara muy fuerte.

A pesar del pasar de las estaciones esa Fortaleza se mantenía en pie y de más en más decorada con el gusto extravagante de la imaginación de

ese escritor. A su interior comenzaron a surgir fuentes barrocas de aguas altas, pájaros exagerados salvaguardados en jaulas que parecían catedrales medievales, racimos colgantes de uvas turquesas y redondas como planetas, pasadizos secretos que lo hacían deslizarse de una historia a la otra, pisos hechos de mosaicos arcaicos, acuarios que mantenían descansadas a ballenas cuyas respiraciones se escuchaban en todos los ámbitos de la fortaleza y mantenían el aire fresco, altos salones con muebles de caoba en cuyas bibliotecas se albergaban ejércitos de libros apenas leídos y sin rastro de polvo que respondían al nombre de Diccionario de todas las cosas.

Esa biblioteca parecía habitada por una respiración propia. Sus libros eran marrones y densos, de tapas hechas de gruesas maderas centenarias. Parecían musculosos atletas mientras, al improviso, salían de sus estantes, se abrían en una página específica y entraban de nuevo en su orden silencioso sin dejar rastro ninguno de humanidad que les pudiera quitar su ímpetu de cosa.

Ese Diccionario almacenaba todas las palabras que Prisionero había utilizado durante todo el tiempo de su cautiverio y la biblioteca en la cual se encontraban una máquina de imaginar que, con cada gota que tocaba el bote-cárcel de Prisionero, se ponía en función. Apenas la gota tocaba el bote, Prisionero se perdía en los corredores laberínticos de su fortaleza de terciopelo, buscando con una tranquilidad de demente uno de los tomos de ese Diccionario de todas las cosas, el cual se abría, por ejemplo, en la palabra Pueblo, sumergiendo a Prisionero una vez más en el malabarismo de su creación literaria.

A partir de la palabra Pueblo Prisionero hacía entonces florecer un sistema de otras palabras que, por siempre, acompañarían a esa palabra convertida ahora en una novela. Esa palabra mutaba por siempre su significado y, a partir de ese momento, según la definición de ese diccionario, Pueblo no quería decir Pueblo, sino la novela apenas escrita.

Otra gota arremetía contra la barca de Prisionero y allá, en la fortaleza de su imaginación, otro libro salía del estante y flotaba de frente a su mente señalando otra palabra cualquiera, en este caso la palabra Rosita, a partir de la cual se creaba otra nueva novela y dicha novela, y todas las palabras ahí utilizadas, entraban sin más en la definición de la palabra Rosita. Entonces, a la antigua historia de la palabra Pueblo, se le uniría la historia de la palabra Rosita por el simple hecho de que, en la novela de la palabra Pueblo, la palabra Rosita había sido utilizada. Pero también era cierto lo contrario, pues en la novela de la palabra Rosita había sido utilizada la palabra Pueblo,

por lo que, a la historia de la palabra Rosita, se sumaba la novela de la palabra Pueblo. Ello quería decir que las definiciones de las palabras presentes en el Diccionario de todas las cosas se iban adicionando entre sí, pues cada palabra presente en una novela era, a su vez, otra novela y, las palabras que se encontraban en esta segunda novela, eran otra novela más.

Todo eso sucedía con el ritmo y la velocidad de esas gotas chocando y volviendo a chocar contra ese bote, despertando así el milagro de la imaginación, esa telaraña de tantas dimensiones que entrelazaba un sinfín de palabras que detrás de sí poseían un sinfín de historias existentes y coexistentes con otras historias que se multiplicaban a medida que sus palabras eran utilizadas en otras historias más.

Era un salón infinito de espejos en el cual personajes de todos los tiempos se unían en novelas inverosímiles que albergaban en sí a monjes franciscanos de la Italia del Renacimiento en un edificio del centro de Siena, dialogando amenamente en lunfardo con hombres desnudos de la edad de piedra, mientras en el salón contiguo una aborígen del Amazonas bailaba la danza del vientre, vestida con atuendos chinos bordados en oro, botones cubiertos de seda y cuello alto. Las épocas, acontecimientos y diálogos se mezclaban entre sí, creando mundos paralelos en los cuales los idiomas no poseían más sentido, visto que novelas de diferentes latitudes y épocas se habían enredado cual nudos de gruesas cadenas de millones de kilómetros jaladas por la imaginación de Prisionero.

Pero pasado el tiempo, el cuerpo de Prisionero embrujado como estaba por tantas novelas y gotas, trató de despertarse de su imaginación, dejarla ahí tirada, pues ya solamente le permitía estar allá, y el aquí se le estaba muriendo. Fue así que, en un arrebato de racionalidad, arremetió contra la superficie de ese bote-cárcel, intentando romper sus rejas de madera convertidas en roca. Pero irremediablemente otra gota golpeó su barca y lo alejó de su intención de parar todo, ahí adentro. El huracán de su vocación literaria lo empujó nuevamente al abismo incierto de otra palabra saliendo de los libros marrones de su imaginación de caoba, para unirse a otras definiciones que reenviaban a otra novela que dentro de poco sería sigilada por ese importante, y a la vez impotente, punto y fin.

Prisionero no lograba detener la fortaleza de su imaginación, y de esas gotas golpeando su prisión. Aunque en ocasiones así lo deseara, él simplemente no podía detener el mar.

Rosita, Secretario, Ella

Pocos conocían los orígenes de Ella, hija de nadie, pues su padre y su madre nunca fueron vistos en Pueblo. Todos la recuerdan desde siempre mujer y cantante. Ella creció como pudo, primero cantando en la calle, después en el coro de la iglesia y, cuando ya el coro no daba para comer, en los botiquines de mala muerte de Barrio. Siempre cantó por comida para su hermana menor, una flaca que nada tenía que ver físicamente con Ella. La hermana menor siempre se aprovechó del trabajo de la primogénita quien la mantuvo con todas las comodidades hasta un día de lluvia tropical en el que la cantante llegó ronca a causa de una gripe de prostíbulo que no la dejaba cantar desde hacía días y que hizo decirle a su hermana con voz de ballena: Princesa, ahora te toca a ti.

La menor supo que su hora había llegado. Siempre intuyó que tarde o temprano Ella le pediría que trabajara y por ello siempre le dio largas al asunto, prolongando al máximo su niñez y su lejanía del mundo laboral de Pueblo. La pequeña, para alargar su situación, jugaba sobre todo con el argumento de su ingenuidad de frente al afán y la vulgaridad de los hombres de Pueblo. Bien sabía ella que para su hermana mayor este era un argumento contundente, vista la mala suerte que Ella había tenido siempre con los hombres. La idea de que la pequeña de la casa tuviera un día que salir y enfrentarse al machismo y a la degradación generalizada de Pueblo, al sexo en las matas de mango y todo lo demás, aterrorizaba a Ella. Claro está, Rosita nunca le había confesado a su hermana mayor la lista interminable de machos que habían entrado en su cuerpo y su pubertad. A pesar de que Pueblo conociera todas sus andanzas, sus secretos nunca los dividió con nadie y los únicos que los guardaban, como si fueran monedas de oro, eran los hombres con quienes comía esos deliciosos mangos. Todos evidentemente casados.

Dicha situación civil era condición indispensable para Rosita, pues en todo ayudaba a su causa:

Si tú hablas, yo hablo.

Esta amenaza, aunque ni ella misma se la creyera, funcionaba de maravilla. Esos hombres, contradiciendo sus espíritus machistas, según los cuales Rosita era un codiciado trofeo, ni siquiera después de muchos rones abrían sus bocas para festejar delante de todo El Faquir que la hermana menor de Ella pasó por aquí. Además, esa amenaza preservaba el honor de esos hombres a los cuales Rosita imaginaba gritando al unísono en El Faquir, yo soy el único que ha tenido las bolas de comerme más de un mango con Rosita, la hermana de Ella. Por ello en Pueblo todos hablaban tan bien de ese pobre ángel flaco que tiene la desdicha de tener como hermana a esa elefanta que ahora le repetía con voz ronca:

Ahorita mismo sales a buscar trabajo.

Rosita, una vez más, bajó la mirada y le dio largas al asunto, todavía por algunas semanas, con la nueva excusa de que este régimen nos dejó sin fuentes de trabajo, hermana. Pero pasadas unas semanas la respuesta de Ella fue contundente:

Si quieres le das un golpe de Estado a Gobernador, pero ahora mismo te quiero ver trabajando.

Como usted diga, generala —le dijo Rosita cagada de la risa.

Pero las cosas seguían igual. La hermana menor salía temprano en la mañana y llegaba tarde en la noche cansada, de tanto mango comido en tantos árboles diferentes, con la mala noticia de que tampoco hoy, hermana, pues este régimen nos dejó sin fuentes de trabajo.

Pero al día siguiente fui yo la que salí a buscarle trabajo. Y, sin quererlo, fue en el mercado de las cinco que le encontré el bendito oficio a la vaga esa. Esaaquellalaausente estaba ahí, en su paseo cotidiano con ese tal Gobernador y, muy a pesar de él, se le separó unos minutos de su brazo y se dirigió hacia uno de los frutereros con una pregunta furtiva en su boca:

Disculpe usted que conoce a tanta gente. ¿No sabrá por casualidad dónde puedo encontrar a una buena mentirosa?

Mentirosos conozco muchos, pero buenos sinceramente no creo que conozca.

Disculpe, señorita. Sin querer escuché la conversación y le puedo asegurar que conozco a la persona que usted busca —le dijo la negra Ella sudando gotas de carbón.

Esaaquellalaausente se hizo la desentendida pensando que Ella era una de esas Gorilas de Gobernador, y la miró como si nunca hubiera mirado a nadie

en su vida. Ella le repitió su frase con una nota más aguda. Esaquellalaausente se vio obligada a responderle con un tono seco:

No hablo con desconocidos.

No me venga usted, niñita, a hablarme con ese tono porque bien sé que usted está desesperada —le dijo Ella sin saber cómo.

¿Cuál tono?

No me vas a cortar con ese cuchillo de cartón, muchachita.

¿Cuál cuchillo?

Sin querer Esaquellalaausente había entrado en el cuarto oscuro de la conversación de esa negra pícara y, lo peor, es que la niña, de tan educada y tan de su casa que era, no se había dado cuenta. Su última frase pseudoingenua le hizo entender la inminencia de la conversación que ahora tendrían. Ya estaba adentro de esa conversación y lo único que le quedaba era prender una lucecita con su frase sincera:

Bueno, es mi padre el que me dice siempre que no tengo que hablar con desconocidos, y mi padre ahora no está aquí.

Y, ¿dónde está, niña? Trabajando, como siempre.

¿Y qué trabajo hace? Me busca novio.

¿Cómo es eso?

Bueno, muy sencillo. Se la pasa trabajando como general, fuera de la casa, para darle la oportunidad a ese tal Gobernador de visitarme cuantas veces le plazca.

Ah.

Y eso dura desde hace mucho, mucho tiempo. Lo siento, niña.

Más lo siento yo, señora. Me llamo Ella, no señora.

Bueno, Ella. ¿De verdad puedes ayudarme?

Necesito una mentirosa.

Tú lo que necesitas es una madre.

Más de una, Ella. Pero eso es otro tema. Por ahora lo que realmente necesito es una mentirosa. Tengo cocineras, jardineros, choferes y un ejército de otros ayudantes que me hacen mantener la casa impecable para las visitas de Gobernador. Pero lo que yo realmente necesito es una mentirosa de las buenas.

Y eso para qué, niña.

Para espantar al necio de Gobernador, allá atrás.
¿Eso es Gobernador? Ese mismito.

* * *

¿Y qué te hace pensar que un mentiroso podrá con la voluntad de Gobernador?

Yo lo conozco más que nadie.

No más que nosotros que lo odiamos. Y quiénes son ustedes.

Un día te contaré, niña.

¿Bueno, me vas a ayudar o no?

Pero todavía no me has explicado bien qué tiene que hacer el mentiroso que necesitas.

Y qué más, decir mentiras. Pero de las buenas. Es por eso que necesito a alguien de naturaleza mentirosa, que mienta como respira.

Creo que conozco a la persona que buscas.

Si la persona que tú conoces es la persona justa, lo único que tiene que hacer es presentarse como mi ama de llaves. Bajo ese rol le abrirá la puerta a Gobernador varias veces por día y le dirá que estoy, que no estoy, que salí, que me mudé, en fin, quiero a alguien que me quite esa mosca gigante de encima con el arte sin igual de una mentira bien dicha.

Pero, una preguntita, entre las dos. ¿No es peligroso el trabajito ese? Y, ¿cómo va a serlo?

Sabes, Gobernador...

Ese lo que es es un enamorado sin causa, un alma de Dios, un pan dulce.

Buenos días señorita, soy Rosita y vengo de parte de mi hermana mayor, Ella. Me dijo que le dijera simplemente, de parte de Ella, la del mercado.

Pasa adelante.

* * *

El trabajo le cayó a Rosita como anillo al dedo porque era trabajo y placer a la vez. Trabajando tenía la oportunidad de mentir cuanto quisiera, mirando fijo a los ojos de Gobernador, diciéndole con ironía, la niña está por el momento ausente o indispuesta o, incluso una vez llegó a decirle que la niña está muerta hasta las cuatro en punto, señor, palpando centímetro a centímetro

la agonía de ese niño grande que mil veces al día llegaba con la misma excusa de que dejé olvidados mis guantes, señorita Rosita, pero es que la niña me mandó a decirle que no puede pues se la comió el tigre.

Y cuando no le abría la puerta a Gobernador, Rosita se revolcaba por los pasillos interminables de esa casa de dos pisos, por su escalera de madera brillante, por sus cuartos de techos altos, encima de la cocina último modelo y dentro del armario de la vajilla, con el jardinero, el chofer, el lechero, el vendedor de periódicos, el cartero, el obrero que estaba construyendo la torrecita del jardín, el carnicero que vino a traerle el kilo de costilla a la señorita y con todo macho que se atreviera a tocar esa bendita puerta, menos, claro está, con ese tal Gobernador que solo tenía ojos para ver a la niña que, lo siento mucho, no está en estos momentos en casa, decía Rosita arreglándose la ropa interior que, por todo el bochinche anterior, se le salía por una parte y le entraba por otra. En ocasiones Gobernador la miraba con incertidumbre cuando ella le respondía, voy a ver si está la señorita, y subía las escaleras cojeando pues en el sobresalto del timbre sonando había metido las dos piernas en uno solo de los orificios de su bikini en un intento inútil porque Gobernador no se diera cuenta de que, justo detrás de la puerta a la que él estaba llamando, se encontraba ella encaramada como un mono en la lámpara de la sala, agarrada de una sola mano porque con la otra le arrancaba el cabello de placer a ese pobre cartero que apenas podía respirar, estrangulado por las piernas de ella, más fuertes que un alicate de presión. Dos toques más y me voy, pensó Gobernador, y no había terminado el primero de ellos cuando Rosita abrió la puerta de forma caótica despidiendo a ese cartero, ahora calvo, cuyas ganas de comerse un manguito con esa tal Rosita estaban íntegras por culpa del necio de Gobernador a quien, bajando la cabeza cual vasallo, ese cartero saludó con una voz sudada de sexo, buenos días Gobernador, permiso, hasta luego. Gobernador ni siquiera lo miró en su afán por tratar de ver a través de la puerta semiabierta si Esaaquellalaausente estaba por casualidad en las inmediaciones del salón.

Disculpe, señorita Rosita. Quería saber si por casualidad había dejado aquí mis guantes marrones de cuero.

¿Los que había olvidado ayer y anteayer? —le respondió Rosita sin compasión.

Esos mismos —dijo Gobernador avergonzado. Pues ayer mismo se los entregué.

Pues creo que uno de ellos se cayó precisamente en el momento de la entrega.

* * *

¿Puede ver si, por casualidad la señorita los habrá visto? Cómo no, señor.

Rosita subió las escaleras cojeando pues en el sobresalto del timbre sonando había metido las dos piernas en uno solo de los orificios de su bikini. Gobernador aprovechó para sacar de su bolsillo un par de guantes de cuero marrón que el alcahuete de Secretario le acababa de comprar para poder poner en práctica su excusa cotidiana. Rosita ya casi estaba por bajar las escaleras con su respuesta de que la señorita dice que. Gobernador aprovechó el poco tiempo que le quedaba y sacó uno de los guantes y lo dejó caer como si nada, cerca del mueble más grande y vistoso, para poder regresar sin problemas al día siguiente.

Instantes más tarde Rosita bajó las escaleras con un paso normal, pues tuvo el tiempo de arreglar sus vestidos, peinarse y hasta de echarse ese polvito rojo en las mejillas que tan bien le quedaba. Pero antes pasó por el cuarto de los chécheres y tomó uno de los miles de guantes marrones que Gobernador había desparramado por toda la casa.

La señorita dice que está indisputada —le dijo Rosita con cara de fastidio y el guante en la mano derecha.

Después de dicha respuesta Gobernador no le prestó más atención a ese bendito guante del cual nada quería saber y, sin encontrar las palabras, a causa de su desolación de niño sin madre, respondió:

Entonces dígame que paso más tarde. Así será.

¿Qué te dijo ese necio, Rosita? —se oyó desde arriba de las escaleras apenas la puerta se cerró.

Que regresaba más tarde, señorita.

* * *

La negra Ella apenas había terminado el segundo set de la noche. Rue de Paradis estaba lleno. Adentro los rostros se cruzaban casi rozándose por la estreches del lugar. Casi todos los ahí presentes tenían labios de quien ejerce un instrumento de viento o dedos de bajista o violinista. Pero también había sus excepciones y la más espectacular era la de ese hombre, Secretario,

que de ser tan bajo no podía pasar desapercibido en ese lugar sombrío. Ahí estaba él frotándose sus diminutas manos, esperando la inminente llegada de la monumental negra Ella. Los labios de esa cantante todavía estaban húmedos, a pesar de ese largo set que apenas terminaba.

Secretario se dio cuenta de sus manos frías, sudadas. Él estaba nervioso, pensando en las preguntas que, horas antes, se había obligado a sí mismo a hacerle a su negra. A Secretario nunca se le hubiera pasado por la mente de interrogar de ese modo a Ella si no fuera por la insistencia de su madre que, cada vez que su hijo salía a trabajar, le decía:

Cuando vuelvas, hijo, no te olvides de traerme el árbol genealógico de esa.

Su nombre es Ella y es cantante de ópera.

¿Cantante de qué? De blues, madre.

Delante de semejante barbaridad la madre de Secretario siempre respondía de la misma forma:

Entonces esa no es ninguna cantante. Esa lo que es es una negra.

Pero Secretario, por temor de confiarle la verdad en bandeja de plata a esa madre suya que lo conocía tanto, prefería irse de inmediato con el secreto del color negro azulado de Ella, el amor de su vida. Prefería cerrar la puerta con cautela y bajar las escaleras en puntas de pie. Pero el camino hacia su oficina era la irremediable ocasión para desarrollar su triste reflexión cotidiana sobre ese bendito demostrativo que su madre utilizaba para hablar de Ella: siempre la llamaba Esa. Él, tolerante como era, hubiera preferido Esta o incluso Aquella, pero ese Esa le resultaba insoportable y le arruinaba irremediablemente el día.

No era una casualidad que su vieja se obstinara en utilizar ese demostrativo. Bien sabía ella, que lo había parido, que su hijo nunca se divirtió de niño con los juguetes, ni con el juego infantil entre compañeritos. Nada de eso nunca lo interesó. Su interés estaba en otra parte, en los laberintos del idioma. Por ello, la única forma de castigarlo siempre fue la misma: utilizar de forma impropia o errónea el castellano.

Secretario, todavía bebé, sin poseer aún el don de la palabra, ya albergaba en su espíritu todas las reglas gramaticales necesarias para un uso perfecto del castellano. Le bastaba entonces a su madre utilizar indebidamente un tiempo verbal para que el pequeño se tomará todo el tetero, porque si no lo haces verás cómo diré, Hubieron muchos que, al lugar de, Hubo muchos que; o utilizar el Deber al lugar del Deber de, error que bastaba para que, a seis meses de nacido, Secretario tomara conciencia de sus faltas de infante. Detalles como

esos le estaba contando Secretario a su negra Ella justo antes del concierto, cuando de pronto le vino a la mente la orden de su madre y le preguntó sin más, y tú, Ella, háblame un poco de tu familia:

Como en tu caso, también mi familia se reduce a una persona, enano querido. ¿Y quién es esa persona? Mi hermanita.

Ajá.

Es la menor. Se llama Rosita.

...

Ella tomó un trago de ron para aclarar la voz y las ideas, y saber por dónde comenzar la descripción de esa tal Rosita:

Es una morenita, tirando a negro, delgada, sutil y de una inocencia y una desconcentración grande como un burro.

Rosita —repitió Secretario como si el nombre le dijera algo.

* * *

Secretario recordó de pronto el caso de esos tres cochinos locos. Fue él mismo, contra su voluntad, que tuvo que firmar la cadena perpetua de un inocente bajo la culpa de antihigiénico. En ese caso que ahora todos llamaban «Los tres cochinitos» más de uno tenía responsabilidades, pero solo uno pagó y no por lo que debía. El hecho ocurrió, como siempre ocurren hechos como esos, durante la hora del burro. Todo Pueblo se encontraba inmóvil y silencioso, dejando a Gobernador la posibilidad de escuchar los pasos de su amada. Pero en lugar de esos pasos, Gobernador escuchó lo mismo que todo Pueblo: un sinfín de ronquidos de cochinos y pasos de barro y mierda de tres animales por las calles de Pueblo que, por estar tan perdidos, parecían quinientos.

Lo primero que pensó Gobernador de todo ese bululú fue que, una vez más, se trataba de sus alucinaciones porque, carajo, yo no le he dado permiso a ningún cochino para pasearse a esta hora, que más bien es la hora de los burros.

¡Secretario! —gritó entonces Gobernador con mucha rabia y desconcierto.

Dígame, señor —respondió inmediatamente detrás de la puerta Secretario.

¿Qué está pasando?

Se lo digo ahora mismo.

Secretario salió despavorido a resolverle el problema a su jefe como si fuera yo el que, ahora, le tiene que impedir a los animales que paseen libremente por Pueblo.

A esos cochinos, Secretario los encontró como perros por su casa, corriendo caóticamente por las estrechas calles de la parte alta de Pueblo, oliendo y mascando viejas a su paso, pasando por encima de todo, cagando estatuas, entrando por una casa y saliendo por otra, chamuscando flores del Cementerio y, por tratar de detener ese caos, Secretario se encontró enchastrado de un sudor que olía a mierda e impotencia, pues nada podía hacer para aplacar el cataclismo de esos cochinos que eran más rápidos e inteligentes que todos esos Gorilas que el régimen puso detrás de ellos.

Secretario no tuvo más remedio. Decretó una especie de edicto improvisado, firmado de emergencia por Gobernador, en el cual obligaba a todo Pueblo, bajo amenaza de cárcel de detener toda actividad en curso, por más importante que fuese, para participar en la captura de esos tres cochinos comunistas. Grave error, pues Secretario no pudo ver, a causa de la rapidez de los cochinos y de la brillantez del sol, que cada uno de ellos tenía en sus lomos un mensaje mal escrito con una brocha gruesa. En el primer cochino estaba escrito, Gobernador cabrón, ella quiere a otro. En el segundo, El que me agarre le cae la madre. Y en el lomo del tercer cochino nada se podía leer, pues solo estaban escritos garabatos, fruto del temor de su escribidor. Todo Pueblo leyó esas injurias contra el padre de la patria.

Secretario no tuvo el coraje de avisarle a Gobernador que el problema era más grave de lo que se pensaba porque los cochinos, no solo habían irrespetado el silencio impuesto por Gobernador durante la hora del burro, sino que también ponían en práctica una acción que bien podría ser catalogada de traición a la patria.

Súbitamente Secretario dio la orden de que por ningún motivo esos animales entraran en el recinto del jefe. Y, no apenas la orden estaba por ser aplicada, Gobernador, muerto de rabia, mandó al mismo tiempo, a proteger con todas las fuerzas de la patria, la residencia de Esaaquellalaausente que, por nada del mundo, debe presenciar la injuria a la que hoy está sometida su limpia belleza, nojoda, y a pesar de todos los peros que supo encontrar Secretario para proponerle a Gobernador que todos los Gorilas se debían quedar protegiendo su Palacio, jefe, no hubo poder humano que lograra modificar mi orden, Secretario, porque de no cumplirse, iré yo mismo a proteger la casa de mi amor mío que, bien lo sabe usted, es el verdadero recinto patrio.

Ajá —respondió con voz de esclavo Secretario.

Ese ajá pareció servir de llamado a los tres cochinos porque, apenas fue dicho, los tres bichos, algunas calles más allá, cambiaron de rumbo y se dirigieron allá, donde, a los ojos de Secretario, no tenían que llegar. Los cochinos pasaron por encima de las gallinas y los mangos caídos que daban la bienvenida a los ilustres visitantes del recinto de Gobernador y, ni siquiera el pelotón de fusilamiento que era el único presente, pudo hacer algo contra esos animales, ni la cocinera de Gobernador, acostumbrada a matar cochinos para el almuerzo del domingo. Nadie, ni siquiera Secretario con su poder de arreglar todo, pudo contrarrestar la impaciencia de esos cochinos subiendo por las escaleras del Palacio hacia el segundo piso donde estaba Gobernador.

Contra las órdenes del jefe, Secretario mandó a su ejército de pacotilla, mal vestido como estaba, a abandonar la casa de esa muchacha y atrincherarse en la residencia de Gobernador. Pero la orden había sido recibida demasiado tarde y, al llegar esos Gorilas al lugar de los hechos, solo pudieron medir los daños irreparables de esos quinientos cochinos, señor Secretario, que no nos dio el tiempo de capturar porque en este gobierno todo el mundo tiene poder, menos nosotros, los que deberíamos, los que defendemos el orden y el progreso de este pueblo en el que, por falta de autoridad militar, cualquier cochino puede entrar en el recinto patrio. Pero ese Gorila estaba hablando solo, pues ya Secretario se había marchado detrás de la catástrofe de esos cerdos, había subido las escaleras embarradas de todo, y había visto, con todo el miedo que tenía, la puerta de Gobernador abierta, la cerradura mascada y la alfombra persa rasgada y sucia cual trapo de cocina. Lo pensó dos veces antes de entrar, pronosticando el caótico estado en el cual encontraría a Gobernador y a su sobria alcoba. Entró con paso de asustado, él, que estaba acostumbrado al peligro de tener siempre a su lado a alguien como Gobernador. Por fin lo vio ahí, a Gobernador y a esos tres cochinos, en una actitud que jamás hubiera podido prever.

Gobernador estaba sentado en el suelo, calmado y sonriente y, de frente a él, también sentados cual perros de raza, esos puercos que no resistieron al encanto del poder ultraterreno de ese hombre, a su carisma despótico, a sus promesas de oropel. Ahí estaban esos cochinos, dejándose limpiar con su pañuelo personal de Lyon este sucio incrustado en sus lomos, Secretario, porque en mi territorio nadie tiene que estar sucio, Secretario, imagínate si mi amor mío los viese en tal estado, Secretario, y ahora mismo me traes al dueño de estos bichos, y me lo haces pudrir en El Castillo, no joda, por irrespeto a la hora del burro, pero sobre todo por sucio.

El secretario de la patria no entendió más nada. Salió sin rumbo a dizque capturar al culpable de la falta de higiene de unos cochinos. Se sintió de todo corazón ridículo y, no fue hasta el final del día, que cayó por fin en cuenta de la naturaleza del sucio que Gobernador había visto en los lomos de esos animales.

Claro, el jefe no sabe leer.

* * *

Secretario se sintió tan ridículo de seguirle la pista a una persona por la culpa de no bañar a sus cochinos que decidió hacer algo que usualmente no hacía y dejó el caso en manos de esos Gorilas que adoraban perseguir gente.

Los Gorilas tomaron las investigaciones en mano y, de interrogatorio en interrogatorio, llegaron hasta Rosita. Ella, de frente a las amenazas de los Gorilas, a sus cuartos con olor a humano y a toda la parafernalia de su podercito de nada, terminó por preguntarles qué quieren de mí y ellos, contentos de la vida que una mulatica tan linda los tomara en serio, le dijeron con voces de militares, queremos que hables.

Haberlo dicho antes, tu problema es entonces la soledad. Si quieres que hable, yo hablo con mucho gusto. Pero, ¿de qué?

¿Y de qué más? Del culpable.

¿Qué culpable, mi amorcito?

No te hagas la que no sabes. Te vieron en una mata de mango con él.

¿Mango?

Háblame de «Los tres cochinitos» —le dijo un militar que estaba casi por tocarla.

En su ingenuidad en relación al peligro del poder y a todo lo que con él tiene que ver, Rosita se le adelantó a ese militar y, antes de que él la tocara, le dio un manotón:

No toques si no vas a comprar.

¿Vas a hablar o no?

¿Y qué estoy haciendo?

Háblame de «Los tres cochinitos» que ya estoy perdiendo la paciencia.

¿Pero qué quieres saber?

El culpable.

Ah, eso.

¿De quién son los cochinos?
Si me das un besito aquí te digo.

* * *

Aquí.

Y el soldado, completamente desorientado, le dio un beso viscoso con sus verdes labios duros.

Y Aquí.

Le dijo Rosita señalándose una zona escondida debajo de la oreja.

Y Aquí.

Señalándose el límite entre sus labios y el cachete derecho.

Y Aquí.

Y Aquí.

Y Aquí.

La situación en pocos minutos degradó y Rosita estaba consiguiendo todo lo que quería de ese Gorila desarmado por el *savoir faire* de su prisionera. Después de pocos minutos la situación se había dado vuelta y, ahora, ese Gorila la perseguía sin pantalones por todo el cuartito con su verga señalando el norte. Ella, por el contrario, estaba tan vestida como había llegado, aunque, no se lo podía negar, también con ganas de medir el poder del ejército de la patria. Fue así que, sin que él se lo esperara, Rosita se le montó cual vaquera como si lo fuera a hacer cabalgar y, con solo dos movimientos de cadera, le quitó todo su fervor de macho de mierda, dejándolo ahí embarrado y con ese semblante que el uniforme escondía.

Mucha pistola y resultaste un güevón.

Rosita se echó aire con el abanico de su mano y le dijo a ese Gorila sentado en el suelo:

El señor Mata. El dueño de los cochinos es el señor Mata.

¿Pero cómo denunciaste a ese muchacho, Rosita? —le preguntó Ella al límite del llanto.

Yo no denuncié a nadie. Te lo juro por nuestro padre.

Es fácil jurar por alguien que nunca existió.

Fácil o no, te lo juré.

Y todas las conversaciones que tengo con ella son así, enano querido —le dijo Ella con tono de confesión y lágrimas en los ojos a ese Secretario justo antes de su concierto en Rue de Paradis.

Pero Secretario no tuvo nada para decirle. Esa tal Rosita atentaba, como nadie lo había hecho antes, contra los esquemas morales de ese hombre tan rígido. A medida que escuchaba a Ella hablar de su hermana y que investigaba por su cuenta sobre esa muchachita, la dificultad de encasillarla en una categoría moral aumentaba. No sabía en cuál de sus ordenadas gavetas meter a Rosita. No la terminaba de descifrar y, en lugar de optar por uno de sus dogmáticos juicios, prefería guardar un silencio de tres puntos suspensivos para no herir a su negra Ella. En el fondo Secretario tenía miedo de destruir a Ella con un juicio definitivo sobre su hermana. Sobre todo, ahora que esa negra tan linda comenzaba a hablar de sí, a decir algo más que no fuera blues. Además, Ella era la única en poseer realmente la llave para penetrar en la conversación de ese hombre diminuto y cerrado en sus responsabilidades estatales, ese tal Secretario que nadie veía pasar por ninguna calle ni asomarse por ninguna ventana ni respirar ni vivir. De Secretario todos oían solo órdenes que, ni siquiera eran las suyas, sino las de Gobernador. Para todo el mundo él era las órdenes de las órdenes. Una especie de espíritu que ordenaba los destinos burocráticos de Pueblo sin ser visto, ni oído, sin ser percibido. Por ello representaba un instrumento inigualable en la lógica de Gobernador, pues traducía en actos sus designios de amor. Todo aquello que Gobernador pensaba que era necesario para perennizar su idilio con Esaaquellalaausente, Secretario sin ninguna huella humana lo realizaba en el mundo cotidiano de Pueblo con la varita mágica de su talento burocrático. Todo eso lo lograba gracias a una personalidad entera, sólida, concisa, sin aparentes fisuras, incorruptible, eterna, que nadie, ni siquiera Gobernador se atrevía a relativizar o poner en dudas, por miedo a dañar ese mecanismo exacto que hacía que los destinos de Pueblo fueran acomodados a su merced. Pero ahora esa mocosa de Rosita con su personalidad sin par se insinuaba, directa o indirectamente, como una vara que se metía entre las ruedas de esa máquina perfecta que era Secretario.

Es un ser inaudito —se le escapó de la boca a Secretario delante de los cuentos que cada día Ella le echaba a propósito de su hermana menor.

Y al decirlo sonrió con una sonrisa fea al pensar que Gobernador siempre se expresaba de la misma manera hablando de los libros.

Ella ya había comenzado el tercer set de la noche. Entonó uno de sus blues enamorados para su enano querido. Claro, pensando siempre en su hermanita y pidiéndole a diosito para que, por favor, le consiga un novio y siente cabeza.

* * *

En los días que siguieron Ella continuó, concierto tras concierto, llenando de informaciones sobre Rosita el espíritu de Secretario. El hablar constantemente de su hermana correspondía a una necesidad extraña, sin verdaderas razones. Durante todas esas noches furtivas en Rue de Paradis Ella abordaba innumerables argumentos que como ríos, riachuelos y cascadas confluían, todos, en el mismo mar revuelto de Rosita, el ser más extraordinario de Pueblo, para su hermana que tanto la quería, y el más misterioso y estrafalario, para ese tal Secretario. Él escuchaba a su negra como quien mira un cuadro sin aparente forma, tratando de encontrar el mínimo detalle a partir del cual lograr intuir una identidad que, sin embargo, no lograba adivinar. Rosita, a través de la voz de Ella, de sus pausas y sus respiraciones, se convertía cada vez más en un ser abstracto o manual del desorden.

Fue así que Secretario, ya aturdido por tanto cuento, se armó de valor y desafió a esa Rosita que salía de la boca de Ella, diciéndole, por qué no hablas de otra cosa, negra. Pero sin darse cuenta ya estaba sumergido en otro de esos riachuelos de aguas con olor a Rosa. No le quedó más remedio a ese hombre que ponerse a chapalear en un intento desesperado por nadar, él, que jamás en su vida había nadado en ninguna mujer, y que ahora se veía obligado a hacerlo a partir de los cuentos de otra.

Por mucho tiempo Rosita pobló, primero las madrugadas, y más tarde los días, de ese tal Secretario quien salía aturdido cada noche de Rue de Paradis por las narraciones detalladas de la loca vida loca de Rosita. Salía de ese sótano tropezando con mesas, postes de luz, Gorilas, borracho de tanta barbaridad y tanto no puede ser, hasta llegar a su casa sin tocar el suelo, besar a su madre y acostarse con sus ojos bien abiertos para seguir, y cómo no, pensando en ti, ¿en quién?, se preguntó asustado, en ti, Rosita, se dijo cerrando los ojos, por fin cerrándolos, para soñarte, para revivir los cuentos de su negra Ella, ahora con toques personales del mismísimo Secretario de la patria, el hombre de letras, el mago de nuestra ilustre burocracia tan nuestra.

Pero eso no es nada —le dijo Ella tomando respiración para pasar de forma ingenua y natural a otra de las historias de su hermanita.

Secretario tomó entonces respiración y se preparó para lo peor.

Mi comadre me contó, porque a Rosita uno no le saca ni pío, que mi hermanita estuvo retozando en la corrida de toros y que, cuando todos se fueron, la Rosita se quedó ahí acariciando caballos hasta llegar al lomo del torero que, en realidad, terminó siendo el que le daba de comer a los animales. Y entre caricia y caricia convenció al muchacho, como siempre Rosita convenciendo de todo a todo el mundo, de que me prestes ese caballo negro, y así fue. Pero como para convencerlo se había quitado la ropa y, como la ropa estaba tan lejos, subió al potro así como estaba y, para que no le doliera el roce del lomo contra su tibio cuerpo, entre el caballo y Rosita se sentó el caballero, y así cabalgaron por toda la arena de Pueblo. ¿Te imaginas, enano querido? Y ni contarte el calorón que había, y ni hablarte de la cara de ella al galope de esas dos bestias. Eso te lo puedes imaginar tú solito.

Y solito se lo imaginaba Secretario con los ojos cerrados en esa cama suya en la cual las imágenes parecían más reales: la piel de Rosita estirada como cuero de tambores, temblando a cada brinco del caballo; las manos gruesas del caballero apretando sus caderas para que no se le fuera a ir de un lado; y sobre todo, y más que todo, el rostro fruncido y elevado al cielo de ella, la más feliz de las mujeres, mirando a retazos las nubes en forma de tus tetas, mi vida, cosita rica de papi, cosita bella, que mira cómo lo tengo por ti.

Pero, sinceramente, Ella, ¿tú aceptas esas barbaridades de parte de tu hermana menor? —le dijo Secretario a su negra suya como conclusión del desastre moral que le acababa de contar.

Pero Ella, al final de cada cuento, le daba siempre la misma anestésica respuesta:

El culo es suyo.

Respuesta, grosería, insensatez, contra la cual Secretario no tenía armas, visto lo púdico y elegante de su calibre.

* * *

Esos diálogos con Secretario, ese sinfín de historias sobre Rosita, ella los sacaba como de baúl familiar cuyo contenido, incluso para ella misma, era desconocido. Contando todo eso, Ella se descubría portadora de informacio-

nes que no creía conocer. Al inicio las interpretó como historias inventadas, que no sabía por qué, le inventaba a su enano querido. Pero cuento tras cuento, no tardó en percatarse que de mentira, todo eso, no tenía nada.

Pero su problema ahora era otro. Un sentimiento enfermizo había llegado a su corazón y se dio cuenta demasiado tarde: Ella estaba celosa de Rosita reflejada en los ojos de Secretario mientras le contaba todo eso. Aunque bien sabía que se trataba de un sentimiento irracional, porque en su vida su hermana y Secretario se habían encontrado.

También para Secretario era tarde, pues ya no podía quitarse esos pensamientos esos de su cabeza. Las noches eran para él una fábrica de imágenes y de muy personales remembranzas de los cuentos de Ella. Algo tenía que hacer.

Entró aterrorizado a Rue de Paradis prometiéndose que esta vez sería él quien hablaría, quitándole de ese modo la posibilidad a su negra bella de seguir llenando su espíritu de anécdotas que ya no le permitían dormir. Pero en el fondo de sí mismo bien sabía que nada podía hacer. Él era un animal silencioso y, apenas veía a Ella acercarse, después de uno de sus sets, todo el valor economizado durante el día se le desaparecía, y se quedaba sin armas.

La noche anterior, también la noche anterior, había sido desastrosa. Sus ojos habían permanecido abiertos viendo pasar imágenes exageradas del cuerpo de Rosita. Ahí estaba ella, tal como pocas horas antes su hermana la había descrito: arriba de uno de los techos planos de las casas altas y cuadradas de Pueblo, bañándose desnuda para contrarrestar el calorón de las once y media de la mañana de ese domingo lento y seco. La jovencita aprovechaba la ausencia propia de los domingos para contradecir al Padrecito y su misa plenaria, a las lavanderas de agua dulce, a los recogedores de cartón y a los futbolistas, e instaurar su baño como nuevo rito a esa hora dominical que, hasta ahora, pertenecía a todos esos personajes. Secretario podía ver, a través de la voz de Ella, a Rosita y su triángulo de vellos apenas bañado y las gotas bajando por el tobogán de cristal de sus caderas de vértigo:

Imagínate, enano querido que, al parecer, todo Pueblo sabe este cuento menos nosotros. Figúrate que la señora de la casa de al lado cobra entrada porque desde su casa se obtiene la mejor vista.

Al final de eso que todos interpretaban como el baño espontáneo de un mujerón que todavía se consideraba niña, de un cuerpazo que cree que nadie la está mirando, de un culo que ni siquiera el régimen silenciaba, Rosita se vestía con una lentitud desesperante, secando su cuerpo con el vestidito de tela fina

que, justo después se colocaba, húmedo como estaba, para luego desaparecer con cinco pasos calculados de ese techo o palco o cielo que todos esos hombres miraban desde el infierno del deseo. Rosita bajaba del techo por las ramas gruesas de un árbol de níspero y, no apenas había tocado el suelo, se dirigía a la casa de la vecina, apenas vaciada de todos esos machos, entraba sin tocar la puerta, pues no había, y con un tono de cotidianidad monótona le decía:

Fisti y fisti.

La vecina sin mirarla y con la cara fruncida le entregaba la mitad de las ganancias, no sin antes recordarle:

Rosita, no te olvides que el pago de los militares sale de mi mitad.

Fisti y fisti —le repetía impertérrita la Rosa, tomaba sin expresión alguna un sorbo de café y se marchaba sin cerrar la puerta inexistente.

Instantes después entraba una manada de muchachos y viejos que, al unísono, le preguntaban a la vecina:

¿Y entonces?

La vecina tomaba respiración y comenzaba con la descripción de eso que ella vendía, como los sueños eróticos y experiencias de amor que Rosita, dizque su mejor amiga, le contaba rapidito rapidito justo después de su baño dominical. Pero no sin antes, caballeros, darle al César lo que es del César. Los presentes vaciaban sus ahorros de la semana y ella, como lo prometido es deuda, comenzaba a darle rienda suelta a su imaginación que, a los quince minutos exactos, se detenía sin más.

Esa vecina siempre le temió a un tipo que tomaba nota de cada uno de los particulares de su cuento. Pero nunca hubiera sido capaz de pedirle a un gorila que dejara de tomar notas de lo que en mi casa se dice, nojoda, porque esto no es escuela.

El lunes por la mañana, a primera hora, en las oficinas del gobierno, el gorila vestido de civil recitaba con puntos, comas y señales los cuentos de la vecina a Secretario, quien escuchaba todo eso con las piernas cruzadas y mirando el paraíso con sus ojos cerrados.

Gracias, comandante. Se puede retirar.

Secretario se quedaba entonces solo, pensando. Bien sabía que el bañito ese no era cierto. Sabía que eran artificios de bruja, que los sortilegios de Rosita consistían en andar rondando en el momento justo ahí donde nadie ronda, haciendo eso que nadie cree que puede ser hecho, hablando con

quien no se debe. Secretario, racional como era, en el fondo de sí mismo comprendía todo eso. Pero ya era demasiado tarde. Él era ya víctima del mar agitado de Rosita.

Cada gaveta que abría Secretario, documento que inspeccionaba o paseo que realizaba, estaba marcado por un acontecimiento que, más temprano que tarde, lo llevaba al cuerpo de Rosita. Él sabía mejor que nadie que, llegado hasta donde él había llegado en el deseo por esa energúmena moral, ya era muy tarde para dar marcha atrás. Por ello ahora aprovechaba cada ocasión que el destino le regalaba para pasearse con la imaginación en ese cuerpo de ella. Secretario comenzó irremediabilmente a medir su existencia, tiempo y responsabilidades a partir de ese ser que, ni siquiera una vez, había visto en su vida.

Gobernador, desde el más allá de su amor y su poder, no tardó en percibir algunos cambios en el cotidiano de Pueblo. Intuía que esos cambios tenían que ver con Secretario, y el hecho que terminó por corroborar sus intuiciones, fue el caso de esos dos turistas desaparecidos que, él mismo, había ordenado a Secretario encontrar a toda costa, pues la embajada del Norte comenzaba a amenazar con medidas económicas desfavorables para Pueblo, si nuestros ciudadanos no aparecen.

Gobernador jamás hubiera podido imaginar que la inédita ineficacia de Secretario en ese, y otros casos, obedecía a un problema de faldas. El padre de la patria confiaba demasiado en la metodología cartesiana que regía la vida de su mano derecha como para intuir que, ese frío y miope ser, podía percibir las llamas desaforadas del amor. Además, a través de un nuevo artículo que Gobernador había agregado a la constitución, se nombraba a sí mismo como el único posible propietario y beneficiario del amor dentro de las fronteras de la nación y, qué ser más propicio para hacer respetar dicho artículo que Secretario, su primer infractor.

Era lunes de mañana cuando Secretario comenzó, desconcentrado como estaba, a revisar la agenda del día. Como primer problema a resolver estaba el caso de los dos extranjeros desaparecidos. Las excusas que él mismo había redactado y enviado a la embajada del Norte no sirvieron de nada. Ellos querían saber de forma precisa qué había pasado con esos compatriotas suyos. Secretario había pedido entonces a los Gorilas informaciones detalladas y, por fin, las tenía ahí en su escritorio. Abrió el documento y pudo constatar, primero que todo, que los cuerpos habían fallecido en aguas territoriales. El

único consuelo que le quedaba era el de saber cómo habían fallecido. Al menos con dichas explicaciones la embajada habría aflojado esa mano dura que ya estaba durando demasiado.

La operación por medio de la cual los cuerpos habían sido desaparecidos Secretario la conoció a través del título del documento subrayado y escrito en negrita: Operación corales. Secretario leyó el texto con una extraña certidumbre en la cabeza que más tarde, al final de la lectura, le sería confirmada.

Leyó el documento de cabo a rabo con una atención que se reflejaba en el modo particular de colocarse sus anteojos y de fruncir la frente. Apenas terminaba el documento, recomenzaba su lectura, como si no lo hubiera leído antes. Solo a la hora del almuerzo detuvo su lectura y dio lugar a las conclusiones.

El documento estaba redactado con un lenguaje sobrio y policial. La utilización de los puntos y las comas era desmedido, y las descripciones de situaciones y lugares exageradamente detallistas. No había en el texto espacio para interpretaciones o puntos de vista. Se trataba de una narración precisa, estructurada en párrafos de, a lo sumo, tres líneas.

El hecho había ocurrido algunos años hace e implicaba a dos ciudadanos extranjeros con visas de turistas. Ellos constituían una piedra en el zapato para la política de Gobernador. Por ello, él mismo, había ordenado medidas rotundas contra esos turistas que fueron acatadas al pie de la letra por los Gorilas. Pero como siempre ocurría, Gobernador había olvidado por completo eso que, apenas un día antes, había dictado como la orden más importante de Pueblo, por andar pensando en los benditos guantes de cuero que habría de dejar olvidados en la casa de su amada.

Lo cierto fue que esos dos jóvenes habían sido escarmentados con el castigo máximo y era demasiado tarde para dar vuelta atrás. Según cuanto Secretario había leído en el informe, ellos habían sido ultimados en la playa de los corales y arrecifes de una forma que era común en Pueblo. El régimen, para no dejar huellas de sus infamias, especialista como era en esas cosas, hacía morir, a cierta gente, de belleza y, para ello, utilizaba sus magníficos corales. Varias veces había ocurrido que, llevados por la belleza de esos corales, incluso profesionales del buceo, perdían la noción del tiempo y se ahogaban en medio de un delirio estético. Se trataba sin duda en la mayoría de los casos de una muerte política cuyos únicos responsables jurídicos eran los corales.

Esos dos turistas habían sido emboscados gracias a una inscripción gratuita a la cual ellos se habían negado en más de una ocasión. Pero al final, por una razón que hasta hoy se desconoce, habían terminado por consentir. La veracidad de esta libre decisión se encontraba en un documento de responsabilidad personal que ellos firmaron, antes del presunto accidente, y que ahora Secretario tenía delante de sus ojos como documento anexo.

De pronto, un pasaje del documento desestabilizó a Secretario quien, víctima de su incredulidad, se disponía a leer de nuevo. Ni él mismo creía en lo que estaba viendo: Rosita, ahí, en el silencio de esas líneas.

Según la descripción que ahora Secretario leía o creía leer, una joven desnuda había sido pagada para nadar por entre las aguas claras, cerca de los corales. Rosita había aceptado el pago de los Gorilas y, ahí apareció sin nada puesto sobre sus partes extravagantes, pero con dos chapaletas de rana que la hacían moverse lentamente, confundiéndose con los colores vivos de los corales.

Secretario se frotó una vez más los ojos y vio que en realidad no era así, que un comando de Gorilas, ahí presente, había visto cómo fue la belleza de los corales lo que hizo que esos dos muchachos se desconcentraran, incluso de la respiración suave, dulce, tierna, de esa Rosita debajo del agua que, de pronto, aparecía nuevamente delante de los ojos de Secretario convertida en palabras y párrafos y, cerca de ella, se podían ver a esos dos jóvenes atónitos delante de semejante mujerón, boy, ahí delante de nosotros y, esos muchachos en vez de observar el amarillo rojo verde de los corales, andaban detrás de ti, Rosita, tú que eras como uno de esos reflejos de luz de este mar claro, que te desaparecías en un lado para aparecerte en otro, y ellos que no entendían nada, porque ahora, más que su belleza, era la falta de aire la que les estaba faltando, pero qué se van a dar cuenta si, allá está, boy, ahí apareció otra vez, man, y, tratando de tocar la belleza diabólica de estos corales, se les fue el tiempo, se les iba, se les estaba yendo la respiración, sin más esperanza que morir ahogados de belleza, víctimas de esa efímera felicidad causada por el aire que les faltaba y que los puso a ver Rositas por todas partes, boy, mírala ahí, mira ese lunar, boy, y aquel pezón rojo verde amarillo, man.

Los encontraron flotando sin ojos, pues se los habían comido los peces de tan felices que los tenían, pero con una sonrisa de oreja a oreja de quien ve la cosa más bella de este mundo justo antes de morir.

Secretario no supo más separar la verdad de la mentira y, como nunca lo había hecho, mandó todo ese importante caso al carajo. Trató de frotarse una

vez más los ojos para ver si lo que estaba leyendo era lo que estaba leyendo, pero la hinchazón de tanto frotárselos no lo dejó.

Pensó que ahora o nunca tenía que terminar con esta cantaleta de que no te he visto nunca, Rosita. Entonces resolvió, él que resolvía todo, que a la mañana siguiente, sin falta, iría a la casa de Esaaguellalaausente, tocaría a la puerta y se enfrentaría a esa tal Rosita, con la certidumbre, fundada en su racionalismo, de que esa niña terminará por decepcionarme.

Tan bella no puede ser, nojoda.

En el fondo de su oreja el regaño sordo de su madre, allá en su casa, a varias cuerdas de ahí, lo llamó a la realidad:

Cuántas veces te he dicho que no quiero malas palabras en tu boca.

Disculpe, madre.

¿Qué dijiste, enano bello? —le preguntó Ella entre un set y otro.

* * *

Hasta hoy me dura esta incertidumbre —se dijo Secretario bien temprano, después de una noche de total confusión de recuerdos, cuentos de Ella y realidad.

Se miró en el espejo y, como hacía siempre en las mañanas, se afeitó la barba que no tenía, pues era un hombre lampiño. Esa actividad aparentemente infructífera era una buena excusa para pensar en lo que haría durante el día.

Rosita, hoy te toca a ti —le dijo al espejo en forma de amenaza, y el espejo también lo amenazó con las mismas palabras y hasta los mismos gestos.

Estaba seguro de sí. La noche le había servido para saber que, al fin y al cabo, todo se resolvería de la mejor forma posible, es decir, en desilusión. Además, nada podía salir mal pues había calculado cada movimiento suyo, hola cuñada, soy Secretario del cual tanto te habrá hablado Ella.

Terminó de acomodarse su corbata delgada y corta, óptima representación del mal gusto propio de su persona.

Buenos días, madre.

Buenos días, Secretario. ¿Por qué hoy no vas a tu oficina?

¿Y cómo lo sabes?

Porque te parí —ella siempre le daba la misma respuesta.

Secretario le contó a su madre una historia que estaba entre la verdad y la mentira. Le dijo dónde iba, dejando el porqué en una vaga frase que su madre

no tardó en interpretar como omisión. Además, bien sabía ella el lugar donde tenía pensado ir, pues la noche anterior se lo había confesado. De hecho, todas las noches ella escuchaba hablar solo a su hijo mientras dormía, de la misma forma que Secretario escuchaba a su madre. A través de este mecanismo, ellos siempre se dijeron lo que nunca se hubieran atrevido a decirse despiertos. Por ello, cuando había rencillas en la casa que la razón no lograba contener, la noche de esos dos se volvía un diccionario de malas palabras: vieja sucia, hijo hijoeputa, perra obstinada, enano zorro.

Ya listo para salir, Secretario cerró la puerta de la casa con una cierta timidez y saludó a su madre mientras bajaba las escaleras. Su madre le respondió, también en voz baja, mientras terminaba de lavarse los dientes.

En sus planes él había previsto ir directamente a la casa de Esaquellalausente donde sin dudas encontraría a Rosita. Pero su miedo era de tal envergadura que no tardó en descubrirse a sí mismo dando vueltas y vueltas alrededor del recinto de esa mujer que Gobernador tanto amaba.

Antes de tocar a la puerta se dijo que sería mejor observar desde lejos el movimiento cotidiano, típico de toda casa. Se encontró con un primer detalle importante: la dueña de la casa, acaso llevada por la sobreprotección de Gobernador, no salía a hacer las compras ni enviaba a nadie. Esaquellalausente se hacía traer todo a su hogar directamente. Por esta razón, lo primero que le llamó la atención a Secretario fue el desfile de personas, todos hombres, que tocaban a la puerta teniendo en sus manos los objetos más variados y que, al encontrar la sonrisa de Rosita abriéndoles, le decían:

Aquí está lo que ordenó la señora.

No soy la señora, pero pase y póngase cómodo.

Secretario no sabía cuán cómodos se ponían esos machos, pero intuyó que seguramente muy muy, porque todos salían de esa casa con una sonrisa y una satisfacción que Secretario entendería tiempo después.

Al inicio eran hombres y mujeres los que llevaban los productos a esa casa, pero estas últimas no tardaron en quejarse por el maltrato del cual eran víctimas, protagonizado por esa flaquita fea que nos abre la puerta. Pero Esaquellalausente no quiso saber de críticas contra su Rosita y simplemente respondió, que sean entonces hombres los que me traigan de comer y beber. Los dueños de los negocios no tuvieron más remedio que echar a las mujeres y contratar a hombres de toda índole y credo. Muchas de las mujeres botadas de sus trabajos trataron de protestar contra la injusticia y el machismo

de Esaaquellalaausente, delante del mismísimo Gobernador si es preciso. Su respuesta no pudo ser más clara, Esaaquellalaausente no es machista, sino el mismísimo macho de este pueblo e, incluso, llegó a preguntarle a su amada, ese mismo día, si quería el doble sexo por decreto. Ella lo miró a los ojos y, sin ánimos de humillarlo, le dijo con toda la sinceridad que le quedaba, lo único que quiero es que me dejes tranquila.

Secretario ya había cumplido su cuarta hora de vigilancia alrededor de esa casa. Sinceramente se sentía ridículo y uno y dos y tres y ahí voy, y su espíritu iba hacia allá, aunque su cuerpo se había quedado como botado detrás de los árboles donde se había mantenido escondido. Entonces recomenzaba de nuevo la cuenta y uno y dos y tres y, de repente, la puerta se abrió cual milagro. Tres golpes netos a esa puerta y esta se abrió. Sus pasos casi llegaban a esa bendita puerta y uno y dos y tres toques, aunque después del segundo ya se había arrepentido. El tercero cayó contra su voluntad. La puerta se abrió:

¿Qué desea?

Rosita estaba ahí esperando que Secretario le dijera, aquí está lo que ordenó la señora, pero la señora no había ordenado nada, ella no era la señora y, además, Secretario estaba con las manos vacías, no traía nada más que estas ganas de conocerte a ti, Rosita, que te pareces más a ti de lo que tú y yo creemos, Rositarositarositarosita.

¿Disculpe? —dijo Rosita sin entender a ese loco.

Y uno y dos y tres, y ahora me lanzo a decirle algo que, apenas había caído en cuenta, no había preparado de antemano. Secretario había preparado toda la escena, estudiando punto por punto cada paso hasta llegar ahí. Pero ahora que tenía de frente a Rosita, y que se percató de que ella era exactamente lo que era, es decir una buena tautología de sí misma, no le quedó otra que improvisar. Mas no apenas trató de decir algo, sintió detrás de su cuerpo el calorcito helado del poder. No lo podía creer.

¿Qué lo trae por aquí, Secretario? —preguntó Gobernador con una voz fuerte que le sopló el cuello a ese secretario.

Fue tan seguro el tono de Gobernador que cualquiera hubiese pensado que se trataba del dueño de la casa. Aunque Gobernador fuera el dueño de todo Pueblo, pero no de esa casa.

Secretario se sintió perdido y ese sonrojo más bien marrón lo probaba. Pero la superioridad psicológica de Gobernador fue hecha añicos por la irónica pregunta de Rosita:

¿Esos son los benditos guantes que dizque había dejado perdidos aquí ayer?

Esa pregunta, que para Gobernador duró una eternidad, fue acompañada por la punta de los labios de Rosita señalando los guantes en cuestión. Gobernador escondió estúpidamente sus manos enguantadas en los bolsillos de su pantalón y, al hacerlo, sintió en el fondo de ellos el otro par de guantes de repuesto que habría de dejar tirados ahí más tarde.

Gobernador se defendió con la única arma que le quedaba: su voz de general en jefe:

¿La señorita está en casa? Voy a ver.

Mientras tanto Secretario se quedó inmóvil, logrando el milagro de desaparecer por algunos instantes, cosa que no era fácil pues, a los ojos de Gobernador, su visita a esa casa era totalmente injustificada. En realidad Gobernador estaba tan desconcentrado en su desesperación por ver a esa mujer que había olvidado completamente la presencia de su secretario. Por su parte, Secretario temía que después de la humillación que acababa de sufrir Gobernador, el próximo fuera él.

La señorita está durmiendo, señor. Pase mañana.

Tome esta propina, señorita, y por nada del mundo le diga cuántas veces pasé hoy.

Se lo juro, señor —le dijo Rosita con todo su histrionismo

Hasta luego.

Hasta luego.

Secretario se sintió un tanto humillado por no haber sido saludado por Gobernador en su despedida. Les echó un breve vistazo desesperado a esos dos saludándose y, de nuevo, se vio solo con Rosita y uno y dos y tres. Rosita lo miró como diciéndose a sí misma qué venderá este enano.

Secretario analizó rápidamente la situación. Si se quedaba un segundo más, debía descubrirle todas sus cartas a Rosita. Si se iba detrás de Gobernador, que era lo que pensaba que debía hacer, tendría que darle explicaciones que no tenía a su jefe. Aunque eso no hubiera sido un problema porque, eran tantas las personas que daban vueltas por esa casa, que bien hubiera podido decir que tenía que hacer unos interrogatorios. Lo que más le hubiera dolido en ese caso sería haber perdido la oportunidad de conocer a esa flaquita rica a través de un intercambio breve de palabras con ella, ahora que se sentía un poco más tranquilo.

Hasta luego.

Hasta luego.

Volvió a escuchar la despedida de esos dos, como si sus reflexiones sobre el qué hacer hubieran detenido el tiempo y la escena.

Hasta luego —repitió Secretario cual eco de los dos primeros apenas escuchados y salió detrás de los pasos de un Gobernador contento porque, al menos, había logrado percibir el olor de su bella durmiente. Secretario se marchó con el corazón a punto de explotar de lo rápido que iba y con la mirada de Rosita que se reproducía cual juego de espejos en su memoria.

Rosita, como pocas veces, se quedó pensativa, cerrando esa puerta. Un pensamiento le atravesó el espíritu y se le reventó en su voz: aeseenanolaproximavézmelocomovivo.

¿Qué dijo Gobernador? —escuchó Rosita arriba de las escaleras. Me dio una propina para que no le dijera cuántas veces había. Quédatela —respondió la jefa de Rosita sin dejarla terminar su frase.

Prisionero

Prisionero no podía creerlo. Algunos de los frutos de su escritura mental en ese bote parecían traducirse inmediatamente en la realidad cotidiana de Pueblo. La prueba irrefutable de ese extraño fenómeno literario, era ese descontrol de la imaginación que, desde hace días lo asechaba, y que lo hacía concebir las cosas más dementes. Ese descontrol, entre otras muchas cosas, lo llevaba a confundir las campanas con el sol, los idiomas entre sí; lo hacía relativizar la exactitud del tiempo, la distancia entre las cosas; y lo inducía a alucinaciones, a partir de las cuales imaginaba, por ejemplo, a niños con un tercer ojo en la nuca.

Ese día Pueblo se despertó más temprano que de costumbre a causa de ese raro repicar de la campana de la iglesia que, por ser tan amarillo, no dejó dormir a nadie. Antes de que salieran los primeros rayos de sol ya las madres andaban como locas corriendo de aquí para allá, porque las maternidades estaban llenas de recién nacidos con un ojo detrás de la nuca y, a pesar de que muchos quisieran acomodar todo ese disparate con reuniones improvisadas, no podían pues cada habitante hablaba un idioma diferente y ya nadie se entendía.

Hasta Gobernador estaba extraño ese día, mirando desde muy temprano hacia la bahía donde se encontraba ese tal Prisionero.

¿Qué me miras, dictador de mierda?

Me está pareciendo que aquí el único dictador eres tú, Prisionero.

Gobernador se quedó ahí por muchas horas y todo Pueblo pensó que estaba mirando el horizonte y que, acaso, ahora a él le había dado por acercarse a esa línea del horizonte porque, carajo, está muy lejos de Pueblo, caput mundi, centro del mundo.

A Prisionero le molestaba esa mirada penetrante y se la quiso sacar de encima con una pregunta:

¿Y ahora qué te pasa, autócrata?

¿Qué me va a pasar? Que las mujeres nos están pariendo los muchachos con tres ojos.

Ah —respondió Prisionero como si no fuera su problema.
¿Cómo hacemos? —le preguntó Gobernador, amenazante
Qué sé yo —dijo Prisionero sin remordimientos.

...

Gobernador le respondió algo que Prisionero no logró escuchar y que lo puso muy feliz porque, en el fondo, esa frase no escuchada era la prueba de que no era él quien escribía los diálogos de Pueblo.

A causa del problema de ese tercer ojo en las nuca de los niños, las mujeres de Pueblo que debían dar a luz en los próximos días, realizaron un paro general de partos. Querían una explicación plausible de Gobernador, pues nada habían hecho ellas contra el gobierno para merecer tal castigo. No era la primera vez que eso de los paros indefinidos de parto se realizaba en Pueblo. Durante la época aquella en la que gran parte de la población comenzó a volverse transparente, muchas mujeres se negaron a tener sus hijos e, incluso, hasta el día de hoy, numerosas entre ellas, con todo y sus ochenta años, conservan a sus hijos cincuentones en sus vientres. Esas mujeres siguen tragándose todo lo necesario para que sus hijos, en la protección de sus barrigas, puedan vivir una vida normal, acorde con sus edades y personalidades. Las madres de los burgueses desayunan cachitos de relojes suizos con café con anillos de oro; las de las coquetas almuerzan crema desmaquilladora, y ensalada de zapatos de tacones altos con jugo de maquillaje; y las de los deportistas cenan albóndigas de pelotas de béisbol con arroz de raquetas de pinpón.

Prisionero estaba más que preocupado por el problema de esos pobres niños con tres ojos, aunque seguía negándose a que su escritura tuviera algo que ver. Por el momento, lo importante para él era lograr arreglar ese descontrol de su imaginación. Miró entonces al cielo como para percatarse del mundo exterior y tratar de tantear el peso de la realidad, sus colores, movimientos y dimensiones. A través de la cordura de la realidad mediría el desvarío de su imaginación y le pondría fin. Pero el resultado fue desastroso. Vio sobre su cabeza miles de soles y lunas cubriendo el cielo claroscuro. Era de noche y de día al mismo tiempo. De frente a la mirada de Prisionero los pájaros diurnos volaban hacia sus escondites nocturnos, los peces que de noche se alimentaban lo hacían durante el mediodía, se encendían las lámparas barrocas de la rambla de Pueblo en plena hora del burro, algunas personas iban a dormir mientras otras se despertaban, los restaurantes se llenaban de gente que pedían para desayunar y cenar al mismo tiempo y los meseros se dormían con

el menú en las manos. En Pueblo estaba lloviendo granizo con todo y sus cuarenta grados y soplaban un viento helado y tibio a la vez. Prisionero, que veía todo eso, trató de realizar un gesto cotidiano cualquiera que le pudiera regalar una migaja de realidad. Intentó bostezar, suspirar, rascarse. Pero al tratar de bostezar, se rascó y, al rascarse, suspiró. Trató entonces de medir la distancia entre su pecho y sus pies, saber de qué material estaba hecha su barca, intuir la hora. Nada de eso le fue posible. No lograba ni siquiera acercarse o alejarse de algo, subir o bajar un objeto. Además, las gotas seguían golpeando su barca y, allá adentro, el Diccionario de todas las cosas seguía funcionando, aunque las historias creadas eran cada vez más inauditas. Se dijo que ya estaba bien así, que pondría punto y fin a todo esto. Pero el miedo de acabar con todo Pueblo, por medio de ese punto y fin, lo laceró. Ni siquiera el suicidio era plausible ahora porque, al fin y al cabo, qué derecho tenía él de matar con su muerte a Pueblo. Si era verdad que ese pueblo era el fruto de su escritura, el suicidio de Prisionero se convertiría a la vez en suicidio colectivo y asesinato en masa. Su suicidio lo convertiría sin más en un serial killer. Pero, a pesar de todo, la idea del suicidio resistió a todos esos miedos. ¿Qué mejor método podía encontrar para saber si eso que imaginaba se convertía en la realidad de Pueblo? Sí, ahora mismo pondría un punto y fin a todo. Mas apenas estuvo por hacerlo, vio a su lado derecho a otro él. Un Prisionero idéntico, perfecto, verosímil, que lo miraba cada vez que él lo miraba, en un gesto de espejo. Cada movimiento que realizaba el verdadero Prisionero, también su doble lo hacía. Pero el hechizo de la sorpresa se rompió cuando el segundo Prisionero, con la punta de su dedo índice, le señaló algo. Prisionero asustado miró detrás de él. Vio, idéntico, a otro Prisionero más que le sonrió con una sonrisa fácil. El verdadero Prisionero pensó entonces en preguntarles algo, cualquier cosa, para verificar que eran otros, que no eran él. Pero apenas estuvo por hacerlo los dos nuevos Prisioneros se pusieron a hablar entre ellos:

¿Qué me miras, dictador de mierda? —afirmó el segundo Prisionero.

Me está pareciendo que aquí el único dictador eres tú —dijo irónico el tercer Prisionero.

¿Y ahora qué te pasa, autócrata? —preguntó casi con ternura el segundo Prisionero.

¿Qué me va a pasar? Que las mujeres nos están pariendo los muchachos con tres ojos.

Ah —respondió el segundo Prisionero como si no fuera su problema.
¿Cómo hacemos? —le preguntó el tercer Prisionero, amenazante. Qué sé
yo —dijo el segundo de los Prisioneros sin remordimientos.

* * *

El tercer Prisionero le respondió algo al segundo que, el verdadero Prisionero, no logró escuchar y que lo puso muy feliz porque, en el fondo, esa frase no escuchada era la prueba de que no era él quien había escrito ese diálogo. Pero su memoria de escritor se le reventó en las manos y le mencionó eso que él pensaba no haber escuchado.

Hay que acercar esa línea del horizonte porque, carajo, está muy lejos de Pueblo, caput mundi, centro del mundo —había dicho Gobernador cambiándole, como siempre, el tema a su interlocutor.

Prisionero no supo más si esa última frase él la había escuchado, recordado, imaginado o escrito en una de sus novelas. Seguía repitiéndose que no podía existir una relación de causa y efecto entre su escritura mental en ese bote-cárcel y la realidad cotidiana de Pueblo. A quién se le ocurre que mis escritos puedan modificar los destinos de esa gente. Al fin y al cabo soy escritor, no brujo. Pero sus razones no lo convencieron del todo y una duda, aunque pequeña, se le quedó ahí en ese bote, al lado de su columna vertebral de pescado, su sombrero de caracol y su pañuelo blanco.

Gobernador, Esaaguellalaausente, Fantasma

El padre le repuso a Gobernador, esta vez con seguridad y sin respirar, viene a mi casa toca la puerta se sienta en mi cama y después me dice que no es conmigo que quiere hablar. Ya sin paciencia, Gobernador posado ahora de frente a él, afirmó, dígame que estoy aquí. Sin entender nada el sacerdote utilizó la última pregunta que le quedaba encima, ¿a quién? Vine a hablar con Dios, dijo Gobernador. Eran casi las tres de la tarde cuando el joven Gobernador salió de la casa parroquial: fue la última vez que alguien lo oyó pronunciar el nombre de Dios. A partir de ese momento Gobernador había perdido la fe en todo lo que fuera divino, metafísico, trascendental. El más allá te lo inventaste tú, Padrecito de pacotilla, para que no fuéramos al bar de las putas y, con tus creencias, nos llenaste este pueblo de fantasmas, vírgenes de semblante lánguido mirando al cielo, olores a incienso, mulas poseídas, carreteras desoladas con apariciones, y espejos que reflejaban a otro diferente del que se miraba, fuiste tú, Padrecito, quien nos trajo al Silbón que silba y silba, y si te das vuelta para verlo él está atrás de ti, y si te vuelves a dar vuelta él está todavía más cerca, y si insistes en una última mirada ya está a tu lado, y contigo se desaparece o, en el mejor de los casos, te perdona la vida pero te deja bobo por siempre, como bobo quedó Alonso a quien la Llorona se le apareció en media carretera con un llanto de gata poseída, y él se detuvo a ver qué pasaba y, ¡zas!, te mato porque fuiste tú quien me mató al muchacho tantos siglos hace, pero todos saben que no lo mató, sino que lo dejó asustado para toda la vida, tú trajiste a todos esos espíritus desde los meandros de mármol de tu Vaticano querido, y ese dios que no quieres hacer hablar conmigo, Padrecito, lo han visto por ahí entrando en la belleza de esa niña de mis ojos que anda delirando en esperanto frases incomprensibles sobre amores improbables que ella tiene albergados en los recónditos parajes de su corazón que solo late por mí, que solo tiene que latir por mí, carajo, pero qué le puedo decir, Gobernador, si es que Dios no tiene nada que ver en los asuntos de amor entre hombre y mujer, por eso es mejor que usted se confiese conmigo, a través de mí Dios lo va a escuchar, pero Gobernador estaba ya pensando

en otra frase lapidaria de esas tuyas y no lo escuchó, por ello el sacerdote, más asustado que todos los habitantes de ese pueblo, siguió hablando sin decir nada para no dejar que un silencio reflexivo le permitiera a Gobernador darse cuenta de las enormes ganas que tenía de meterle un tiro en la cabeza a ese sacerdote conversador para que pudiera hablar más tranquilamente con ese dios que se cree más importante que yo, carajo, que piensa tener cosas más importantes que resolver que este amor mío y de ella, así que usted se me va a callar ahorita mismo porque yo no creo en las brujas pero de que vuelan vuelan, además, todo ese montón de fantasmas fue usted el que los trajo y la gente, para no morir de hambre, se creyó el cuentico, pero no van a ser ustedes los que me van a venir a joder, ni ustedes ni sus fantasmas anárquicos que no respetan la única religión existente aquí, la de este amor delante del cual todos se deberían postrar, y tomó la gallina que picoteaba desconcertada una piedra suave como el pecho de un pajarito y le dio un buen beso en la boca, porque todos sabemos que ella es la puta Altagracia que tú convertiste en gallina por pecadora, Padrecito, y que ahora tienes viviendo aquí contigo, así que te me vienes conmigo porque hay que practicarle un exorcismo a mi amada que está poseída por un fantasma de esos tuyos, pero es que usted está confundiendo, joven Gobernador, los santos y milenarios ritos de la iglesia con improvisados sacrilegios febriles de los negros e indios del Caribe, pero no había ni siquiera terminado la última palabra de su discurso reivindicativo, cuando se sintió hablando como con una papa en la boca que reconoció por su sabor metálico como lo que era, un rifle de dos cañones, dónde está la muchacha, se escuchó decir a sí mismo el sacerdote, no se preocupe Padrecito, que lo arrastro yo inmediatamente hacia su casa, y todo el pueblo no tardó en aunarse a ellos, como quien sigue en un vía crucis desordenado a lo último de estable que quedaba en Pueblo después de esa jornada protagonizada por los designios de Gobernador. A las tres y cuarto ese sacerdote pasó limpiando, con su sotana de estar en la casa, el arenero de la plaza principal, minutos después lo vimos tomarse, obligado por el fusil de Gobernador, un vaso de cerveza lleno de ron, más tarde, lo hicieron bañarse con todo y cuello blanco en las arenosas playas de la bahía al lado del Castillo colonial y, como a las cuatro, lo encerraron en el hotel El Faquir con dos gallinas viejas antes de que, por fin, llegara sin acompañamiento alguno a la casa de aquella muchacha, diciendo que vine para hablar con usted en nombre de Dios, Satanás, porque si no le dices eso te mato, Padrecito, cómo está usted, buenos días, Señorita, qué lo trae por estos lares.

Como a las cuatro, lo encerraron en el hotel El Faquir con dos gallinas viejas antes de que, por fin, llegara sin acompañamiento alguno a la casa de aquella muchacha, diciendo que vine para hablar con usted en nombre de Dios, Satanás, porque si no le dices eso te mato, Padrecito, cómo está usted, buenos días, qué lo trae por estos lares, bien y usted, dulce doncella, el viento me trae por aquí, señorita, el viento, pues pase y póngase cómodo, pero cómo habría de ponerse cómodo si allá afuera, en el café de la esquina, estaba con cara de pelirrojo Gobernador, esperando asustado y con ansias que ese brujo canónico salga de ahí con el fantasma que ocupa a mi amada en sus manos, porque si no soy yo el que lo va a sacar de ahí a tiros, y en el fuero interior de ese Gobernador las horas pasaban lentas, casi arrastrándose, porque como usted sabe, padre, tengo tiempo que no me confieso y aprovecho que usted vino a verme para tomarme un cafecito y contarle mis pecados, pero qué pecados me puedes contar tú, angelita, aunque usted no lo crea todos tenemos secretos, pues aunque tú no lo creas, los tuyos no quiero saberlos, por qué padre, porque no, y para cambiarle el tema le preguntó cómo está tu padre, pero ella no perdió tiempo en responderme, y me dijo que él está, como siempre, esperando a un mesías político, pero yo no estoy para hablar de mi padre, quiero confesarme con usted, Padrecito, o mejor, tengo que confesarle algo que solo él y yo sabemos, y al Padrecito no le quedó más remedio que preguntarle quién es él, pero pensé y de inmediato agregué que no era importante, señorita, porque me di cuenta de mi error, pero ella no perdió tiempo, cómo que no es importante, es la cosa más importante de este pueblo, y yo lo dije antes que ella lo dijera, estoy enamorada, y pocos instantes después escuché salir de su boca la misma frase por lo que tuve que hacer una jugada pensada con alevosía al responderle que ese joven es un buen muchacho, y ella con tono de mujer parida me dejó sin más dudas al completar mi frase con su verdad peligrosa, sí Padrecito, ese joven es un buen muchacho y el otro también, porque son dos, padre, cómo así, le dije sin saliva del miedo, es un amor en dos personas distintas, y antes de que yo afirmara que eso no tenía sentido, me tapó definitivamente mi bocota al agregar que era algo así, Padrecito, como el dios del que usted tanto habla, un dios en tres personas distintas, pero eso no es posible, hija, cómo que no, padre, y comenzó a hablar de ángeles que

caían del cielo con relojes en las manos, de burros dorados y pueblos con dos lunas, de amantes que en las noches vuelan por los techos rojos y amarillos y de otras muchas cosas que uno ve y siente cuando está enamorada, pero antes de que terminara su frase la interrumpí con una pregunta, hija mía, por ahí se anda diciendo que usted dizque está poseída por un fantasma, es una buena metáfora, padre, me dijo sonrojada, de qué, le dije yo temiendo su respuesta, una buena metáfora del, ¡PUM!, se oyó una descarga de rifle cañón doble allá en el café de la esquina, aquel joven acababa de matar a uno que estaba hablando mal de ti, se escuchó decir ella en los oídos, pero no cambió ni un milímetro la conversación que sostenía con Padrecito y la prueba fue su respuesta que él trató de evitar sin éxito, buena metáfora del amor, Padrecito, de qué estábamos hablando, hija, le dije yo con una ingenuidad que ni yo mismo me creía y con mi sotana empapada de tanto calor, del amor, respondió ella con una voz de virgenmaría, no, ya me acuerdo, hija, de poseídos, estábamos hablando de poseídos, le dije yo como quien la contradice, ella insistió creando un sí con el movimiento de su cabeza, por eso, padre, de amor. Una lágrima brotó suave de su ojo izquierdo, cayendo suavemente por varias horas, y por varias horas yo estuve frente a ella, percatándome de su descenso suave por cada poro de su rostro suave.

* * *

Una lágrima brotó suave de su ojo izquierdo, cayendo suavemente por varias horas, y por varias horas yo estuve de frente a ella, percatándome de su descenso suave por cada poro de su rostro suave: cada milímetro recorrido por esa gota me mostraba los deseos de esa mujer solitaria, víctima y déspota de dos amores que la desbordaban, a tal punto que eso que parecía ser el egoísmo que siempre acompaña a la persona amada, no era más que una pesada indecisión por parte de quien se siente sofocada por un sentimiento que nunca le había pedido a nadie, y no necesitaba de palabras para que yo lo entendiera, su única lágrima se confesaba ante Dios en lugar de ella, al pasar por su rostro fruncido, sus ojeras apenas perceptibles, las grietas que comenzaban a nacer en su tez de joven, sus sudores dulces, su modo de morderse el labio inferior, era una cabalgata sobria la de esa lágrima suya, y ese sacerdote con el estupor de su cuello blanco cual nudo en la garganta, estaba ahí para presenciar la primera confesión sin palabras de su oficio, que habría de dejar-

lo atónito sin saber qué decirle, y la demostración fue su pregunta estúpida, hija mía, usted cree en Dios y, cómo voy a creer, padre, si el uno se vuelve loco en las noches y el otro está convirtiendo a Pueblo en un manicomio, ¿qué hora es?, le pregunté por no encontrar otra cosa que decirle, si no lo sabe usted, me respondió, así que no me quedó más remedio que mirar mi reloj atrasado para poder decirle ya es la hora, de qué Padrecito, de que ese Gobernador tan respetuoso me meta un tiro, gajes del oficio, quise decirle, pero ella fue más rápida y me paró en seco con su solución, dígame la verdad, padre, no tengo otra, le dije, y comenzó a echarme todo pa' fuera ese viejo sacerdote de mierda, convencido de que su verdad lo iba a amparar del doble balazo que le tenía preparado en ese café por brollero, porque una cosa es el exorcismo y otra la confesión, así me dijo, Gobernador, y agregó que yo no te arrastré amenazado hasta la casa de mi amor para que se pusieran a hablar como dos peluqueras y, en ese momento, tomó caóticamente el estante de libros de ese café que todos llamaban El Literario y hasta el piano mecánico dejó de sonar para ver a Gobernador devorar una a una esas ediciones empastadas de *Edipo Rey*, *El banquete*, *Así habló Zaratustra*, con mordiscos tan grandes que las frases de párrafos y capítulos y libros diferentes se le mezclaban en la boca para terminar como una sola historia inédita en su barriga que habría de estar días digiriendo esos alimentos contraproducentes que tú, amor mío, me ordenaste no comer nunca más, pero, créeme, es más fuerte que yo, pero Gobernador, quién te dijo que los libros son para comérselos o, al menos, para comérselos de ese modo, y yo le cambiaba el tema por miedo de contradecirla, porque todo lo ve lo siente y lo sabe el amor mío, mas ella insistía con lo de los benditos libros que tú te sigues comiendo por todo Pueblo y acaparando para tu uso personal, y para quién más, muchacha de mis ojos, si siendo los libros tan sabrosos, salados y olorosos, la gente los expone en salones abarrotados donde parecen más bien vírgenes, pero ella se me ponía a pensar, como siempre, en otra cosa que no era yo matándome en vida a causa de su frase de siempre, contigo no se puede hablar, Gobernador, esa frase que me dejaba ahí, solo, conmigo mismo y con este mundo que te tengo que arreglar porque está demasiado jorobado para que tú vivas en él y por eso, Padrecito, usted mismo me está obligando a matarle, me dijo Gobernador, y yo tuve ojos solo para ese montón de libros tirados en el suelo, mordidos y en un reguero literario tan delirante que pedazos de unos se mezclaban con pedazos de otros de forma exacta como en un rompecabezas predestinado que se ensamblaba justo antes de mi muerte,

concebido por los dientes de ese energúmeno enamorado para que yo lo leyera cual libro único, entero, indivisible, que me exoneraría por siempre jamás de la degradante censura que él me imponía para velar por la moralidad de las lecturas, aquí donde la gente se interesa solo por las peleas de gallos, los juegos de dominó y los chistes groseros pero, claro, hay que preocuparse por los que leen, por esos tres tristes tigres rojos que creían que el mundo dentro de poco se regiría por reglas más humanas y honestas porque la revolución es casi una realidad, Padrecito, pero qué querías que les dijera a esos pobres muchachos rojos, si hasta olían a muerto, porque en este lugar no queremos desestabilizadores del orden público, pues cualquier cambio súbito del justo camino de las cosas puede desestabilizarte, lucero mío, que te siento extraviada y sé que es por esos tres tristes tigres gritones que no te dejan tomar el té por estar con sus gritos de vivalalibertadabajoelviejorégimen y esa bandera de un rojo tan chillón que te hace cerrar los ojos de dolor, aquí te traigo colirio, échatelo por favor, y mientras me lo echaba escuchaba el batallón de doscientos hombres que disparaban al unísono contra ese paredón donde esos tres tristes tigres morían con el puño levantado y, así los exhibí por tres días y tres noches, amor mío, para que los desordenados que quedaban no te dieran miedo con esos discursos de mierda que ese Padrecito apoyaba escondidamente, pero no te preocupes que también ese se está muriendo, a pesar de los gritos desesperados de las viejas de la iglesia de no lo mate, Gobernador, no nos lo mate, que él es un hombre de Dios, padrenuestroqueestásenelcielosantificadoseatunombre y, aunque quisiera seguir en mi interior la oración junto con esas señoras, la lengua se me enredaba y el espíritu y todo, pues el miedo era tanto que ese último recurso de salvación era una actividad demasiado laboriosa como para soportar la humillación hedionda que comenzaba a gotear por los ruedos de mi pantalón, humillación delante de la cual las doñas se persignaban para mayor vergüenza mía pues, quién iba a decirlo que así terminaban los hombres de Dios, padrenuestroqueestásenelcielosantificadoseatunombre, les escuché decir, y hasta, yo Gobernador, le quise decir algo que lo hiciera sentir mejor antes de matarlo, pero no pronuncié palabra porque su muerte era una humillación que no requería ulteriores humillaciones y, créeme, amor mío, que pensé en decirle, antes de enviarlo al más allá, que me hiciera el favor de interceder por mí delante de la virgen para que tú me termines de querer de una buena vez, pero el espectáculo de sus heces fue decisivo para corroborar mi decisión de que Pueblo necesitaba otro

párroco que no se cague delante de todos como este, una persona de armas que interprete la Biblia como se debe, que cambie las líneas del Apocalipsis y que escriba en su lugar que el final de los tiempos está destinado a ser la conclusión cósmica de tu amor y el mío en medio de seres angelicales dignos del sacramento único de tu existencia y la mía, que son en realidad una, porque el amor no permite divisiones entre la sustancia y la forma, los accidentes y el ser, así que llámenme a un sacristán de cuartel, vestido de hombre, de verde y con estrellas en los hombros, como Dios manda, nojoda, para que tome las riendas espirituales de Pueblo y, al ver aparecer al nuevo párroco con los libros sacros en una mano y el sable en la otra, ahora sí que sentí el frío árido de mi muerte, me morí, me dije, pero no fue hasta cuando me quedé inmóvil en una posición estúpida, sin poder deshacerme de ella, que tomé conciencia de mi muerte que llegó sin más preámbulos con esa frase última que escuché antes de morir dicha por uno de los niños, que tuve que espantar a nalgadas para que no jugara con ese muerto que parecía más bien un títere y que tuve que enterrar en ese Cementerio que todos temen, para que nadie lo visitara, con funerales de héroe pues héroe es toda persona que, delante de tus ojos, es bienvenida y bien vista.

* * *

Ese muerto que parecía más bien un títere lo hice enterrar en ese Cementerio que todos temen, para que nadie lo visitara, con funerales de héroe pues héroe es toda persona que, delante de tus ojos, es bienvenida y bien vista y, cómo no habría de serlo, si era el único depositario de esas historias que son solamente mías, porque quién podría escuchar los cuentos de Fantasma y yo y seguir vivo, quién podría soportar en vida el relato de eso que ese fantasma ingenioso me mostraba en las noches sin tregua de este pueblo bello durmiente que no aceptaría jamás mis confesiones porque usted, señorita, es la novia de Gobernador y yo, como todo Pueblo, soy los ojos de ese muchacho los oídos y las manos si de matar se trata y, además, cómo va a estar usted pensando en otro con semejante papacito, señorita, todas nosotras quisiéramos estar en su lugar, aunque no supieran en detalle lo que eso quería decir y, por eso, me aproveché de usted, Padrecito, que se me presentó aquí más muerto que vivo y, aunque usted insistiera en que fue el viento el que lo trajo por aquí, bien sabía yo que a usted se lo trajeron a rastras por su aliento a cerveza caliente y sus

plumas de gallina que se le caían cual si fuesen su dignidad, y yo que no veía la hora, y yo que de inmediato decidí ahora se lo digo todo, por ello aquí donde usted vino a realizar un exorcismo, encontró solo una confesión que, más que eso, era la última oportunidad que esta mujer tenía de contarle el gusto inimaginable de los detalles del amor que le hacen a uno, Padrecito, revivir otra vez lo que ya fue, pero usted insistió en que no quería saberlo aunque pusiera cara de confesor y manos y hasta me absolviera, aunque no debiera porque, señorita, más que crearle arrepentimiento, todo este cuento la pone con olor a mango, le hace mover los ojos como un colibrí y hasta mirar como un ternero sin madre estos ojos míos que se me iban muriendo cada vez más, a medida que ella avanzaba en los pormenores de sus noches con ese Fantasma que resultó ser de carne y hueso, señorita, pero cómo se le metió en la cabeza de que estoy poseída, sí, poseída estás, hija mía, por así decirlo, Padrecito, dejó en claro ella, más contenta que nunca, al ver en mi ojo derecho el juicio religioso contra sus noches sudorosas y en el izquierdo la mirada de un amigo que espera suspendido de la curiosidad, pensando en lo más profundo de sí, qué más te hizo ese degenerado que tan serio y revolucionario parecía.

* * *

Pero cómo se le metió en la cabeza de que estoy poseída sí, poseída estás, hija mía, poseída por así decirlo, Padrecito, dejó en claro ella, más contenta que nunca, al ver en mi ojo derecho el juicio religioso contra sus noches sudorosas y en el izquierdo la mirada de un amigo que espera, suspendido de la curiosidad, pensando en lo más profundo de sí qué más te hizo ese degenerado que tan serio y revolucionario parecía, me mordió por ahí, y qué más, me levantó y me colocó donde usted sabe y luego me puso en su lugar, me miró con unos ojos de espada matándome sin más para después resucitarme con la punta de su lengua, más filosa que sus ojos asesinos, y qué más, después me acostó en una nube, me volteó contra la luna y terminé bocabajo en una estrella inmóvil viendo todo al revés, y al detenerme, porque ya pensé que había dicho mucho, vi al Padrecito frente a mí con ojitos de quiero más, está seguro Padrecito, siga siga hija mía, sus manos son plastilinas, padre, explíquese, le dije a esa niña y escuché en mi voz un tono más humano que divino, imagínese que él estaba ahí en el jardín y yo allá en el balcón, la distancia era grande, padre, sí hija era grande, pues tan grande no era amigo mío porque, tal vez a

causa de mi deseo, vi esa mano alargarse y alargarse y alargarse hasta posarse con una textura de flor turquesa por entre mis entrepiernas que temblaban de felicidad, quizá de miedo, dijo él, créame Padrecito, de felicidad, pues tal era mi deseo, que me sentí, primero elevada casi sobre el techo y, momentos después, me vi volando por todo Barrio, apoyándome en esa mano flexible que me hacía gozar incluso del viento de la noche al jugar a que te subo y te bajo, amor mío, metiéndome por entre las casitas de los niños en los árboles, me hacía competir con los buchones del puerto, me hizo volar al ras del agua sin mojar mi dormilona de humedades de este cuerpo que por fin era mío, y cuando pensé que todo había terminado y que su mano, que al fin y al cabo era humana, se había cansado, me elevó más alto y me vi entonces fuera de Barrio contemplando en un gozo, que era como de cosquillita roja, ese Cementerio tan bello en donde siempre he creído encontrar vivos felices en lugar de muertos, era redondo aunque no podría dar seguridad pues todo lo veía de otro modo más intenso y colorido a causa de su mano larga y sin fronteras sosteniéndome con el equilibrio exacto de este deseo suyo y mío que ahora me mostraba las esquinas calientes de este pueblo que no acabo de conocer, el olor de las amapolas allá atrás, escondidas entre las ramas largas de las plantaciones donde se la mantiene el fantasma de mis sueños revolucionando el terreno inmenso y vacío pero lleno de monte y machorros y jagüeyes de barro y aguas marrones de una textura ambigua donde jóvenes, todavía más ambiguos, se bañan con otros jóvenes dizque peleando, dizque jugando, haciendo barro ahí donde solo había agua y arena y ahora barro del bueno, pero apenas si pasé por encima sin siquiera tocarlos porque él me elevó, me volvió a elevar, y otra vez en las nubes pude contemplar los techos tristes de Pueblo, los de tejas rojas importadas, los de lata, los de barro, los de paja, y los de cartón en donde triste oyen la lluvia los niños que a esta hora están durmiendo en medio de sueños de techos rojos traídos de allá, donde termina el mar, por donde ahora yo estaba pasando, el Caribe de noche, buenas noches su majestad, buenas noches, me respondió ese mar luminoso, caliente, perfecto, con voz grave de esclavo negro, pude ver sus tiburones y sus rayas y sus sapos, que explotados en la orilla parecían pollos desmayados, observé sus corrientes íntimas e incluso sus huecos, allá en el fondo, donde los ojos de los ahogados de otras épocas me observaban atónitos con sus miradas bien abiertas tan abiertas que me asustaron y mi amado tuvo que elevarme haciéndome sentir un gusto verdadero, Padrecito, que me obligó a decirle sin intención

alguna así así así papacito bello cosita rica de mami y él se sintió más fuerte que antes y lo pude notar por su mano larga que de inmediato tomó ímpetu y decidió enseñarme, a través del placer, otros mundos fuera de este mundo que era Pueblo, y vi cómo el gran Caribe, el infinito Caribe, terminaba y se volvía un círculo protegido por el norte del sur del continente y las Antillas y fue entonces que vi las casas altas que rascaban el cielo allá en el Norte, Padrecito, y me parecieron tan mezquinas con sus espejos azulados y sus letreros de neón brillante que iluminaban la noche y borraban las estrellas, Padrecito, y todo parecía un juguete en ese Norte tan iluminado, era como un gran lego, Padre, pero ese Fantasma bello se dio cuenta de mi estupor, del placer y la tristeza que estaba probando, y no tardó en multiplicar mi placer por el número desconocido de su amor y, hasta yo desde mi parroquia de barro, la vi tan pero tan lejos a esa muchacha que me persigné y me dije, protégela Señor, pero ni siquiera él pudo hacer nada pues la efectividad de las manos de ese tal Fantasma en sus entrepiernas era tan exquisita que ella continuó elevándose y, cuando mi altura había tomado dimensiones asombrosas y sus dedos jugaban dentro de mí, devolviéndose de allá donde ni yo misma sabía que llegaba mi cuerpo, la imagen de mi abuela se me desprendió como un aullido sordo pero afinado, y la vi exacta como era, escondiéndome ese pedazo de pan para que solo tú te lo comas porque eres la elegida, pero tanto era su amor que el escondite elegido era el más hondo, oscuro e imperceptible de los lugares posibles así que, como siempre, me encontraba, tres meses después, obligada a comerme ese pan duro porque es para ti que lo guardé, hija mía, y buscábamos ese bendito amor duro por todos lados, escaparates, gavetas, entre las arenas lunares del jardín, las almohadas árabes y hasta sus sostenes gigantes, pero ningún esfuerzo era más grande que ese pan que estaba dentro de la tortuga que aparecía cada veinticinco años o en las cenizas del abuelo o, acaso, en el horno que tiene días oliendo a quemado, hija mía, y yo le decía que no era grave, papá, porque ese dinero que ahorraste por años y años y que ahora no encuentras, un día lo vas a encontrar, y él se me ponía a llorar porque, coño, tanto esfuerzo para que tú vivieras bien y resulta que la plata no está donde tenía que estar, donde yo la puse, donde nadie la podía agarrar, aunque la hayan agarrado, porque este pueblo es un nido de ladrones, pero no te preocupes que cuando llegue ese que tiene que venir este mierdero va a convertirse en orden y progreso, pero tú no eres así, le decía yo con apenas media voz a ese fantasma que sin entender me decía, como quién, mientras

su mano esquivaba una estrella roja para que yo no tropezara con ella, como quién, repetía concentrado en sus manos que me tocaban como a un piano de cola, como nadie negro bello, como nadie papi rico, como ese poco de gente que me amó tanto y de un amor tan grande que nunca tuve el derecho ni la oportunidad de morderlo, olerlo, saborearlo así como Dios manda, porque es para luego, hija mía, cuando usted crezca y yo crecía y ellos se iban muriendo, uno a uno, con sus amores intactos y vírgenes, pues ni ellos mismos habían tenido la osadía de tocarlo ni con el pétalo de una rosa, hija mía, y ahí tengo, Padrecito, a ese papá mío buscando por toda la casa, por el Barrio y todo Pueblo, ese amor mío que no encuentra, y yo aquí pudriéndome en la soledad más sola que existe, la de dos hombres empeñados en ganarme aunque, en el fondo, tú no eres así, negro sabroso, y la prueba, Padrecito, es que aquí lo tiene concentrado en un amor que sabe a sal y a su sudor, a dedos, a coco y cenizas estelares, como esta que tengo en la palma de mi mano, mírela con sus propios ojos, esta que guardé en este cofrecito para que usted, Padrecito, me creyera y no me dijera que es cuento eso de que me fui a la luna en una noche de dos lunas con el único pasaje admisible para un viaje tal, sus dedos.

* * *

Aunque en el fondo tú no eres así, negro sabroso, y la prueba, Padrecito, es que aquí lo tiene concentrado en un amor que sabe a sal y a su sudor, a dedos, a coco y cenizas estelares, como esta que tengo en la palma de mi mano, mírela con sus propios ojos, esta que guardé en este cofrecito para que usted, Padrecito, me creyera y no me dijera que es cuento eso de que me fui a la luna en una noche de dos lunas con el único pasaje admisible para un viaje tal, sus dedos, pero, hija mía, ya tú has hablado demasiado, le dijo el Padrecito temblando de pavor, y ella me dijo que no me preocupara que saldría a hablar con Gobernador para explicarle todo lo que pasó aunque, de todas maneras no serviría de nada, hija mía, ya yo estoy muerto desde el momento en que Gobernador se convenció de que tú estabas poseída, o muero yo, o muere un poco de gente inocente de esa que él suele sacrificar en nombre del amor que te tiene pero, Padrecito, estoy segura de que algo se puede hacer porque ese hombre es malo pero no tanto, y esa muchacha milenaria me trató de convencer de las virtudes de Gobernador y, para hacerlo, me recordó la vez aquella en que Gobernador hizo una votación para ver si la gente estaba o no

de acuerdo con la música en Pueblo, Padrecito, y llamó al mejor trompetista que se conoce y lo hizo tocar, en medio de una plaza repleta de gente, sus mejores temas e improvisaciones y cantar con su voz ronca y bailar con sus lentes oscuros, para ver si la gente aceptaba, a través de ese artista, la música, Padrecito, y la prueba de su buena fe, fue ese lindo y eficaz método que utilizó para medir la decisión popular, en lugar de una votación clásica, sometió al trompetista al voto implacable de los aplausos, dejando a Pueblo decidir autónomamente sobre su destino musical ¿Se recuerda, Padre, se recuerda? Sí, hija mía, y además me recuerdo cómo esa gran plaza se llenó hasta más no poder de gente que se creyó ese cuentito de Gobernador que no es tan déspota como se dice y, tanto confiaron en él, que hasta colocaron las huellas digitales de las dos manos en esos cuadernos, recuerdo del concierto, que él había puesto en el ingreso de la plaza y todos entraron, así como estaban, con sus manos gelatinosas a causa de esa sustancia extraña que se encontraba en las páginas de los cuadernos, pero qué importa, si al fin y al cabo este concierto es gratuito. El concierto comenzó y fueron dos horas de buena música, de excelente música, que dejó a la gente tan transportada que nadie dudó en responder que sí a la música en Pueblo a través de sus aplausos rotundos y mayoritarios, pero el famoso trompetista se fue triste de este pueblo caribeño en donde yo esperaba encontrar calor y solo encontré personas de hielo que ni siquiera me aplaudieron al final del concierto, señorita, el mensaje fue claro, nunca más música en Pueblo y la prueba son todas esas señalizaciones con la imagen de una clave de sol tachada porque aquí está terminantemente prohibida la música, Padrecito, pero lo único que hizo Gobernador fue respetar la decisión popular, usted bien lo sabe, nadie aplaudió. No se haga la boba, me respondió el Padrecito enojado, que usted sabe mejor que nadie que esa sustancia gelatinosa que se encontraba en la superficie del cuaderno que todo el mundo inmortalizó con la palma de su mano, no era más que vulgar pega de zapato mezclada con leche de cabra para que no oliera, y que solo le permitió a la gente dar un único aplauso al unísono, porque ya no pudieron separar las manos pegadas, aplauso que además era la señal que Gobernador había acordado con los Gorilas para que estos salieran en manada a dispersar a la gente ya que, a partir de ese instante estaban incurriendo en la acción ilegal de escuchar música. Una vez más nos jodió, señorita.

* * *

Una vez más nos jodió, señorita, y al decir esa frase el Padrecito cayó en cuenta de todo el tiempo que estuvo hablando con esa muchacha por eso, cuando por fin salió de esa casa, tenía los ojos como dos monedas rojas y apenas pudo percibir, allá en la esquina, el café donde Gobernador lo esperaba con todas sus uñas podadas de tanto nerviosismo porque eran casi las cuatro de la tarde. Al entrar en el café, el Padrecito se sorprendió al ver a todos ahí adentro comiendo libros, pero de inmediato esa escena se esfumó delante de la visión de ese Gobernador enervado que, cuando vio entrar a ese sacerdote con paso lento y saltado, se paró sin quererlo del asiento y le señaló una silla justo a su lado con un gesto tierno y amenazante a la vez, si pudiera conocer el precio de mi curiosidad se volvería rico, se dijo Gobernador a sí mismo antes de dirigirse al Padrecito con tono de abuelo, dígame todo, hablé con ella, dijo el sacerdote sin darse cuenta de lo estúpido de esa frase, o se apura o lo mato ahora mismo, le dije a ese Padrecito mientras lo veía tomar aire como quien carga un arma, ahí me viene la verdad, pensé, pero mi pensamiento fue interrumpido por su frase, Gobernador, si quiere me pega un tiro aquí mismo pero tengo que decirle que esa mujer no está para nada poseída, ella lo que está es enamorada, a Gobernador no le quedó más opción que guardar la calma y verificar la información de ese sacerdote a través de algunas preguntas: ¿Esa mujer huele a mango?, le preguntó entonces Gobernador. Sí, le respondió el Padrecito. ¿Mueve los ojos como un colibrí cuando habla de su amante? Sí. ¿Mira las cosas del mundo como ternero sin madre? Sí. Y con esa última respuesta me lo dijo todo el Padrecito ese, entonces sin más Gobernador le respondió, hijoeputa, también usted está poseído, y el sacerdote cayó muerto de un tiro en medio de una montaña de libros mordidos que Gobernador había degustado durante la interminable espera por ese hombre de Dios, y que además había obligado a comer a todos aquí, porque para eso son los libros, nojoda, para comérselos y, aunque al inicio hubo resistencia, bastó que Gobernador dijera que se llamaba Gobernador, para que los pocos machitos que se resistían, saborearan los clásicos de la literatura con un gusto que solo el miedo podía dar, por eso cuando el Padrecito entró en el café se sorprendió al ver a todos esos pobres tipos comiendo libros y a ese Gobernador que, mirándome con unos ojos de loco, me señaló una silla con una expresión tierna y amenazante a la vez, mientras a mi lado los otros clientes seguían masticando libros con la expresión de niños obligados a comer y, aunque no estaba totalmente seguro de decirle todo lo que me había dicho

esa muchacha con la excusa de que, Gobernador, eso es secreto de confesión, esa cruel escena me hizo comprender que alguien tenía que decirle la verdad a ese hombre, fue así que bajé la velocidad de mi paso, para pensar bien en la frase que habría de decirle y, sin darme cuenta, llevado por el nerviosismo comencé a caminar con saltitos, hasta tenerlo de frente, tan de frente, que me escuché a mí mismo decirle, Gobernador, si quiere me pega un tiro aquí mismo pero tengo que decirle que esa mujer no está para nada poseída, ella lo que está es enamorada, y esa frase fue dicha de manera tan rápida y sintética, que ya no tuve tiempo de detenerme aunque, justo antes de terminarla, era eso lo que en realidad quise hacer, pero ya era muy tarde y el sacerdote cayó muerto de un tiro en medio de una montaña de libros mordidos que Gobernador había degustado durante la interminable espera por ese hombre de Dios, que en paz descanse, ese santo que yo mismo, en nombre de la patria, mandé a enterrar con funerales nacionales en ese Cementerio lleno de espantos donde solo a él no le daba miedo entrar.

* * *

Ese hombre de Dios, que en paz descanse, ese santo que yo mismo, Gobernador, en nombre de la patria, mandé a enterrar con funerales nacionales en ese Cementerio lleno de espantos donde solo a él no le daba miedo entrar y, por eso, solo por esa muerte de mierda, me castigaste con el desastre de tu ausencia y, al marcharte, una banda de flamencos, gaviotas y peces de distintos tamaños y colores volaron como ahuyentados por un tiro de rifle y los ríos, de tanto dar marcha atrás en sus rumbos, me hicieron sentir que Pueblo se había quedado sin alma y, aunque todos mis seguidores sabían que esos fenómenos extraordinarios obedecían a tu partida, ninguno se atrevió a confesármelo y tuve que verificarlo con mis propios ojos, con los que te comencé a buscar por doquier y, con la migaja de poder que todavía me quedaba, puse a todos los hombres del trópico al servicio de tu espera y tu búsqueda, cada nacimiento de una hembra era inspeccionado hasta en sus más íntimos detalles, color de piel, aliento, humor, facciones, cada mujer nacida pasaba por el mismo proceso inquisidor, todos los nacimientos eran controlados, pues él sospechaba que ella podía estar incluso en la respiración de una bestia, y todo por no saber dónde estás, por no poder conocer con exactitud la magnitud de mi soledad, por eso, despechado como estaba, mandé a buscar a todas las mu-

jeres que en algo se te parecían y formé un harem, su número expresaría mi inefable soledad, la suma de todas esas mujeres de talantes y olores diversos me daría el resultado de tu ser, la esclavitud de ellas pagaría la injusticia de tu ausencia y, para eso, las obligué a beber cada noche sus líquidos vaginales en ornamentadas copas de cristal hasta que, por casualidad y de no se sabe dónde, tú aparezcas, caprichosa, como seguramente habrás de aparecer, mientras tanto, todas seguirán esperando ciegas y sordas, perdidas en el tiempo sin tiempo de mi poder, entre sollozos todas ellas seguirán sufriendo por tu ausencia en ese harem, entre respiraciones, gritos y lamentos polifónicos, en medio de esas orgías cotidianas con las que les robo discretamente sus almas al someterlas al descaro y la desdicha del sexo obligado, por eso Pueblo las llama Las Desalmadas y con razón, todos saben de su calvario, de esa punición desmedida con la que se les castiga por el pecado y la desfachatez de estar, simplemente eso, estar, ese estado espacio temporal que irremediablemente hace salir a flote todas las imperfecciones de alguien, ellas estaban y por el simple hecho de estar, destrozaban la perfección con cada uno de esos gestos que, para Gobernador, eran de una imperfección nauseabunda por existir aquí y ahora, para él ellas eran el antónimo de Esaaquellalaausente, ese museo inigualable de perfección en donde cada pieza existe en relación directa con el no estar, no, a él no le quedaban dudas, la evocación perfecciona al ser, todo lo que no sea evocación es entonces imperfecto, bajo, terreno, está destinado a ser odiado, a repugnar, esa era la gran excusa de Gobernador, la razón que inspiraba la punición que esas mujeres estaban pagando, ese pase de cuentas con el injusto destino que le hizo aparecer a esa mujer por un instante solo, para después desaparecerla por siempre jamás, Esaaquellalaausente vino y se fue, todo al mismo tiempo y en el mismo espacio, fue un único movimiento exacto, la desaparición de esa mujer fue magistral, como magistral fue el recuerdo que dejó incrustado, ardiendo en una llama inapagable, por eso y en su honor, todo un harem habría de estar, habría de presenciar quién sabe hasta cuándo el espectáculo, el escalofrío de la soledad, esa soledad que de ninguna manera Gobernador quería vivir solo, esa soledad que él había compartido con esas tristes mujeres, vaya milagro ese de una soledad compartida, no solamente con su harem, sino también con todo Pueblo, hasta cuando fuese, hasta cuando Esaaquellalaausente apareciera ya cansada de tanta ausencia, de tanto silencio, pidiendo con su boca-beso-carnosa el beso de los besos, el único, el esperado, ese con el que el ciclo de todos los tiempos y las esperas se cerraría

con el sonido seco de ese beso único, ese beso-beso, que no terminaba de llegar y que él rememoraba con la tristeza de su sexo callado, esa farsa cósmica, aburrida, cuyo único sentido era recordarle a la esclava que estaba con él la razón de las razones, la noticia vertiginosa que tampoco hoy la ausente había aparecido, que el sufrimiento apenas comenzaba y que, por eso, hay que seguir escudriñando el mundo, revisen a esa mula que acaba de nacer, quizás es ella, y al escuchar la orden de Gobernador, sus oprimidos servidores salían a visitar a la mula, ahora denle un beso para ver si besa como una mujer y, filas de hombres trataban de ponerle el hocico derecho, para que uno de ellos la besase, pero no, tampoco ese animal era una encarnación de ti, vayan a ver entonces a la vieja aquella que se le está muriendo la lora, y los Gorilas entraban en la casa de la señora, verificando si la lora había alguna vez en su vida utilizado talcos de lujo, collares de perlas, ropa interior, o si en esa lora alguno había olido aromas de mujer o si algún rastro femenino alguien había notado, pero no, la dueña afirmaba temblorosa que, a lo sumo, la pobre lora había aprendido una mala palabra que repetía siempre y que nada tenía que ver con el gobierno, pues que la besen, ordenaba Gobernador desde el más allá de su tristeza y, el mismo gorila de siempre, tenía que someterse al beso de esa lora, pero tampoco es ella, Gobernador, se quedaba entonces desdichado pero alerta, pues sabía que ella podía estar en cualquier lugar, incluso en el nacimiento o la muerte de una flor, una bestia, un ser humano y que, con el último suspiro de una muerte, ella se podría acaso ir, ahora sí, para siempre.

* * *

Gobernador, estaba desdichado pero alerta, pues sabía que ella podía estar en cualquier lugar, incluso en el nacimiento o la muerte de una flor, una bestia, un ser humano y que, con el último suspiro de una muerte, ella se podría ir acaso para siempre, dejando a Gobernador solo con esa desdicha que en realidad no era solo suya, pues en Pueblo había otro Fantasma desgraciado que, buscando a la misma ausente, entonaba las melodías más tristes jamás imaginadas, ritmaba con la batería de su tormento los latidos de todos los corazones, inflaba los pulmones de nostalgia con el saxo alto de su desconsuelo, tocaba cuales pianos a todos los cuerpos existentes para ver si eran el de aquella, acariciaba las cabelleras de esas que él creía la ausente, extrayéndoles un sonido grave y denso como el de un buen contrabajo, iba de casa

en casa, de balcón en balcón, con un quinteto, un cuarteto, acaso un trío, despertando doncellas dormilonas que asomaban en medio de esa fresca madrugada sus rostros, todavía cálidos por el oleaje sin forma de sus sábanas, las extraía de sus aburridos sueños, de sus amaneceres monótonos, de sus arduas vidas en el cañaveral, para abandonarlas, instantes más tarde, apenas se daba cuenta de que no, se había equivocado, no era esa la que él buscaba, y ellas se quedaban ahí, en ese balcón de flores amarillas, suspirando por ese Fantasma delicado, ese papito rico, ese buenazo que con su búsqueda animaba la vida de las hembras de Pueblo, sus dulces lenguas, sus muslos sudados, sus pican-tes conversaciones, ese negro bello que las llevaba al territorio de ellas, allá donde los ojos y oídos de Gobernador no podían penetrar porque simplemente nunca había entendido la hazaña inestimable de ser mujer, por ello en el fondo todas se sentían protegidas pues el poder de Gobernador se detenía, ahí, en el fuero interior de una hembra, contrariamente a ese Fantasma que vivía en ellas, con sus serenatas, sus entradas furtivas en los matrimonios, sus luchas sin tregua contra todo lo que no fuera esa ausente, la que él buscaba en las esquinas asoleadas donde la viejas se sentaban a esperar la muerte, rogándole a Dios poder casarse un día con el negro más bello del mundo, ese del que oían hablar desde que eran chicas, el mismo que había hechizado a sus madres y a las madres de sus madres quienes, cada vez que les nacía una niña, decían esta es, es esta la que busca Fantasma, el hombre más corajudo de todos los tiempos, el poeta desolado, el amante sideral, ese que escogerá a mi muchacha por siempre, ese que la reconocerá, y en esa hija mía se realizarán los sueños de todas la matronas sudadas de Pueblo que alguna vez creímos ser escogidas por ese fantasma, ser sacadas del laberinto sin salida del cañaveral que no conoce descansos ni días del señor, porque todos los días aquí son del señor, el único existente, nuestro señor gobernador de todos los santos, por eso apostamos todo en Fantasma y, aquí nos tienes, con las manos vacías, yo, mi hija y mi nieta, solas, pobres y sin él, sin ese Fantasma que en más de una ocasión vino a despertarnos con serenatas, y todo para qué, para decirnos que no éramos nosotras la que él buscaba, y de nada sirvió que mi nieta, la menor, la más sabrosa de todas, le saliera como Dios la trajo al mundo para ver qué es lo que es, Fantasma, para que veas a una mujer de carne y hueso, una hembra de verdad, aquí te estoy esperando, Fantasma, deja de buscar ausentes y vente al lado de estas tetas bien negras y macizas y estas piernas largas que terminan donde no tienen que terminar, en el lugar más oloroso de Pueblo,

más tuyo, aquí me tienes, enamorado bello, ven aquí que esta cosita rica es la que tú buscas, negro lindo, te lo voy a demostrar, que no te vayas, nojoda, que ni mis lágrimas te detienen, coño, y cómo voy a hacer mañana ahora que todos me vieron desnuda detrás de ti, negro, con qué cara salgo, cobarde, ven aquí, que te vengas, y la gente tuvo que agarrarla para que no se tirara del balcón de flores amarillas, y cubrirla, y decirle que no importa, que ese no es tan hombre como el padre de la patria, que Gobernador es un macho en todo el sentido de la palabra, silencioso, vehemente, sobrio, que él no anda por ahí haciendo el ridículo delante de las mujeres, que ese sí es el que es, que por eso no hay mujer que se le resista, ni a él ni a sus suntuosos regalos, que vaya a visitarlo, muchacha, que él la va a perdonar, que le cuente lo que hizo ese rojo de Fantasma con usted y él sabrá entenderla, calladamente, sin tanto poemita o musiquita de pacotilla, vaya hija vaya, y la despechada iba con su vestido más elegante, el que no se ponía para el cañaveral y, respetando el consejo de la gente, el vestido se lo colocaba sin nada abajo, para que cuando tocara la puerta de Gobernador, él pudiera conocer de inmediato la causa de su visita, y ella tocaba entonces esa puerta, y era él en carne y hueso quien le abría, encontrándose delante de la belleza de esa joven que tuvo el descaro de desnudársele a Fantasma, pero Gobernador la redimió de un solo trazo, tomándola entre sus brazos centenarios y oliéndola como lo hubiera hecho un ciego, para calcular la medida exacta de sus caprichos corpóreos, lo espeso de sus líquidos, sus medidas profundas, el ritmo de su cintura y, ni ella misma se dio cuenta de todo lo que él le hizo por aquí, en la esquina, debajo y arriba, encaramados, arrinconados, escondidos, boca abajo, comiendo y hasta orinando, y fue tan rápido lo que ahí pasó que la pobre despechada esa ni siquiera se dio cuenta del preciso momento aquel en el que Gobernador supo que no era esa escuálida mujer la que él quería ahí, ni en ninguna parte, por lo que colocándose su pantalón caqui y amarrándose su correa de hebilla patria ordenó, métanla en el harem.

* * *

Gobernador supo que no era esa escuálida mujer la que él quería ahí, ni en ninguna parte, por lo que, colocándose su pantalón caqui y amarrándose su correa de hebilla patria, ordenó, métanla en el harem y, al escuchar su propia orden, se dio cuenta de que hasta su voz se había quedado sin poder, pues

todo el poder de mi alma te lo llevaste tú y, para tratar de olvidarte, ahora sí definitivamente, se obligó a enamorarse de esa reina de belleza que todo el mundo amaba, menos él, y por años esa reina le pagó impuestos a la patria con el don de su belleza, lo único que en realidad poseía, haciéndose la venerable amante de Gobernador, todos supieron entonces que el gobierno se estaba yendo a la mierda pues, a quién se le ocurre que la reinita de pacotilla sea nombrada gobernadora de Pueblo, y que ande por ahí visitando hospitales o inaugurando plazas, acciones secundarias que nada tenían que ver con su responsabilidad principal, hacer sudar a Gobernador en su hamaca de lujo, durante la hora del burro, esos dos se encerraban en la alcoba de Gobernador a jugar al escondite entre penetraciones constitucionales y mordiscos que, momentos más tardes, se traducían en realidades que Gobernador le había prometido a su amante, pues cada amor que esa reina de belleza le regalaba se transformaba en un nuevo par de zapatos, un perfume, una ostentosa cena o un pedazo de algo del mundo, y nadie podía disturbar esos amores, a la hora del burro todos esperaban en silencio que el intercambio sexual entre la belleza y el poder de Pueblo cesara, nadie respiraba, todos se cerraban en sus miedos bien educados, esperando que Gobernador terminara de pasearse por los ambientes montañosos de esa reina que apenas comenzaba con sus peticiones en medio del amor, hoy quiero un anillo cuadrado, y en las fábricas la velocidad de cada obrero se elevaba al cuadrado para que la patria pudiera ofrecerle a esa reina de belleza ese anillo que tanto merecía después de haberle hecho lo que le hizo en la cama a Gobernador, ahora un elefante peludo, quiero un elefante siamés y peludo, y hasta Gobernador tenía que levantarse de su lecho, todavía cálido de hormonas, para preguntar en dónde está ese elefante, que se apuren, y la gente salía como loca a cazar elefantes siameses y peludos en este Pueblo donde ni siquiera hay elefantes, y todo el mundo comentaba que esas peticiones terminarían por joderla, a la reinita esa, y así fue, ella misma se había suicidado paulatinamente con ese pedir desenfrenado que no tardó en destruir su belleza, lo único que acaso la hacía visible a los ojos de Gobernador, que nunca dijo que no a todos esos regalos que ella se echó, se untó, comió, llevó puestos, y que terminaron por volverla un garabato disfrazado de brujería, que Gobernador dejó de admirar lentamente, pues no solo su belleza sino también su existencia, se iba volviendo cada vez más tenue de frente a la mirada de Gobernador quien se fue olvidando de ella como un niño que, creciendo, se olvida de la utilidad última de sus juguetes,

de ese mismo modo ella se fue convirtiendo en lo que realmente siempre fue, un objeto de más en la vida de Gobernador, objeto que ya nadie sabía dónde acomodar durante las horas del burro de Pueblo pues ya Gobernador no la quería en su alcoba, y no dudó en acomodarla fuera de su morada, porque un objeto tan rojo, amarillo y verde no podía ser soportado por el rigor del aposento del poder, además, esa reina de belleza, llevada por su apetito sin límites y por los platos exquisitos que Gobernador no le supo negar, pasó en muy poco tiempo de cincuenta y seis kilos a trescientos cuarenta y siete y, tan poco la observaba ya Gobernador, que apenas si se dio cuenta en medio de su sexo endémico, mientras abría los ojos para bostezar, que ahí, encima de él, estaba una reina de belleza irremediabilmente idéntica a ese elefante siamés y peludo que ahora se paseaba por Pueblo, no me gustas más, vete, le dijo sin compasión Gobernador, ella fue más bien realista y, delante del rechazo definitivo de ese hombre, respondió, ya me había ido después de la segunda vez, el primer polvo me gustó, los demás me interesaron, Gobernador sinceramente no entendió la respuesta, por eso no la castigó, únicamente le dijo con su tono suyo que, o devolvía todos los regalos ofrecidos por la patria, o, pero esa reina de belleza no lo dejó amenazarla, y consintió con una levantada de hombros mientras respondía, mucho me había durado la fiesta, Gobernador la vio irse con un paso de elefanta y no, eso no es una reina, esa no es mi reina y, de nuevo, Esaaquellalaausente se le asomó en el recuerdo, esa mujer que él creía haber alejado con el pago de anillos cuadrados y elefantes siameses y peludos a pueblerinas reinas de belleza, mas no, eres tú la reina, tú eres mi única reina, yo te he nombrado reina, hay más altas que tú, hay más puras que tú, hay más bellas que tú, pero tú eres la reina, esa reina que Gobernador siguió irremediabilmente extrañando, sobre todo durante esa implacable hora del burro en la cual, ni siquiera el obligado silencio de Pueblo, le permitió escuchar nunca más los hermosos latidos de su corazón.

Prisionero

Prisionero se despertó ese día con la terrible intuición de que su escritura en ese bote-cárcel incidía en la realidad cotidiana de Pueblo. Logró ver, allá en tierra firme, a dos puntos que se acercaban y pensó que quizás esa era una buena ocasión para corroborar esa intuición insensata.

Uno de los puntos que ahora veía era una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños. El otro era un joven obrero del puerto. Mírense, murmuró Prisionero. Y los jóvenes, desde la distancia que todavía los separaba, cruzaron sus miradas. El muchacho sintió un escalofrío. Ella se arregló sus cabellos y recordó que iba en retraso. Apenas los dos habían separado sus miradas, Prisionero se dijo a sí mismo con una voz de secreto, rócese. Y esos jóvenes ya muy cerca se rozaron. Esa orden de Prisionero, ellos la vivieron cual viento celeste y muy leve que los empujaba apenas. Sintieron un minúsculo miedo. El muchacho quiso decirle algo, pero su voluntad se hincó en el momento preciso. Ella pensó en sonreírle, pero el recuerdo de su retraso le robó el gesto. El encuentro ese se le estaba estropeando a Prisionero y tuvo que imaginar algo más conciso. Háblense. El joven expresó entonces su emoción por la mirada de esa muchacha, y ella le confesó el calor que la embargaba. Ella insistió en la belleza de los ojos de él, mientras pensaba en rozarlo de nuevo. Él dijo simplemente el propio nombre y ella, sin pudor, hasta el apellido. A él la timidez le había robado la imaginación y no tuvo más qué decir. En ese preciso instante Prisionero decidió que no se entenderían y, aunque toda su atención estuviera fijada en él, ella no logró comprender lo que ese joven le decía. Hablaba un extraño idioma. Ella le dijo, me gustas, pero tampoco él entendió esos raros sonidos que salían de su boca. Desesperadamente el muchacho sacó fuerzas de donde no tenía para decirle, también él, me gustas. Pero tanta fue la fuerza de su frase que, a los oídos de ella, llegó bajo el semblante de un regaño. Ella, guiada por la incomprensión, levantó los hombros y le dijo adiós. Él, desilusionado, levantó también los hombros. Ella dio media vuelta y se marchó. Él se marchó a su vez, pero después de algunos pasos, inspirado por la esperan-

za, se dio vuelta para ver si ella lo miraba. ¿Qué idioma hablará? Se dijo ella repensando en las entonaciones y la dicción del muchacho: acaso es mudo. Pero sus pensamientos fueron disipados por el sonar de una campana que ella no tardó en mirar. Esa campana parece un sol, pensó. Él, algunas calles más abajo, perdido en los rulos de esa mujer, escuchó también esa campana y no pudo dejar de decirse, qué sonido tan amarillo.

Prisionero se quedó sorprendido delante de ese encuentro que al parecer, él había creado con el milagro de su escritura. Su miedo parecía fundado, pero no se detuvo ahí. Trató de ver si realmente la verdadera causa era su escritura. Logró ver, allá en tierra firme, a dos puntos que se acercaban. Uno era una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños. El otro era un joven obrero del puerto. Mírense, murmuró Prisionero. Y los jóvenes, desde la distancia que todavía los separaba, se miraron. El muchacho sintió un escalofrío. Ella se arregló sus cabellos y recordó que iba en retraso. Rócese, se dijo a sí mismo Prisionero, apenas los dos habían separado sus miradas. Y esos jóvenes se rozaron. Sintieron cómo el viento celeste y muy leve del destino los empujaba. El muchacho quiso decirle algo, pero en el momento preciso se distrajo. Ella notó esa distracción en su mirada fija en otra cosa que no era ella. Pensó en sonreírle, pero el recuerdo de su retraso le robó el gesto. Además, el joven seguía concentrado en ese hermoso encuentro que, a quinientos metros de él, se estaba gestando entre una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños y un obrero del puerto. El joven distraído veía cómo, a lo lejos, esos dos caminantes cruzaron sus miradas. El obrero se estremeció de escalofrío. La mulata se arregló sus cabellos y recordó que estaba retrasada sin detener el paso. Apenas los dos habían separado sus miradas, ella escuchó sin querer el diálogo de, eso que prometía ser, un hermoso encuentro de amor. Un obrero del puerto le expresaba a una hermosa mulata muy tímida y de senos pequeños la emoción que su mirada le causaba. También ella le confesó el calorcito que la embargaba. Ella insistió en la belleza de los ojos de él mientras pensaba en rozarlo de nuevo. Él dijo simplemente el propio nombre y ella, sin pudor, hasta el apellido. La mulata le confesó, me gustas. Desesperadamente el obrero sacó fuerzas de donde no tenía para decirle, a su vez, me gustas. Pero tanta fue la fuerza de su frase que a los oídos de ella llegó bajo el semblante de un repruebo. La muchacha se separó de la conversación entre esos dos desconocidos y, aunque así lo quisiera, no lograba extraer a ese joven, delante de ella, de su mirada concentrada en otra cosa. Pensó en sonreírle, pero el recuerdo de su

retraso le robó el gesto. Además, el joven seguía concentrado en ese hermoso encuentro que, a quinientos metros de ahí, se estaba gestando entre una mulata y un obrero. Encuentro que por lo visto no había funcionado pues, ahora veía a esa joven levantar los hombros con rostro de incompreensión. Su acompañante, también desilusionado, levantó a su vez los hombros. Ella dio media vuelta y se marchó. También él se retiró, pero después de algunos pasos se volteó inspirado por la esperanza. De pronto una campana sonó.

Prisionero se quedó sorprendido delante de ese encuentro que, él lograba multiplicar con su imaginación cual espejos que se reflejan gracias al milagro de su escritura. Su miedo parecía fundado. Aunque, no. A quién se le ocurre que mis escritos puedan modificar los destinos de Pueblo. Al fin y al cabo soy escritor, no brujo.

Mariadelosángeles, Pabloelmarinero

En pocos instantes el fuego se propagó convirtiéndose en el signo más importante de lo que sería ese jueves. El humo negro viajó por todo Pueblo, pasando de puerta en puerta para ver quiénes eran los escondidos promotores de ese ruidito en el cañaveral que pronto cesaría, y quiénes no.

Gobernador miraba atento la humazón, pensando, soñando, que la misma podría convertirse acaso en lo que para él ya era: un mensaje cifrado que tarde o temprano llegaría a la residencia de Esaaquellalaausente para hacerla pensar, lo quisiera o no, en que yo existo, carajo. Y así fue. La humazón llegó hasta la puerta de esa mujer, pero por no ser ella la culpable de aquel *jazz*, ese humo no tardó en visitar la puerta siguiente.

Lo que Esaaquellalaausente pensó fue tan profundo y verdadero que se le salió de los labios: maldito seas, bicho. Sintió una tristeza que de ser tan física y real parecía una piedrita, ahí, en medio de su salón. Sonrió desoladamente mientras alrededor de su casa Gorilas corrían sin tregua, excitados por la oportunidad que les ofrecía Gobernador de acabar con todo lo que les diera la gana, amparados por la quimérica excusa esa de que nosotros los militares somos neutrales y, en ese momento solo seguimos órdenes, señor juez. El toque de queda había sido improvisado y amparado por la orden de disparar sobre todo lo que se mueva. Pablo se mantenía asomado a la ventana en medio de ataques de ira y ansia que tuvo que aplacar al sentir el humo detenerse delante de su puerta como quien reflexiona. Le vino a la mente la verídica frase que en esa misma recámara de hotel él le había dado como respuesta a Mariadelosángeles: más vale un marinero bello, que uno muerto. Pero ahora vivió esa misma frase de otra manera. Ahora no era cierta. Tenía por ello que hacer algo, cualquier cosa, para contrarrestar esas llamas que ya casi se habían comido todo el cañaveral pero que, a pesar de ello, no lograban todavía silenciar el ruidito aquel que más bien se hacía más agudo y rítmico.

Por el momento los soldados alucinados no podían hacer nada. Debían esperar simplemente que las llamas terminaran por convertir todo en nada,

para así hallar en un segundo momento la causa del ruidito, viva o muerta. Pero eran tantas las ganas de actuar de esos Gorilas que se les veía delante de esas llamas rojas y anaranjadas, mordiéndose los puños de la impaciencia.

El fuego se propagó durante todo el día. Una negra que había nacido y crecido ahí sintió un sentimiento paradójico del cual era difícil diferenciar la alegría infinita —al ver el instrumento mayor de su opresión desaparecer en humo— de la tristeza que le causaba el incendio de la única casa que tenía, el cañaveral. Esos laberintos verdes no eran solo para ella fuente de trabajo extenuante, sino también de siestas, besos dementes, partos extravagantes y pasiones escondidas de viejos que no tenían más fuerzas para trabajar, pero que eran obligados por el régimen y salvados por mulatas jóvenes que los escondían entre ramos, y los ponían a jugar dominó todo el día, ejecutando ellas mismas el doble del trabajo que les correspondía sin que nadie se diera cuenta, asegurándose de este modo, también ellas, tener en el futuro el mismo trato. Y cuando los viejitos se ponían mañosos y querían trabajar porque sí, esas mulatas adoradas no tenían más remedio que llevárselos allá en el fondo del cañaveral, acostarlos, y darles el don de tres buenas batidas de caderas que dejaban a esos señores como bellos durmientes hasta el final de la jornada.

Los ojos de los soldados observaban los últimos vestigios de llamas casi por apagarse y, a pesar de ellos mismos, percibían todo eso como una más de sus alucinaciones. Detrás del sonido de cosas quemándose a mitad, que era como de pequeñas explosiones u objetos triturados, permanecía intacta la melodía de *jazz*, causa de toda esa quemazón centenaria.

Esos soldados no pudieron esconder el asombro que experimentaron al presenciar delante de ellos a una doncella relajada y tersa que tocaba tenuemente un saxo brillante debajo del sol.

Era, más allá de todo, una imagen. Rara, tranquila.

El fuego terminaba de comerse ávidamente sus vestidos, dejando a esa mujer intacta y agarrada de su saxo como para no hundirse. Las llamas iban desgarrando en cámara lenta los bordes de su falda que se iba deshaciendo por entre sus rodillas de duende. Más rápidas eran las llamas traseras que mostraban a retazos los caminos blancos de sus nalgas redondas y suaves como cachetes jóvenes. Su hondo ombligo, ya casi descubierto por el fuego, se encontraba a salvo, escondido detrás del instrumento musical; pero no era lo mismo para sus dos senos marchitos y calurosos que aparecían y desaparecían entre llamitas amarillas que ponían en resalto la veracidad de

sus pezones y la línea circular que servía de frontera entre su pecho suave y sus senos básicos.

El cuerpo seguía descubriéndose en ráfagas de vientos que venían del puerto. Pero el único efecto que todo eso causaba en ella se reflejaba más bien en las variaciones del tempo, pues la melodía y el tema permanecían inmóviles, incluso ahora, que su tierno pubis salía a la luz pública entre un do y un la que terminó de despertar la curiosidad de los soldados guiados por ese gorila con más estrellas que los otros, quien se le iba acercando, lentamente, como para aumentarle el miedo a Mariadelosángeles por todo lo que habría de pasar.

Más los cuerpos vestidos de verde de esos Gorilas se le acercaban, más sus oídos percibían la lucidez de la melodía, el cuerpo blanco de ella, su rostro de otra parte.

Está como poseída, murmuró uno de ellos con una voz temblorosa pero ávida. Ellos avanzaban como quien caza una bestia peligrosa. Marchaban con pasos lentos, piernas abiertas, espaldas curvadas y con brazos de quien va a apresar algo ancho, enorme. Uno de ellos percibió en los ojos de ella rastros de los ojos de Fantasma, pero se llevó el secreto a la tumba para no malograr la importante misión. La visión de ese soldado le duró un instante pues un viento fuerte removió las cenizas y algo salió del cuerpo de ella dejándola desposeída, sin ese fervor revolucionario de pocos instantes antes, pero con algo mucho más importante y verdadero: su fe por la libertad. Fue en ese instante que Mariadelosángeles sintió por fin el calor de ese fuego y, sobre todo, se sintió desnuda delante de esos energúmenos que ya casi la rozaban.

Maldito seas. Maldito seas —susurró.

Estaba sola. Pensó en Pablo, y ese pensamiento la cubrió de pronto de su desnudez.

Hagan lo que les dé la gana. Ya yo no estoy aquí —dijo con los ojos cerrados.

El saxo se despertó de nuevo de la anterior melodía más bien grave y monótona. Se descubrió un instrumento apto para alejar en pocos instantes a esas bestias cuyo fin era comer su cuerpo, comérsela sin matarla, pues viva habría de encontrar la muerte en los calabozos de Pueblo. Todos pudieron notar en ese momento cómo sus ojos, por alguna causa extraña, se aislaron de su cuerpo y su música. Ella acababa apenas de emigrar de sí misma, dejando solo en ese lugar a ese saxo suyo que, como es bien sabido, suena cuando le da la gana de sonar.

El saxo cayó entonces en el suelo sin dejar de escucharse fuerte, bien fuerte, liberando gente por doquier y tratando de no observar eso que todos esos

Gorilas hacían con el cuerpo de ella sobre esa silla, debajo de la silla, revolcándola entre las cenizas y haciéndola también ceniza, tierra, polvo.

Pero ese no era más el cuerpo de Mariádelosángeles pues ella se había apagado automáticamente, rescatada en el último instante por algo natural, orgánico, acaso espiritual, que en esos momentos coincidía con la fortuna para salvar a gente como ella de convertirse en carne triturada. Mariádelosángeles, elevada apenas algunos centímetros de su cuerpo pudo observar su saxo liberando gente, a los soldados encarnizados contra su cuerpo y, más allá tirado, a su padre, fusilado por otros soldados que apenas escucharon su último grito dirigiéndose a ella.

Ella intentó llorar, pero con estupor vio que las lágrimas no le brotaban a ella, sino a su cuerpo manoseado allá abajo. Supo entonces que ella ahora no era más que un sutil y amargo espejismo de sí misma.

Antes de caer en un cansancio lleno de morados y de despertarse tiempo después en un calabozo hediondo, pudo escuchar una voz familiar que no tuvo el tiempo de reconocer, pues fue desconcentrada por las risas y la furia de aquellos soldados que iban hacia esa voz para callarla.

* * *

Mariádelosángeles no tuvo el tiempo de recoger su saxo y en él pensaba al despertarse de un sueño que nunca supo cuánto duró. De frente a ella encontró a un joven con la voz rota y desfigurada cuya identidad descubrió únicamente terminada la historia que él, durante toda la noche, le contó.

Ella la escuchó en zozobra, no tanto por la crueldad del cuento, sino más bien por estas francas palabras que yo, a pesar de mí mismo, tengo ahora la obligación de expresarte, Mariádemidesespero, que te vi ahí tirada desde la lejanía de mi recámara de hotel y, aunque no me dejaran salir de allí y, aunque un humo negro rondaba de puerta en puerta, yo me escapé armado hasta los dientes de valor y cuchillos viejos para salvarte y, ahora, dizque maté a cinco mil soldados antes de llegar al cañaveral de donde apenas te estaban sacando cuando por fin lograron apresarme, Mariádemidesgracia, es que eran muchos esos desgraciados y echaban baba por sus hocicos y tenían los ojos rojos y me decían que alto o disparamos, perro, pero cómo habría de detenerme si un montón de ellos estaba llevando, inconsciente, hacia aquella patrulla negra que usan los de la inteligencia y, figúrate, que fue en ese instante cuando más bichos de esos

maté, porque la visión que tuve de tu sufrimiento me hizo ver todo borroso, amarillo, y en ese instante no pude dejar de oír claramente esa voz que dijo lo quiero vivo y, entonces, esos se dejaban matar por mí, María mía, solo para no caer en la tentación de matarme porque yo tenía que estar vivo quizás para que ellos, ahora, se den el placer de presenciar, escondidos, mi historia, sin dejarme ni siquiera ver tu rostro porque, como te podrás dar cuenta, nos dejaron juntos pero en penumbras y, claro, es peor, porque tus lívidos pechos los puedo sentir con la punta de los dedos, la sangre seca en tus entrepiernas la huelo y me duele, y tú que continuas besando esta boca mía desfigurada, entendiéndome apenas, palpándome en la oscuridad, imaginándome como ya no soy, pues lo que ellos hicieron de mí tú no lo conoces, tu amor no lo imagina, por eso lo siento caminando por este sótano con pasos lentos y brazos hacia adelante para no tropezarse con ese odio agrio que envuelve este ambiente al que nos fueron empujando lentamente, primero quitándonos las palabras, los gritos, después haciéndonos esconder en aquel sótano de Rue de Paradis por las noches, más tarde volviendo transparentes a los otros y ahora a nosotros que nos vemos sin vernos en este lugar sin sombras, este cubículo sin luz para que imaginemos, palpemos, intuyamos las cosas sin saberlas verdaderamente.

No soportó más su propio monólogo. Entonces tocó a Mariádelosángeles, la besó, humillándose a sí mismo al pensar que ella reconocería su brazo hecho trizas, sus testículos electrocutados, y su fina mano de pianista sin uñas:

Y todavía nos falta tanto, María de mi tortura —le dijo Pablo entre sollozos.

Nos van a humillar, Marinero bello, hasta que ellos mismos se sientan humillados. Ese es el principio de todo buen déspota.

Pero él no la escuchó porque estaba perdido en el dolor que le causaba la voz de ella, la forma de sus palabras: esa voz quebrada que vestía sus frases. Era rancia esa voz, llena de aire, como si su fuerza se apartara de ella mientras hablaba y, en lugar de comprensibles palabras, saliera de su boca una mezcla de aire y letras. Ella estaba cansada. No podía más con el peso de su cuerpo.

Él, como hechizado, con sus ojos bien abiertos cual ciego, le dijo que se acercara y ella no esperó que Pablo terminara su frase para acurrucarse en su cuerpo, tomando su brazo como almohada y su aliento como el salvavidas que no la dejaría hundirse en los fondos oscuros del despecho político, acaso el peor que exista.

Ya en el sueño pudieron comunicarse sin los límites exigidos por lo empírico: Fantasma no existe —dijo ella, ahora con una voz neta, segura—. Él

estuvo conmigo, con todos nosotros, dándonos fuerza, apoyándonos. Pero en el momento propicio, se esfumó. Me dejó allá en el cañaveral tirada. En ese momento, el más duro, no estuvo. Partió a otra parte con su búsqueda y por ello tuviste que ser tú el que llegara, matando gente, para liberarme. Mientras esos hacían todo eso con mi cuerpo, era yo conmigo misma, yo con ellos, yo contra ellos, lo único que quedaba de todo aquello. En ese momento todo fue más real, Fantasma no estaba, seguía siendo solo mito, recuerdo, esperanza, llamado a. Pablo Pablito Pablo, Fantasma nos hace morir como quien escribe un poema, con esa pasión y esa ingenuidad, con esa locura, como locos.

Las luces se prendieron de repente y no supieron ellos calcular por cuánto tiempo. Se despertaron de pronto y ella guardó silencio. Se miraron a los ojos. Inmediatamente después fue de nuevo oscuridad en ese sótano.

* * *

Casi no se recordaba de ella misma, los dolores del cuerpo le hacían recordar todo lo otro. No era entonces necesaria la utilización implacable de la memoria que, además de todo, estaba acechada por los recuerdos de su padre, orgullo de toda la familia, por haberse convertido en general y miembro del estrecho círculo de Gobernador, y todo para morir como un perro, pobre padre mío, una mezcla extraña de poder e ingenuidad. Se metió en la cueva del lobo queriéndolo y no, y el lobo se lo comió y la cueva también. Esa cueva que lo dejó sin familia, sin esposa, sin hija, pues todo el trabajo que hacía para conservar las coordenadas de la patria lo dejaban cansado y solo tres horas podía reposar por noche y, pensar que todo eso no lo hacía ni siquiera por dinero, pues suyo no tenía realmente nada. Todo era de la patria grande, es decir de Gobernador o de los pocos que tenían al menos la lucidez de aprovechar ese dinero que no tenían el tiempo de gastar por andar ocupados en hacer pensar a la gente como ellos. Cuánto te odié padre muerto, pero es ahora cuando te odio más por haberte suicidado por mí en ese cañaveral. Y pensar que no tuviste el tiempo de que María te presentara a ese tal marinero bello que la sigue. Siempre viste las cosas como las quisiste ver, padre, consciente de que era así, aunque no lo fuera. Y así era. Ojalá te pueda llegar allá donde ahora estás esta carta que, aunque breve, sin hoja ni papel, es sincera, pues en ella te confieso que hubiera soñado verlos caminando juntos por el puerto un domingo de esos de estas partes. Los dos con esos extraños uniformes que los

unen y los separan: uno de marinero, el otro de militar. Pablo ama la pesca como tú y, como tú, me ama tal como no soy. Aquí está conmigo, si quieres te lo paso. Lo sé, a él tampoco le gusta hablar por teléfono, como tú. Pero es que tan diferentes son, que terminan por parecerse. Aquí está, te lo paso. María, no hay ningún teléfono, amor mío, no sigas, prendan esa luz de mierda que ella está sudando frío. Ya te habla, papá, Pablo es tímido como tú, te lo paso, besos a mamá allá arriba, dile que voy a rezar por su alma ávida que te empujó hasta el final de tu carrera de general de Gobernador para después morirse y no aprovechar las ventajas del régimen que tanto soñó, dile que se muera, dile que se vaya, Pablo, que no quiero hablar con ella, y Pablo le suplicaba a su suegra, para calmar a Mariadelosángeles, señora, que no quiere hablar con usted, mientras, al mismo tiempo, enviaba saludos caluroso al padre de María a través de ese teléfono que solo ella veía en su mano, sí, María, le repetía él entre caricias nerviosas, pasaremos a dejar la carta en el correo, sigue tocando ese saxo que te quitaron, que todos te oigan, y ella imitaba todavía más fuerte, gritando, el sonido de aquel saxo suyo, pa-ra-ra, pa-pa-pa-ra, pa-a-a.

En ocasiones como esas las luces se prendían de repente y la realidad la golpeaba. Pero instantes después se volvían a apagar y el saxo y todo lo otro resucitaba.

* * *

Un nuevo día había comenzado. Mucho más tranquilo que todos los anteriores. Los pajaritos colgados y la humazón de los días que siguieron se volvieron recuerdo a causa de ese sol brillante que amanecía puntual. La gente salía entonces a la calle y quien no conociese a ese pueblo hubiera podido pensar que era el lugar más tranquilo de la tierra. Todo estaba en su lugar.

De hecho, la tranquilidad había sido el mandamiento mayor de Gobernador después de todo lo ocurrido. Los pajaritos disecados fueron entonces quitados de la plaza y el montón de cuerditas de donde se colgaron fueron vueltas, también ellas, transparentes, y nadie, nunca más, las vio.

Los escombros, las cenizas e incluso el saxo que quedó ahí tirado fueron sepultados en el fondo del Caribe. El resultado fue un movimiento de olas mucho más intenso durante varios meses que dio ganas de vomitar a Prisionero. El saxo de Mariadelosángeles había convertido ese mar en un *swing* constante que los peces y los cangrejos y caracoles no tardaron en aprender a bailar.

Gobernador, como siempre, encontró el lado útil de la situación y turistas de todo el mundo llegaron, gracias a una publicidad mundial de Pueblo, para fotografiar aquel mar que bailaba como si desde sus entrañas un extraño saxo lo inspirara. Gracias a esa nueva entrada económica se construyeron siete nuevos castillos dizque coloniales que en sus sótanos albergaban a todos los presos de eso que ahora todos llamaban el día de la humazón.

Los turistas preguntaban qué era ese ruido extraño que venía desde el fondo de ese mar, y las lindas acompañantes que el gobierno había puesto a disposición de ellos respondían que era el silbido del mar de por estas partes, damas y caballeros. Contentos con la respuesta los turistas continuaban tomando fotos para, más tarde, enseñárselas a sus amigos del Norte, después de una cena invernal. Durante la cena todos atónitos y aburridos mirarían a esos actores en los cuales se habían convertido muchos de los habitantes de Pueblo, pues quien no fuera fotogénico no tenía derecho a caminar por ciertas calles, playas y plazas, reservadas a los turistas que preguntaban si era verdad o mentira lo del mito de aquella saxofonista que sola se enfrentó al gobierno y de aquel marinero que nunca más nadie vio y de los pajaritos que, aunque parezcan de plástico, ustedes, señores turistas, pueden ver en todos los árboles de Pueblo, pues a quién se le ocurre andar ahorcando pajaritos, como de hecho los apátridas denuncian. Miren a su alrededor a todas esas personas que caminan tranquilas por las calles sin ningún presentimiento o preocupación, mírenlas con sus propios ojos y con sus propios ojos los turistas las miraban y, en efecto, todo era normal, aunque, comadre, yo vi gente que se miraba de reojo como quien se da una cita en Rue de Paradis, que no, que son ideas suyas comadre, ¿es que acaso no ve todo a su alrededor? y la comadre veía todo con más detenimiento y sí, comadre, ese poco de gente se está dando una cita secreta. Pero apenas un turista se concentraba en Pueblo un grupo de música tradicional enviado por Gobernador llegaba para, con sus melodías mediocres, desconcentrar las miradas de esos turistas ricos turistas. Mas aquella vez ni siquiera el cantante aburrido de ese grupo logró desaparecer la intuición veraz de esa turista que veía por todas partes gente que se miraba con un odio comprimido y se decía sin decirse, hasta más tarde, hasta esta noche, allá abajo. Usted está loca, comadre, está viendo lo que no es, o quizá lo que es, pues esa noche uno a uno llegó a ese sótano con una puntualidad impecable.

Uno a uno iban entrando en ese lugar húmedo y subterráneo. En un primer momento la gente se acercaba a esa pequeña y oscura calle de Rue de Paradis como por casualidad y poco tiempo después se desaparecía al final de esta como tragada. Esos ciudadanos que de día posaban con sus normalidades a cuestras en las noches se convertían en simples ratas, como se llamaban entre ellos. Todos sin falta, bajaban cada noche por entre las escaleras oscuras hasta llegar al salón principal de ese sótano.

Pero esa noche sus rostros no eran solares como de costumbre. Una taciturna tristeza se les reflejaba en sus ojos perdidos y sus frentes fruncidas. Y era de esperarse: el saxo principal de sus noches simplemente no estaba y, aunque todos tocasen sus solos, la ausencia de ese instrumento mágico y esa mujer fuerte creaba un hondo, una ausencia.

Habían pasado todo el día mirándose y diciéndose con esa mirada lo que habrían de hacer esa noche y así lo hicieron. Todos habían llegado con sus instrumentos debajo del brazo como quien lleva un periódico. Todos, a través de calles y rutas diferentes, se encontraron a la hora exacta en ese sótano sin que nadie hubiera tenido la necesidad de pronunciar una sola palabra.

La hora precisa había llegado y todos hicieron el mismo gesto de quien carga un arma. Alguien en ese sótano golpeó tres veces el suelo y uno y dos y tres y no había golpeado por tercera vez cuando una Big band reventó celestial con un sonido de elefante, avión, océano, y era tan lenta y portentosa la interpretación que todos hacían de ese lento blues, que bien se podía ver ahí, de frente a todos ellos, como lo que era, un gran trasatlántico.

Todavía más fuerte continuaron a tocar y ahora los objetos de ese mundo subterráneo comenzaron a vibrar, sillas, vasos, cigarros, paredes, piso y, cuando el volumen fue más fuerte todavía más, el mismo techo se puso a bailar con su única lamparita que no dejaba de marcar el tiempo, uno dos uno dos.

Todos tocaban, cada uno con su instrumento, pensando en Mariádelo-sángeles que se despertó de sus heridas al sentir que la tierra debajo de ella temblaba. Pensó que era el vértigo de su tristeza. Pero un instante después escuchó la alarma de la cárcel sonar al mismo tiempo que, allá en el hotel El Faquir, la turista y su comadre se despertaban desfavoridas porque, comadre, me siento como mareada y, qué coño hace esa nevera ahí bailando, comadre, qué es esto, mire ese mar enojado, que acaba de despertar a Gobernador de su

insomnio cotidiano preguntándose a sí mismo qué coño es esta tembladera, Secretario, que se encontraba ya despierto allá en su casa mirando a su madre que trataba de comprender por qué las ollas de su cocina bailaban de aquí para allá como poseídas, aló, dígle a Gobernador que ya salgo para allá, y apenas trató de tranquilizar a su madre con un abrazo, ella comenzó a bailar sin voluntad propia un blues, llevada por la nueva respiración que habían tomado todos esos instrumentos allá abajo, en Rue de Paradis.

Secretario llegó desabotonado y despeinado y con la cara triste y sin lavar a causa de un sueño sin tiempo en el cual él traicionaba a Gobernador y, al vérselo ahí de frente, en esa oficina abarrotada de libros mordidos, le pareció que su sueño continuase. No tuvo más remedio que decirle a Gobernador, disculpe jefe, pero apenas había terminado de decir la frase, Gobernador le dijo que no importaba, que la traición no es un mandamiento, pero que lo que sí importaba es que usted, el sabelotodo de este gobierno de mierda, me diga que es toda esta tembladera en Pueblo. No sé, dijo Secretario a media voz con su fría sinceridad. Bueno, entonces mejor, porque lo que ahora le voy a pedir es que, sea lo que sea, me lo detenga ahora mismo.

Secretario salió sin destino a resolver ese problema del cual no llegaba ni siquiera a intuir la causa. Antes de salir del Palacio de Gobernador, Secretario pensó en voz baja, cómo coño quiere que haga ahora para impedirle a la naturaleza que tiemble. No diga groserías que lo estoy escuchando, oyó Secretario decir a su madre, todavía subida en la cocina, a varios kilómetros de allí. Mis disculpas, vieja, se dijo a sí mismo mientras seguía caminando como perdido por las calles de ese pueblo convertido en un vibrato que ya llevaba más de una hora. Se sentía cansado y perseguido.

No tardó en encontrarse sin rumbo cerca de una callecita oscura a la cual no había querido regresar después de lo que le había pasado a María y Pablo. Leyó sin querer en la esquina, Rue de Paradis. Bajó las escaleras con paso torpe y vio, cual aparición, a su negra del alma, negra linda, negra bella, cantando un blues lento y triste con otras cincuenta personas, todas con instrumentos musicales y rencores. Supo el origen de todo lo ocurrido, vio el trasatlántico y lo demás. No perdió tiempo. Regresó a su casa y redactó un proyecto de ley a partir del cual, solo un día más tarde, Gobernador declaraba, en medio de una muchedumbre sudada, al día anterior como día de duelo nacional por las víctimas del terremoto que sacudió a nuestro respetable Pueblo. El terremoto más grande de su historia.

Escuchó después de mucho tiempo aquellas voces que él ahora confundía con sus peores pesadillas en ese calabozo. De Mariadelosángeles solo conservaba un recuerdo borroso que tenía que ver sobre todo con su salida improvisada de esa celda: sus ojos eran bellos antes de que esos Gorilas la agarraran por la fuerza y se la llevaran. Él prefería pensar que, ahora, ella estaba en libertad, aunque no fuese así. Bien sabía él que de toda esta historia él era solo un cómplice enamorado, mientras que ella para el gobierno era simplemente la culpable. Pero en ocasiones era tanta la voluntad que ponía en sus tristes monólogos que no sentía vergüenza de repetirse durante horas que, acaso, los Gorilas de Gobernador habían escuchado sus mentiras de que era él el autor intelectual de todo lo ocurrido y que, hasta el saxofón que ella soplabá, había sido comprado por él en un mercado de puerto.

Aquellas voces se iban acercando y, a medida que él escuchaba el volumen de sus inminencias, se iba sintiendo más apagado. Todo eso que sentía e intuía no era entonces una pesadilla. Lo que más lo angustiaba, aunque ahora su angustia era más resignación que otra cosa, fue el tiempo que los Gorilas invirtieron antes de entrar. Quizá de forma premeditada hablaron de temas superfluos y sin ningún aparente sentido durante más de una hora, antes de penetrar finalmente en su celda. La arquitectura de esos cubículos estaba hecha de tal modo que los reclusos escucharan hasta los suspiros de los guardianes. La técnica era efectiva visto que ese detalle creaba en los cautivos un efecto de acecho constante que muy pocos lograban controlar. Pablo no era una excepción.

Cuando por fin los Gorilas decidieron entrar, la magnitud de la agonía de Pabloelmarinero era tal, que ellos lo encontraron en una especie de sueño momentáneo, aunque sus ojos estuvieran abiertos como los de un muerto.

En esa ocasión a ellos no les bastó con los gritos despreciativos con los que solían interrumpir la soledad del cautiverio. Para lograr despertarlo de su agonía utilizaron insultos todavía más radicales. Pero los ojos de Pablo se mantuvieron lelos, sin vida, inmóviles, como si miraran, más allá de las espesas paredes de ese Castillo, la hermosa rambla de Pueblo. El más bruto de los cinco Gorilas optó entonces por darle una de sus cachetadas, célebres entre guardianes y reclusos porque muchos de estos últimos preferían los tubazos y la electricidad en lugar de esas detonaciones, de las cuales varios no se habían

recuperado todavía. Después de la tercera cachetada todos quedaron atónitos delante del rostro de Pablo ensangrentado y de su vista todavía fija en la pared. Si esos golpes no lo habían hecho salir de su letargo, no había nada que hacer. No tuvieron más remedio que tomarlo por los brazos y arrastrarlo por los corredores oscuros del sótano de ese Castillo en donde se encontraban los presos políticos y sus allegados.

Apenas si sintió las vibraciones de su cuerpo arrastrado por los Gorilas por entre las escaleras de piedra que se elevan hasta la planta baja de la cárcel. Salidos del sótano, llegaron a esa planta baja cuya apariencia, olor y limpieza superaba en gran medida la del hueco donde Pablo había estado enterrado desde hacía tanto tiempo. Sus ojos le dolieron al sentir la luz natural que entraba por entre las ventanas del recinto. Pero al mismo tiempo el calor natural del trópico le procuró una sensación más bien placentera que no tenía nada que ver con la fría temperatura de aquel sótano y la humedad que creaba su cercanía con el mar.

Una vez que Pablo superó, todavía ensangrentado, la puerta que lo liberaba del sótano de sus pesadillas las cosas sucedieron tempestivamente. Lo hicieron entrar en varias salas. Tres, acaso cuatro. Los Gorilas se comportaban de forma extraña. Ellos estaban distendidos y como orgullosos de él. Hacían sentir a Pablo como un niño que satisface a sus padres. Fue en ese instante cuando él presintió que, por fin, los Gorilas le donarían la oportunidad de regalarles su muerte.

Mientras alguien sin rostro lo curaba de sus heridas en el ambulatorio de la cárcel, una militar quemada por el sol y con un uniforme que vestía con una coquetería sin par, le preguntó si tenía alguien a quién avisar de su paradero. Él pensó en Mariádelosángeles, pero la militar se negó objetando que tenía que ser una persona que no tuviera nada que ver con sus antecedentes políticos. Él terminó entonces por responder que no tenía a nadie, que lo dejara así.

La joven lo tomó de la mano y lo condujo hacia otra sala que él confundió con una oficina de banco. Un oficial lo invitó a sentarse con una educación que desde antes de la cárcel no veía. Le preguntó sus datos personales, profesión, color de ojos, edad, y después le entregó una especie de ficha rectangular que olía a militar. Afuera lo esperaba, otra vez, la muchacha del uniforme que lo recibió con una frase inesperada:

Alguien te quiere ver.

Él pensó de nuevo en Mariádelosángeles y una alegría súbita le quemó la piel. En un solo instante cientos de frases, a través de las cuales él le explicaría a ella todo lo que había pasado en ese sótano después de su partida, sus pro-

yectos futuros y el destierro inminente de Pueblo, le pasaron por la cabeza. Pero el roce de esa militar que, con la punta de un dedo, le tocó el codo, lo extrajo de su breve viaje.

Pase por aquí.

Al interior de otras de las salas lo esperaba una persona que Pablo nunca había visto en su vida, pero que lo recibió con un caluroso saludo de viejos amigos. Al escuchar su voz supo de inmediato quién era. Pablo el marinero había logrado con el pasar del tiempo crear una lista exacta de las entonaciones, volúmenes y acentos de las voces de todas las personas que rondaban por su celda: médicos, personal de limpieza, guardias, altos funcionarios del gobierno. Fue por ello que, al contacto con esa voz de barítono, no tardó en reconocer que ese era uno de los que se aferraba más a la debilidad de su cuerpo. Se recordaba muy bien de ese hombre que utilizaba como excusa elucidaciones teóricas, históricas y políticas para hacer lo que hacía con el cuerpo de Pablo.

Él no solamente se limitaba a hacer hablar a los presos, como tantos otros Gorilas, sino que se las arreglaba para hacer cambiar de ideología a sus víctimas a partir de argumentos intelectuales de altísimo nivel.

Hoy es un día importante para ti y para mí, Pablo —le dijo ese gorila recordete casi abrazándolo.

Espero que no existan rencores entre tú y yo. Tú siempre fuiste uno de mis preferidos. Tu sobriedad a la hora de afrontar esas experiencias antropológicas que la Historia nos obligó a protagonizar siempre me llamó la atención.

Pablo no respondía.

Siempre estuve convencido de que tú eras uno de los pocos que, como yo, estaba más allá de estos odios cursis; y de que tanto tú como yo, no hacíamos otra cosa que asumir cabalmente el rol que la Historia nos llamó a afrontar. ¿No es así?

Pero antes de que Pablo pudiera contestar, el gorila ya se había contestado a sí mismo.

Es por ello que hoy no te pido un gran abrazo, no, porque sé que solo el tiempo te permitirá comprender el Sentido último de eso que vivimos en este lugar. Pero al menos me permito la osadía de invitarte a la reflexión sobre la Verdad trascendental que esta experiencia malsana esconde. Yo no soy de esos que, antes de dar el saludo final, me consuelo con decir que solo seguí órdenes. Aquí nadie sigue órdenes. Si llegaste hasta aquí fue porque seguiste un camino muy preciso. Qué te puedo decir, cada uno tira el molino para

donde le conviene: aquí el viento no tiene nada que ver. Al menos en eso tú y yo estamos de acuerdo. Tanto tú como yo siempre hemos luchado por nuestras convicciones personales. La prueba es que estamos hoy día en esta sala hablando de esto como dos seres humanos, como dos Conciencias.

Pablo pensó, acaso, en darle un golpe. Pero en el fondo de sí mismo le quedaba todavía un poco de lucidez para darse cuenta de la inutilidad de ese gesto. Además, después de todo lo vivido un golpe había perdido para él toda connotación violenta. La violencia ahora para Pablo se encontraba en otro lugar que nada tenía que ver con lo físico.

El policía, viejo y rechoncho como era, se sintió defraudado de la mirada vacía de Pablo, de su falta de interés y competitividad intelectual. Pero soportó su sentimiento de decepción y le dio dos palmaditas cariñosas en la espalda a ese marinero.

Vamos, muchacho. Asume ahora tu destino.

Esas palabras fueron en realidad una invitación a salir de la sala. Afuera estaba la joven uniformada esperándolo.

El gorila rechoncho asomó apenas la cabeza por la puerta que daba al corredor y agradeció a la muchacha por haberle concedido unos instantes con ese detenido que ya no vería más. Ella le respondió que para eso estamos, y siguió caminando junto a Pablo que, después de ese último encuentro, estaba dispuesto a dejarse llevar a cualquier lugar con tal de terminar todo rápidamente.

La joven lo condujo hacia la última de las salas que visitaría ese día. Estaba llena de ropa colgada por doquier en ganchos de metal. Adentro lo recibió una especie de sastre militar. Pablo, al encontrarse en contacto con toda esa ropa, observó por primera vez en meses, la ropa que él mismo llevaba puesta. Una vergüenza se le reflejó en sus cachetes demacrados al darse cuenta de la piltrafa humana en la que lo habían convertido. Sus vestidos no solamente estaban rotos, sino que además estaban manchados de todo líquido humano imaginable y con olor nauseabundo. El recuerdo de lo que fue le llegó en forma de corazonada: la hebilla de ruido metálico, sus zapatos de héroe, su camisa salada, el llavero en forma de ancla de otrora, su sombrero blanco abrazado por una banda azul.

Pase adelante, recluso —le propuso el sastre militar.

Siempre he creído que hay ocasiones en la vida que es mejor afrontarlas bien vestido —le dijo el sastre mirando a otra parte.

Y esta es una de ellas.

Dicho esto se puso a ojear las etiquetas de algunas camisas manga corta, y de unos jeans sin bolsillos que él mismo había cosido a mano.

Aquí está —afirmó como si hubiera encontrado un tesoro.

Talla L. ¿No es cierto?

Pablo lo observó con ojos aburridos.

Vamos, chico, ponte esto.

Pablo tomó la ropa y se la puso con gestos de dormido.

El sastre lo observó cual enamorado feliz y con un tono más femenino que segundos antes le dijo:

Sabía que te quedarían perfectos esos jeans.

Y se fue corriendo a buscar un espejo al otro lado de la sala. Pablo no podía creer en sus ojos. Cada gesto de ese hombre le parecía asombroso fuera de lugar. El sastre se le colocó de frente con un espejo largo, casi del tamaño del marinero, en sus manos.

¿Cómo te ves?

Pero antes de que Pablo pudiera contestar, el sastre ya se había contestado a sí mismo.

Bien, ¿verdad?

Pablo se sintió uno de ellos con esa ropa puesta y ese olor a limpieza. Pero pensó que haberse negado a colocársela no hubiera servido de nada. A lo sumo se hubiera ganado una de esas estúpidas cachetadas que ya ni siquiera le dolían. Se hubiera quedado cacheteado y vestido, así como estaba, de escolar.

¿Cuándo se acaba todo este jueguito? —le preguntó Pablo al sastre militar sin esperar respuesta.

Eso no es conmigo, querido. Ya estás vestido. Aquí se detiene mi responsabilidad. Eso se lo preguntas a los de afuera.

El sastre terminó su frase señalando con la punta de sus labios, a través de un gesto que denotaba celos, a la joven militar que esperaba a Pablo al otro lado de la puerta. Ella, al verlo sin sus vestidos de mendigo, levantó las cejas en señal de estupor por el cambio repentino.

Pablo repitió su pregunta ahora a la enfermera:

¿Cuándo termina toda esta farsa?

¿Qué farsa?

No tardó en preguntarle, a su vez, la militar. Pero Pablo no dio ninguna señal de vida. Parecía que de pronto se hubiera apagado. Ella tomó entonces las riendas de la conversación.

Lo único que falta es que tú firmes aquí.

Pablo pensó en preguntar de qué se trataba, pero las ganas de morir eran más fuertes, por lo que firmó de golpe. Lo que él en realidad ahora esperaba era, lo más rápido posible, el final.

Estás libre —afirmó la militar, esperando la reacción de Pabloelmarinero. Él bajó la mirada.

* * *

No se sabe por qué, Pabloelmarinero siempre había imaginado la salida de ese Castillo colonial como un hecho importante. Según sus pronósticos habría de salir por una puerta grande, la que da al mercado principal. El sol sería radiante y todos habrían de quedarse silenciosos y emocionados al verlo, por fin, libre. Sobre todo Mariadelosángeles que, según él, lo esperaría entre los vendedores de pescado y los fruteros. Pero lo cierto fue que el día de su liberación esos Gorilas lo lanzaron por un barranco del Castillo que daba a una playa desolada, justo debajo del inicio de la rambla.

Era más o menos la hora del burro y, como siempre, a esa hora en Pueblo el sol era deslumbrante y el silencio atroz. Pablo se estremeció al darse cuenta de que delante de una situación tan importante su reacción fuera esa: una neutralidad sin par. La libertad que ellos le habían dado así, de pronto, no había hecho ningún efecto en él. Solo se sintió libre al percatarse de que podía pensar en Mariadelosángeles sin el miedo que esa acción le producía en la cárcel, pues intuía que los Gorilas podían en cualquier momento apoderarse de su pensamiento. En estas circunstancias sí podía pensar en ella y así lo hizo: no tardó mucho en darse cuenta de la falta que le hacía esa mujer. Pero su recuerdo, ahora que estaba libre, era de otra naturaleza y nada tenía que ver con la imagen de ella que conservaba en ese sótano inmundo. Hizo entonces lo único que podía hacer por ahora, caminar. Caminó por esa playa desierta. Cada paso un recuerdo. Durante esas horas reconstruyó con lucidez todo lo que había ocurrido.

Prisionero vio con estupor desde su cárcel flotante a ese punto negro y triste que se movía por la playa desierta a la hora del burro. No tuvo dudas:

Es Pablo. Liberado.

Ese punto negro siguió caminando con ese recuerdo a cuestas que le hacía arrastrar los pies de tan pesado y tan recuerdo. Pero en el fondo, ese caminar

lo reconfortaba y le permitía reorganizar lentamente el desorden en el que se había convertido su existencia desde Mariádelosángeles.

Estuvo días enteros caminando, hasta que su barba larga e irritada y su piel quebrada por el sol lo obligaron a abandonar esa costa que había recorrido en ida y vuelta, quién sabe cuántas veces. Entró con todo el miedo del mundo en una de las calles de Pueblo que dan al mar. Lo vio diferente y lo vieron diferente. Casi nadie lo reconoció y él no reconoció ni a sus calles ni a su gente. De alguna manera esa estaba en el Castillo, ese lugar sin espacio ni tiempo, había sido una suerte de eficaz exilio dentro de los límites de Pueblo.

Nada de lo que veía se parecía al Pueblo de su recuerdo: todos esos chicos con sus cabellos perfectos, su tráfico detenido en ciertas calles porque está pasando ella, sus árboles cortados, sus pajaritos de plástico con sus cantos de altoparlante. Había ahora en ese lugar un nivel de seguridad tal que Pablo, como muchos otros, más que seguro se sentía perseguido. Tenía la sensación de que en Pueblo se habían erigido muros transparentes que separaban a la gente entre sí: existía una tolerancia impuesta por el miedo. Ya la gente ni siquiera se tropezaba en el caótico mercado principal. Pero lo que más sorprendió a Pablo fue el sinfín de habitantes hablando solos por doquier. Al inicio no entendió y era normal. Pero a medida que los días iban pasando el fenómeno se hacía más claro. A retazos fue entendiendo por qué esa gente murmuraba secretos incomprensibles, se agarraba de la mano con nadie o saludaba a ninguno.

A pesar de que mucho tiempo había pasado desde aquel remoto día en que llevado por Mariádelosángeles había dejado el mar, él todavía conservaba en su manera de caminar, de observar, sonreír y callar los gestos tímidos de un marinero en tierra firme. Esa timidez lo hizo pasar durante un tiempo desapercibido, aunque su paseo se extendió a lo largo y ancho de Pueblo.

Pero los días pasaban y Pablo no lograba terminar con ese triste paseo que comenzó en esa playa desierta el día de su liberación. Él seguía caminando acompañado por el recuerdo de María que le mostraba los lugares en los cuales muchos años antes, cuando todavía él era marinero activo, ella le había dicho que la encontraría apenas su barco llegara a tierra firme. Si te decides a dejar el mar ven a buscarme, yo estaré aquí, sentada junto a esta escalinata que da a la iglesia, y él ahora, minuciosamente, tocaba cada escalón de ese lugar sin encontrar el menor indicio de que, al menos una parte de ella, estuviera ahí. Si no, me has de encontrar por entre las diminutas calles del centro que

dan a esa terraza principal desde donde los enamorados contemplan, con los zapatos en las manos, los atardeceres. Pablo escalaba entonces como un desesperado esas subidas repletas de minúsculas calles viejas, casi arrastrándose, para tratar de encontrar el perfume de María entre sus piedras, y le preguntaba por ella a las viejitas que miraban pasar el tiempo desde sus mecedoras, y jugueteaba con los niños para ver si también María había jugado con ellos. Pero no. Ella había sido alejada de todos esos parajes, dejándolo a él con el hastío de su desgraciado paseo intacto. ¿Dónde estás Mariadelosángeles que no te encuentro?

Y ese nombre suyo pronunciado le hacía despertar a Pablo aquella imagen de Mariadelosángeles sentada en la cama y desnuda como solía estar después del amor, diciéndole, y si tampoco ahí me encuentras ve entonces a preguntar por mí en la jungla de ese recuerdo tuyo que yo llené hasta más no poder de animales exóticos, enormes, diminutos, insectos fluorescentes, altos árboles inmensos como anacondas, guacamayos, saltos de agua que solo un ángel se atrevería a saltar, tierras lejanas del inicio de los tiempos, manglares, tortugas grandes como caseríos, reguero de deseos y noches y rones que bebimos y vivimos, intuyendo que estábamos destinados a carecer de destinos, y Pablo, que solo caminando lograba ver más claramente todo eso, siguió haciéndolo y las imágenes de María se le hacían de más en más visibles, ese sinfín de palabras que de ser tantas eran tan pocas, y que Pablo iba iluminando con un fósforo alegre que había resistido a la oscuridad y a la humedad del Castillo, y que le había hecho comprender que las palabras no dichas también habían sido dichas, esas palabras que eran una jungla de calores transmitidas a través de frescas gotas de sudor, de roces en los que ellos se aislaban como en una telaraña tersa que los envolvía durante toda una noche de tenues mordiscos y miedos y pesadillas, esas pesadillas que los mantenía día a día en un insomnio compartido porque, acaso, en el momento más maravilloso el uno pensaba en lo que afuera le esperaba y, sin decírselo al otro, cerraba los ojos y apretaba fuerte fuerte su cuerpo para comprobar que también el otro temía que alguien allá afuera, en ese mismo instante, estuviera trazando sus destinos, entonces ningún ron, ni caricia, ni suave mordisco los podía calmar de ese miedo compartido que los hacía hablar toda la noche de las sombras de este techo, y Pablo miraba y era cierto, eso, ahí, parece Australia, no, un rinoceronte, eso es una nube, eso es un dragón, eso eso eso, hasta que lentamente uno se quedaba dormido

en la almohada caliente del brazo del otro, temiendo por sobre todas las cosas que esa pesadilla se repita de nuevo, pero el nosucederaámormío que ella pronunciaba de pronto llegaba en el momento justo para aliviar todo y lentamente se quedaban tranquilos y se dormían hasta cuando, un poco más tarde en la noche, los gritos de ella los despertaran y entonces, al abrir los ojos, se daban cuenta de que la pesadilla se había hecho realidad pues estaban en ese frío sótano de ese Castillo, uno al lado del otro, sin verse así como estaban, semidesnudos y hechos piltrafas, pero se abrazaban fuerte tan fuerte que, por fin dormidos, se despertaban, tarde, al mediodía del día siguiente, nuevamente en ese cálido cuarto de hotel de techo manchado por australianas, rinocerontes, nubes dragones, pero ya era demasiado tarde y el fósforo alegre de Pablo se apagaba y él se daba irremediamente cuenta de que ahora, liberado, estaba viviendo su vida sin ella y que dentro de poco entraría de nuevo, y después de muchos años, en el café El Faquir, donde seguramente el camarero le ofrecería un ron bien cargado a Pablo, el marinero que regresó del más allá.

* * *

Pablo liberado entró, después de muchos años, en el café El Faquir. El camarero al verlo llegar le ofreció un ron bien cargado en medio de una exultación:

¡Qué sorpresa, Pablito! —le dijo abriendo los brazos como si fuera a agarrar algo enorme.

Un ron bien cargado para este marinero que regresó del más allá — repetía ese hombre feliz mientras llenaba un vaso minúsculo de ese ron añejo bien marrón de las grandes ocasiones.

¿Te recuerdas al menos cómo se toma el buen ron, Pablito?

Pablo sonrió.

Te lo dejas en la boca reposar un poco hasta que sientas estrellitas en la lengua y después, lentamente para adentro, en sorbos breves.

¿Cómo va todo, Facundo? —por fin dijo Pablo. Y cómo quieres que vaya, viejo...

A Pablo no le hicieron falta más explicaciones que los ojos de Facundo mirando de reojo a los policías de civil sentados en las últimas mesas mientras respondía.

Qué de tiempo, Pablo.

Supongo que lo sabes —le dijo Pablo tratando de sacarle información.

Y cómo no saberlo. Lo siento mucho por María.

¿Has sabido algo? —respondió Pablo precipitadamente, traicionando su táctica.

Mejor no hablar de esas cosas aquí.

Ni en ninguna parte, Pablito.

El camarero lo miró como quien mira al ser más ingenuo de la tierra y cambió la conversación a su manera, limpiando con un trapo húmedo la superficie de esa barra más que limpia.

Pablo arrugó la cara con un gesto de placer a causa de ese primer ron después de tanto tiempo. Se sintió de nuevo en su cuerpo.

Casi inmediatamente Facundo lo vio caer en esa práctica usual que desde hacía ya tiempo estaba contagiando a todo Pueblo. Al inició el camarero no quiso creerlo, y delante del murmullo de Pablo trató de acercársele para preguntarle si deseas algo, Pablito. Pero Pablo ni siquiera lo miró. Su rostro estaba completamente girado hacia la derecha. Él estaba conversando con alguien que Facundo no veía.

Pablito, Pablo, Pablito —le dijo el camarero con mucha tristeza.

Pero Pablo no respondía.

Pablo.

Facundo supo de qué se trataba y no insistió más. Para justificarse por el comportamiento de Pablo pensó que, en su caso, había sido el trago de ron, aunque bien sabía que nada tenía que ver. Entonces lo dejó solo con su conversación que, por lo que él veía, parecía importante.

El camarero ya antes se había topado con situaciones como esas, sobre todo en ese café donde la gente solía darse cita con nadie. Al inicio no sabía muy bien qué actitud adoptar por creer que se trataba de efectos no deseados de ese bendito ron tan fuerte. Pero el tiempo y la realidad afuera de El Faquir destruyeron lentamente su hipótesis. No tardó en descubrir en las plazas, las playas, los mercados y las calles a gente que, como Pablo ahora,

murmuraba frases incomprensibles para un observador cualquiera. Pablo, ¿deseas algo más?

Delante de todos esos casos él había optado por dar largas al asunto y no tratar de darle a todo eso una explicación plausible, ni mucho menos interrumpir a esa gente que parecía tan contenta con esas extrañas compañías. Pablo, ya que no me respondes, opto por servirte otro traguito. Pero ver a Pablo en esa situación, después de haber vivido lo que vivió, le apretaba todavía más el nudo en la garganta a Facundo, Pablito Pablo Pablito, y trataba de desconcentrar al marinero de su murmullo con este otro traguito que te traigo.

En muchas ocasiones Facundo se había visto en la necesidad de aconsejar a gente como Pablo realizar esas extrañas conversaciones en la iglesia. Ahí nadie se daría cuenta de nada y el gesto pasaría desapercibido. Mucha gente en Pueblo lo escuchó y, hasta el difunto Padrecito, que en paz descanse, estaba muerto de la alegría al comprobar el número de fieles que vienen todos los días gracias a ti, Facundo. Aunque bien sabía el Padrecito que nada tenía que ver Dios en todo esto, pues una vez comenzó solemnemente su misa con la iglesia llena y no pudo creer en sus ojos al ver que la gente seguía impertérrita en su murmullo.

Pablo, nojoda, Pablo.

Y la cachetada histérica que Facundo le dio al marinero fue tan sonora que, más que el golpe, fue su sonido seco que hizo volver a Pablo a la cotidianidad de ese café.

Disculpa, Pablito.

¿De qué?

De nada, viejo.

* * *

Facundo salió temprano esa mañana. Los gritos del vendedor de periódicos lo despertaban cada mañana, aunque a él no le interesasen esas noticias del régimen.

Se lavó con poca agua, pues la detestaba más que un gato. Tomó su café. Saludó a su perico y salió silencioso, como cada día, para no ser notado por nadie, es decir, para no tener problemas en Pueblo.

Cerca del puerto vio, con la semblanza de una alucinación, la silueta de Pabloelmarinero. No lo podía creer y por eso se frotó los ojos. Pablito Pablo Pablito. Si tomaba la próxima a la derecha seguramente lo encontraría en la calle Colón. Cruzó entonces a la izquierda con un gesto caótico que puso a la vista de sí mismo todo su temor: Pablo, ahí vivo, después de todo este tiempo le había revelado la inminencia de su cobardía durante todos estos años al persistir en su versión de que él no amistaba con ningún Pablo ni ninguna María. Relación exclusivamente de clientela, señor comisario.

Se dio cuenta de que cruzando a la izquierda, no solamente se alejaría de su lugar de trabajo, el café El Faquir, sino que también se vería obligado a cruzarse con eso que muchos habían bautizado Plaza de los Locos, lugar que hacía todo lo posible por no frecuentar.

Pasó por esa plaza con un paso rápido tratando de no mirar a esa gente que, a pesar de su nerviosa presencia, ni siquiera lo notaron. Estaban todos en el letargo de sus murmullos. Sus conversaciones matinales eran ciertamente más importantes que el paso del mesonero de El Faquir.

Aunque no fuese esa su intención, Facundo se quedó como hipnotizado delante de un anciano caminando de la mano con alguien que él, a pesar de sus esfuerzos, no lograba ver. Se frotó de nuevo los ojos. Era el viudo Felipe, un abogado con cierta reputación. Estaba absorbido por una conversación que seguramente era de fútbol. Todos conocían los gritos con los que otrora terminaban las discusiones de fútbol con su difunta esposa, fanática del equipo históricamente contrincante del suyo. Ahora Facundo no podía dejar de ver cómo, de pronto, Felipe se exaltaba y comenzaba a levantar la voz y a mimar jugadas de delanteros inexistentes y porteros goleados. Cada mañana ese hombre se mostraba a Pueblo con el mismo espectáculo, aunque nadie en esa plaza parecía prestarle atención. La excepción era Facundo que estaba boquiabierto delante de la presencia estrambótica de Felipe. Pablito Pablo Pablito. ¡Gol! Le gritaba Felipe a su mujer ¡Gol, golazo! Y saltaba y se arrodillaba como si tuviera quince años.

Facundo miró el reloj y la hora lo hizo volver en sí. Pensó en su retraso y de nuevo en esa aparición fantasmal de Pabloelmarinero de quien bien sabía que no podía aparecer por Pueblo. Acaso yo también me estaré metiendo a loco:

No puede ser él —se dijo a sí mismo.

Buenos días, Facundo.

Silencio.

¿Cómo está don Felipe?

Pero del viudo Felipe no hubo respuesta pues, otra vez, estaba exponiendo razones, goles y jugadas a favor de la superioridad de su querido equipo. Facundo se sintió más tranquilo porque la simple voz de esa rara gente rara le causaba un gran temor. Muy en el fondo él escondía la sospecha de que acaso eso se pegara. Aunque no le faltaba lucidez para darse cuenta de que su intuición era descabellada. Se despejaron sus pensamientos y de pronto se sintió nuevamente cobarde. Pablo Pablito Pablo. Aceleró el paso y vio sin ver a cuatro niños haciendo una rueda con sus manos en esa plaza. Se tomaban entre ellos de las manos y giraban giraban giraban cantando canciones, y era tanto el nerviosismo de Facundo que no vio, o acaso no quiso ver, que en esa rueda hecha de manos y miradas infantiles había un hueco demasiado evidente que no estaba llenado por ningún niño perceptible. Las dos extremidades del círculo no se tocaban entre sí. Pero eso no impedía que los niños ubicados en cada extremidad tomaran con fuerza la mano de nadie, manteniendo el equilibrio de un círculo perfecto. Las cinco madres de esos niños estaban cerca en una banca hablando de cosas sin importancia y, cuando llegó la hora de irse, llamaron a sus niños por sus nombres. Los cuatro niños corrieron despavoridos abalanzándose sobre los cuerpos tibios de sus madres quienes los tomaron por las manos dividiéndose entre adioses, hasta mañana, querida. La imagen de una de ellas se perdió en una de las vías que daba al centro: su brazo estaba extendido y su mano abierta, como si caminara tomada de la mano de alguien.

* * *

Facundo ya estaba casi por llegar a El Faquir con esos niños jugando a la rueda en su memoria y la preocupación por el retraso colosal de esa extraña mañana.

Entró al café y ahí estaba ella. El aire en ese lugar era espeso por el humo de todos esos clientes que ya habían repleto la sala. Se le había olvidado: hoy era día de concierto y la gente llegó temprano para reservarse una silla.

Al inicio Mariádelosángeles se había negado a hacer esos conciertos en ese café, pero la falta de dinero era más fuerte y terminó por escuchar las súplicas del dueño del lugar, amigo de su padre, y los consejos del camarero, amigo de su Pablo. Tocar en esa sala espesa le permitía reunir dinero para pagar los hoteles que compartía con su marinero querido y pobre. Australias, rinocerontes, nubes y dragones.

Facundo recuerda esos días como días de poca propina, visto que todas eran dadas a esa joven tan linda de nombre tan largo que tocaba sin mirar otra cosa que a ese Pablo sentado en la barra, a la izquierda de la minúscula tarima, con un ron delante de él y el rostro completamente girado hacia la derecha para poder mirarla y murmurarle cosas durante el concierto. De hecho, Facundo ese día había tratado en varias ocasiones de iniciar una conversación con Pablo, pero era inútil. Él estaba en otro mundo murmurando incomprensibles palabras.

El primer set había terminado y, después de una improvisación de Around Midnight, María se dirigió con el paso y el peso de una gata hacia la barra. Sus ojos se fueron acercando a los ojos de Pablo, cerca tan cerca los ojos de Pablo y María, que bien alguien podría haber pensado que jugaban a los cíclopes, pues llegaron a estar tan próximos, que lo único que veía el uno del otro era un inmenso ojo inmenso.

Buenas noches, marinero despeinado. ¿Qué te pareció?

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo más aún.

Gracias por venir. Para mí hoy es un día importante.

María, no me digas que todavía sigues con tu plan para mañana. Por supuesto.

Y, ¿te decidiste a decirme de qué se trata?

Por supuesto que no.

¿Pasamos la noche juntos?

Por supuesto que sí. Pero mañana me despierto antes que los gallos.

Voy contigo, María.

¿Dónde?

Adonde sea.

Lo de mañana es personal.

Pero me dijiste que todos te escucharán.

De eso se trata. Me escucharán a mí. Más nadie tiene que estar: yo y mi saxo.

En ese instante Facundo se dirigió a Pablo sin recibir respuesta: Pablito Pablo Pablito.

Facundo supo de qué se trataba y no insistió más. Para justificarse por el comportamiento de Pablo pensó que, en su caso, había sido el trago de ron, aunque bien sabía que nada tenía que ver. Entonces lo dejó solo con su conversación que, por lo que él veía, parecía importante.

Al día siguiente Pabloelmarinero dormía tan profundamente que no se dio cuenta del momento aquel, antes de que los gallos cantaran, en el que Maríade-

losángeles despertó como quien se despierta de un sueño bello, vistió la desnudez en que la había dejado él, se miró al espejo y temió al ver sus ojos delirantes, tomó su saxo todavía frío de un frío nocturno y, sin lavarse la boca, se dirigió hacia el cañaveral donde pocos minutos más tarde despertaría a todo Pueblo, calle por calle, animales, altos funcionarios, presos, estatuas, a Pablo, e incluso a Gobernador quien, enfurecido por la envergadura de la melodía, despertaría a su vez a Secretario, a la madre de este, a las dos turistas, y a Prisionero.

Pablo, ya que no me respondes, opto por servirte otro traguito — afirmó Facundo.

Ese marinero descubrió su cama vacía y con olor a saxo porque ya la melodía de Mariádelosángeles, allá en el cañaveral, había penetrado por entre las ventanas de ese hotel de techo de Australias. Al contacto con la melodía, Pablo se sintió libre de una libertad que lo liberaba, antes que todo, de esa pesadilla que acababa de tener en la cual él la palpaba a ella y ella a él en la penumbra del sótano de ese Castillo. El marinero se despertó como acariciado por María con esa melodía de Monk cual libélula posada sobre su sien. Pero en lugar de Mariádelosángeles él solo descubrió un mapa indescifrable de altiplanos en esa sábana que le indicaba caminos sin ti.

Pablo, nojoda, Pablo.

Facundo decidió contra su propia decisión despertarlo de su conversación con nadie en esa barra triste, y así lo hizo con una cachetada que sacó a Pablo de su plática con Mariádelosángeles.

Lo de mañana es personal.

Pero me dijiste que todos te escucharán.

Y la cachetada histérica que Facundo le dio al marinero fue tan sonora que, más que el golpe, fue su sonido seco el que hizo volver a Pablo a la cotidianidad de ese café.

Disculpa, Pablito.

¿De qué?

Después de dejar la Plaza de los Locos, Facundo aceleró el paso en un gesto que parecía estar motivado por la preocupación de llegar tarde a El Faquir, aunque lo que en realidad lo perturbaba era la imagen repentina de Pablo y la intuición de que, ese mismo día, el marinero habría de visitar el café sin más motivo que la búsqueda afanada de una normalidad que le habían quitado desde hacía tiempo: su Mariádemidesespero. Facundo apenas había llegado a El Faquir y, llevado por su retraso y por la gran cantidad de

gente que había ese día, tuvo que acelerar cada una de sus acciones cotidianas: preparar muchos cafés, exprimir naranjas, bajar las sillas de las mesas, repartir cuentas, encender el radio con las noticias del día, servir cafés con leche, firmar las entregas del día, exprimir noticias, preparar las sillas de las mesas, firmar naranjas, encender cuentas, bajar radios, repartir entregas, y fue así, de pronto, que se vio a Pablo, enorme, abriendo la puerta de El Faquir. Pablo miró los ojos de pánico de Facundo quien se le adelantó con unos brazos abiertos que delataban todo su miedo:

¡Qué sorpresa Pablito! Un ron bien cargado para este marinero que regresó del más allá —dijo Facundo mientras llenaba un vaso minúsculo de ese ron añejo bien marrón de las grandes ocasiones.

¿Te recuerdas al menos cómo se toma el buen ron, Pablito? Te lo dejas en la boca reposar un poco hasta que sientas estrellitas en la lengua y después, lentamente para adentro, en sorbos breves.

¿A qué hora inicia el concierto, Facundo?

¿De qué concierto hablas?

* * *

Hace años que aquí no hay más conciertos, marinero.

Y un saxo reventó al otro lado de la sala. Around Midnight. Pablo miró a Mariádelosángeles desde lejos. Vio como sus ojos soplaban cada nota en el espíritu de él. De hecho, ella estaba tocando solo para él, aunque los presentes no lo supieran y continuaran donándole más y más propinas que habrían de pagar todas esas australianas, rinocerontes, nubes y dragones. Los dedos de ella comenzaron un solo de notas rápidas que inició en la parte superior del saxofón y fue bajando hasta las últimas de las teclas de ese tobogán o cuello que era su saxo y, una vez ahí, el viento de sus pulmones fue huracán, y un sonido menor quedó rondando por entre las propinas y los cafés, pero ya ese saxo se le había quedado corto a María, fue entonces que ella superó los límites de su instrumento y todos la vieron seguir apretando teclas más abajo de la última de las teclas de su saxo, y cada objeto de ese café comenzó a sonar al contacto con los dedos de ella, su solo, de hecho, no había terminado, y de tecla en tecla, de silla en mesa, de café en café y de cerveza en cerveza, Mariádelosángeles llegó hasta la última tecla de esa noche, Pablo el marinero, y lo tocó desde la punta de sus zapatos hasta el último de sus recuerdos y, es verdad, comentó Facundo al otro día, del cuerpo

de ese marinero salía música, y no fue hasta cuando los cíclopes se miraron bien de cerca que el sonido cesó. Un beso en si bemol marcó el final del concierto.

Pablo arrugó la cara con un gesto de placer a causa de ese primer ron después de tanto tiempo. Se sintió de nuevo en su cuerpo.

Buenas noches, marinero despeinado. ¿Qué te pareció?

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo más aún.

Gracias por venir. Para mí hoy es un día importante.

María, no me digas que todavía sigues con tu plan para mañana.

Marinero, no repitas siempre las mismas preguntas.

No me des entonces siempre las mismas respuestas.

En el fondo, Pablo escuchaba la voz de Facundo quejándose de esa muchacha que más vale que no la hubiera invitado pues me está dejando sin propina. María, que escuchó la queja del camarero mientras contaba el dinero de las propinas, sonrió con esos ojos de alucinada con los que los Gorilas, la mañana siguiente, la encontrarían en el cañaveral. Metió en un bolsillo lo del hotel y en el otro lo que habría de dejarle al otro día a Pablo debajo de la almohada.

La voz de Facundo se escuchó una vez más.

Y cómo no va a ganar tanto dinero, si yo había dicho que la muchacha tocaba saxo y resulta que terminó tocando sillas y mesas y cafés y cervezas y hasta al mismo marinero que, alto y fuerte como es, sonaba como un piano de cola.

Has bebido mucho, Facundo —le reclamó un mesonero joven que nada tenía que ver con el pasado y que incluso, delante de la llegada de Pablo después de tanto tiempo a El Faquir, le había preguntado a Facundo:

¿Quién es ese barbudo?

Un barbudo que acaba de salir del Castillo —se limitó a responderle Facundo.

¿Y qué hizo?

Apenas lo conozco. Además, jovencito, la curiosidad es un vicio en esta profesión.

Hasta Facundo se puso a hablar solo en este pueblo —se dijo el joven mesonero a sí mismo y, pasándole por un lado a Pablo el barbudo lo escuchó susurrando:

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo aún más.

¿Por qué nunca tomaste el dinero que te dejé debajo de la cama? —le murmuró María.

Porque aquella mañana salí a buscarte despavorido detrás del sonido del saxo allá en el cañaveral.

Entonces siempre supiste que el dinero estaba ahí.

Me lo dijiste cientos de veces en tu delirio allá en la humedad del Castillo.

Saliste antes que yo de ese infierno, María. Me salieron, Pablo.

La voz de Facundo resonó en los oídos de todos:

Si yo había dicho que la muchacha tocaba saxo y resulta que terminó tocando sillas y mesas y cafés y cervezas y hasta al mismo marinero.

¿Hasta cuándo va a repetir la misma historia?

Hasta que alguien me explique cómo hace esa joven para hacer sonar las cosas de este café como si fueran saxofones —respondió Facundo como borracho.

Y de nuevo revivió aquella imagen en su mente. La vio dejando ese minúsculo palco para abalanzarse sobre un público que se frotaba los ojos para ver para creer que ella estaba abandonando con sus dedos la superficie del saxo para pasar a esa otra superficie que es el mundo, convertido ahora en un saxo de cafés agudos y cervezas barítonos y sillas y ceniceros contraltos con los que ella ahora terminaba esa medianoche de Monk. Había recorrido ya algunos metros, los cíclopes se estaban casi rozando, y las propinas caían una detrás de la otra. La avalancha continuaba y todos vimos a María montada en una mesa, tocando el motivo de Midnight en la lámpara central de ese enorme instrumento en el cual se había convertido El Faquir. Fue entonces que los cíclopes, en un beso, se volvieron un único ojo. Todos se quedaron atónitos delante de ese precioso cíclope precioso en el que se había convertido el beso de María y Pabloelmarinero.

Buenas noches, marinero despeinado. ¿Qué te pareció?

El motivo de Midnight sublime. Tus labios soplándolo aún más.

Esa respuesta suya no se cansaba de repetirse en la memoria de Pablo, quizás a causa de ese trago bien cargado que le había servido Facundo al marinero que había llegado del más allá. De hecho, Pablo tomó muchos otros tragos como ese, tratando de revivir esa primera sensación que había sentido al beberlo, después de tanto tiempo. Pero no se sintió más en su cuerpo durante esa noche. Ahora Pablo era puro recuerdo. Pidió un permiso para ir al baño que nadie escuchó y se dirigió hasta allí con absoluta discreción. Abrió la puerta y se sorprendió: percibió un olor a limpio que nada tenía que ver con el olor a mierda del Castillo.

¿Quién es ese, camarada? —se dijo a sí mismo mirándose en el espejo.

Pero la imagen se quedó taciturna imitando, acaso, el rostro taciturno de Pablo.

¿Cómo te ves? —le dijo el sastre militar colocado de frente a él con un espejo largo, casi del tamaño del marinero, en sus manos.

Bien, ¿verdad?

Pablo se sintió uno de ellos con esa ropa puesta y ese olor a limpieza. Pero pensó que haberse negado a colocársela no hubiera servido de nada. A lo sumo se hubiera ganado una de esas estúpidas cachetadas que ya ni siquiera le dolían. Se hubiera quedado cacheteado y vestido, así como estaba, de escolar. En ese instante sintió unas cachetadas fuertes como un tubazo o una descarga eléctrica de parte de ese gorila bruto. Trató de responder, pero apenas si podía moverse. Intentó mirarse en el espejo, pero lo único que vio de frente a él fue a Facundo y a ese camarero joven del otro lado de la barra. Facundo le pidió unas disculpas que Pablo sinceramente no entendió.

Fuera del baño de ese café con tanto humo lo esperaba una militar quemada por el sol y con un uniforme que vestía con una coquetería sin par. Ella, al verlo salir del baño de El Faquir sin sus vestidos de mendigo, levantó las cejas en señal de estupor por el cambio repentino. Pablo le repitió su pregunta:

¿Cuándo termina toda esta farsa?

¿Qué farsa? —no tardó en preguntarle Facundo, ahora más enervado que preocupado:

Pablito Pablo Pablito.

Y la cachetada histórica que Facundo le dio al marinero fue tan sonora que, más que el golpe, fue su sonido seco lo que hizo volver a Pablo a la cotidianidad de ese café. Pablo trató de responder pero apenas si podía moverse. Vio desde el fondo de su tristeza por Mariádemividadóndeestásquenoteencuentro a ese gorila, el más bruto de todos, frotarse la palma de la mano en señal de satisfacción por el castigo dado. Mas la satisfacción duró poco pues las cachetadas en nada modificaron la atención que Pabloelprisionero le daba a la pared de ese sótano, ahí de frente a él.

Pareciera que estuviera viendo a la virgen —dijo uno de los Gorilas, tratando de descifrar en la pared algo que le hiciera pensar a su infinita fe que ahí, de alguna manera, estaba la virgen.

Pero lo único que vio ese gorila fueron australianas, rinocerontes, nubes y dragones que confundió estúpidamente con manchas de humedad en la pared. Pablo miró esas manchas como si intuyera que era la última vez que en ese Castillo miraría esas formas que me mantuvieron con vida, Mariádemimemoria, que te busco y no te encuentro por entre las escaleras que dan a la

iglesia en donde me dijiste, ahí estaré, en cada uno de sus escalones estuve con el oído pegado a ver si tu corazón latía escondido detrás de esas rocas y no estabas, y ni los niños, ni las viejas sentadas en la acera esperando la muerte, me supieron dar noticias tuyas, Mariádemitormentomío. Lentamente las australianas, los rinocerontes, las nubes y dragones se fueron desapareciendo de su ángulo de visión porque esos Gorilas esos lo tomaron por sus brazos y lo arrastraron por los corredores oscuros de ese sótano. En ese momento, apenas si sintió los golpes de su cuerpo arrastrado. Pero a distancia de varios días el efecto de esos maltratos se fue presentando paulatinamente y hoy, en esa barra de El Faquir, no podía estar más de dos minutos sentado en esa silla alta sin sentir fuertes dolores. Por ello bebía sus rones secos y de pie.

* * *

Pablo la siguió buscando día a día y, de tanto buscarla, fue a parar a Cementerio. Ese lugar tan temido en el que ni siquiera los muertos quieren ser enterrados por miedo a los espantos; ese que aparece en las cartas de herencia como la única petición del difunto, si les da la gana me dejan sin sepultura, pero ahí no me entierren; lugar donde ni siquiera los Gorilas amenazados de desobediencia patria entran porque.

Pabloelmarinero llegó ahí con sus preguntas más suyas, ella es así, sus cabellos son, sus manos, el color de sus ojos es, carga siempre un saxo. Pero apenas terminó el bombardeo de interrogantes se dio cuenta de que le estaba hablando a un virrey de los tiempos de la colonia y a un abogado con un sombrero de ala ancha de hace cien años. Los dos de mármol. Ahora sí que me jodí, estoy hablando con estatuas.

¿Cómo no conocerla? Usted está buscando a esa tal María. La única respuesta que Pablo pudo darle a esa estatua fue un frotarse de ojos y una huida improvisada de ese Cementerio. Pero ello no le impidió continuar visitando el lugar pues, de tanto haberle preguntado a todo Pueblo por el paradero de su Mariádemitrsteza, ya nadie le escuchaba ni siquiera las preguntas. En Pueblo ninguno intuía que la desolación de Pablo había tomado proporciones tales que, ahora, más que esperar respuestas, lo único que él buscaba era que la gente escuchara sus preguntas. Y esas estatuas lo escuchaban con toda la disponibilidad, el silencio y la paciencia del mundo. No fue hasta la enésima de esas visitas que esas estatuas se le presentaron como lo que eran. Pablo es-

cuchó durante semanas sus historias que, de ser tantas y tan parecidas a la suya, lo dejaron petrificado cual estatua.

Ahora que lo pensaba, era verdad. Barrios enteros habían desaparecido de Pueblo con una lentitud de gusano y una paciencia de hormiga. Nadie lo había percibido. Ni siquiera los encargados del censo notaron que algo de extraño había en todo eso, en mujeres embarazadas que parían a ninguno, en quinceañeras que morían de vejez, en recién casados que se iban de luna de miel al carajo. Al final de las historias de esas estatuas Pablo se dio una palmadita en la frente, claro.

* * *

Ellos solían hablarse durante los conciertos de María. Cada uno como podía y con su lenguaje propio. Solo de esa manera mantenían sus secretos en ese pueblo tan vigilado. Cualquier gesto, mirada, hasta un estornudo, escondía una frase.

¿No se puede posponer lo de mañana? —le preguntó Pablo a María con las arruguitas de su frente.

¿Por qué, marinero mío? —respondió ella con un do hondo.

Porque me parece que vas a hacer una tontería peligrosa, una peligrosa tontería —acotó él a través de su modo de gustar el ron que estaba en su boca.

El peligro, ese fardeau.

* * *

Los jazzistas mueren jóvenes. Máximo hasta los cuarenta —le dijo María en broma con un allegro.

Los marineros se mueren viejos, por eso se ponen a pescar peces enormes para ver quién mata a quién.

Tú vivirás muchos años, marinero.

Por no haber naufragado cuando me convenía. Uno no naufraga cuando quiere.

Como se ve que sufres de mal de mar, mujer.

Pablo tomó aire, profundamente, pensando en la próxima frase. Aunque, en el fondo, para él la conversación estaba bien así. Pero ella lo miraba como esperando más palabras.

Pablo escuchaba el saxo de ella improvisando. Los ojos de ella eran tan redondos. Parecían dos lunas llenas de amor.

Yo sé que en el fondo tienes miedo —por fin acotó el marinero.

¿De qué? De mañana.

Las últimas notas que habían llegado a los oídos de Pablo le clarificaron apenas las intenciones de ella, la mujer más suicida que había conocido. Tenía que ser entonces concreto y terminar por convencerla con el lenguaje efectivo de su mirada. Pero antes de que él pudiera decirle algo, ya María se le había adelantado con un agudo de cuatro tiempos en el que le decía:

No te preocupes, marinero. Todo va a salir bien.

Y dicho esto, comenzó un solo que Pablo no pudo dejar de escuchar y entender. En él le dijo todo lo que una mujer-madre le podía decir a su hombre-hijo para hacerlo dormir en paz. Al menos por esa última noche.

Facundo le sirvió otro roncito a ese barbudo que había regresado del más allá sin prestarle más atención a ese juego de preguntas al que ahora él jugaba con nadie:

Si te pidieran un deseo, María, ¿qué efecto desearías que tu música creara en Pueblo?

Que un amigo sin dinero, de esos nuestros, escuche las blancas notas de una balada salida de mi saxo y que, al revisarse su bolsillo, encuentre con qué pasar la noche brindando en Rue de Paradis.

¿No crees que es verdad lo que se dice de tu música, música?

Se dicen y se decían tantas cosas entonces, marinero.

Se dice que quien te escucha tocar se libera. Mala fe, Pablito.

Terminada esa frase que afirmó a través de un lúcido blues, Mariádelos-ángeles se bajó de su saxo como de un potro. Lentamente se fue acercando a Pablo, allá en la barra, a través de los objetos de ese café que ahora iban sonando al contacto con sus dedos. Las propinas caían como las cosas en un huracán. Facundo dentro de poco diría su frase, Siyohabíadichoquelamuchachatocabasaxoyresultaque. Sus ojos casi se estaban tocando, Mariásaxodelsexomío-quetemeacercassinmás, los cíclopes ya casi estaban por tocarse, los cíclopes se tocaron, y por fin se miraron así, frente a frente, y las dos lunas de Pueblo fueron una durante esa última noche de hotel en la que australianas, rinocerontes, nubes y dragones no se veían porque el único ojo único de los cíclopes fue utilizado para verse uno al otro, por última vez, libres. Tú, Mariádemihuida, que me dejaste tirado con monedas debajo de la almohada y me despertaste en la

mañana con esa melodía cuando ya es demasiado tarde, marinero, me dijeron las viejitas de Pueblo, meciéndose tranquilamente como si tú estuvieras.

¿Tarde para qué? ¿Por qué me dicen esto? —insistió Pablo delante de esas viejitas irónicas.

Es mejor que se vaya a su casa, joven, y que deje de soñar con esa muchacha.

Otra de las viejitas agregó:

Y afeítese. O acaso usted no sabe que la barba hace soñar.

Como el color rojo —agregó su vecina, la de enfrente.

¿Como el color rojo? —repitió Facundo, todavía más preocupado, delante del desvarío de Pablo el barbudo en ese café.

Pablo se quedó callado. Sus ganas de conversar se habían disipado y ahora solo quería concentrarse, con toda la voluntad que le quedaba, en esa María-delosángeles que pronto se subiría a la tarima minúscula de El Faquir para por fin comenzar su concierto. Trataba de recordar la última vez que la había visto pero su memoria no le respondía a su voluntad.

¿Cómo va todo, Facundo? —por fin dijo Pablo.

Y cómo quieres que vaya, viejo...

A Pablo no le hizo falta más explicaciones que los ojos de Facundo mirando de reojo a los policías de civil sentados en las últimas mesas mientras respondía.

Pablo se concentró en la realidad de El Faquir, y se percató, por fin, de que María no estaba ahí. Miró el reloj para comprobar su retraso mientras se acariciaba su larga barba de errante. Horas más tarde, hablando con las viejitas en sus mecedoras, habría de pensar en los extraños ojos de Facundo delante de su entrada a El Faquir. Tampoco ese día María había llegado a tiempo a ese café. Tampoco ese día María llegó. La memoria de Pablo se quedó trabada y ya no lograba recordar si la última vez que la vio había sido saliendo arrastrada de su celda en plena madrugada. En el fondo siempre se dijo a sí mismo que él era el culpable y ella una cómplice enamorada.

De pronto su memoria explotó y el resultado fue un reguero de recuerdos dispersos por todo El Faquir. Los ojos de María eran bellos antes de que esos Gorilas la agarraran por la fuerza y se la llevaran. Se recordó de las australias y lo demás. Imaginó todo eso y lo volvió abstracción: con un poco de imaginación, que no le faltaba, todo eso eran sus ojos, los de María, luna llena de amor, ciclopes en plena marcha que se tocan.

Prisionero

Primera página. Todavía no ha pasado nada. El lector cree que está leyendo y sigue leyendo como si nada fuera. Los sujetos y adjetivos comienzan a florecer sin preaviso ni intención alguna. Un hilo imperceptible se comienza a sugerir, pero no es nada: una historia que comienza a tomar forma. Segunda página. Por segunda vez se repite el nombre de uno de los protagonistas. El lector se siente ya casi en su morada. Sin darse cuenta pasa de un ambiente al otro como quien pasa de una recámara a la otra. La estructura del ambiente general toma pie: el espacio comienza a existir. Novena página. Las formas verbales, sus utilizaciones, las posiciones de los verbos en la frase, dan pie a que la magia del tiempo surja. El espacio-tiempo se ve desde lejos. Los verbos son ventanas grandes y abiertas desde donde la memoria se erige y con ella el recuerdo de todos esos que no están, del que se fue, de quien no volvió. Los verbos en pasado son los progenitores de la melancolía. Página catorce. Como de la nada aparece alguien vestido de azul marino con unos collares de un blancor opaco y fumando, alguien que, sin querer, o tal vez queriendo, miró hacia delante: el futuro. En el relato algo nuevo apareció. En medio del calor insoportable del pasado una ráfaga fresca entró por entre las ventanas grandes y abiertas. Unvestidoazulmarino. Unoscollaresdeunblancoropaco. Los personajes comienzan a vestirse. Son seres colorados ahora: cabello rojo, ojos azules, manos breves. Se mueven en un presente continuo, es decir, un pasado y un futuro que conviven en el ahora. Página veinte. Alguien dice algo. Se escucha una voz y, lo que es peor, se escucha otra. El lector, ya dentro de la historia, ingenuamente se convierte en el espión de una conversación que escucha con un interés arduo. Todas las otras páginas no son más que una repetición novedosa del mismo esquema. Al menos que el escritor de todos esos códigos luminosos, de esos garabatos codificables llamados literatura, sea Prisionero. Él, a través de una manipulación sin igual de puntos, comas, punto y comas, comillas, y otros signos de puntuación crea en el pueblo efec-

tos que, después de un poco, se vuelven la clara demostración de que su presencia es más tangible que la de cualquier otro ciudadano libre.

Página uno. Los lectores comienzan una lectura diáfana, sencilla. La historia desde el inicio se les propone como una catarata incontenible de la que no pueden salir. Todos los personajes con sus olores, alientos y situaciones se les vuelcan encima formando un reguero sobrenatural y a la vez empírico. Los lectores de tanto en tanto se ven obligados a levantar su vista de la hoja para percatarse de que el personaje que están leyendo se encuentra en la esquina siguiente, que el mar sombrío de olas gigantes termina apenas en sus pies, que los ruidos imperceptibles de una naturaleza campestre se escuchan ahí, en el monótono Pueblo desde donde está leyendo. El mundo se bifurca entonces y charcos de imágenes, diálogos, párrafos, quedan tirados por aquí y por allá, y el lector sumiso debe saltarlos por todo Pueblo, por entrecalles, pasadizos minúsculos, enredaderas inmóviles y tejados color naranja, debe saltarlos como si fueran el precio que hay que pagar por leer la ilusión real de Prisionero. Pueblo se convierte a partir de ese momento en un pizarrón grande como la naturaleza, lejos y ancho como el cielo alto allá arriba y móvil como ese mar brillante que se mueve hasta de noche como un monstruo bello y majestuoso, pero a la vez tímido, observador. Cada cosa refleja las líneas de Prisionero, el mundo se recrea nuevamente, a partir de la nada surge y vuelve a surgir: las mujeres se desdobl原因 en otras mujeres; los ojos de los adolescentes fornidos reflejan a otros adolescentes que ellos miran y que, al fin y al cabo, son ellos mismos; las piernas de esas bellas mulatas transpiradas se vuelven brillantes, olorosas, de un olor que sabe a plátano y yuca, a mango y caña; un aire intenso, caluroso y sabroso, se apropia del contexto primaveral y lleva el olor de las mulatas hasta el olfato de los hombres cansados de allá abajo, deteniendo la tarea ardua del día a día de cosecha y plantación, y destruyendo el silencio obligado; entonces sus ojos miran el Palacio de Gobernador como algo del más allá, un espejismo remoto. Todo se detiene. El contexto se separa de su propia esencia, de lo que es. Pueblo se vuelve un pedazo de la imaginación de Prisionero y el hechizo de su escritura se extiende, deteniéndose justo delante de las rejas de oro forjado de la alcoba despampanante de Gobernador. La magia de esa lectura intensa no lo toca y no es para menos: él no lee. No sabe. Inmediatamente los olores se confunden, los sabores, y el sudor de todos se transforma en un sudor común, un inmenso mar de olas frágiles y reflejos celestes en el cual todos se bañan al mismo tiempo, en el mismo instante, todos

menos Gobernador; un sudor hermoso, refrescante, uno solo para todos; una confusión políglota de cansancios cotidianos, piernas mulatas, miradas adolescentes, espejismos deslumbrantes; una orgía literaria que hace más libres a los mortales, esos pueblerinos callados que temen los ruidos extraños de Cementerio, los edictos burocráticos y hasta los amores furtivos. Todo vuelve a ser entonces lo que es: un imperio de luz cegadora y olor a sal, un lugar lleno de largas palmas de coco y alas de pelícanos, garzas y gaviotas, abanicos naturales movidos incesantemente por un viento que día y noche se venga del peinado de Gobernador. Todo se transforma en lo que realmente es: una sensualidad generalizada en donde un saludo o un intercambio de miradas puede ser el presagio de un desastre de cuerpos pedregosos revolviendo arena, sal y agua, y creando mapas inéditos sobre la arena de las costas sin nombre de por esos lares. Página uno de Prisionero. Página dos y tres y ya la costa no da abasto para tantos gritos locos, tantos llantos rotos, tantos cuerpos felices de la existencia de la literatura de ese tal Prisionero, acaso el héroe de esta historia, el mártir que hace que las ventanas se queden abiertas, y que por entre sus bocas salgan onomatopeyas deliciosas y sordas de placer; que en el hospital los niños nazcan y nazcan y nazcan con tres ojos sin que nadie sepa por qué; que en Pueblo el viento silbe *jazz*.

Rosita, Secretario, Ella

En los días que siguieron el insomnio de Secretario tomó dimensiones extraordinarias. Él no habría sabido declarar el estatuto real de todas esas horas en la cama: estaba dormido y estaba despierto al mismo tiempo. Lo mismo se podía decir de sus sueños, los cuales se encontraban en una zona intermedia entre el recuerdo y la realidad. En la mañana se despertaba más cansado que el día anterior y lo primero que hacía era constatar que Rosita no estuviera ahí, dormida a su lado. Apenas despierto verificaba los estragos de Rosita como quien sale de un sótano después de un terremoto. Esa noche había habido muchos terremotos.

El primer desastre que constató fue el que se encontraba justo debajo de sus ojos representado por esas dos ojeras de enfermocrónico. Él, que siempre estaba fresco como una lechuga, que cansaba a todos sus colaboradores con el ritmo implacable de su trabajo, ahora, de mañana en mañana, iba decayendo de una forma demasiado evidente. Caminaba más lento que de costumbre, saludaba con media voz y, por primera vez en la historia de Pueblo, no contestaba súbitamente a los llamados de Gobernador.

¿Por qué coño salió el sol tan temprano hoy, Secretario? —gritó Gobernador desde su Palacio, esperando la llegada inmediata de Secretario.

Pero Secretario seguía pensativo, mirándose al espejo como si no fuera con él, con la afeitadora en la mano.

Rosita, hoy nada me impedirá visitarte.

Y el espejo le respondía lo mismo, con el mismo tono y hasta con la misma mala fe escondida, pues lo que estoy diciendo no me lo creo ni yo mismo.

¿Todo bien, Secretario? —le susurró la madre desde detrás de la puerta del baño con sus ojos llorosos, porque yo no te crie para enamorado, hijo mío.

Secretario no escuchó a la madre. Ahora él tenía oídos solo para Rosita y para el lenguaje de su memoria.

Y la culpa es tuya, Ella —le dijo Secretario con rencor a ese espejo.

Y prosiguió:

¿Qué es eso de estar hablando tan bien de nadie? Mamá dice que uno solo tiene que hablar bien de uno.

Pero si es todo lo contrario, Secretario. Más bien yo siempre te he dicho barbaridades de mi hermana.

Secretario pensó en esa réplica con la poca lucidez que le quedaba y, pensándolo bien, ese espejo tenía razón.

Salió bien afeitado, él que no tenía barba, y esta vez ni siquiera saludó a su madre. Ahora sí que iría directamente a enfrentar a Rosita. Justo frente a la puerta de su casa encontró panfletos que la noche antes desconocidos le habían dejado ahí. Normalmente ese género de provocación lo hacía sonreír, pues ante sus ojos era una demostración típica de libertad. Pero esta vez ni siquiera dio importancia a la existencia de esos panfletos. Les pasó por un lado como si nada fuese, abajoladictaduraenano demierda.

El camino más directo era ese que lo obligaba a pasar por la Plaza de los Locos. Ningún problema. Su racionalidad le había enseñado que nada de eso que se decía sobre esa plaza era cierto: los locos son locos porque les da la gana. Estaba ya de frente a la plaza y vio venir justo frente a él a Facundo, el camarero de El Faquir, asombrado como si hubiera visto a un fantasma, Pablito Pablo Pablito. Los ojos de ese hombre estaban fuera de sus órbitas y su caminar era exagerado. No obstante, se conocían, ninguno de los dos saludó al otro. Al pasarle por un lado, Secretario escuchó un murmullo que salía de la boca de Facundo, Pablito Pablo Pablito. Pero antes de que cualquier temor o sospecha se le cayera encima, pensó que se trataba simplemente de la plaza y sus locos. Además, qué temor podía superar ese de ir a visitar a Rosita sin tener nada que decirle.

Secretario entró por fin en esa plaza invadida por murmullos letárgicos que parecían la oración de cientos de personas a un dios lejano y sordo. Pero él, tan desconcentrado como estaba, no escuchó ninguno de esos murmullos, ni siquiera percibió los gritos sordos del viudo Felipe hablando de fútbol con su esposa.

Salió de la plaza y ahora casi podía ver la casa de Esaaquellalaausente. Se detuvo por varias horas en un árbol frondoso que se había convertido en su guarida preferida para fotografiar con su deseo el instante breve de Rosita abriendo la puerta y haciendo entrar al vendedor de turno en un gesto similar al de una ballena enorme que traga cualquier presa a su alcance. La boca se había abierto de nuevo y el último vendedor de la mañana había salido.

Cuando intentó dar el primer paso hacia Rosita, del frondoso árbol de al lado salió despavorido Gobernador con sus guantes tristes. Esta vez no le sucedería lo mismo. Se armó de paciencia y percibió desde lejos, como en una película de cine mudo, los gestos de Gobernador y de Rosita diciéndole que la señorita no está.

Por fin Gobernador se había marchado. Ya el camino estaba libre para eso que él irracionalmente sentía como una inminente entrada triunfal.

Rosita, mientras cerraba la puerta, lo vio acercarse. Pero de todas maneras cerró la boca de la ballena con malicia. Una frase se le dibujó en la cara:

Te me salvas hoy porque a esta hora ya estoy cansada.

Un suspiro salió de su boca cual punto y aparte después de la frase dicha.

Secretario no escuchó la sentencia de Rosita y siguió acercándose a la puerta con una convicción implacable. En ese momento sintió la misma seguridad que lo albergaba cuando escribía los decretos para el jefe. Y uno y dos y tres toques. La ballena abrió sin más su boca. En lo más adentro de sí mismo, Secretario había imaginado la puerta abriéndose como algo que tomaría más tiempo. Pensó que habría esperado un poco antes de que finalmente se abriera. Pero Rosita lo estaba esperando atrás de la puerta. Ella estaba ahí escuchando y midiendo sus pasos con la oreja pegada a la puerta. Secretario de cazador pasó entonces a ser la bestia cazada, pues Rosita era una cazadora natural. Secretario, sin más opciones, puso una cara de bobo que se agregaba a su habitual cara de bobo. Pero ya era muy tarde. Él ya le había gustado a Rosita.

Ella pensó en decirle, qué lo trae por aquí, cachetón, pero el espasmo que sintió en su sexo fue más fuerte que su razón y lo único que pudo hacer fue agarrarlo de un brazo con un gesto brusco pero medido. La puerta se cerró y el ámbito quedó hipnotizado con el canto de un grillo turbando tanto silencio.

Media hora después la boca de la ballena se abrió y Secretario salió con unos ojos redondos que no pestañaban por nada del mundo. Estaban a la vez asombrados y felices como los de un pez. Estaban demasiado concentrados en un recuerdo tan cercano que utilizaba el presente para narrarse a sí mismo. Ahora él la conocía de memoria, ahora estoy jodido. Él y Gobernador estaban jodidos. Dos almas en pena que a partir de ese momento vagarían juntas y sin pudor por los entornos asombrosos de esa casa que tanto los despreciaría.

Secretario había salido de ahí, por primera vez en su vida, con algo que contar. Desde pequeño siempre había buscado historias con las cuales poblar su mundo interior, carente de toda experiencia. Ahora por fin cesaría de es-

escuchar las tormentosas narraciones de la negra Ella. Tampoco habría de escuchar más los cuentos dominicales de la pseudoamiga de Rosita. Los cuentos que, más tarde recordaría, los viviría él mismo en primera persona. Más no podía pedir su mediocridad. Comenzó de inmediato.

Se contó a sí mismo lo que le acababa de pasar con esa Rosita, como mecanismo de verificación de su recuerdo. Esa Rosita, esa tal Rosita, que me jaló de pronto, clavándome en el gesto sus largas uñas pintadas de rojo, y me metió por la fuerza en esa puerta-boca-casa-ballena, en ese cuerpo suyo, en su sexo y, más Secretario se repetía esa historia, más lograba esclarecer detalles, hasta ahora pasados por alto, de lo que allá adentro había pasado. Y más agudizaba la remembranza de todo aquello, más se incrustaba en su voluntad ese imperativo que se había propuesto llevar a cabo por sobre todas las cosas: soy yo el hombre que hará cambiar de vida a Rosita. Más tarde hasta el mismísimo Gobernador quedaría sepultado debajo de los escombros de esa intención.

Secretario se dijo que Gobernador sería la primera persona a la cual él le mostraría la maravilla de su secreto suyo. Su jefe sería el primero en escuchar la descripción de lo que él vio y sintió en el interior de esa sabrosa ballena. El padre de la patria sería el número uno de la lista de personas que conocerían sus atributos de formidable narrador. Pero en más de una ocasión Secretario había desistido a la idea, fruto de sus locos celos locos por Rosita. Pensar en compartir los instantes de Rosita con alguien le parecía inconcebible.

En otras ocasiones estuvo tentado de abrirle su memoria a la negra Ella. Su virtud lo obligaba a tal gesto. Pero la cobardía que siempre lo acompañó, y que tan bien sabía camuflar, no lo dejaba. Siempre se detenía al último momento. Al parecer estaba entonces destinado al silencio, pues la tercera persona en su lista era su madre del alma. Pero, ¿habría ella aceptado semejante traición de parte del hombre de su vida? No, tampoco decírselo a su posesiva madre era una buena idea. Fue así que, sin pensarlo siquiera, un día, espontáneamente, encontró a la persona ideal. La única que podía escuchar y entender su historia. Hasta donde pudo explotó esa oportunidad única que le daba la vida y con detalles exactos, cada día, sin falta, se presentaba en la casa de Esaaquellalaau-sente y le contaba a Rosita todo lo que detrás de la puerta había ocurrido con la misma Rosita después del jalón de brazo. Los cuentos eran tan perfectos en los detalles y pormenores que en poco tiempo toda la potencialidad narrativa del hecho había terminado. Pero para evitar el peligro de la monotonía, Secretario no tardó en agregar otros particulares del hecho con los que la memoria de

Rosita no contaba. Al inicio ella pensó que eran fallas de una memoria perezosa. Pero pasado un tiempo no tardó en percatarse de que no era ella de la que Secretario hablaba, sino de otra Rosita mucho más perfecta en el amor, que albergaba la imaginación de Secretario. Se trataba de esa primera Rosita que él había imaginado a través de los cuentos de Ella y del militar que los lunes contaba lo que la pseudoamiga de Rosita le contaba los domingos.

Rosita, perspicaz como era, no tardó en robarle al azar esa oportunidad inimaginable y creó un círculo vicioso con su enano narrador: cada detalle de lo que había pasado detrás de la puerta, inventado por Secretario, Rosita lo recreaba en la realidad, al día siguiente, con ese enano sin tabúes que, en el delirio de su goce, olvidaba lo dicho el día antes, dando lo que ahora estaba pasando como la prueba irrefutable de que su tramposa memoria no se equivocaba. Rosita le retribuía del mismo modo. También ella aplicaba ese mecanismo de salón de espejos y le mentía a Secretario, dando de ella un reflejo demasiado símil a eso que Secretario quería ver de mi Rosita que ya no es como antes:

Tú me cambiaste la vida, Secretario.

¿Y qué más?

No soy la que era antes.

¿Y qué más?

Mi pasado es asqueroso.

¿Y qué más?

Eres el único, enano.

Esa última frase ponía fin al diálogo que cada mañana los dos repetían cual rito de confesión de fe de parte de esa Rosita que Secretario quería decretar santa de todo Pueblo.

Algunas veces ella exageraba y hacía meas culpas que podían durar horas, pues no me canso de decirme cuánto era pervertida en el pasado, Secretario:

No deberías ser tan dura contigo misma, Rosita.

Ese cambio radical que Rosita le hacía creer a Secretario era además una buena excusa para él que ahora se sentía menos culpable en relación con la negra Ella porque, te estoy componiendo a la oveja negra de la familia, quién otro podría haber hecho de tu hermanita eso que yo estoy logrando. Pero Ella percibía de más en más los escombros de las mentiras de Secretario en esa Rue de Paradis al ver los ojos de pésimo narrador de historias del enano traicionero.

Mientras tanto la ballena había aumentado el número de machos, llevada por las descripciones obscenas que cada mañana le narraba ese Secretario perverso.

* * *

Y fue tanto el cambio de la santa Rosita a los ojos de Secretario que cuando ella le pidió que ayudara al prójimo, él no dudó en aceptarlo.

Secretario mandó a arreglar, calle por calle, el Barrio fronterizo con el cañaveral donde vivían solo mujeres y donde, con su ayuda, señor Gobernador, vamos a auxiliar a esas muchachas. Al día siguiente Gobernador se asomó a su balcón y habló durante horas sobre la importancia de reconstruir Barrio, que Secretario me describió como un conjunto de casas de lata y calles de arena sin luz ni agua, olvidado por todos.

Los trabajos comenzaron de inmediato. La presencia de Secretario cada mediodía con su casquito de obrero era una garantía para todas ellas. Él presenció con sus propios ojos que era cierto: ahí vivían solo mujeres. Eso Secretario no lo sabía, desde pequeño su madre siempre le prohibió entrar en ese Barrio de putas, hijo.

Llevado por su desproporcionada ingenuidad, hasta el final de los trabajos, no entendió por qué los hombres se negaban rotundamente a dormir toda una noche en Barrio con esas mujeres. Sus visitas se limitaban a unas cuantas horas y, en ocasiones, incluso a pocos minutos.

Las pocas veces que, por casualidad, mencionó el nombre de Rosita en medio de una conversación con las mujeres de Barrio, quedó maravillado por la algarabía y el bochinche que se formaba. Esa muchacha en Barrio era un ser querido, idolatrado, adorado. Las muchachas, sobre todo las más jóvenes, hacían lo posible por vestirse y hasta por hablar como ella, contradiciendo la obligación impuesta por Gobernador de que todas las mujeres tienen que obedecer a las reglas estéticas dictadas por la forma de ser de Esaquellalaau-sente, el ser más aburrido del mundo para las muchachas de Barrio.

Un día Secretario llegó con un ataque de rabia a la casa donde trabajaba Rosita con la noticia de que esas muchachas de Barrio eran demasiado extrañas y liberales para sus gustos. Tal era el agradecimiento de todas esas mujeres para con Secretario que, contrariamente a las indicaciones de Rosita, se le ofrecieron en bandeja de plata:

Señor Secretario, escoja a la que quiera.

Él vio a una cincuentena de mujeres semidesnudas de todas las edades, copias mediocres de Rosita en los atuendos y las maneras, y lo único que eso le despertó fue una incertidumbre por cómo le contaré todo esto a Rositala-moralista.

Rosita casi se muere de la risa y solo logró decirle a Secretario con un falso tono serio que continuara con su labor tan humana para con esas mujeres y, contra viento y marea, Secretario con unas ganas todavía más fuertes, continuó colocando él mismo bombillos, pasando cables por arriba de las casas, implantando servicio de aguas negras y blancas, haciendo huecos en todas partes, contratando más y más obreros, pues el trabajo hasta ahora realizado se le presentaba solo como una premisa de todo lo que faltaba.

Incluso Gobernador estaba desconcertado con todo ese tiempo que Secretario le dedicaba a Barrio y con la poca importancia que para él tenía ahora todo el resto. Entre asfalto hirviendo y cabillas tiradas por todas partes, Secretario reflexionaba sobre las buenas nuevas que, a la mañana siguiente, le comunicaría a su Rosita y, ni siquiera las caricias de la masa de mujeres ofreciéndole cafecitos lo desconcentraban. Ellas se mantenían en tropel detrás de su autoridad, expresándole de diferentes modos todo tipo de peticiones, para mi cuartito que se le está cayendo las paredes o mi jardín que se lo comieron los cochinos o las baldosas del baño que se me caen en medio de mis duchas con los clientes.

Secretario escuchaba con una paciencia sin límites cada petición y, aquellas que le parecían más urgentes, las resolvía de inmediato llamando a varios obreros para que fueran a la casa de Jerónima, Azucena o Manantial para resolverle el problema. Pero eran tantas las peticiones y de tantas índoles que los trabajos generales no avanzaban, pues Secretario por complacer a todas, se contradecía a sí mismo a través de un montón de órdenes incompatibles entre sí que lo hacían enviar a un obrero a tres casas distintas al mismo tiempo. Además, las casas de Barrio, que antes eran idénticas en la pobreza, se comenzaron a distinguir entre sí, pues las mujeres más histriónicas y retóricas convencían a Secretario de que, el yacusi que me instaló en el baño no tiene masajeador y que en el patio la piscina que me hizo es demasiado honda. Por el contrario, las mujeres más tímidas, las silenciosas, las menos despampanantes, observaban sus casas de lata que en nada habían cambiado, por culpa de ese mentiroso de Gobernador que nunca cumple nada.

Gobernador, llevado por los consejos de Secretario, no tardó en firmar un decreto que obligaba a los militares activos y a los de reserva a trabajar en el proyecto de ese Barrio de mujeres. Por este motivo la casi la totalidad de caballeros de más de quince años se encontraron pegando bloques, arreglando cañerías, recogiendo cables en medio de una jungla de mujeres pendientes de que pasara Secretario para pedirle por caridad que.

Rosita sacó, como siempre, bastante provecho. Por una parte, fue pagada por todas esas mujeres, y por otra, fue cada vez más idolatrada por Secretario, quien veía en ella un paradigma de santidad y entrega total al prójimo. Cada mujer le debía pagar a Rosita una suma proporcional a la reestructuración de su casa. Porque aquí nada se regala. Suma que Rosita invertía dios sabe en qué, pues Ella nunca vio ningún cambio aparente en el modo de vida de su hermanita.

Una vez que Barrio fue rehecho, este se convirtió en el barrio cinco estrellas de Pueblo, a pesar de que en él todavía quedaban casas de latas. Para Secretario esta diferencia de casas era un problema moral que Rosita no dudó en resolverle con una frase:

Secretario, imagínate el aburrimiento de un mundo solo de ricos.

Poco tiempo después y gracias a la insistencia de Secretario, con un firmanzo de Gobernador, Rosita fue nombrada Alcaldesa de Barrio. Grado que no le confirió autoridad, pues la tenía de sobra, sino más bien un poco de poder que se reflejaba en el uniforme de generala que el gobierno central le dejaba llevar durante las paradas militares de pacotilla de los días patrios.

A Rosita el poder se le subió a la cabeza y cada vez le pedía más a Secretario. Y tuvo tanto y en tan poco tiempo esa niña que solo le faltó algo que su enano con cara de bobo no pudo darle, pues nada tenía que ver eso con el poder.

* * *

Fantasma, viendo la concentración obrera de todos esos hombres en Barrio, pensó que era una buena ocasión para. El momento propicio para comenzar a. La buena nueva de que por fin la revolución logrará. Pero no apenas trataba de organizar todo con vista de, la noche caía nuevamente en Pueblo, y él salía despavorido hacia el jardín de Esaaquellalaausente para hacerla volar por todo Pueblo y hasta más allá.

Toda la noche de todas las noches se repetía el mismo acto heroico de su mano prodigiosa levantando a Esaaquellalaausente para llevarla hacia. Pero

todas las mañanas se encontraba con el mismo resultado: un cansancio que no podía controlar. Por eso se le veía de menos en menos entre las filas de su guerrilla de cansados hombres tristes, porque ellos querían, también, trabajar como obreros en Barrio, donde todos cuentan de una masa de mujeres que te andan manoseando para que le pongas más tejas rojas importadas en el techo, o te susurran cochinadas en el oído, de esas que a uno le gustan, para que les construyas un tercer cuarto e, incluso, te dan cupones que valen un mes entero para que vayas a visitarlas durante todo febrero sin pagar ni medio, con tal de que me mudes de lugar la cocina, joven.

Pero de ninguna de esas bondades los guerrilleros podían aprovecharse porque no era hasta la hora del almuerzo que ese tal Fantasma se despertaba y, en vez de escuchar la voluntad de esos guerrilleros, se iba al cañaveral a retozar con las negras de pañuelos coloridos y manos callosas para ver si. Pero no. Ningunas de esas sabrosas negras era Esaaquellalaausente. Por ello pasaba de negra en negra sin suerte alguna, sin haber encontrado de día eso que hallaba en las noches. Y con las manos vacías se iba a eso de las seis a la iglesia de Padrecito para ver si ahí la encontraría.

En esa iglesia entraba puntual y arremetía con todas sus fuerzas de amante vestido de blanco contra la fidelidad de esas novias tan bien vestidas de un blanco incienso a causa del polvorón de las calles. Una vez ahí, y en medio de la ceremonia nupcial, se lanzaba al improviso a recitar poemas de Prisionero, pero no. Esa novia no reaccionaba como él se lo esperaba, como lo haría Esaaquellalaausente, la mujer de mis noches.

Pero Fantasma... —le dijo Prisionero— ¿Por qué no te quedas con esa mujer de tus noches? porque de día ya no es la misma, compañero. Mi nocturna mujer no puede ser esa que, al otro día, después del mediodía, sale a caminar del brazo de ese déspota.

Lo atormentaba el temor de que la mujer que él elevaba con su mano revolucionaria de madrugada, no existiese realmente, que fuese solo un sueño más sabroso que los otros.

Por ello todas las mañanas era el mismo cuento. Se despertaba mucho después que su guerrilla y se frotaba los ojos fuerte fuerte para tratar de darse cuenta de que las mañanas eran solo una pesadilla de mí sin ti. Pero con su gesto a lo sumo lograba ver manchas o bolas de llamas por doquier y no a ti que de mañana no existes.

¿Cómo que no existo? Aquí me tienes vestida de blanco y en el altar—le decía a las seis y cinco minutos de la tarde una de esas novias atrevidas que él interrumpía justo en medio de su boda, como ellas siempre lo habían soñado desde niñas.

Mas al escuchar su voz, Fantasma se daba inmediatamente cuenta de que no eres tú Esa que se deja aferrar por debajo en las noches, Aquella húmeda existencia, la Ausente de mis días sin ti. Entonces esa pobre novia vestida de un blancor curtido no entendía más nada y le daba una cachetada con todo el vigor de su orgullo, se volteaba hacia donde estaba el noviecito, y decía sin más:

Sí, Padrecito, acepto.

Rosita desde las últimas bancas de la iglesia lloraba como una loca con un gesto de falsa sorpresa, como si de hecho fuera la primera vez que asistía a una boda. Ella que nunca se había perdido un solo matrimonio en Pueblo, pues los matrimonios eran su verdadero hobby. En Pueblo muchos afirmaban que ella había presenciado más bodas que el mismo Padrecito. Era precisamente por ello que casarse nunca le había pasado por la mente. Una humillación como esa que Fantasma ponía en práctica, ella nunca hubiera podido soportarla. Rosita, sin duda alguna, habría caído a los pies de ese Fantasma absurdamente bello y sensual. Aunque bien sabía ella que nada tenía que ver su persona con Esaaquellalaausente. Sabía que, para Fantasma, Esaaquellalaausente no era su jefa de todos los días, como al inicio lo pensó, sino más bien el fantasma sexual y sonámbulo de su jefa. Algo mucho peor incluso para Rosita, que no tiene nada que ver con lo mejor o lo peor de algo.

* * *

Pero Rosita no se detuvo con la faraónica reconstrucción de Barrio. Esas casas de hasta cinco pisos, propiedades de esas putas perfumadas, fue solo el inicio de las peticiones que Rosita le haría a su Secretario. Peticiones que eran descomunales, de toda naturaleza y sin ningún reparo en razones, ahora quiero esto, ahora aquello, y Secretario salía desgredado por todo Pueblo para traerle el tan añorado antojito.

El colmo de los colmos fue aquel vestido que ella quiso de pronto durante una de esas mañanas de ellos dos.

Ahora quiero un vestido de novia para mí solita.

¿Pero de qué vestido de novia estás hablando si siempre me has dicho que no tienes ninguna intención de casarte?

Su mejor respuesta fue su cara de malcriada contra la cual Secretario no tenía armas. Él lo entendió de inmediato y supo que tendría que traducir sus deseos en realidades como en otrora lo hacía con los deseos de amor loco de Gobernador. Secretario se supo víctima de esa conversación, pero qué otra opción le quedaba:

¿Pero con quién te quieres casar, mujer?

Bien sabía Secretario que no era con él. Pero qué más le daba.

Él estaba ya totalmente entregado a los desastres de su amor incondicional.

¿Con quién más, enano querido? —preguntó ella con ojos de soñadora y esperó un instante antes de acotar:

¡Con nadie! El vestido no es para casarme, sino para llevarlo puesto los domingos.

Secretario no encontró nada para decir porque, aunque pareciese extraño, entendía su coquetería desmedida. Pues qué más, Rosita, salgo a buscar tu bendito traje de novia. Pero antes de que él pudiera dar el primer paso, ella lo fusiló de inmediato con una cantidad innumerables de exigencias y detalles de cómo tenía que ser el vestido. Él la escuchó con su habitual paciencia y atención que se reflejaban en sus, particularmente grandes, ojeras que se movían como las de un perro al contacto con las palabras de Rosita.

Apenas terminó con su letanía de detalles, él se fue a visitar casa por casa, hasta encontrar a la mejor costurera de Pueblo que terminó por hallar en Barrio. Y era tanta la gratitud que el mujerero de Barrio le tenía a Secretario que, hasta las que no sabían coser, lo abarrotaron de vestidos de novia. Además, al saber que dicho vestido era para la Rosita aumentó el desenfreno y la inspiración de esas mujeres.

Secretario, cada mañana, después de haber pasado toda la madrugada catalogando vestidos, se presentaba con algunos de ellos delante de la implacable Rosita y, con cara de delfín le decía, escoge el que más te guste. Ella se negaba a cada propuesta con la determinación, la fuerza y el vicio de una futura esposa. También en esas ocasiones Secretario la escuchaba pacientemente con la tijera en mano, cortando las mangas de uno para ponérselo a otro, que no tiene que llevar ese escote, porque el de este vestido es mejor; colocando vestidos al sol, porque este blanco es muy curtido y aquel muy puro; escogiendo telas más suaves, la de este vestido pica. En eso se le iban los días al secretario de la patria que, estaba tan alejado del orden que él mantenía en Pueblo, que ya todos lo notaban en sus calles sucias, sus leyes empolvadas,

en ese Gobernador que ahora soplaba y no hacía botellas y, sobre todo, en el color rojo que estaba impregnando de más en más cada calle, como si hubiera llovido rojo.

Gracias a la ausencia temporal de Secretario ese Fantasma con su roja guerrilla roja estaba haciendo eso que por ley no debía ser hecho. Y ahora sí era verdad que nadie se lo impediría, pues la noticia acaba de llegar a los oídos de Gobernador, el secretario de la patria tuvo que salir corriendo al extranjero a buscar un vestido de novia. La época de lluvia estaba por llegar a Pueblo y, con la noticia de ese Secretario traicionero fuera de nuestras fronteras, reventó el primer aguacero bíblico. Las primeras noticias que le llegaron entonces a Secretario en su exilio de modas se resumían a árboles volando, peces precipitándose a las costas de tan revuelto que estaba el mar, e inundaciones que transformaron las casas en barcos dando vueltas por todo el Caribe.

Gobernador estaba desesperado y Secretario solo le preguntaba una cosa por teléfono:

¿Cómo está Rosita? Saludos a Rosita.

El padre de la patria lo amenazaba, pero de inmediato se daba cuenta de que el único que tenía los instrumentos para ordenar y castigar en Pueblo era Secretario. Gobernador sintió entonces que su poder era tan grande y tan suyo que ya no le pertenecía. Intuyó por primera vez que su poder no cesaría a causa de una rebelión de los Gorilas, como siempre lo pensó, sino más bien a causa de la desconcentración cósmica de ese Secretario enamorado.

* * *

La lluvia continuaba. Era un torrente que dejaba cada ínfimo ente de Pueblo mojado y rojo.

Las noticias que le llegaban a Gobernador de ese Secretario traicionero no lo ayudaban en nada: abajoladictaduravivalalibertad. El padre de la patria buscaba cual mendigo por todo Pueblo el secreto del poder que Secretario se había llevado consigo. Pero de tanto no encontrarlo pensó que acaso podría inventárselo.

¿Pero si tú careces de imaginación, Gobernador? —le escuchó decir a Prisionero allá en su celda flotante.

Gobernador, en su desesperación, pensó que haciendo lo que hacía al inicio de los tiempos para acaparar el poder, podría recuperar lo perdido. Uti-

lizó entonces el arma de la violencia. Pero bien sabía él que eso era cosa del pasado, que la violencia funciona una sola vez, al inicio, y que después, para institucionalizarla, se necesitaba un Secretario y no un Gobernador.

La impotencia que lo albergaba era demasiado fuerte y Esaquellala ausente, que tan bien lo conocía, pudo presenciar desde su ventana sus feas intenciones hediondas que llenaron a todo Pueblo de un fétido olor a muerte, aquí no va a venir ningún comunista a joderme la vida, nojoda.

Fue tanta la persecución y el desamparo, tantas las amenazas y la cacería de brujas, que ni siquiera la lluvia logró amedrentar a toda esa gente haciendo colas delante de la comisaría para denunciarse a sí misma por haber, en lo más profundo de mi alma, deseado que le pasara algo al señor Gobernador, firme aquí, por haber soñado durante la siesta que por fin podía gritar abajoladictaduravivalalibertad, firme aquí, por haber rezado el Padrenuestro y el Avemaría para que usted, gorila de mierda, se fuera de una vez por todas al carajo, firme aquí, por haberle ofrecido un cafecito a Fantasma que tan bonito está pintando de rojo todo Pueblo, entonces firme aquí, y todo el que firmaba entraba, sin juicio alguno, en las celdas de la patria, abarrotadas de tanto rojo que Gobernador decidió mandar a abrir celda por celda y ametrallar a los traidores, montarlos en aviones del ejército y tirarlos al Caribe de noche y todo, se decía a sí mismo Gobernador, porque ese enano de Secretario se metió a cabrón.

Entonces en medio de todas esas sirenas y disparos y gritos sonaba el teléfono y Gobernador, al escuchar la voz aguda de Secretario, preguntaba con toda la hipocresía del mundo:

Buenos días, Secretario. ¿Todo bien por allá?

Todo bien, jefe. ¿Y por allá?

Mejor no pueden estar las cosas. Usted sabe, calmando un poco lo de la lluvia. ¿Cuándo lo tenemos por aquí?

Ya me están cosiendo el vestido.

Al oír semejante respuesta Gobernador apretó hasta más no poder su puño, dándose cuenta de que Secretario no tenía la menor idea del poder que se había llevado consigo y, evidentemente, no sería Gobernador quien se lo diría.

* * *

Nada le importaban a Secretario las súplicas camufladas de Gobernador al teléfono, de tan contento que estaba por haber encontrado por fin el modelo de vestido que tú querías, gracias a las manos prodigiosas de esa costurera que aquí todos llaman couturière. Tampoco le importaba eso que algunas personas le hacían saber en forma de malignos comentarios en medio de cenas diplomáticas, que dizque en Pueblo a causa de la tormenta los árboles están volando y cortando cabezas rojas. Ni siquiera se dio cuenta Secretario de ese montón de preguntas que Gobernador le hacía al teléfono con la intención escondida de sacarle el secreto de su poder. Tan poco le importaba ahora Gobernador que, al final de su interrogatorio, lo único que Secretario tenía para decirle era:

¿Cómo está Rosita? Saludos a Rosita.

Y cómo va estar, Secretario, pues bien, muy bien.

En esa respuesta suya Gobernador sintió algo que hasta ahora nunca había experimentado en su vida pública: la paciencia. Esa paciencia que en el verbo de su vida solo se había conjugado con Esaaquellalaausente. Y no fue por virtud que le nació eso que él consideraba una enfermedad, sino más bien por necesidad, al darse cuenta que de él la gente recordaba solo el nombre, porque todo lo otro que tuviera que ver con el poder era asunto de Secretario.

Durante años estuvo tan pendiente de cambiar el curso de los ríos si Esaaquellalaausente así lo quería, de colocar una luna llena en una noche nublada si ella deseaba ver la luna, de que pasó por alto que, de hecho, no era a él que la gente veía hacer todo eso, sino a ese tal Secretario que tanto se respeta por estos lares, porque si le da la gana le cambia el rumbo a un río para que los peces no nos jodan, o hace disipar las nubes para que veamos la luna.

De aquel gran Gobernador que en otrora tomó centímetro por centímetro los territorios físicos y metafísicos de Pueblo, la gente veía solo una imagen que aparecía cual pontífice de vez en cuando y de cuando en vez para prometer incongruencias, cantar himnos o saludar a los niños de Pueblo, todos ahijados suyos, que por ser lo que eran recibían un dinero, que todos los meses Gobernador les enviaba, de las manos de ese Secretario tan bueno que me da de qué comer.

Esa paciencia que había brotado de la sien de Gobernador cual primavera, le ayudó a entender que la violencia bárbara instaurada durante los días de lluvia de nada iba a servir. Esperaré hasta que Pueblo se seque de tanta roja humedad.

Y Pueblo todo entero secó, y tal fue el silencio que guardó Gobernador que los burlones no tardaron en improvisar de calle en calle que el Gobernador de toda esta mierda se había quedado mudo, Gobernador está mudo, es mudo, se le comieron la lengua los ratones.

Pero ya era muy tarde para que la táctica de Gobernador funcionara y todo Pueblo había sacado sus conclusiones. Comadre, con Secretario las cosas no son tan tan, ni muy muy, el enano ese al menos cuando le da por pegar, lo hace de un solo golpe rápido y conciso, se escuchaba decir por las esquinas de Pueblo. Tan duro y a tanta gente le pegó Gobernador para subrayar el título de su poder, que el efecto no fue el deseado y hasta los presos se pusieron a extrañar el equilibrio despótico de ese Secretario que quién sabe dónde estará metido.

Pero hubo otros, sobre todo los jóvenes, que no extrañaron a ningún Secretario ni Gobernador ni a nadie; que se vistieron de rojo y se fueron de diez en diez para los cañaverales que controlaba ese tal Fantasma al cual la ausencia de Secretario le había despertado sus ínfulas de revoltoso.

* * *

Cuando por fin Secretario regresó, se quedó impresionado de cuánto había cambiado todo. Se quedó estupefacto hasta de sí mismo al verse, comparándose con la gente de Pueblo, tan blanco de un blancor nórdico. Parezo anémico. En sus manos llevaba, como desmayado, el vestido de novia más hermoso de Pueblo.

Pero el blancor de Secretario se hizo todavía más evidente al contrastar con cada roja calle roja, con sus banderas rojas, panfletos rojos, voces rojas de abajoladictaduravivalalibertad, niños con juguetes rojos, hasta los recién nacidos salían rojos de los vientres de sus madres. Tampoco en ese instante Secretario supo intuir que algo tenía que ver él en todo eso. No se sabía poderoso.

Gobernador se abalanzó sobre él apresurado, demente, para acordar inmediatamente, las medidas que hemos de aplicar. Pero Secretario ni siquiera lo miraba a los ojos como solía hacerlo antes. Estaba demasiado ocupado en que la bolsa que cubría el vestido no dejara pasar el polvo de estas calles tan sucias. Gobernador, impotente como estaba, trató de sacarle conversación para diluir su ansia:

¿Y qué se dice de nosotros por allá?

¿Pues qué van a decir? Nada.

Secretario respondió mirando su reloj y, antes de que Gobernador le pudiera decir algo, se dio cuenta de que era la hora de ir a mostrarle el vestido a Rosita.

Gobernador sacó fuerzas de donde no tenía y les hizo a los Gorilas un gesto militar que quería decir, deténganlo ahora mismo. Pero esta vez los Gorilas no osaron detener a ese enano y, más bien, le abrieron un corredor verde para que pudiera pasar sin arrugar ese vestido tan blanco y elegante, desmayado en sus manos.

El camino hacia la casa de Esaaquellalausente fue para él una experiencia dura a causa de la impaciencia que le comía las entrañas, pero que logró sobrellevar gracias al buen humor y excelente talante con el que había regresado de su viaje. Impresionaba ver cómo la gente observaba el vestido tan blanco que ese hombre llevaba en las manos y que no podía pasar desapercibido en medio de tanto rojororojo.

Secretario, que racionalizaba todo, no dedicó el mínimo pensamiento al color de Pueblo. Todo su espíritu estaba anclado en la imaginación pueril de cómo sería el rostro de Rosita al abrir la puerta. Tampoco ese hombre les dio importancia a los jóvenes que, a su paso, gritaban en voz baja abajoladicturavivalalibertad. Ni siquiera a los más corajudos que, flacos y orejones como estaban, se le acercaban de más en más con sus franelas rojas gritando rojororojo.

Nada de eso lo ahuyentaba del sentimiento por Rosita que, inspirado por la lejanía, se había multiplicado. Ese sentimiento tan suyo que ahora comenzó a quemarle las entrañas pues se encontraba a pocos metros de esa casa.

Antes de llegar se detuvo un momento. Sus pulmones percibieron ráfagas breves de las bombas lacrimógenas que los Gorilas, por orden de Gobernador, lanzaron justo detrás del paso de Secretario para calmar a la muchedumbre, porque si ahora algo me le pasa a ese enano, sí que nos jodimos. Abajoladicturavivalalibertad. Rojororojo.

Secretario sintió sus ojos húmedos y su nariz perturbada. Algunas lágrimas le brotaron sin que él las pudiera controlar. Entonces pensó, ahora sí que estoy enamorado, Rosita, me hiciste llorar. Esa era la prueba que le faltaba para escoger entre las dos hermanas. Rosita era sin duda el amor de su vida, la única hembra que había hecho llorar al secretario de la patria.

Detuvo sus pensamientos y le dio espacio a los sentidos. Pudo percibir un frutero despelucado y alegre saliendo de la boca de la ballena. Pero también

percibió el milagro de la imagen fugaz de Rosita abriendo y cerrando la puerta. Pocos instantes faltaban y ahora sería su turno de tocar a esa puerta con la que tanto había soñado en el extranjero.

* * *

Rosita tuvo por fin el vestido frente a sus ojos. Su sonrisa le dijo a Secretario lo mucho que le gustaba. Pero antes de que Secretario pudiera celebrar, ese rostro sonriente se convirtió de nuevo en cara de malcriadez.

No creas que con este vestidito de pacotilla voy a ceder —le dijo Rosita mirándose sus largas uñas rojas.

¿A ceder? Si es que yo no te pido nada —respondió perturbado Secretario. Los hombres siempre piden algo.

Pero si es que yo nunca te he pedido nada, Rosita.

Quiero casarme por todo lo alto.

Secretario no entendió, pues el cambio de tema había sido demasiado brusco.

Pero siempre me dijiste que nada querías con el matrimonio. Que le temías a ese tal Fantasma irrumpiendo en plena boda.

Conozco a los hombres: yo me quiero casar conmigo misma y, sin novio a quién humillar, Fantasma nunca se va a presentar ahí.

No conoces a ese hombre. Más que tú.

Secretario trató de explicarle algo a Rosita, pero no apenas había comenzado lo olvidó, porque su amor ya estaba completamente de acuerdo con los designios de esa muchacha:

Dime entonces la fecha —dijo él vencido.

Pero ella ni lo escuchó y Secretario se tuvo que ir cabizbajo sin poder ni siquiera saludarla. Rosita se quedó todo el día así como estaba, postrada en el sofá, pensando si acaso hubiera podido resistir al encanto de ese negro Fantasma que está tan bueno. Durante ese día solo se levantó del sofá para decirle a Gobernador por enésima vez que la señorita está durmiendo, díglele que entonces regreso más tarde.

Viendo a Gobernador darse vuelta y retirarse vencido, Rosita se embarró en sus pensamientos, Gobernador, qué chiquito te ves ahora, que angostos son tus hombros que antes parecían interminables en ese uniforme de dictador, y esos pasos y esos piecitos y esas manos, qué enanitas son. Estás

jodido, viejito, destinado a estar jodido por ese negro bello que parece un fantasma de tan Fantasma que es, ese rojo, ese macho que te está quitando centímetro a centímetro este Pueblo, así, como tú lo conquistaste con esos descamisados con armas extranjeras que tan elegantes se visten ahora.

Poco a poco sus pensamientos se alejaron de Gobernador para dejar paso a una especie de intuición única, resplandeciente, representada por la personalidad de Fantasma, su cuerpo oscuro, sus miembros gruesos como troncos negros, frondosos. Al fin y al cabo ella era una hija de su Barrio y, como todas las otras marginales de ese lugar, no podía pensar en un hombre más hombre que ese tal Fantasma, Fantasma te deseo, Fantasma negrito, Fantasma ricura, Fantasma hombros largos, Fantasma nojoda, Fantasma mi macho, Fantasma gordito, Fantasma despacio, Fantasma felino, viva Fantasma viva, Fantasma ternura, mi rojo Fantasma, Fantasma Fantasma. Y su delirio parecía no tener final, era tan hondo como una melancolía y más tenue y despacio que cualquier otra cosa.

Las horas pasaban y Rosita seguía en sus pensamientos suyos y en Fantasma que, allá en los cañaverales, no hubiera nunca podido imaginar que esa niña que servía a Esaaquellalaausente, esa que la señora de la casa dispensaba cada noche y que se retiraba a su cuarto a hacerse la dormida, lo amaba tanto, era la única que lo hubiera podido. No, Fantasma no lo hubiera podido nunca imaginar, nunca hubiera llegado a escrutar tan bien el destino como para lograr saber que esa flaquita de senos tenues, esa tal Rosita, era lo suyo, esa que abría y cerraba puertas de día, y que de noche los escuchaba desde su cama de infanta, a Esaaquellalaausente y a Fantasma, retozar en el jardín, salir volando por ahí, chuparse, tenerse el uno al otro, como en un sueño en blanco y negro y blanco, los veía Rosita con los ojos cerrados, como si soñase esos sueños que tan bien imaginaba cuando hacía el amor con sus innumerables amantes, esos con los cuales Rosita cerraba los ojos en medio del amor para imaginar que no era a Esaaquellalaausente sino a ella a quien Fantasma levantaba, aferrándola por entre sus piernitas de lagartija, ay, qué rico, como si él me prefiriera a mí y no a Esa ni a Aquella ni a ninguna Ausente, ay qué bueno, qué rico mamita, qué rico Rosita, se decía ella a sí misma tocándose ahí en el medio, donde más duele y goza, donde más gusta, más suave, más suave, se decía, y vaya si se escuchaba, porque más suave sus deditos, la punta de ellos, la tocaban y, cuando ya estaba casi, se asomaba por la ventana entreabierta y espiaba a Esaaquellalaausente

y Fantasma, paseándose por el cielo de Pueblo como una bruja sin escoba, apareciendo y desapareciendo por entre las estrellas, por detrás de la luna, y más los veía, más aumentaba su deseo, pues más imaginaba Rosita que era ella a quien en las noches Fantasma, ella a la que ese negro, ella a quien él.

* * *

¿Acepta usted, Rosita, a?

Pero no pudo ni siquiera terminar el nuevo Padrecito militar su pregunta nupcial, cuando ya Rosita se había apresurado a responder:

Sí, acepto.

De nada sirvió tanta prisa de Rosita en contestar pues ya Fantasma, a quien nadie había notado en las últimas bancas de atrás, había aparecido.

El lugar estaba lleno a más no poder. Cabezas de todos los talantes se podían ver desde el pequeño órgano de tubo situado en la parte superior trasera de la iglesia. Todos estaban con sus vestidos de gala ya que se trataba de una invitación formal del régimen. El secretario de la patria como portavoz del inigualable Gobernador lo invitan, señor y señora, a la ceremonia nupcial de la señorita Rosita, el próximo sábado, a la hora exacta, en el lugar preciso. Atentamente, el señor Secretario.

Ahí estaban todos recién bañados, entalcados, oliendo a limpio y con caras incrédulas, pues, desde cuándo se ha visto que alguien se case solo. Guiados por el Padrecito militar y sus oraciones, la gente se sentaba, paraba o arrodillaba con disciplina y, cada movimiento realizado por el centenar de personas, hacía emanar un olor todavía más fuerte de perfume barato.

Los invitados estaban dispuestos en una distribución jerárquica y, en la primera fila, se encontraba, más perfumado que todos, Secretario. Radiante como si fuera su matrimonio, y en el fondo tenía razón, porque bien se podía decir que se tratara de su boda ya que, en efecto, fue él mismo quien se ocupó de cada detalle. A su lado se encontraba Gobernador, más resplandeciente que nunca, pues menos se tiene poder más se debe hacer alarde de él. También se encontraba ahí la negra Ella, fascinada de lo bello que es todo y de que, Rosita, por fin te me casas y pones fin a tu desaforada vida. A su lado estaba Esaquellalausente con un vestido simple que la descubría como la mujer más hermosa que ojos humanos hayan visto.

Todos envidiaban a la putita barata de la Rosita con ese vestido de novia que de ser tan caro se llamaba robe de mariée, a esa mujerzuela que nos obligó a vestirnos de gente para venir a verla hacer lo que le da la gana con el poder. ¿Acepta usted, Rosita, a? Mire ese pobre hombre de dios obligado por francotiradores a casar a esa mujer de la calle con nadie. ¿Acepta usted, Rosita, a? Y qué decir del cabrón de Secretario cuyos cachos son tan grandes que casi no podían entrar en la iglesia.

¿Acepta usted, Rosita, a? Sí, acepto. Pero de nada sirvió tanta prisa de Rosita en contestar, ya Fantasma había aparecido. Desde detrás de la iglesia se escuchó un ruido extraño y fuerte, pero nadie volteó la cabeza para mirar quién era, bien sabían todos de quién se trataba.

Fantasma saltó desde las últimas bancas como un felino. Todos lo vieron cuando ya estaba de frente a Rosita, tan linda tan linda, que sin problema alguien le hubiera podido dar la edad de quince años o de treinta y cinco, edades perfectas de toda mujer.

Rosita se desplomó toda entera, y no podía ser para menos con Fantasma sudado ahí de frente a su vestido de novia, todos sus sueños se le habían realizado en un solo momento y con un solo salto.

Después del salto maravilloso Fantasma posó por fin sus pies en el altar, creando una nube de polvo al contacto con el piso abarrotado de mugre y plumas. El ambiente era similar al de un robo de banco. Todos estaban silenciosos como si el movimiento fuera sinónimo de muerte.

Los atuendos de Rosita iban cayendo uno a uno, como desmayados, en medio de todo ese polvorón. Primero su blanco vestido que ella rasgó con un templón desaforado que mostraba, exacta, toda la pasión comprimida que no logró drenar con tanto hombre. Más tarde fueron sus sostenes y bikini que volaron con la fuerza de esta frustración por no tenerle.

Fantasma pasó al segundo poema de su amigo Prisionero. El primero había sido recitado con un tono más bien bajo y oscuro, dejando pausas apenas perceptibles para que Rosita pudiera decir, soy yo Esaaquellalaausente. Esperanza insensata, porque esa mujer que él buscaba estaba en las bancas de la iglesia muy cerca de Gobernador.

No puede ser que no te des cuenta —le repetía Prisionero, desde el Caribe.

Casi desnuda, Rosita se llenó de un presentimiento que no tardó en descubrir como una vana esperanza. Acaso soy realmente yo esa que él busca, Aquella que él espera, la Ausente de sus días sin mí. No podía imaginarse

Rosita que esos poemas siempre creaban los mismos efectos.

Primero hacían desvestir a las novias para, después, hacerlas creer que acaso soy yo la que Fantasma busca. No, no eres tú, tú no eres, no.

¿Acepta usted, Rosita, a?

Sí, trató de murmurar Rosita, pero la voz altisonante de Fantasma poeta, no dejaba escuchar ni al Padrecito, ni mucho menos a Rosita enamorada como nunca antes, aceptando ser la esposa de ese tal Fantasma.

Gobernador trató de levantarse para poner orden, pero sus delgadas piernas de anciano no se lo permitieron. Esa ceremonia tomó entonces una envergadura que iba más allá de Rosita enamorada, pues era el gesto que todo Pueblo esperaba para corroborar lo que se decía en las esquinas, que ese tal Gobernador no es más el chivo que más mea, es más, ni siquiera chivo es. Y tanto era verdad que el tal Gobernador no logró ni siquiera detener a Esaaquellalaausente, marchándose del lugar. Fantasma esa que se está yendo es la que tú buscas. Detenla —gritaba Prisionero como un loco desde la bahía.

Pero qué lo iba a escuchar Fantasma, si apenas había pasado al tercer poema, el más sincero y tierno, el que las desmayaba, ese que ahora estaba dejando boquiabiertos a los francotiradores, allá arriba. Esos Gorilas que a pesar de la insistencia de la mirada de Gobernador, no lograban dispararle a ese macho tan lindo y sensual, que de ser tan bello, si usted así lo quiere, nos sumamos a su causa, Fantasma hermoso, cambiamos el color de las frutas, el curso de los ríos, las formas de las ventanas, la hora del desayuno.

¿Acepta usted, Rosita, a?

Sí, acepto.

Respondió Rosita completamente poseída por ese Fantasma, arrancada de su existencia, fuera de sí, víctima de un delirium tremens que la ponía a hablar lenguajes extraños. Por ello todos escuchaban, sí acepto, Padrecito, en los dialectos más insólitos, en el de una mariposa volando, incluso en el de un vapor. Todos esos lenguajes utilizaba Rosita, a ver si en uno de esos entiendes, que te estoy diciendo que acepto ser tu mujer. Dentro de poco caería Rosita al lado de su vestido desmayado, Fantasma desaparecería solo y triste, y Secretario perdería la oportunidad de su vida de demostrarle a Rosita que, no soy un cobarde y que te puedo defender del fanfarrón de Fantasma.

Las piernas de Secretario dieron dos pasos hacia delante para llegar hasta ese altar y defenderla, pero su yo más íntimo no tuvo el valor de hacerlo. Todo lo que siempre hizo Secretario lo hizo escondido detrás del antifaz del poder

y, en esa ocasión solo suya en la cual él no era más que un hombre enamorado, se cagó en los pantalones.

De pronto Fantasma no escuchó más nada. Ni siquiera la voz del Padrecito militar repitiendo cual autómatas, acepta usted Rosita a. En un instante el cuerpo de Rosita monopolizó a Fantasma dejándolo indefenso, delante de una Rosita completamente desnuda.

¿Quién eres tú? —le preguntó Fantasma para saber si era ella la que buscaba.

La que buscas.

Yo no busco a nadie. La que ha de ser, será simplemente encontrada.

Insisto, hombre, soy yo —dijo Rosita con una voz de incienso y cayó desmayada.

Fantasma desapareció como un espectro, solo y triste, con su traje blanco. No eres la que busco. No diste muestra del gesto, ese gesto que solo esa mujer hará. No dijiste eso que solo ella dirá.

Antes de desmayarse, Rosita se vio a sí misma como en un espejo. Primero observó con lástima sus ojos, después bajó su mirada y se vio desnuda como tantas veces había estado desnuda. Se dio cuenta de que era la primera vez que reconocía su desnudez, porque desnuda estoy delante de ti, el macho que amo.

Fantasma no la escuchó por estar pensando en lo que quería escuchar y desapareció como un espectro, solo y triste, con su traje blanco y esos cinco poemas cansados en su memoria.

* * *

La gente delante de la ausencia de Fantasma y del cuerpo de Rosita postrado en el altar, resucitó como desde un más allá colectivo. Hubo una reacción súbita y general. Todos saltaron a salvar a Rosita al mismo tiempo y con el mismo ímpetu, cuando ya todo se había consumado.

Rosita se acababa de casar, hasta que la muerte la separe, con ella misma. Jamás ningún hombre, hasta el final de su vida, osaría tocarla, ni mucho menos ocupar el espacio que Fantasma acababa de inmortalizar con el gesto incomparable del amor despreciado. Él se quedaría hasta el final ahí presente como un ente opaco, tan opaco, que al ser mirado con los ojos de la memoria haría más daño a esa vista que todos los otros seres visibles e invisibles.

Bien intuyó eso Secretario con su amor vidente. Afortunadamente le quedaba una carta bajo la manga. La última.

La gente comenzó a salir de la iglesia y, como pudieron, emparapetaron el vestido de novia de Rosita con los ojos llorosos y la mirada perdida que nunca nadie volvería a encontrar. La ayudaban a caminar porque sola no lo hubiera logrado.

Sus cabellos despeinados como los de una loca de Barrio, sus uñas sucias como si hubiera pasado la noche comiendo tierra y su piel arrugada con ríos, montañas y altiplanos, como un mapamundi. Rosita la más bonita, estaba ahora anciana. Esa ceremonia la había envejecido al menos sesenta años. Secretario la ayudaba a caminar y, observándola, la confundía por momentos con su madre, también presente en la iglesia. Al verlas juntas Secretario no logró reprimir su pensamiento:

Parecen morochas.

Pero poco le importó al él toda esa mutación, la humillación y todo lo demás. Secretario la miraba con esos ojos suyos y su corazón enano se le ponía a correr y saltar como un infante. Seguía irremediablemente enamorado. Además, la sorpresa que tenía preparada para después del matrimonio, y que dentro de poco descubriría, lo hacía temblar, de tanta alegría que esto le va a causar a mi pobre Rosita. Ya por fin ella había salido de la iglesia de su desdicha donde tantos matrimonios había presenciado. La luz del sol de ese sábado de mañana era tan fuerte que, con los ojos casi cerrados por la luminosidad, no pudo apreciar a todo Pueblo ahí, de frente, esperando su salida.

Secretario pidió la palabra, pero en lugar de frases, se limitó a decir todo con un gesto después del cual todo inició.

Desde arriba comenzó a caer sobre toda esa gente una nieve del mismísimo color del vestido de Rosita, que vio todo eso como si no lo viera. Poco tiempo bastó para que todo, de rojo como estaba, pasara a blanco. La gente del entorno de Gobernador que tanto amaban el blanco, y tanto habían detestado ese rojo que, de más en más, iba inundando Pueblo, se puso a aplaudir, que viva el gobierno que viva.

Pero Rosita, nada. Estaba perdida en los corredores de su tristeza y, con ella, Secretario, entendió a retazos que de poco había servido tanto esfuerzo, pues ahí está Rosita, más ausente que nunca.

Mientras Secretario pensaba en todo eso, en su amor y sus vanos esfuerzos, no pudo evitar la imagen de su negra Ella frente a él, perdida en ese medio círculo que la élite había formado en torno a Rosita. La negrura de Ella sobresalió entre tanto blanco que había caído del cielo y tanta blanca gente blanca.

Secretario la miró a los ojos y la imaginó suya, otra vez suya para siempre. Pero no, enano de mis sueños, traicionero de mi vida y de Rue de Paradis, no.

Apenas esa respuesta silenciosa de la negra Ella terminó de llegar al corazón de Secretario, poniendo en su lugar a su y todo lo demás. Secretario la miraba con esos ojos suyos y su corazón enano se le ponía a correr y saltar como un infante. Seguía irremediablemente enamorado. Además, la sorpresa que tenía preparada para después del matrimonio, y que dentro de poco descubriría, lo hacía temblar, de tanta alegría que esto le va a causar a mi pobre Rosita. Ya por fin ella había salido de la iglesia de su desdicha donde tantos matrimonios había presenciado. La luz del sol de ese sábado de mañana era tan fuerte que, con los ojos casi cerrados por la luminosidad, no pudo apreciar a todo Pueblo ahí, de frente, esperando su salida.

Secretario pidió la palabra, pero en lugar de frases, se limitó a decir todo con un gesto después del cual todo inició.

Desde arriba comenzó a caer sobre toda esa gente una nieve del mismísimo color del vestido de Rosita, que vio todo eso como si no lo viera. Poco tiempo bastó para que todo, de rojo como estaba, pasara a blanco. La gente del entorno de Gobernador que tanto amaban el blanco, y tanto habían detestado ese rojo que, de más en más, iba inundando Pueblo, se puso a aplaudir, que viva el gobierno que viva.

Pero Rosita, nada. Estaba perdida en los corredores de su tristeza y, con ella, Secretario, entendió a retazos que de poco había servido tanto esfuerzo, pues ahí está Rosita, más ausente que nunca.

Mientras Secretario pensaba en todo eso, en su amor y sus vanos esfuerzos, no pudo evitar la imagen de su negra Ella frente a él, perdida en ese medio círculo que la élite había formado en torno a Rosita. La negrura de Ella sobresalió entre tanto blanco que había caído del cielo y tanta blanca gente blanca. Secretario la miró a los ojos y la imaginó suya, otra vez suya para siempre. Pero no, enano de mis sueños, traicionero de mi vida y de Rue de Paradis, no.

Apenas esa respuesta silenciosa de la negra Ella terminó de llegar al corazón de Secretario, poniendo en su lugar a su indeciso egoísmo, el sol salió por entre una nube pasajera. Las pupilas de Secretario se cerraron por tanta luz y ya no pudo ver a Ella con la nitidez de antes.

Los niños pagados por Secretario, que desde el techo de la iglesia lanzaban papelitos blancos con la palabra nieve escrita en el medio, cesaron su actividad pues ya no quedaban papelitos en los sacos.

El sol no tardó en derretir toda esa nieve y todo de blanco pasó a ser otra vez de un rojo fantasmal. Ese montón de nieve derretida dejó el ambiente cundido de una humedad que hizo todavía más insoportable el calor de ese día triste y caliente en que la negra Ella, delante de todo el mundo, se le acercó a Rosita y, en medio de un silencio claustrofóbico, la tomó de la mano, rompió el medio círculo, y la condujo a la casa de Esaaquellalaausente quien la esperaba con las maletas hechas hasta más no poder.

* * *

Cuando él entraba en una casa, oficina o plaza, la gente lo saludaba, cómo está, Gobernador, mientras salían despavoridos porque estaban seguros que dicho lugar saltaría dentro de poco en mil pedazos explotado por sus enemigos políticos.

Después de lo ocurrido en la iglesia con Rosita ya nadie se sentía seguro en Pueblo. Ni siquiera el mismísimo Gobernador, el chivo que más meaba. Esaaquellalaausente se dio cuenta antes que todos. Bien sabía que ese viejo ahora no me sirve para más nada. Y era cierto porque el poco poder que le quedaba, apenas si le servía a Gobernador para protegerse a sí mismo.

Gobernador nada quería saber de nada y todo el que le dirigía la palabra obtenía la misma respuesta, qué quiere que haga si hace días que nadie me sabe decir a dónde se me fue, quién se la llevó. Él la había buscado por todas partes y lo único que le había sabido decir todo el mundo era que, cuando Rosita llegó a la casa de Esaaquellalaausente, después de su matrimonio, ésta la estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja y, no esperó siquiera que Rosita terminara de entrar, para decirle con una voz de iluminada:

Me voy de esta mierda.

Rosita, como siempre, no dejó pasar la oportunidad y le respondió de inmediato:

Nos vamos, jefa.

Esa misma noche salieron bajo la luz de dos lunas llenas tan brillantes que más bien parecían soles. Se fueron saltando charcos, huecos, paredes, de techo en techo y, cuando ya caminaban por sobre las aguas del Caribe y no tenían más nada que saltar, entonces saltaron y ya, saltaron de alegría.

Rosita que era la más débil de nostalgia trató de darse vuelta para ver Pueblo por la última vez, pero desistió gracias a las palabras de Esaaquellalaausen-

te, quien le contó la leyenda del Silbón para persuadirla, el Silbón que silba y silba, y si te das vuelta para verlo él está atrás de ti, y si te vuelves a dar vuelta él está todavía más cerca, y si insistes en una última mirada ya está a tu lado, y contigo se desaparece para siempre. Rosita no miró y dejó a Pueblo allá lejos. Lo último que vio de él fue a Prisionero escribiendo una historia, cada vez que una gota tocaba su prisión acuática.

Por su parte, Esaquellalausente pensó en Gobernador y en Fantasma con una tierna memoria de madre. Los vio jóvenes y desvalidos como eran y estaban durante esa primera vez en aquel balde de agua de su primer orgasmo. Pero su ternura de madre terminó por convertirse en una carcajada de esposa escapada al imaginar ese momento en el cual Gobernador llegó a la casa de Esaquellalausente y no pudo creer en sus ojos. La casa estaba abarrotada de guantes marrones que de ser tantos no lo dejaron ni siquiera entrar.

* * *

Apenas Esaquellalausente y Rosita salieron de los límites de Pueblo, una banda de flamencos, gaviotas y peces de distintos tamaños y colores volaron como ahuyentados por un tiro de rifle y los ríos dieron marcha atrás en sus rumbos. Gobernador sintió en sus entrañas que Pueblo se había quedado sin alma. Todos los seguidores de Gobernador sabían que esos fenómenos extraordinarios obedecían a la partida de esa mujer, pero ninguno se atrevía a confesárselo. Gobernador habría de verificarlo con sus propios ojos.

En el otro lado de Pueblo también Secretario vio ese cielo de tantos colores a causa del resplandor de las lunas. Pero no fue eso lo que le hizo intuir el éxodo de su Rosita. Lo que le rebeló la inminente ausencia de su amada fue ese mmmmmm extraño que se escuchaba por todas partes, fruto de los comentarios en voz baja de todo Pueblo contando lo que pasó.

Los habitantes de Pueblo que vivieron el evento con más alegría, como un éxito propio, fueron los muertos de Cementerio. Qué otro temor podían tener ahora esos muertos por la ambición de los Gorilas y el amor de Gobernador, ahora que sabían que Esaquellalausente se había fugado en una noche de dos lunas.

Esos muertos las habían visto pasar saltando por entre las tumbas monumentales de ese Cementerio. Ellos admiraron sus vestidos leves bailando con

el viento salsero del Caribe y rozando a su paso las cruces de maderas comidas por los comejenes, las estrellas de David corroídas por la sal y las medialunas curtidadas por el sol.

Ahí van, gritaban esos muertos, muertos de risa, asomando sus ojotes de vivos por entre las hendijas de los panteones familiares. Tanto Esaaquelaausente como Rosita no creyeron en sus ojos al ver ahí tanto muerto en vida. Solo entonces descubrieron el secreto de esos muertos que solo estaban muertos de hambre.

Aquellos pobres muertos pobres que no tenían dónde vivir, habían encontrado en ese Cementerio una residencia cinco estrellas Ellos que habían sido arreados hasta ahí por la penuria, no pudieron creer que ningún vivo viviera en esos lujosos panteones marmóreos de tres pisos que los ricos vivos habían construido para sus ricos muertos. Las alcobas de esas construcciones colosales eran frescas y ciertos panteones poseían hasta capillas privadas.

De hecho, el famoso día aquel casi nadie reconoció a todos esos muertos de tan pálidos que estaban, y muchos los confundieron con zombis diurnos o con ahogados de mar y los agarraron a tiros. Pero eso no impidió que uno a uno salieran de sus fúnebres moradas detrás de la noticia de que, carajo, Gobernador está cayendo de tristeza porque se le fue la mujer.

Esos muertos salieron dispuestos a todo. Con todo el miedo del mundo escalaron la profundidad de las tumbas, saltaron flores secas, se lanzaron desde los panteones más altos y, cuando ya estaban dentro de los límites del mundo de los vivos, del cual escaparon por pobres, se encontraron con la triste bienvenida de una pobreza mayor. Muchos miraron para atrás, pero no. Tomaron la vía que da a la iglesia gritando injurias contra Gobernador y versos de libertad. Llegados a la iglesia del difunto Padrecito, cruzaron a la izquierda y después otra vez a la izquierda. Ya están frente de ti, Gobernador, susurró muerto de risa Prisionero, mírate cómo estás, más pálido que ellos que, de ser tantos, te obligaron a escuchar:

Rojorojorojo.

Y eso lo gritaban, no tanto porque estuvieran de acuerdo con ello, sino porque tú detestas escucharlo.

De pronto Gobernador se dio cuenta por primera vez en su vida de existir en cuanto individuo y no, como él lo creía hasta ahora, como un ente colectivo. No eres Pueblo, le aclaró Prisionero con una alegría de muchacho travieso.

Él era, a pesar de todo, un individuo, tenía miedo. Y ese sentimiento le hizo daño por no tener nada que ver con Esaaquellaausente. El miedo es la prueba de tu lejanía, mujer.

Pensó en Secretario como un niño temeroso piensa en su padre.

* * *

La manifestación llegó, por fin llegó, de frente a la casa sin ventanas de Gobernador. Él se encontraba sin escolta. Solo Secretario lo acompañaba. Como siempre, Secretario ahí, sobre todo ahora que Rosita no estaba.

Sus oídos, que pocos días antes escuchaban solo el lenguaje del amor de esa mujer, ahora estaban libres y disponibles para oír a Pueblo, y vaya si oían, exactos, los gritos que toda esa gente dirigía hacia él, rojororojo.

En medio de su miedo, Gobernador buscaba cual ciego la presencia de Secretario que, a pesar del momento, seguía medio perdido en la ausencia de su Rosita, adónde te fuiste, con quién y por qué. Pero ella, a pesar de que lo escuchara desde el más allá, el mucho más allá de su exilio, no le contestaba, porque aquí vendrías a parar, enano de mierda. Por fin los ojos de Gobernador en la penumbra de su alcoba encontraron a ese Secretario que, víctima de su nostalgia, no servía para más nada. Era solo un ser. Lo vio. Te vi, Secretario de mi salvación. Secretario vio que él, el jefe, lo estaba viendo, y la imagen de Gobernador reflejada en sus ojos le obsequió esa increíble intuición de que ahora, ahorita mismo, era él el que era. Secretario se sintió de inmediato vestido con los barrocos trajes del poder. Carajo, soy yo.

Gobernador, como buen viejo, supo que ahora Secretario sabía que era él el chivo que más meaba y trató de salvarse diciendo su última mentira:

Sí, eres tú, Secretario, el que yo escogí.

Bien sabía Secretario que la mirada de oveja de Gobernador contradecía sus palabras de lobo. Pero qué más da. Fue precisamente ese miedo de Gobernador el que había convertido a Secretario en eso que ahora era y qué otra cosa podía hacer. Se armó de valor e hizo lo que en ese momento Gobernador no era capaz de concretar.

Secretario se vio entonces a sí mismo sin la farsa de su sentimiento por Rosita: su identidad se le derrumbó encima. Pensó en todo lo que había hecho hasta ahora en Pueblo, su carrera, sus decretos y castigos. Todo eso no había sido hecho por nadie más que él mismo.

Todo lo que en tantos años de servicio había tejido hasta ahora con su frágil hilito de poder, cada mínimo gesto sumiso realizado, todas las órdenes cumplidas, lo llevaron sin más hasta esa cita en ese cuarto oscuro con ese viejo decrepito.

Pero ya no había cabida para reflexiones y sus pensamientos se disiparon a la cuenta de tres.

Uno. Dos. Tres.

De pronto pudo escuchar con absoluta nitidez eso que todo Pueblo escuchaba durante esa hora del burro, tan extraña y única, rojororojo.

La furia de esos muertos de hambre ya casi estaba pisando el césped de la entrada de la casa del poder, rompiendo alambres de púa, pisando gallinas, saltando vacas y chamuscando las flores que otrora Gobernador había sembrado ahí para Esaaquellalaausente.

Ya dentro de poco ese Pueblo y aquel Gobernador que ya nada tenía de su nombre, se estrellarían empujados por el tiempo vestido de historia. Gobernador nunca pensó de forma concreta en el final, por eso era Gobernador. Pero ahí, a escasos metros de, se confesó a sí mismo que siempre lo sintió como intuición. Estaba sudando.

Arremetió contra un arsenal de libros ahí escondidos y los devoró con un ansia bulímica. Se dijo que de esa manera esperaría a Pueblo comiéndose toda esa biblioteca para que, definitivamente, nada quedara escrito después de él. Se los comió uno a uno mirando a Secretario fijo a los ojos. Te jodes tú, me jodo yo.

Pero el poder hizo reaccionar a Secretario:

Usted no se preocupe, viejo de mierda. Nadie lo va a tocar.

Gobernador se le tiró encima con el gesto más sumiso que en tantos años de sumisión Pueblo había conocido. Pero Secretario lo paró en seco:

Lo único que tiene que hacer es reconocerlo.

¿Qué cosa, Secretario? Que usted es un dictador.

Si quiere le reconozco aquí mismo, Secretario, que usted es el jefe y yo el vasallo. Aquí mismo. A solas. Pero eso que usted me pide es demasiado.

De reconocer que yo soy el jefe me encargo yo solito, jefe. Soy un dictador.

Puede irse a dormir. Del resto me encargo yo.

Secretario salió y miró a Pueblo fijo a los ojos. Todos quedaron atónitos pues nunca nadie había visto ni imaginado esos ojos tan suyos que ahora los hipnotizaba.

Epílogo

Señorita Rosita, se me quedaron ayer aquí unos guantes marrones de cuero, por casualidad sabrá si.

Sí, la señorita dice que hoy si está.

Y tal fue la alegría de ese tal Gobernador al ver bajar a Esaaquellalaausente por las escaleras, que de sus labios salieron palabras tan bellas que bien hubieran podido ser llamadas poemas.

Las palabras fueron saliendo, una por una, de la boca de ese Gobernador poeta y Esaaquellalaausente, más que escucharlas, las vio de tan verdaderas y nítidas que eran. En ellas lo verdadero y lo bello creaban una unidad tal que no apenas salían de la boca de Gobernador se materializaban, se hacían existencia.

Esaaquellalaausente solo tuvo entonces que estirar apenas su delicado y largo brazo y abrir su mano suave para que esas palabras cayeran como algodones en su palma, una detrás de la otra. Pocos instantes bastaron para que ella se encontrara con una torrecita de palabras, con un poema vertical reposando en esa palma suya.

Tuvo entonces la intuición de que poco tiempo faltaba para que su exilio se consumara. Un sentimiento paradoxal se le cayó encima. Alegría y tristeza, amor y odio, se le mezclaron y tomó la decisión de su vida. Aferró con fuerza esa torrecita tan suya y la escondió en la oscuridad de su bolsillo derecho.

A partir de ese momento, en cualquier lugar de su exilio en el cual se encontrase, cualquier excusa era buena para que, en medio de su jornada, revisara con amor su bolsillo derecho para ver si todo estaba en orden. Sí, eso estaba ahí. Un sentimiento de seguridad la protegía entonces y nada malo le podía pasar pues Gobernador estaba ahí.

Pero en otras ocasiones muy raras, ese palpar no le bastaba, pues el odio superaba al amor. Desesperadamente corría entonces a un lugar tranquilo, sacaba esas palabras de su bolsillo, las leía y las volvía a leer y, cuando ya las había leído una y mil veces, comenzaba a mezclarlas entre sí para crear frases

y todavía más frases inéditas, fantásticas, tuyas, que leía excitada y contenta a través de la voz de Gobernador que, del otro lado del mundo, la seguía buscando como loco con ese poder que ya no tenía.

Entonces el milagro de su venganza se volvía a repetir.

Las frases que Esaquellalaabsente creaba a partir de su mezcla loca se le transformaban sin más a Gobernador en pensamientos y, allá lejos donde él estaba, se ponía entonces a recordarla a través de murmullos que pronunciaban las palabras exactas que ella quería, víctima, ahora él, de esa dictadura a la que nos lleva irremediablemente el mal de amores.

Contenido

El desamor en tres tiempos: sístole, arritmia, diástole..... 7

HAPPY

1.	19
2.	21
3.	23
4.	25
5.	27
6.	29
7.	31
8.	33
9.	35
10.....	38
11.....	40
12.....	42
13.....	44
14.....	46
15.....	48
16.....	50
17.....	52
18.....	55
19.....	57
20.....	59
21.....	61
22.....	64
23.	67
24.....	69
25.....	72
26.....	75

27.....	77
28.....	80
29.....	82
30.....	84
31.....	86
32.....	88
33.....	90
34.....	92
35.....	94
36.....	97
37.....	99
38.....	101
39.....	103
40.....	105
41.....	107
42.....	109
43.....	111
44.....	113
45.....	115
46.....	118
47.....	120
48.....	122
49.....	124
50.....	127
51.....	129
52.....	132
53.....	134
54.....	136
55.....	138
56.....	140
57.....	143
58.....	146
59.....	148
60.....	150
61.....	153

62.....	156
63.....	159
64.....	161
65.....	163
66.....	166
67.....	170
68.....	173
69.....	175
70. (Epílogo)	177

EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

1	185
2	189
3	193
4	199
5	203
6	211
7	216
8	219
9	225
Exhortación	227

PUEBLO

Preámbulo.....	233
Gobernador, Esaaquellalaausente, Fantasma	236
Prisionero	253
Maríadelosángeles, Pabloelmarinero	256
Prisionero	289
Rosita, Secretario, Ella	292
Prisionero	317
Gobernador, Esaaquellalaausente, Fantasma	321
Prisionero	341
Maríadelosángeles, Pabloelmarinero	344
Prisionero	377
Rosita, Secretario, Ella	380
Epílogo	409

Trilogía del desamor

se imprimió en el mes de julio de 2025
en los talleres de la Editorial Metrópolis.
Boleita Norte, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

La vida trata del amor, por eso muy pocas novelas se ocupan de otra cosa. Advierto que el obsesivo tema de las ficciones mayores de Miguel Ángel Pérez Pirela es el desamor, que es lo mismo, aunque no se escribe igual. Desamor es anhelo contrariado, negado o no correspondido. Solo comprendemos lo que la pasión significa cuando la nuestra no es compartida. Cada historia de amor se define por la fuerza que intenta aniquilarlo. Leer narrativas amorosas es internarnos en nuestro calvario.

Filosofar es interrogarse en vano sobre el misterio de la vida. Desde el principio de los tiempos, las fuerzas de la intelección han sido inútiles para descifrar el enigma de esa fijación obsesiva que es el enamoramiento. Los más astutos filósofos lo eluden. No hay discurso amoroso en Hobbes, Kant ni Wittgenstein. Quienes más aciertan son los que afrontan el horizonte de lo inexplicable con las brújulas de la elegancia: Stendhal, Barthes o Ramón del Valle Inclán. En vano intentan entenderlo o denigrarlo Schopenhauer, Nietzsche, Freud, Jung, Adler. En cuanto el mal nos ataca, sabemos que están equivocados. Sin necesidad de teóricos conocemos que la homenajeada es la Idea Pura, el Imperativo Categórico, la Tesis, Antítesis y Síntesis, pero eso no nos consuela. No queremos silogismos: la queremos a ella.

Luis Britto García